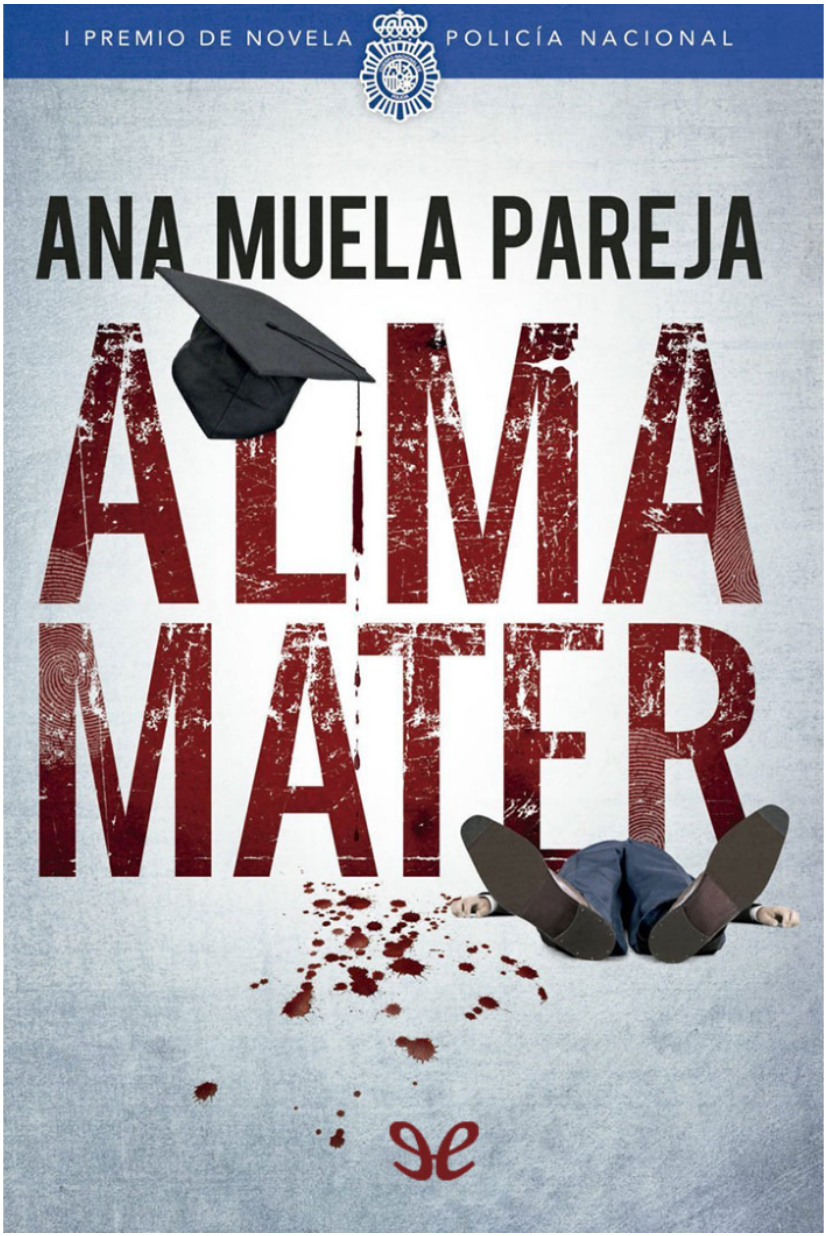
I PREMIO DE NOVELA POLICÍA NACIONAL

ANA MUELA PAREJA

ALMA MATER



Crimen en la Facultad de Filología de la Complutense. El finado es el profesor Larreta, 63 años, catedrático de Latín, con fama de hueso y ligón. Casado, fría relación conyugal, tiene una hija que estudia fuera.

Y el encargado del caso y protagonista es el inspector Gajanejos. 50 años, divorciado, con una hija y con una relación; curtido en su trabajo y aficionado a la astrología

Ana Muela Pareja

Alma mater

Inspector Federico Gajanejos - 2

ePub r1.0
Titivillus 07.09.2021

Título original: *Alma mater*
Ana Muela Pareja, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Alma mater

Dedicatoria

Aviso de la autora

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Sobre la autora

ANA MUELA PAREJA

ALMA MATER

I PREMIO DE NOVELA POLICÍA NACIONAL

Para Ana y Carlos, que me apoyan,
me animan y, además, me quieren.
Sin ellos nada tendría sentido.

Todos los personajes y situaciones de este libro son ficticios, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas son pura coincidencia.

I

El inspector del Cuerpo Nacional de Policía Federico Gajanejos no creía en los milagros; sin embargo, esa mañana de lunes parecía haber ocurrido uno en Madrid. Después de más de quince días seguidos de lluvia, el cielo había amanecido limpio y azul, el aire estaba transparente y fresco, y él se había despertado con el trino de los pájaros. Se asomó desnudo al balcón para sentir sobre su piel la caricia de los primeros rayos de sol. Se encontraba radiante y en equilibrio con el mundo. Casi feliz. Comprendió que algo fuera de lo normal había sucedido cuando vio un coche patrulla estacionar frente a su portal. Saludó desde el balcón a la subinspectora García y a otros dos agentes que le miraban con estupor desde la calle. Lamentó haber retirado los geranios el invierno anterior, aunque no estaba dispuesto a que el pudor le fastidiara la satisfacción que le producía la llegada de sus compañeros: solo un caso de especial relevancia justificaba que fueran a recogerlo a su casa al amanecer.

Se vistió con celeridad. Tenía la costumbre de dejar preparada la ropa del día siguiente sobre la silla de su dormitorio. Cuando era niño, su madre le colocaba el uniforme del colegio con las prendas dispuestas para que él se las pusiera en orden y no perdiese tiempo buscándolas en el armario o escogiendo los calcetines. Más tarde Amparo había hecho lo mismo con el uniforme de policía. Ahora que estaba solo y otra vez en casa de su madre, era él mismo el que se preparaba la ropa todas las noches antes de acostarse. A veces cuando elegía la camisa para el día siguiente echaba de menos llevar uniforme. Se daba cuenta de que cada vez le gustaban menos los cambios. «Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie», solía decir Paloma, su novia, cuando intentaba

convencerlo de que reformara la casa y se deshiciera de los muebles y objetos de sus padres. Gajanejos no le hacía mucho caso; desde que Paloma leyó *El gatopardo* soltaba la frase a la menor oportunidad.

Los agentes uniformados que le esperaban en los coches evitaron mirarle a los ojos. Gajanejos notó que alguno apretaba los labios conteniendo a duras penas una sonrisa. La subinspectora García, por el contrario, le observó de arriba abajo con naturalidad. Estaba convencido de que en el fondo estaba enamorada de él, aunque ella no fuera demasiado consciente y se entretuviera, por el momento, con una relación sentimental abocada al fracaso. Cuando se diera cuenta, él sería comprensivo e indulgente y la animaría a rehacer su vida con otro hombre que la mereciera, lo cual excluía de manera tajante a su actual pareja, el agente Carrascal.

—Varón de mediana edad, con signos evidentes de violencia —dijo García.

Todos los que trabajaban con el inspector Gajanejos sabían que no le gustaba que le adelantaran información sobre el escenario del crimen; prefería enfrentarse a él con la mente lo más abierta posible, sin ninguna idea preconcebida. Opinaba que era la manera de que no se le pasaran por alto los pequeños detalles que a la postre podrían ser la clave de la resolución del caso. Pero en esta ocasión la subinspectora estaba siendo demasiado telegráfica.

—¿Lugar? —preguntó Gajanejos. No quería desanimarla a que siguiera siendo concisa, pero necesitaba más datos.

—Un despacho.

—¿En Marte? —intentó ser irónico.

—No, inspector, en el planeta Tierra.

—¿Se puede saber qué le pasa, García?

—Nada, inspector. Pensé que le gustaba la información desnuda.

Los dos agentes y la subinspectora prorrumpieron en carcajadas. Gajanejos suspiró. Después de todo, a la subinspectora García se le estaba contagiando la estulticia del agente Carrascal, pensó. Como solía decir su madre, en esta vida todo se pega, menos la hermosura.

Llegaron al campus de la Universidad Complutense en menos de diez minutos. El tráfico era tan escaso a esas horas de la mañana que no tuvieron necesidad de poner la sirena. García, finalmente, le

había informado de que el cadáver se encontraba en un despacho de la Facultad de Filología Clásica, en el que era conocido como edificio A. Cuando aparcaron, el inspector sintió una punzada de melancolía al contemplar al otro lado de la plaza la Facultad de Derecho, donde, treinta años atrás, él había cursado sus estudios universitarios. En ocasiones no podía evitar pensar que, de alguna manera, había desaprovechado la vida. Sus compañeros de promoción eran ahora notarios, abogados del estado, registradores de la propiedad, o se habían hecho ricos trabajando en alguna empresa dedicada a la importación y exportación de no se sabía muy bien qué, por no hablar de los diputados en el Congreso por uno u otro partido. Él, sin embargo, era un policía con un sueldo que no era como para tirar cohetes, seguía viviendo en casa de su madre, la cual, para más inri, se encontraba ingresada en una residencia de ancianos con las facultades mentales muy deterioradas, estaba divorciado y tenía una hija adolescente a la que apenas veía. Ni siquiera había hecho una carrera especialmente boyante en la Policía; a sus cincuenta años seguía siendo inspector de la escala ejecutiva y las posibilidades de saltar a la escala superior las veía cada vez más lejanas. Tenía que reconocer que tampoco le apetecía demasiado el puesto de comisario. La única comisaría que le hubiera gustado ocupar era la de Chamberí y acababa de ser cubierta por una comisaria unos meses más joven que él. Si se paraba a pensarlo con detenimiento, nunca había querido otra cosa que lo que ahora tenía; su padre había sido policía nacional, y él siempre quiso emularle. Tenía lo que deseaba, pero, aun así, no podía evitar sentir cierta sensación de fracaso cuando se juntaba con sus compañeros de la facultad; seguro que ellos ese lunes estarían entrando en despachos amueblados con mesas de caoba y sillones de cuero, y no en uno en el que se acababa de cometer un asesinato.

—El cuerpo lo encontró hace veinte minutos una limpiadora. Los primeros agentes que llegaron cerraron el edificio.

García le había sacado de su ensimismamiento. Le gustaba ser el primero en entrar en el escenario del crimen. Había detalles sutiles, como el olor o un cierto halo del propio asesino, que desaparecían en cuanto entraba la cuadrilla habitual de investigadores, policías y agentes judiciales, y convertían el lugar en una aséptica cuadrícula

de datos. Gajanejos pensaba que el asesino siempre dejaba algo de sí mismo junto a la víctima. En la puerta de la facultad, en efecto cerrada, le esperaban los agentes Cano y Robledo.

—El agente Pérez está dentro con la mujer que encontró el cadáver —informó Robledo.

Gonzalo Pérez Ruipérez se había incorporado a su equipo hacía poco más de un año. Gajanejos desde el primer día lo había bautizado como el agente Repérez, apodo que se había extendido como una mancha de aceite por toda la unidad; solo la subinspectora García le llamaba por su apellido.

—Esperemos que no haya tocado nada —bufó Gajanejos.

Gajanejos y García entraron en el amplio y luminoso vestíbulo de la facultad donde les esperaba el agente Pérez con la limpiadora, quien, para alivio de todos, permanecía bastante tranquila, dadas las circunstancias.

—Abrí el despacho del profesor Larreta a las siete menos cuarto, más o menos —declaró la mujer—. En cuanto lo vi, llamé al 112. Me dijeron que saliera de la habitación y que no tocara nada hasta que llegaran los policías, pero eso ya lo sabía yo: veo todos los días CSI.

Gajanejos aborrecía ese tipo de series tan populares en los últimos tiempos. Para él era una especie de castigo llegar a casa y encontrarse con asesinos y policías inverosímiles en todas las cadenas de televisión. Incluso prefería los programas de cocina, otra de las modernas torturas a las que los medios sometían al televidente.

—Muy bien hecho, señora —dijo García.

—¿Suele venir a trabajar tan temprano? —preguntó Gajanejos.

—Entro a las seis y salgo a las doce. Las demás compañeras no llegan hasta las ocho, pero yo prefiero entrar y salir antes; así puedo recoger al niño en el colegio.

Dejó a García tomando la declaración completa a la madrugadora señora de la limpieza, y se encaminó al tercer piso. Cuando llegó comprendió por qué la mujer lo llamaba continuamente «el piso verde»; cada piso del edificio estaba alicatado con baldosines de diferente color, azul el primero, gris el segundo y verde el tercero. Dos policías uniformados a los que no conocía le señalaron una huella parcial de sangre en el suelo, al

comienzo de un ancho pasillo.

—Es la tercera puerta a la izquierda, donde está el carro de limpieza. Hay tanta sangre que no hemos entrado por contaminar el escenario.

Gajanejos avanzó despacio, mirando el suelo en todo momento para no pisar alguna huella, aunque no vio ninguna más. El silencio era absoluto. Empujó la puerta entreabierta del despacho con un pie; no se había acordado de coger un par de guantes de látex. No importaba, pensó, quería sobre todo mirar y pensar. Y oler, supuso, porque un olor inconfundible, metálico y dulce, le había sorprendido como una bofetada: el olor de la sangre del hombre que estaba sentado frente a una vieja mesa de despacho atestada de papeles.

La habitación no era excesivamente grande; calculó que tendría unos doce metros cuadrados. Las dos paredes laterales estaban forradas hasta el techo de estanterías abarrotadas de libros y cuadernos. Algunos estaban dispuestos en posición vertical, otros en horizontal, e incluso algunas baldas estaban ocupadas por dos filas de libros. Todos tenían mucho polvo y parecían antiguos. En la pared de enfrente, orientada hacia el este, se abría una amplia ventana que dejaba entrar la rosada luz de la mañana. En el centro del despacho, una gran mesa abarcaba casi todo el espacio. Entre la mesa y la puerta había una silla vacía, presumiblemente para las visitas. Entre la mesa y la ventana, sobre un sillón de oficina con ruedas, se encontraba en posición sedente el cadáver de un varón. Al observarlo, Gajanejos comprendió porqué nadie había llamado al SAMUR, ni había intentado alguna maniobra de reanimación.

El cuerpo parecía cómodamente sentado en el sillón; los brazos languidecían sobre los reposabrazos y el torso, apoyado sobre el respaldo, no había perdido la verticalidad. Si no fuera por la herida del cuello y las manchas de sangre, se podría pensar que el hombre se había quedado dormido trabajando. Gajanejos se acercó por el lado de la mesa donde había menos sangre. A contraluz no podía verle la cara con nitidez, aunque le pareció que tenía algo en la boca que le confería una expresión extraña. Cuando se situó a su lado y vio el cadáver con detenimiento se quedó paralizado. El profesor tenía los pantalones bajados hasta las rodillas y las piernas muy abiertas. Los genitales habían desaparecido. En su lugar había

un colgajo sanguinolento. Un escalofrió le recorrió la espalda cuando comprendió lo que había en la boca del cadáver.

—¿Dónde están tus guantes, Federico? —una voz conocida interrumpió su inspección ocular.

Gajanejos contuvo a duras penas la náusea que sentía; hubiera sido muy humillante que su amiga y jefa de la Policía Científica, Mari Carmen Pelegrín, le pillara dando arcadas.

—Esperaba que me los trajeras tú.

Pensó que si se hacía el gracioso su mente se alejaría de la visión de la entrepierna del cadáver.

—Me parece que vamos a tener mucho trabajo —zanjó Pelegrín.

Gajanejos salió del despacho ante la llegada de los agentes de la Policía Científica. Vestían todos unos monos blancos que les daban un cierto aire de película de ciencia ficción. Desde luego, pensó el inspector, parecían marcianos en aquel despacho decimonónico. Comenzaron con sus tareas de clasificación, medición, fotografía y demás, lo que aprovechó para recorrer el pasillo, aliviado de abandonar el escenario del crimen. Quizá se estaba haciendo viejo y ya no aguantaba la visión de la muerte como antes, o quizá, pensó, sencillamente estaba cansado de tanto horror.

—La mujer de la limpieza afirma que la puerta del despacho estaba cerrada con llave —informó García—. Dice que llegó a las seis de la mañana, hizo los baños y el pasillo y luego comenzó con los despachos. Calcula que serían las siete menos cuarto cuando abrió el del profesor Larreta. Es su rutina diaria. No oyó ni vio nada fuera de lo habitual.

—¿Ha fregado el pasillo?

—Sí, inspector —contestó García.

—Con lejía —apostilló el agente Pérez.

—¡Hay que joderse! —se lamentó Gajanejos.

—Seguro que ha borrado un montón de pruebas —siguió Pérez.

—Pues claro que habrá borrado pruebas, Repérez —gritó Gajanejos—. Parece usted tonto.

—No la tomes con el chico, Federico. —Pelegrín había aparecido detrás de él enfundada en un mono blanco—. Hay dos huellas parciales de pisada con sangre dentro del despacho. Mis chicos revisarán el pasillo con la lámpara y el luminol donde haga falta.

—¿Qué más tenemos? —preguntó el inspector más calmado.

—En lo que a ti respecta, parece que un buen culo. Por lo menos eso es lo que se comenta.

—¿Quién lo comenta?

—Todo el mundo, Federico.

La subinspectora García y el agente Pérez contuvieron a duras penas una sonrisa. Ambos se alejaron unos metros sin hacer ruido.

—Volvamos al caso, por favor. —Gajanejos intentaba, sin éxito, refrenar la ira que se iba apoderando de él.

—Como habrás comprobado en tu primera inspección ocular, en la que, por cierto, espero que no hayas contaminado nada, se trata de un varón de unos sesenta y cinco años de edad. Ha sido emasculado y degollado.

»Yo creo que en ese orden, pero tendrá que confirmarlo el forense. No hay signos de lucha, ni parece que se resistiera, tampoco estaba atado ni parece haberlo estado, por lo que deduzco que había sido drogado antes de su muerte, pero eso también tendrá que confirmarlo el forense. Mis chicos están tomando muestras y buscando huellas.

—¿Qué muestras están tomando?

—Pelos, hebras de tejido, restos de uñas, sangre, pisadas y ese tipo de cosas con las que nos entretenemos los de la Científica, y que son la clave de la resolución de los asesinatos y las pruebas que sirven para incriminar a los culpables.

—Indicios probatorios.

—¿Cómo dices?

—Digo, Mari Carmen, que lo que recoges son indicios probatorios. En puridad, que sean o no sean pruebas lo decide el juez.

Tenía que atajar las ínfulas científicas de su compañera antes de que concluyera que la Policía Científica era la única realmente válida y eficaz, y que ellos, en cambio, eran algo así como los hermanos tontos y bobos, aunque necesarios al fin y al cabo.

—¿En puridad? Menudo lenguaje te gastas. A ti te está afectando estar en la Facultad de Filología —se burló Pelegrín.

Gajanejos tuvo que concentrarse en sus largas y torneadas piernas para no contestar una grosería.

La directora del Departamento de Filología Latina, la doctora Felisa Mateu, era una mujer bajita, robusta y aquejada de una

incontinencia verbal tan intensa que no era necesario formularle preguntas. En menos de cinco minutos relató al inspector Gajanejos la vida y milagros del profesor Larreta e incluso la de sus familiares más próximos. Emiliano Larreta, informó, era catedrático de Latín y tenía casi siete sexenios de experiencia docente. Gajanejos tuvo que multiplicar a toda prisa siete por seis para no perderse el resto de la información que la directora le suministraba como una máquina torpedera. En la actualidad, siguió la doctora Mateu, el profesor Larreta impartía dos asignaturas, Textos Latinos II y Textos Latinos IV, y en ese momento creía que no había nadie que pudiera sustituirle, pues la doctora Ayala, que daba Textos Latinos I y Textos Latinos III, estaba embarazada de siete meses y cogería pronto la baja de maternidad. Felisa Mateu se declaró consternada; todavía no había asimilado que en su departamento hubiera acontecido un hecho tan luctuoso. En esa facultad nunca se había cometido un asesinato. Aquello era un templo del saber, y aunque existían las rencillas normales entre compañeros de trabajo, no podía hablarse de violencia propiamente dicha. Emiliano Larreta llevaba casado más de dos décadas. Ella no era exactamente amiga del profesor Larreta, pero hacía mucho que trabajaban en el mismo departamento y le tenía un cierto aprecio como persona y un enorme respeto como latinista. Era uno de los catedráticos más antiguos de la facultad. Todavía no podía creerse que su cadáver se encontrara a pocos metros de donde estaban ellos hablando. Tenía que disculparla, estaba muy nerviosa y eso a veces le hacía hablar en exceso. Por fortuna ella no había visto el cuerpo, así se libraba de una imagen que, de otro modo, la hubiera perseguido de por vida. En el edificio, informó, no había personal de seguridad, solo contaban con los conserjes que abrían y cerraban las puertas, y que compartían con la Facultad de Filosofía y con el Departamento de Griego. Por no haber, ya no había ni siquiera bedeles. Que ella supiera, el profesor Larreta solo tenía una hija, que en la actualidad estudiaba fuera de España, no sabía muy bien dónde, lo que el inspector agradeció mentalmente, porque de lo contrario la doctora Mateu le hubiera regalado una bonita y detallada descripción de la universidad extranjera en cuestión. Aunque, continuó, con este tipo de hombres nunca se sabía; era posible, aunque ella no dijese que probable, que tuviera hijos espurios. Un hijo espurio, aclaró Mateu,

es un hijo ilegítimo o bastardo, aunque a ella, personalmente, no le agradaba este último término; estaba demasiado connotado. Gajanejos no se atrevió a interrumpirla para mandarla a la mierda, no fuera a ser que le explicara la etimología de la palabra mierda. A Emiliano Larreta le gustaban mucho las mujeres. En exceso, diría ella. El inspector tuvo que encauzar el parloteo de la doctora Mateu, que divagaba sobre la diferencia entre virilidad y hombría. Después de otros cinco minutos, a Gajanejos le quedó claro que el difunto profesor había intentado ligar con toda la sección femenina de la facultad. Mateu pensaba que había tenido un cierto éxito, pese a la evidente falta de atractivo del profesor. Decidió terminar el interrogatorio; la voz de la directora le estaba produciendo un leve pero insidioso dolor de cabeza.

—Repérez —ordenó—, recoja de doña Felisa Mateu un detallado informe de todas las personas que trabajan en esta planta, así como de las posibles conquistas del profesor Larreta. Quiero un informe completo. ¿Entendido, Repérez? Com-ple-to —silabeó Gajanejos.

—A sus órdenes, inspector.

Casi le dio pena el muchacho.

—Inspector, es usted un impúdico.

Tenía que haberlo previsto: en un día como aquel, solo le faltaba que la forense encargada del caso fuera la doctora María Lázaro.

—Yo también me alegro de verla, doctora.

—Comprenderá que no me crea lo que se comenta sobre sus atributos viriles.

—¿Cómo dice?

—No sea pacato, inspector. Se podrá imaginar que, por mi profesión, he visto de todo y, francamente, no da usted el tipo.

—Querrá usted examinar el cadáver, supongo —cortó Gajanejos. Por nada del mundo quería entablar una conversación con la doctora Lázaro sobre lo que ella denominaba sus atributos viriles. En cualquier caso, los rumores parecían engrandecer su figura.

—En fin, todo es cuestión de perspectiva —siguió la doctora—. Aunque no se preocupe: hoy en día la cirugía hace maravillas. Si quiere, yo misma le puedo recomendar un par de buenos especialistas.

Según terminó de hablar, la doctora comenzó un alegre trotecillo en dirección al despacho del profesor Larreta acompañada

por García, dejando con la boca abierta a un estupefacto inspector Gajanejos. A mitad del pasillo, las dos mujeres se pararon y se volvieron a mirarle. Le pareció que ambas suspiraban.

Los agentes de la Científica se fueron retirando cargados de maletas y bolsitas de plástico con las muestras que habían tomado en el escenario del crimen. Cuando entró en el despacho, Gajanejos pudo ver esparcidos por el suelo varios guantes de látex y algunas bolsas vacías. Los chicos de Mari Carmen Pelegrín serían muy eficientes, pensó, pero eran unos auténticos guarros.

—Puedes pasar, Federico —autorizó Pelegrín.

—Mientras vaya vestido —dijo la doctora Lázaro.

—Del latín *merda*, excremento —susurró Gajanejos.

Solo García pareció oírle. Las otras dos mujeres no le hicieron caso alguno.

—Hemos recogido muestras de sangre de las numerosas manchas que había en el despacho —informó Pelegrín—. Lo lógico es pensar que corresponden todas a sangre del fallecido, pero no podemos pasar nada por alto —se dirigía exclusivamente a la forense—. También hemos recogido varios pelos de color marrón, que no parecen corresponderse con los del muerto, quien, como verán, tiene el pelo cano.

—¿Dónde estaban los cabellos? —preguntó Gajanejos. En el informe aparecería detallada con exhaustividad la localización de cada pelo, pero le molestaba que Pelegrín no se dirigiera a él en ningún momento.

—Había varios sobre la ropa de la víctima. En la herida de los genitales, empapado en sangre, hemos encontrado un pelo fino de unos quince centímetros. También hemos recogido dos cabellos largos y rubios; uno de ellos estaba sobre la chaqueta del muerto y el otro sobre la mesa. En el suelo y en el respaldo de la silla de las visitas había otros cinco pelos de diferente tamaño y coloración.

—Más que un despacho de universidad, parece una peluquería —comentó Gajanejos.

Las tres mujeres le miraron sin abrir la boca.

—Por lo que he oído sobre el profesor, no es de extrañar la presencia femenina en su entorno —dijo García.

—Buen dato, subinspectora —comentó Pelegrín.

Seguro que si lo hubiera dicho él, pensó Gajanejos, le hubiera

llamado machista.

—¿Algo más? —preguntó, molesto.

—Claro, Federico, hemos hecho un análisis muy riguroso de la escena del crimen.

—No lo dudo, y sé que estará todo en el informe. Pero, por favor, ¿serías tan amable, por favor, de adelantarme algo? —Estaba en desventaja y tenía que ser amable, aunque en realidad sonó irónico.

—Y sin por favor, también, Federico. Me resultan extrañas las huellas de las pisadas; son bastante irregulares.

Pelegrín dejó de hablar y le miró a los ojos. Estaba seguro de que lo hacía para que él le preguntara y así poder mostrar su superioridad científica.

—¿Qué quieres decir? —concedió.

—Están más impresas por la parte interior delantera que por el resto. Lo normal es que la huella fuera más o menos uniforme. —Volvió a callar mirando al inspector.

—¿Y eso qué te sugiere? —Si seguía con ese jueguecito no iban a terminar nunca.

—Hay varias posibilidades: puede que el asesino sea cojo, o que haya gastado más las suelas por un lado, o que le estén grandes los zapatos, o que lo haya hecho a propósito para despistarnos; parece un crimen bastante organizado.

Eso ya lo había pensado él. Desde luego, no se trataba de un asesinato improvisado. El crimen se había cometido en un lugar público muy frecuentado sin que nadie hubiera visto ni oído nada. Además, el asesino se había tomado su tiempo torturando a la víctima. El escenario estaba ordenado, sin evidencias de lucha y no habían encontrado el arma del crimen.

—Tenemos dos huellas dentro del despacho, las del pasillo parcialmente borradas por la limpiadora, y una última cerca de las escaleras, que habrás visto al entrar. Ahí desaparecen por completo. Es como si el asesino hubiera empezado a volar.

—O se hubiera cambiado de zapatos.

—Es posible —concedió Pelegrín—. En lo que respecta a las manchas de sangre, haremos la analítica forense clásica, es decir, grupo sanguíneo y ADN. En cuanto a su forma y origen, está bastante claro: el charco que hay debajo de la silla corresponde a la

herida de la zona genital; no debe de haber afectado la femoral, porque tiene aspecto de haber caído babeando desde la herida. El resto de la sangre, es decir, la que hay en el suelo del lado izquierdo de la mesa, la que salpica la estantería y la que está sobre los papeles del escritorio, debió de salir a chorros de la arteria carótida.

—¿Sabemos cuándo murió? —preguntó Gajanejos a la doctora Lázaro.

—Debe de llevar unas cuarenta y ocho horas muerto, pero no le daré más datos hasta que lo tenga encima de la mesa.

—¿Y la causa de la muerte? —se atrevió a preguntar.

—¿Qué le acabo de decir, inspector?

—No me dirá que no tiene alguna idea.

A esas alturas al inspector Gajanejos ya no le incomodaban las salidas de tono de la doctora Lázaro; llevaba demasiados años y demasiados casos coincidiendo con ella como para prever sus respuestas.

—Parece evidente que este hombre se ha desangrado hasta la muerte a través del corte profundo que presenta en el lado izquierdo del cuello. Y que conste que le respondo porque me da usted pena. Por su problemilla, ya sabe… Cuando le haga la autopsia, le haré saber mis conclusiones.

—Las esperaré impaciente, doctora. Una última pregunta, ¿sabe con qué instrumento le pudieron cortar los genitales y hacer la herida del cuello?

—Con uno cortante, evidentemente.

—No hemos encontrado nada que pudiera causar tales heridas —terció Pelegrín.

—Perdón, ¿se puede pasar?

Un chico de unos veintitantos años, con el pelo hasta los hombros y barba de un par de días, vestido con un pulcro traje de chaqueta azul marino y con cara de susto, había llamado con los nudillos a la puerta abierta.

—¿Y usted qué coño quiere? —gruñó Gajanejos.

—Soy el juez Moreno, encargado del caso.

Gajanejos se disculpó lo mejor que pudo. Pelegrín y Lázaro parecían encantadas con el juez melenudo; se quitaban la palabra mutuamente para explicar los detalles del caso a su joven señoría.

—¿Qué tiene en la boca? —preguntó con un hijo de voz.

—Sus genitales —contestaron ambas a coro.

El juez Moreno empezó a ponerse tan blanco como los folios que se amontonaban en la mesa del profesor Larreta. Gajanejos consiguió sujetarle antes de que perdiera el sentido y cayera al suelo. La doctora Lázaro tuvo que reanimarlo para que pudiera ordenar el levantamiento del cadáver.

II

Los servicios funerarios tardaron cincuenta minutos en llegar a la facultad. El conductor del furgón maldecía el tráfico de Madrid con unas palabras tan gruesas que incluso el inspector Gajanejos se sintió ofendido por lo inapropiado de la situación. Tuvo que recurrir a su autoridad para hacer callar al malhablado trabajador; no podía permitir que hiciera ningún tipo de comentario cuando viera el cadáver que tenía que transportar. Por fortuna, García se encargó de la supervisión del proceso.

Una vez retirado el cuerpo, el despacho del profesor Larreta parecía mucho más grande y luminoso. Era como si los restos mortales del difunto fueran el centro de un agujero negro que absorbiera toda la energía de su campo gravitatorio, o el vórtice de un ciclón de horror que arremolinara en su contorno muerte y crueldad. Ahora que no estaban, los rayos del sol entraban oblicuos por el ventanal, alumbrando la mesa y las estanterías repletas de libros. El tétrico despacho se había convertido en un agradable lugar de estudio y trabajo. Gajanejos abrió la ventana y el fresco viento del mes de octubre renovó el aire de inmediato.

Había algunos detalles que quería comprobar antes de abandonar la escena del crimen. La mujer de la limpieza que había encontrado el cadáver aseguró que el despacho se encontraba cerrado esa mañana. La cerradura estaba bastante deteriorada, más que una medida de seguridad era un elemento disuasorio para los curiosos; con una patada, y no muy fuerte, se podría abrir la puerta sin dificultad. Además, la directora Mateu le había informado de que había un número indeterminado de copias de la llave circulando por ahí; que ella supiera, el profesor Larreta había dado

copia a varias de sus becarias, tanto a las actuales como a las pretéritas. El agente Pérez había confeccionado una lista de siete personas que, como mínimo, podían tener una llave. Al menos, pensó, tenían por dónde empezar.

Otra cuestión que no terminaba de encajar era la de las pisadas. Gajanejos se situó detrás de la silla del profesor intentado ponerse en el lugar del asesino. Desde esa posición le había rajado la parte izquierda del cuello, por lo que dedujo que era zurdo. La sangre había salido disparada de la arteria como de una fuente, salpicando la zona del despacho que desde su posición quedaba a la izquierda. No era lógico que el asesino hubiera salido por ahí en vez de por el lado derecho, que estaba limpio de sangre. La mesa se encontraba situada en medio de la habitación, equidistante de las dos paredes, por lo que había el mismo hueco por ambos lados y era muy improbable que no hubiera visto el gran charco de sangre que se había formado. No comprendía la razón por la que el asesino había elegido salir del despacho chapoteando sobre la sangre de su víctima y dejando un bonito rastro de pisadas por todo el pasillo, pero estaba seguro de que lo había hecho por algún motivo. Si hubiera tenido un cuaderno, lo habría anotado para pensar sobre ello más tarde. Como no llevaba ninguno, confió en su buena memoria. Sobre la mesa, amontonados, había una considerable cantidad de folios, la mayor parte escritos en latín, algunos salpicados de sangre. Estuvo tentado de coger un par de ellos para anotar sus impresiones, pero se contuvo en el último momento. Ordenó a García que los revisara, por si pudieran aportar algún dato de interés.

Recorrió varias veces el pasillo fregado con lejía hasta la huella parcial que se apreciaba cerca de las escaleras. Podía imaginarse el delator rastro de pisadas que había dejado el asesino por todo el suelo de terrazo. La limpiadora confesó que había pasado la fregona casi a oscuras, con la escasa luz del amanecer, y por eso no había visto las manchas. Aseguraba que no había limpiado más allá del lugar donde se encontraba la huella, y la suciedad circundante parecía darle la razón, por lo que el rastro se desvanecía en ese punto de manera misteriosa. Confirmó haber limpiado, en cambio, los cercanos aseos de alumnas, donde, declaró, no había visto nada fuera de lo habitual. Gajanejos entró en ellos con la congoja que le

causaba siempre entrar en los baños femeninos; se sentía un intruso aunque estuvieran vacíos y él estuviera investigando un crimen. Todavía flotaba en el aire un ligero aroma a desinfectante. Los aseos, aunque limpios, eran viejos y estaban bastante deteriorados. Supuso que no habrían sido reformados desde los años treinta del pasado siglo, en plena Segunda República, cuando se construyó e inauguró el edificio. Le llamó la atención que las cisternas fueran de tanque alto de pared con cadena; pensaba que la única de ese tipo que había sobrevivido en Madrid era la de su propio cuarto de baño. Se consoló al comprobar que las de la facultad estaban en peor estado que la suya: en algunas la cadena metálica había sido sustituida por un trozo de cordel. Las puertas de los cubículos donde se encontraban los inodoros también presentaban un aspecto lamentable: eran meros tablones de madera, viejos, rotos y sucios, que no llegaban ni al techo ni al suelo. Gajanejos se prometió a sí mismo que nunca más se volvería a quejar de los aseos de la comisaría.

Pidió a la señora de la limpieza que fregara la huella del pasillo, citó a la directora del departamento para una declaración completa en comisaría y, cuando el despacho estuvo precintado, permitió la apertura de la facultad.

En la reunión que mantuvo con su equipo en la comisaría le rugían las tripas. Se dio cuenta, con cierto azoramiento, de que llevaba quince horas sin probar bocado. Se animó pensando en los platos combinados de la cafetería de enfrente. La subinspectora García, que estaba siguiendo un curso de criminología para ascender por promoción interna al puesto de inspectora, se refería a estas reuniones como las «sesiones de perfilación criminal». Él, que era de la vieja escuela, prefería gritar «a mi despacho» y preguntar «¿qué tenemos?». Estaba casi decidido a pedir el plato número uno, el que llevaba huevos, patatas fritas, lomo adobado y beicon.

—¿Qué tenemos? —dijo, satisfecho. Le encantaba ser el jefe.

—Emiliano Larreta, sesenta y tres años, catedrático de Latín —comenzó García—, casado con María Luisa Perrón, ama de casa, padre de Briseida Larreta Perrón, economista…

—Briseida, qué nombre tan curioso —interrumpió Cano. Todos sabían que su mujer estaba embarazada y la elección del nombre de la criatura se había convertido en una obsesión para el matrimonio.

—Era la esclava de Aquiles —aclaró Pérez—. Agamenón se la quitó y eso provocó su mítica cólera, que le llevó a dejar de luchar y provocó muchas muertes entre los griegos. Es el principio de la *Ilíada*.

—Menos mal que no la pusieron Agamenona —se burló Robledo.

—Briseida es bonito —dijo Cano.

—Agentes, por favor —les recriminó García.

Gajanejos apretaba las mandíbulas contando hasta diez. A veces pensaba que era un milagro que consiguieran resolver un solo caso.

—Briseida, la del bello nombre —siguió García—, estudia un máster sobre economía de la globalización en Stoke-on-Trent, Inglaterra. No ha venido a España desde principios de septiembre.

—¿Ha hablado con la viuda? —interrumpió Gajanejos.

—Sí, inspector. Viene de camino a Madrid. Al parecer, lleva cinco días en Betanzos cuidando a su anciana madre. Por eso nadie echó de menos al profesor Larreta durante el fin de semana.

—Buena coartada —dijo Gajanejos—. Compruébela, subinspectora. En cuanto llegue a Madrid, quiero hablar con ella.

—Por supuesto. Su avión aterriza en un par de horas. Enviaré a alguien a recogerla.

—También quiero hablar con la hija.

—La directora del departamento, Felisa Mateu —dijo el agente Pérez— dio a entender que la víctima no era precisamente un hombre popular.

—Especifique, Repérez —ordenó Gajanejos.

—Solo admitía becarias. Hay rumores de que las acosaba.

—¿No hay una ley que lo prohíbe? —preguntó Cano.

—Por supuesto, agente. Y nosotros estamos aquí para que se cumpla —gritó Gajanejos. Ese día Cano estaba insufrible.

—En la actualidad —siguió el agente Pérez—, el profesor Larreta tenía dos becarias de posgrado. Una está escribiendo su tesis y la otra traduciendo una obra de Estacio.

—En cuanto tengamos una hora de muerte más precisa, hablaremos con ellas —dijo el inspector.

—¿Cree que el asesino es una mujer? —preguntó Pérez.

—Es posible —respondió García—. El hecho de que le metiera

los genitales en la boca puede indicar una venganza por algún tipo de agresión sexual. Tendremos que investigar a las becarias de los últimos tres años como mínimo.

—Encárguese, subinspectora. Y compruebe también qué hacía y dónde estaba Felisa Mateu en el momento del crimen. Hay que verificar las coartadas de todas las mujeres con las que la víctima estuviera relacionada. Usted, Cano, vuelva a la facultad y vigile que nadie rompa la cinta de balizamiento; no me fío de la curiosidad de un edificio lleno de estudiantes. Dense prisa, que el tiempo vuelta.

—*Tempus fugit* —suspiró García.

Gajanejos disolvió la reunión pensando que en el mundo había un cierto equilibrio. Por un lado, García y Repérez, y por otro, Cano y Robledo. Al memo de Carrascal no lo incluía en la balanza, no solo porque *sensu stricto* no formara parte de su equipo, sino porque considerarlo en cualquier comparación sería deformarla por completo. Se sorprendió de haber usado él también una locución latina. Para compensar, en la cafetería, pidió doble ración de panceta.

María Luisa Perrón llegó al aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas con cincuenta minutos de retraso, lo cual, pensó Gajanejos, era toda una hazaña para un vuelo que solo duraba una hora y cuarto. Había enviado a García a recogerla, tanto por su cargo de subinspectora como por su amabilidad y buena mano para lidiar con situaciones difíciles. Y una mujer que acababa de quedarse viuda era para el inspector una situación en extremo difícil. Tenía la esperanza de que García pudiera convencer a la señora Perrón de que mantuvieran una entrevista esa misma tarde. A medida que pasaban las horas, Gajanejos comenzó a considerar la conveniencia de dejarlo para el día siguiente, no solo por la fatiga y la pesadumbre que afligirían a la viuda, sino, sobre todo, por la difícil digestión que estaba sufriendo él mismo. La chistorra y el beicon debían de estar jugando un partido de fútbol en su estómago, jaleados por los huevos fritos y el flan de nata que pidió de postre. Durante la comida había pensado que Repérez era un blandengue por almorzar un triste pescado al horno con patatas. Con toda probabilidad, el chico tendría el estómago revuelto después de la inspección ocular de la escena del crimen, concedió. Ahora comprendía que había sido mucho más acertada su elección, pero ni

muerto le daría el gusto de reconocerlo. Por fortuna, la viuda pospuso el encuentro hasta el día siguiente; esa tarde quería descansar y esperar en casa la llegada de su hija. García le informó de que no se había dejado conducir en el coche patrulla. Había cogido un taxi en el aeropuerto ella sola.

—Esa mujer no ha soltado una lágrima por la muerte de su marido —dijo la subinspectora.

—Es posible que todavía no haya asimilado la noticia —respondió Gajanejos. Él no conseguía asimilar la grasa de la comida.

—Puede ser. Parecía enfadada, como si todo este asunto hubiera interrumpido sus vacaciones.

—¿Ha comprobado su coartada?

—Sí, inspector. He hablado con la Guardia Civil de Betanzos. La señora Perrón fue vista el sábado a mediodía en un conocido restaurante de tortillas de patata.

—Las tortillas de patata de Betanzos son las mejores de España —interrumpió el agente Pérez.

—Es cierto, las dejan muy jugosas, con abundante huevo líquido entre las patatas —siguió García.

Gajanejos no daba crédito; esa mañana habían estado, como quien dice, nadando en la sangre de un hombre degollado, y ahora esos dos se dedicaban a la crítica gastronómica.

—¿Quién la vio? —preguntó, molesto.

—Al parecer bastante gente. La Guardia Civil dice que montó un pequeño escándalo al devolver una tortilla que consideraba poco hecha.

—¿No es esa la gracia de las tortillas de Betanzos?

—Así es, inspector. Por eso tuvo un rifirrafe a voz en grito con el dueño del restaurante. Terminó cuando a la madre de la señora Perrón le dio una crisis de ansiedad.

—O sea, que montó un bonito espectáculo a setecientos kilómetros —dijo Repérez—, el mismo fin de semana que mataron a su marido.

—Todavía no tenemos la hora de la muerte —puntualizó el inspector.

—Comprobaré el pasaje de los aviones del viernes y del sábado, por si acaso —dijo García.

Gajanejos se lo agradeció con un movimiento de cejas. No sabía

qué iba a hacer sin ella cuando aprobara la dichosa promoción.

—Inspector, aquí hay una chica que dice que si no le permitimos entrar en el despacho del profesor Larreta a coger un libro, se quema a lo bonzo.

Cano le había llamado por teléfono cuando ya estaba recogiendo para irse a casa.

—¿Ha entrado alguien en el escenario del crimen? —preguntó, preocupado.

—No parece. Los precintos están intactos.

—No permita que nadie entre, Cano.

Se estremeció al imaginarse una horda de jóvenes estudiantes accediendo al despacho todavía manchado de sangre. Algunos se impresionarían, eso seguro, pero la mayoría sacaría fotos con el teléfono móvil y las enviaría a todos sus amigos, o las tuitearía, o las pondría en su muro de Facebook, o vete tú a saber qué.

—Quédese de guardia hasta que cierre la facultad esta noche —ordenó.

—La chica insiste, inspector. Pregunta si puedo entrar yo y sacar el libro.

—No. De ninguna manera.

—Quiere saber cuándo se levantará el precinto.

—Cuando lo ordene el juez. Tómele los datos, Cano.

—Insiste en quemarse a lo bonzo si no la dejamos entrar.

—Pues dele una cerilla y llame a los bomberos. ¡Cojones!

Como de costumbre, se fue a casa caminando. Desde la comisaría a la plaza de Olavide no habría más de diez minutos a paso tranquilo. Algunos días conseguía estirarlos hasta veinte o treinta callejeando por el barrio y dando una vuelta completa a la plaza antes de subir a su piso. Lo conocían todos los tenderos y vecinos de la zona desde hacía muchos años. A la mayoría de ellos los saludaba con un simple movimiento de cabeza. A veces tenía la sensación de vivir en un pueblo, en vez de en una capital de más de tres millones de habitantes.

Olavide estaba más ruidosa que de costumbre; desde que pusieron un bar de bocadillitos con un gran número de mesas en la calle, la plaza se llenaba de jóvenes bebiendo grandes jarras de cerveza hasta la medianoche. Él mismo había picado algo en la terraza un soleado día festivo del mes anterior. Barajó la posibilidad

de comer un bocadillo de jamón serrano antes de subir a casa. Por casualidad echó una mirada en derredor antes de entrar: a las puertas de su bar, y con los brazos en jarras, Paco, conocido en todo el barrio como «el Guarrete» en alusión directa a la limpieza de su local, vigilaba la plaza con ojos de halcón.

—Esto es la ruina, inspector.

—Anímese, Paco —atinó a decir.

—La ruina —repitió el Guarrete—. Desde que pusieron esa franquicia de mierda ya no entra nadie en mi establecimiento. Los chavales solo quieren comer esa basura de bocadillos prefabricados y emborracharse con esos tanques de cerveza barata. Y los mayores han huido a otros bares por el ruido que meten esos descerebrados en cuanto llevan encima dos jarras de cerveza. ¿Ha cenado?

—No —musitó. No quería imaginar qué habría pasado si le hubiera pillado entrando en el local de los bocadillitos; el Guarrete le habría retirado el saludo de por vida, pero su esposa, la señora Josefa, habría sido capaz de atizarle con una sartén.

—Pues pase, que le voy a preparar un montado de lomo de los de verdad.

—Pero yo…

—No hay peros que valgan. Invita la casa; total, iba a tener que tirar la mercancía a la basura.

Gajanejos tuvo que comerse entero el montado de lomo con queso y beicon que, con su mejor voluntad, le había preparado la señora Josefa. Hubo de reconocer que estaba buenísimo; nada que ver con los bocadillitos de plástico del otro bar. Paco fue generoso con el vino, lo que le hizo olvidar, por el momento, sus remordimientos por la sobredosis de colesterol que estaba ingiriendo ese día. En todo el tiempo que estuvo en el bar del Guarrete no entró ni un solo cliente.

Subió a pie los cuatro pisos hasta su casa. No esperaba con ello quemar toda la grasa que había consumido durante la jornada, pero se convenció a sí mismo de que algo ayudaría. Al llegar le dolían las rodillas. Por curiosidad abrió la nevera a ver qué le había preparado Laura, su asistenta, para cenar. Mientras echaba al cubo de la basura unos grasientos filetes de lomo adobado con beicon y patatas que encontró en un *tupper*, se preguntó qué probabilidades estadísticas habría de que ocurriera una triple coincidencia

gastronómica como la de aquel día.
Necesitaba conocer la hora de la muerte lo antes posible. No solo para comprobar coartadas y reconstruir el crimen, sino también para levantar la carta astral del momento del asesinato. Estaba seguro de que al día siguiente, en cuanto hiciera la autopsia, la doctora Lázaro le daría una hora fiable. Mientras tanto, decidió utilizar las diez de la noche del viernes veintitrés de octubre; era plausible que el crimen se hubiera cometido una vez cerrada la facultad. En cualquier caso, tenía que ocuparse en algo mientras hacía la digestión antes de irse a la cama. No solía utilizar sus hallazgos astrológicos en sus investigaciones, y en caso de hacerlo se cuidaba mucho de que nadie se enterara. Obviamente, jamás había comentado su afición en la comisaría. Podía admitir que era un astrólogo mediocre, pero era un excelente policía, y además, qué cojones, en su casa hacía lo que le daba la gana.

Estuvo un buen rato mirando el gráfico de la carta astral en la pantalla del ordenador. Para él seguía siendo más fácil observar los pequeños detalles de la escena de un crimen que interpretar los símbolos astrológicos. El sol acaba de entrar en Escorpio, un signo fuerte, astuto, investigador y sincero, pero también cruel, orgulloso, vengativo y violento. En este caso, pensó, el signo debía de estar dando lo peor de sí mismo. El hecho de que Plutón estuviera al principio de la casa VIII, la casa de la muerte, le hizo pensar que la hora que había elegido era la adecuada. Plutón es un planeta maléfico y representa la destrucción, la regeneración y la muerte. Sus peores defectos son la brutalidad y la agresividad. En este caso le venía como anillo al dedo. Sonrió satisfecho; sentía que le estaba colando un gol a la doctora Lázaro. Le llamó la atención que Venus, Júpiter y Marte estuvieran muy juntos, separados apenas dos grados entre sí, pero su posición en la carta, en la casa IV, la casa de la familia, no le dijo nada.

Apagó el ordenador con una sensación de triunfo. Si hubiera tenido a mano una corona de laurel, se hubiera premiado él mismo.
La llamada de Paloma le sorprendió en el primer sueño.

—Te estás haciendo viejo, Fede; desde que cumpliste los cincuenta cada día te acuestas más temprano.

—He tenido un día muy duro.

—El mío ha sido peor —replicó ella—. El primer trimestre es un

espanto. No te imaginas cómo vuelven los niños de las vacaciones: totalmente asilvestrados.

—Pero este año te tocan los de cinco años. —Lo dijo para que ella comprobara que la escuchaba cuando le contaba sus cuitas laborales.

—La peor edad.

—¿Los cinco años?

—Es cuando empiezan a caer en la delincuencia.

—Pues yo esta mañana he estado con el cadáver de un profesor de universidad degollado y emasculado en su propio despacho.

—¡Te lo dije, Fede, te lo dije! La enseñanza es un trabajo muy peligroso, pero tú no me haces ni caso. Solo piensas en ti mismo.

Tardó más de dos horas en conciliar el sueño. Paloma había conseguido que se le marchitaran los laureles.

—*Qui bene amat, bene castigat*, o, como se dice en cristiano, «quien bien te quiere, te hará llorar» —susurró antes de caer en los brazos de Morfeo.

III

—Es el viento ábrego, inspector.

Gajanejos había llegado a la comisaría poco antes de las ocho. Desde hacía varios años el agente Carrascal montaba guardia en la puerta y saludaba con el pronóstico del tiempo. De hecho, Gajanejos pensaba que llevaba todo ese tiempo en el mismo puesto sin relevo alguno, como la bandera de España. Un ligero viento, en efecto, se había levantado esa madrugada.

—Es un viento del sudoeste, templado y húmedo —siguió Carrascal—, portador de lluvias. En Castilla lo llaman viento llovedor porque es el que trae los temporales de otoño. En Cantabria, sin embargo, tiene muy mala fama; dicen que provoca catarros, cefaleas e incluso depresión.

Aunque pareciera increíble, todavía le sorprendían los conocimientos meteorológicos de Carrascal. Aunque le llamó más la atención el ojo morado del agente.

—¿Algún problema? —preguntó, mirándole el cardenal.

—Nada, inspector. Soy un poco torpe.

Gajanejos pensó que, además de torpe, era tardo y lerdo. No comprendía qué cojones había visto García en él.

—Recuerde, inspector: vientos ábregos o llovedores. Ya verá como en un par de horas nos mojamos.

Gajanejos miró al cielo. Efectivamente, se estaba poniendo gris. No vio ninguna veleta en las inmediaciones.

—¿Cómo determina usted la dirección del viento?

—Muy fácil, inspector. Me chupo el dedo y el lado que se queda frío es por donde viene el aire.

Mientras subía las escaleras hacia su despacho pensó que la

imagen del agente Carrascal chupándose el dedo tardaría mucho tiempo en borrarse de su memoria. Eso le pasaba por preguntar.
La doctora Lázaro estaba de un humor de perros.

—Me da usted mucho trabajo, inspector. Además del examen *post mortem* habitual he tenido que hacer sendas necropsias del cuello y del aparato genital de la víctima. La próxima vez procure darme los cadáveres en una sola pieza.

—Lo intentaré, doctora.

Había hecho tres inspiraciones profundas con los ojos cerrados antes de telefonear a la forense. Al fin y al cabo, ella no tenía la culpa de que el planeta Mercurio estuviera tan dañado en su carta natal.

—Le gustará saber que he advertido una marca de pinchazo en la parte posterior del cuello.

—Hombre, lo que se dice gustarme…

—No interrumpa, inspector.

La doctora era trabajadora y eficiente. Si no tuviera a Mercurio en conjunción con el colérico Marte, sería incluso una mujer agradable. Pero el caso es que lo tenía.

—Tendremos que esperar a los resultados de los análisis toxicológicos —continuó la forense—, pero es posible, yo diría que incluso probable, que le inyectaran algún tipo de anestésico.

—Por eso no se defendió.

—Me abruma con su inteligencia, inspector.

Necesitaba la data de la muerte lo antes posible: no sabía cuánto tiempo resistiría sin mandarla a paseo.

—La causa de la muerte, en todo caso, fue exsanguinación producida por la lesión de la circulación carotidea. Es decir, para que usted lo entienda, que se desangró totalmente por la herida penetrante del cuello.

—Menos mal que me ilumina con su sabiduría, doctora.

—Las dos heridas cortantes, la del cuello y la de la zona genital, fueron hechas con precisión. Presentan bordes limpios y lineales.

—¿La emasculación fue completa?

—Completa y limpia; se hizo sin rozar la arteria femoral.

—¿Y eso qué le sugiere?

—Yo no interpreto, inspector. Solo presento los datos objetivos que me proporcionan los cadáveres; en este caso, en concreto, un

cuerpo que es el único testigo, aunque mudo, de un acto criminal: el de su propio asesinato.

—Lo sé, doctora. Y se lo agradezco de veras. —Había que dar un poco de jabón a la forense de vez en cuando para que siguiera hablando—. Le preguntaba su parecer porque confío plenamente en su criterio personal, profesional y científico.

—Eso es lógico, inspector. En mi opinión, la persona que realizó los cortes sabía muy bien lo que hacía. No hay ningún titubeo en las lesiones. El hecho de que no afectara la arteria femoral, que para su información está muy cerca de la herida, indica conocimiento y pericia.

—O sea, que pudo hacerlo un médico.

—Yo no he dicho eso exactamente. Creo que quien lo hizo tenía ciertos conocimientos de anatomía. También creo que quiso torturar a la víctima antes de matarla. Cuando se cansó del tormento, le seccionó la arteria carótida. El choque hipovolémico debió de ser muy rápido.

—Entonces pudo estar consciente mientras le cortaba los genitales y se los introducía en la boca.

—Eso se lo diré cuando tenga los resultados de los análisis toxicológicos y sepa con exactitud qué sustancia le inyectaron. Por cierto, ¿sabía usted que la jeringuilla hipodérmica desechable es un invento español?

—Qué interesante, doctora. —No podía enfadarla ahora que estaba tan habladora y distendida.

—La inventó un señor de Logroño. El mismo que inventó la fregona.

—¿Tiene la data de la muerte? —se atrevió a preguntar.

—Por supuesto.

—¿Sería tan amable de compartir conmigo esa información? —dijo Gajanejos tras unos interminables segundos de silencio en la línea.

—Le confirmo que el óbito sucedió entre las trece y las quince horas del sábado veinticuatro de octubre.

El dato le sentó como un jarro de agua fría; echaba por tierra todos sus pronósticos e interpretaciones. Era un puñetazo en toda regla a su autoestima como astrólogo.

—¿Está usted segura de que no fue el viernes por la noche?

—¿Acaso duda de mis conclusiones, inspector? —chilló la doctora—. Sepa usted que nunca me he equivocado en algo tan importante. En el informe de la autopsia tendrá usted una detallada relación de los fenómenos cadavéricos y de los procesos biológicos que, entre otros factores que no le explico porque no me entendería, me han llevado la determinación de la hora de la muerte.

—No lo dudo, doctora. Créame que no quería ofenderla.

—En atención a su problemilla, no se lo tendré en cuenta.

—Una última cuestión: ¿qué trayectoria presenta el corte de la zona genital?

—Creo que el asesino era zurdo, si es eso lo que le interesa saber.

—¿Y el instrumento utilizado?

—Me ha dicho que era la última pregunta, inspector.

—Le prometo que ya la dejo tranquila.

—Utilizó un bisturí con una hoja grande, posiblemente del número veintidós. Fue una disección muy precisa.

—Muchas gracias, doctora.

—De nada, inspector. En cuanto a lo suyo, recuerde que la cirugía hace milagros.

Había empezado a llover inopinadamente en algún momento de la mañana. Era una lluvia fina y constante, de esas que, como solía decir su madre, llenaban los pantanos. García le había ofrecido un café y unas galletas de chocolate craqueladas con azúcar glas que había hecho ella misma. No era de extrañar que el imbécil de Carrascal estuviera echando barriga. La subinspectora tenía los ojos un poco irritados, como si hubiera estado llorando la noche anterior. No presentaba ningún signo de violencia, por lo que Gajanejos se contuvo de preguntar, pese a que se moría de ganas por saber qué había pasado entre ella y su novio para que aparecieran ambos de esa guisa. No le parecía probable que García hubiera propinado un puñetazo en la cara al agente Carrascal, pero sus años de experiencia en el Cuerpo le habían enseñado que no hay que dar nada por sentado. El café y las galletas le habían entonado el cuerpo y el ánimo. Mandó al agente Pérez a la facultad con la misión de sondear a los estudiantes sobre el profesor Larreta. Si para ello tenía que asistir a alguna clase, debía hacerlo como un alumno más, ya fuera a Textos Latinos II o a Textos Latinos

cuarenta y siete. Ordenó al agente Cano que volviera a montar guardia en la puerta del despacho donde se había cometido el crimen. La sensación de plenitud que se apoderaba de él cada vez que impartía órdenes a sus subordinados se estropeó por completo cuando leyó los titulares del periódico: en primera página y con letra resaltada en negrita, podía leerse: «Venganza en la Complutense: un profesor capado y degollado en su despacho». El texto del artículo era de la misma índole que el titular, sugería lo que al periodista le daba la gana, pero sin lanzar ninguna acusación directa. El resultado era que nadie podría querellarse por lo escrito, aunque se insinuara que el profesor era una especie de sátiro que violaba a las estudiantes en la biblioteca, en su despacho y hasta en el paraninfo de la facultad. Tampoco le agradó que se utilizara el verbo *capar*, pensaba que era más apropiado para los animales. Pero sobre todo le contrarió pensar en la reacción que tendría la viuda ante semejante titular justo antes de que él fuera a interrogarla. Para compensar tanto disgusto mandó a Robledo a la redacción del periódico para que indagara sobre las fuentes de la noticia. García y él irían a visitar a la señora Perrón: ahora que tenían la data de la muerte empezaban los interrogatorios en toda regla.

La casa del difunto profesor Larreta tenía la mayor concentración de tapetes de ganchillo por metro cuadrado que el inspector hubiera visto jamás. A su lado, la casa de su abuela en Molina de Aragón, que hasta entonces batía todos los *records* en lo que a tapetes de ganchillo se refería, habría parecido un jardín zen. García y él habían llegado poco antes de la una del mediodía, pese a lo cual María Luisa Perrón les ofreció un café. Gajanejos aceptó la invitación, más que nada para distender el ambiente y poder husmear por el salón mientras su anfitriona trajinaba en la cocina. Todo estaba inmaculadamente limpio, incluso una colección de gatitos de porcelana que había encima de un aparador. El edificio era bastante nuevo, pero la decoración del piso parecía salida de una película de época. Desde las ventanas del salón se veía la parte trasera de la Jefatura Superior de Policía. Gajanejos intentó localizar la ventana del despacho del comisario principal; era alguna de la tercera planta, pero no estaba seguro de cuál.

—También es coincidencia que la víctima viviera a tiro de

piedra de la Jefatura —había dicho el inspector cuando llegaron al edificio.

—Me parece que son viviendas de profesores —dijo García. Un gran escudo de la Universidad Complutense tallado en piedra en la puerta de acceso al recinto, corroboró sus palabras—. *Universitas Complutensis Matritensis* —leyó—. A este paso terminaremos todos por aprender latín.

María Luisa Perrón entró en el salón con una bandeja en la que había una sola taza de café ya servido.

—No tenemos azúcar —dijo.

—No importa —respondió García.

Gajanejos asintió con la cabeza. El café estaba tan frío que ni con dos terrones podría haberlo tomado. Estaba seguro de que la viuda lo había hecho a propósito. La señora Perrón se sentó en el borde de una de las sillas con la espalda muy recta. Parecía que se hubiera tragado una escoba, pensó el inspector. Tenía una mueca de fastidio en la cara, impropia de una mujer cuyo marido acababa de morir.

—Les ahorraré tiempo: el rector me ha telefoneado esta mañana y me ha comunicado los detalles del crimen y los primeros resultados de la autopsia.

A Gajanejos no le gustó que alguien se inmiscuyera en su caso, ni aunque fuera el propio rector de la Universidad. El Instituto Anatómico Forense estaba ubicado en la parte trasera de la Facultad de Medicina, pero tenía entendido que era de titularidad municipal. Le molestó pensar que tendría que hablar con la doctora Lázaro.

—¿Ha leído la prensa?

—Por supuesto que no. No he tenido tiempo para tonterías.

«¡Menos mal!», pensó el inspector.

—Tenemos entendido que el sábado se encontraba usted en casa de su madre, en un pueblo de La Coruña —intervino García.

—En Betanzos —puntualizó la viuda—. Fui el miércoles pasado y pensaba quedarme otra semana como mínimo. Mi madre es muy mayor.

—¿No le extrañó que su marido no la llamara ni el sábado ni el domingo?

—No. Él no me llamaba nunca.

—¿Y usted a él?

—Tampoco.

La señora Perrón no parecía tener muchas ganas de hablar.

—¿Sabe usted si alguien quería hacer daño a su marido?

—Mucha gente, imagino. Era un profesor muy duro. Un hueso, como dicen los estudiantes. Suspendía a muchos.

—¿Había recibido alguna amenaza concreta? —preguntó Gajanejos. La viuda no estaba siendo de ninguna ayuda.

—No.

—¿Le notaba usted raro últimamente? ¿Había cambiado de hábitos o estaba más nervioso?

—No. Estaba como siempre.

—Como sabrá, la forense sitúa la hora de la muerte al mediodía del sábado. ¿Era normal que estuviera en la facultad a esas horas un fin de semana?

—Mi marido era muy trabajador, inspector. Su vida era la docencia y la literatura latina.

—¿Y la suya?

—Mi vida es mi familia. Cuando me casé y nació mi hija dejé de trabajar.

—¿A qué se dedicaba usted?

—No creo que eso sea relevante.

—Toda información es bienvenida —contestó Gajanejos. Intentó que no se notara la antipatía que le estaba provocando la viuda.

—Trabajaba en la facultad.

—¿Es también profesora de latín?

—No. Soy administrativa; trabajaba en la secretaría.

Gajanejos creyó advertir que la señora Perrón estiraba la columna vertebral unos milímetros. Briseida, la hija, apareció como un fantasma, saludó y se fue a su cuarto. A ella sí se le notaban los ojos hinchados y el semblante descompuesto.

—Una última pregunta de rutina y la dejamos descansar. ¿Cree usted que su marido tenía alguna aventura extraconyugal?

—No pienso contestar a esa pregunta. A la hora en que asesinaron a mi marido yo estaba en un concurrido restaurante de Betanzos, así que no pueden acusarme de nada. Les agradecería que se fueran de mi casa.

«*Excusatio non petita, accusatio manifesta*», pensó el inspector.

—Lamentamos su pérdida —se despidió García.

Aprovecharon para almorzar en la cafetería de Jefatura. Los escalopes con patatas que servían eran, según Gajanejos, una de las razones por las que merecía la pena ser policía.

—Tiene una coartada sólida —opinó García.

—Perfecta —reconoció Gajanejos.

El agente Cano entró en el despacho del inspector acompañado por una chica de unos veinticinco años alta, delgada y con unos grandes ojos azules.

—La pillé intentando entrar en el escenario del crimen. Había roto la cinta de balizamiento y estaba manipulando la cerradura. Se llama Raquel Navarro.

Gajanejos le mandó sentarse y despidió a Cano una vez que hubo corroborado que era la misma becaria que el día anterior había insistido en entrar en el despacho del profesor Larreta. Estaba muy tranquila, de modo que estuvo observándola en silencio un rato para provocarle alguna reacción. Fue en vano: la chica parecía un iceberg del mismo color que sus ojos.

—¿Se da cuenta de que estaba quebrantando la ley? —dijo Gajanejos para romper el hielo.

—No iba a robar nada —dijo con un mohín de fastidio.

—Romper los precintos de la Policía Nacional es un delito.

—Necesitaba entrar en el despacho del profesor Larreta para recoger mi trabajo. Le pedí ayer al guardia de la puerta que me lo sacara, pero no me hizo caso.

—Ahora es el escenario de un crimen, y permanecerá cerrado hasta que lo ordene el juez. Y no me amenace con quemarse a lo bonzo, porque no es asunto mío lo que usted haga con su cuerpo.

—¡Ustedes no entienden nada! —gritó Raquel—. Mi trabajo es muy importante.

—El mío también, señorita.

La becaria hablaba como Paloma. Ambas reivindicaban con arrogancia el valor de su trabajo. Al inspector le molestaba la altivez de su novia cuando lo mencionaba, aunque reconocía que una buena maestra de educación infantil era de vital importancia en el desarrollo de los niños.

—Llevo meses haciendo una traducción de *La Aquileida* de Estacio. Son mil doscientos versos escritos en un latín barroco muy difícil. Solo yo puedo hacerlo. No creo que se dé usted cuenta de la

trascendencia que ello conlleva.

El rictus de desprecio que acompañó a sus palabras irritó a Gajanejos. Por supuesto que no comprendía la trascendencia de *La Aquileida*, ni falta que le hacía. Es más, estaba seguro de que no tenía ninguna.

—¿Cuándo vio al profesor Larreta por última vez?

—El sábado por la mañana. Fui a su despacho a llevarle los versos que había traducido la semana anterior. Llegué a las once y me fui una media hora después.

—¿La vio alguien marcharse?

—Fui a devolver un libro a la biblioteca de filología clásica. La bibliotecaria lo tendrá anotado. Aparte de ella, no vi a nadie más; la facultad estaba casi vacía. Ni siquiera estaban los conserjes de la entrada.

—¿Le dijo algo el profesor sobre sus planes para el fin de semana?

—Nada especial; estuvimos hablando un rato sobre la infancia de Aquiles y su educación con el centauro Quirón.

«Un tema fascinante», pensó Gajanejos.

—¿Notó algo raro? ¿Lo encontró nervioso o preocupado?

—Estaba como siempre. Aunque ese día se había puesto más perfume de lo habitual; apestaba a Hugo Boss.

—¿No le gusta ese perfume?

—No me gusta el exceso de ninguna fragancia. El profesor se lo había echado a chorros.

—¿Dónde estaba usted entre las dos y las tres de la tarde?

—En mi casa.

—¿Hay alguien que lo pueda verificar?

—No, vivo sola.

—Me temo que va a tener que estar localizable los próximos días. Es probable que la volvamos a llamar. En cuanto a su traducción, sepa que está a buen recaudo. Me imagino que tendrá usted una copia.

—No. Traduzco a mano directamente del original y no hago fotocopias hasta que el profesor Larreta me da su visto bueno. La cultura de este país ha perdido a uno de sus representantes más insignes.

Gajanejos tenía la sensación de que Raquel Navarro no

lamentaba en absoluto la pérdida del profesor Larreta como ser humano. Lo único que parecía importarle era su dichosa traducción de Estacio. De momento no podía acusarla.

—¿Permitiría que le tomáramos una muestra de ADN?

—Por supuesto que no.

Repérez llegó de paisano y con una carpeta llena de folios bajo el brazo. Así pertrechado parecía aún más joven, casi un niño. Gajanejos no pudo dejar de pensar en la gran responsabilidad que a diario descansaba sobre sus púberes hombros. Lo bueno de la llegada del agente a esas horas era que se libraba de llamar a Paloma antes de abandonar la comisaría. Lo malo era que la sonrisa que lucía le hacía presagiar un informe largo y detallado. El agente Pérez le comunicó que había asistido a dos asignaturas: Textos Latinos III y Fonética y Morfología de la lengua latina. En Textos Latinos III estaban traduciendo el Canto V de la *Eneida* de Virgilio, algo referido a unos juegos deportivos; no podía ser más específico porque su latín no era demasiado bueno. En Fonética y Morfología estaban estudiando el tema del consonantismo simple, en concreto, analizando las oclusivas y las fricativas, menos la *s*, que tenía un tema aparte. Gajanejos cerró los ojos e inspiró con lentitud: Repérez, a pesar de su juventud, era un buen policía. Le concedió el beneficio de la duda y dejó que continuara hablando. En las dos clases, prosiguió el agente Pérez, el asesinato del profesor Larreta había sido el tema de conversación predominante entre los alumnos. A él, todos le identificaron como «pasma» desde el primer momento, pero habían sido muy amables y habladores. Incluso los profesores de ambas asignaturas habían detenido la exposición para preguntarle si ya habían cogido al asesino. Él les respondió que no podía facilitarles información del caso, lo que todos comprendieron sin problemas. Gajanejos respiró aliviado. La gran mayoría de los alumnos, por no decir el cien por cien, sentía una franca antipatía por la víctima. Al principio no lo reconocieron abiertamente, sino que se entretuvieron con las frases de rigor sobre la pérdida de una vida humana, la sinrazón de la violencia, etcétera, pero después de clase le invitaron a unas cañas en la cafetería de la facultad y le confesaron que el profesor Larreta era un tipo bastante odiado. Ya se sabe que *in vino veritas*. Solo admitía féminas como becarias de investigación, lo que enfurecía a los varones, y el comportamiento

que tenía con ellas era muy poco caballeroso, lo que enfurecía a las chicas. Una de las estudiantes le confesó que era del dominio público que para conseguir un puesto en la facultad había que acostarse con él. Al parecer, tenía mucho poder dentro de la universidad. Todo ello corroboraba lo ya declarado por la directora del departamento, la doctora Mateu.

—O sea, que tenía múltiples enemigos —resumió Gajanejos.

—Eso parece. Y no solo entre los estudiantes: por lo visto, los novios de algunas alumnas también se la tenían jurada.

—¿Qué becarias tenía en la actualidad?

—Solo dos: Raquel Navarro, a la que ya conoce, y otra chica que está haciendo una tesis sobre los verbos de régimen dativo en latín, pero me parece que está en Italia visitando a un distinguido catedrático.

—Compruébelo, Repérez.

—A sus órdenes, inspector.

Volvió a su casa dando un amplio rodeo por la calle Santa Engracia. Le gustaba caminar mientras clarificaba sus ideas. La terca llovizna que llevaba cayendo durante todo el día, oportunamente anunciada por Carrascal, no le amilanó. Las personas que conocía, incluido él mismo, tendían a pensar que su trabajo era el más importante para la sociedad. Y lo cierto es que tenían razón, porque el mundo era como un gigantesco puzle en el que todas las piezas se mantenían en su sitio gracias al apoyo de sus vecinas. Le gustaba el latín y consideraba que era necesario que los jóvenes lo aprendieran en la escuela. Pensaba incluso que debía ser obligatorio durante al menos dos o tres años. Es más, alguna que otra vez había manifestado que ciertos periodistas necesitaban con urgencia un curso intensivo. Pero de ahí a pensar que una traducción de *La Aquileida* de Estacio era poco menos que la piedra angular sobre la que se sostenía la Humanidad, había un trecho muy amplio. Y, sin embargo, la chica de los ojos glaciares así lo creía. Le gustaría tener la misma fe en su trabajo. Él solo cogía a los asesinos cuando ya habían cometido el crimen. Desearía que su trabajo fuera evitar los crímenes, pero no solo no era así, sino que, de hecho, no tendría trabajo si no se cometieran homicidios. Mientras subía las escaleras de su casa estornudó tres veces. «Calabobos», habría dicho Carrascal, «esta lluvia se llama calabobos».

IV

En total, ocho. Al llegar a su casa contó los tapetes de ganchillo de su abuela que habían sobrevivido en su propio piso. Dos en los reposabrazos del sofá, tres en el sillón orejero (que también tenía un tapete en la parte superior del respaldo), uno grande circular en la mesa camilla y dos en las mesillas de noche del dormitorio de sus padres. Ocho en total. Creía recordar que en casa de la señora Perrón había ese número tan solo en el recibidor de la entrada. Intentó recordar cuántos tapetes había en el tresillo del salón de la viuda; más de quince, seguro. El sonido destemplado del timbre del teléfono lo sacó de su particular recuento mental.

—Tienes que hacer algo, Federico; la niña está insoportable.

Se llevaba razonablemente bien con su exmujer, a lo que sin duda contribuía el hecho de que se hablaran lo mínimo necesario. Él no había dejado de pasarle la pensión ni un solo mes, de modo que Amparo solo le llamaba para cosas importantes, como el día en el que Lorena se cayó de un columpio y se fracturó el fémur de la pierna izquierda, o cuando a ella la operaron de apendicitis y no podía hacerse cargo de la niña. Todavía recordaba con una sensación agridulce las tres semanas que su hija pasó en su casa. Protestaba por la comida, por la almohada, por la ropa, por no poder salir con sus amigas, por estar lejos del colegio, porque él no la peinaba como lo hacía su madre, porque no la dejaba ver la televisión, porque la obligaba a hacer los deberes, e incluso porque la abuela roncaba y olía mal. En aquella época su madre aún estaba en casa y, aunque ya había tenido algún comportamiento extraño, todavía no le habían diagnosticado la demencia que ahora la mantenía ingresada en la residencia. Más tarde hubo de reconocer

que no había sido muy acertado pretender que una niña pequeña estuviera cómoda durmiendo con su abuela en una cama de matrimonio de antes de la guerra. En cualquier caso, evocaba como una liberación el momento en que la devolvió a casa de su madre. No podía dejar de sentirse culpable por ello; pensaba que no era un buen padre, aunque adorase a su hija.

—¿Qué ha sucedido exactamente? —preguntó con tono conciliador.

—Nada y todo. No ha hecho nada grave, pero me contesta continuamente y está muy agresiva. Dice que cuando cumpla los dieciocho años se va de casa.

—Eso es pasado mañana.

—Dice que la asfixio, que le coarto la libertad, que soy una censora y no sé cuántas cosas más.

—Mujer, es la edad… —Se sintió como un abuelo al decirlo.

—Ya lo sé. Pero estoy harta.

—¿No estará tomando nada raro?

—¿A qué te refieres?

—Drogas.

—No creo. Revisé su cuarto a fondo la semana pasada mientras estaba en el instituto.

Le tranquilizó saberlo; una revisión de cuarto hecha por una madre era mucho más concienzuda y efectiva que un registro policial.

—Hablaré con ella.

—Gracias, Federico. Puede que a ti te haga caso. Esta niña está necesitando un poco de mano dura.

Pensó que era algo tarde para lamentarse por la falta de una figura paterna en la educación de Lorena, pero se abstuvo de comentarlo porque sin duda le hubiera valido unos buenos veinte minutos de reproches por parte de su ex. Reproches bien fundados, todo había que decirlo.

—Por cierto, ¿qué crees que puede significar una conjunción de Júpiter y Venus en la casa VIII? —preguntó, en cambio.

Había levantado la carta astral del asesinato con la hora facilitada por la doctora Lázaro, es decir, el sábado a la hora de comer. Los planetas tenían las mismas relaciones entre sí, pero ahora el grupo formado por Marte, Venus y Júpiter se localizaban

en la casa VIII, la casa de la muerte. Seguían estando en el signo de Virgo, un signo dominado por Mercurio.

—Muchas mujeres —respondió Amparo—. ¿Es la carta de un hombre?

—Más o menos.

—Pues entonces quiere decir que hay muchas mujeres y muchas relaciones sexuales. Acuérdate de que la casa VIII es también la casa del sexo.

Eso cuadraba a la perfección con todo lo que conocía sobre el profesor Larreta, pensó Gajanejos. Casi todo lo que sabía sobre astrología se lo había enseñado Amparo. Después de su divorcio, él había seguido estudiando por su cuenta, pero tenía la sensación de que sin ella se había estancado. Amparo, en cambio, había abierto una consulta que le iba, según le contaba su hija, bastante bien. No quiso preguntar más; una cosa era que él se entretuviera levantando cartas astrales de vez en cuando, y otra muy distinta que solicitase el asesoramiento de una astróloga profesional, por más que esa astróloga fuera su exmujer y él confiara en su discreción.

Estuvo un rato en el balcón reflexionando sobre el profesor Larreta y el libre albedrío. Como astrólogo, tendía a pensar que toda nuestra vida está determinada desde el momento del nacimiento. Como policía, creía en la responsabilidad moral de cada individuo por sus propias acciones. Se propuso volver a leer a Schopenhauer; en los últimos tiempos solo leía libros de viajes a países exóticos. Era posible que en realidad lo que deseara fuera escapar de su cotidianidad y para eso la filosofía podía ser muy útil. Saludó al Guarrete y a la señora Josefa que cruzaban la plaza después de cerrar el bar; se alegró de que el frío de la noche le hubiera impulsado a ponerse un batín.

—¡Repérez! —gritó.

Faltaban cinco minutos para las ocho de la mañana, hora en la que había convocado la reunión matinal del equipo, pero le gustaba mostrar su autoridad con el agente Pérez.

—A sus órdenes, inspector.

El agente llegó en un instante, seguido por Cano y Robledo. La subinspectora García entró en el despacho del inspector a las ocho en punto con una cesta de mimbre bajo el brazo.

—¿Qué tenemos? —Gajanejos proyectó la voz como un actor de

teatro.

—El registro de llamadas del teléfono móvil de la víctima confirma la hora de la muerte dada por la forense —comenzó García—. A las doce y treinta y siete minutos recibió una llamada y estuvo hablando durante casi quince minutos.

—¿Ha comprobado el número?

—Sí, inspector. Y, ¡oh, sorpresa!, pertenece a la señorita Raquel Navarro.

—La eminente traductora de Estacio. Nos dijo que había estado en el despacho del profesor entre las once y las once y media, pero no mencionó que le llamara después. ¡Repérez, vuelva a citarla en comisaría!

—A las cuatro y veinte recibió otra llamada, que no contestó.

—Ya estaría muerto —reflexionó Robledo.

Gajanejos pensó que Robledo nunca ascendería en el Cuerpo. Sería siempre un policía de la escala básica, como Carrascal.

—La llamada era del *call center* de una compañía telefónica.

—¡Qué pesados son! —dijo Cano.

—Pesados e insistentes —corroboró García—; volvieron a llamar dos veces más esa tarde con el mismo resultado.

—¿No hubo más llamadas? —preguntó el inspector.

—No, ninguna más. He revisado también el listado de los últimos quince días. Apenas he tardado diez minutos: la víctima prácticamente no utilizaba el móvil. Solo había unas cuantas llamadas de Raquel Navarro, alguna a su casa y una al restaurante La Trainera el viernes por la mañana.

—Esa es una marisquería muy cara —interrumpió Pérez—. No creo que fuera allí a diario.

—El agente Pérez está en lo cierto —continuó García—. El *maître* me ha confirmado que el señor Larreta no era un cliente habitual. Ni siquiera sabía quién era. Tuvo que mirar el libro de reservas cuando le llamé. El profesor había reservado mesa para dos para el sábado veinticuatro.

—Quizá había quedado con una mujer —opinó el agente Pérez.

—No saque conclusiones precipitadas, Repérez —le amonestó Gajanejos.

Tenía bastante lógica, pensó. El profesor Larreta disponía de un fin de semana sin familia, y era más que probable que se hubiera

citado con alguna fémina a la que quisiera impresionar llevándola a un buen restaurante. No había que tener mucha imaginación para suponer el resto.

—¿Ha comprobado las llamadas del teléfono fijo de su casa?

—Sí, inspector —respondió García—. No hay nada reseñable; desde que su esposa se fue a Galicia, solo había dos llamadas a Inglaterra; a la hija, supongo.

Esa era una buena idea, pensó Gajanejos: mandar a Lorena un año a Inglaterra. Su sueldo no le daba para mantenerla allí, pero seguro que podría trabajar de *au pair*; que él recordase, a su hija le gustaban los niños. Una temporada viviendo por su cuenta le haría enfrentarse con la realidad de la vida, conocer otra cultura y aprender inglés, que tan importante era en esos tiempos para encontrar un buen trabajo. En definitiva, la niña espabilaría y maduraría, Amparo y él se librarían de una preocupación, y a su vuelta Lorena sería una mujer nueva.

—Pudo haberse citado por correo electrónico. —La voz del agente Pérez le sacó de su abstracción.

No se le había ocurrido. Temió estar haciéndose viejo.

—No interrumpa, Repérez —dijo, en cambio—. Eso mismo iba a preguntarle yo a la subinspectora. ¿Ha revisado el correo electrónico de la víctima?

—Todavía no. Los técnicos están descifrando las contraseñas.

—También podía haberse citado de viva voz con alguien de la facultad —reflexionó Gajanejos.

—Las personas mayores son reacias al uso de la tecnología —se atrevió a decir el agente Pérez.

El chico tenía razón. Él mismo había tardado en utilizar *WhatsApp*, *Twitter* no tenía, y por más vueltas que le daba no entendía la utilidad de *Instagram*. Por segunda vez en cinco minutos se sintió viejo.

—En el periódico no saqué nada en claro —dijo Robledo—. Se aferran al secreto profesional y a la protección de sus fuentes.

«Eso era previsible», pensó Gajanejos. Tendría que haber mandado a Repérez.

—¿Y el escenario del crimen? —preguntó a Cano.

—Hubo una especie de peregrinación de estudiantes a la puerta del despacho de la víctima. Me hicieron todo tipo de preguntas

sobre el caso, pero no se produjeron incidentes.

—Espero no tener que repetir que las preguntas las hacemos nosotros.

Se fiaba de la discreción de sus agentes de un modo razonable, pero, por lo que pudiera suceder, les repetía su deber de no revelar ningún dato de la investigación en cuanto podía.

Los resultados de la Científica no estarían hasta esa tarde, así que Gajanejos dio unas cuantas órdenes y distribuyó tareas a su arbitrio. Era el momento que más le gustaba del día.

—Les he traído unas galletitas de mantequilla —dijo de pronto García abriendo la cesta—. Quiero que me den su opinión sincera.

Repartió galletas a todos los presentes. Parecía Caperucita Roja con su cestita de mimbre. Gajanejos no salía de su asombro.

—Un poco duras para mi gusto —dijo Pérez.

—¡Qué va! Están buenísimas —opinó Cano. Alargó la mano para coger una segunda galleta.

—Yo las encuentro demasiado dulces —intervino Robledo—. Pero es normal que las galletas de mantequilla sean muy dulces.

Gajanejos miraba a sus hombres con cara de incredulidad.

—He abierto un blog de cocina, inspector, y quería su opinión —aclaró García.

—Coman fuera de mi despacho —zanjó él. Lo dijo en un tono más autoritario del que hubiera deseado.

Cuando estuvo solo, se comió su galleta. Estaba deliciosa.

—Estoy mucho más tranquila, inspector.

Había telefoneado a la doctora Lázaro con intención de amonestarla por las filtraciones del resultado de la autopsia. Tecleó los números con sensación de regocijo: por fin iba a poder reprender a la forense. Pensaba mostrarse benévolo y comprensivo; él no era un hombre rencoroso. Pero aquella frase que la doctora le había espetado a modo de saludo, lo descolocó por completo.

—Me complace oírlo, doctora. Puedo preguntar a qué se debe su nuevo estado de serenidad.

—He hablado con Mari Carmen Pelegrín sobre su problemilla.

—¿Cómo dice?

—Pelegrín me contó que ustedes fueron novios durante algún tiempo y que no tiene usted ningún problema en sus atributos viriles.

—¿Ha hablado con Mari Carmen sobre mis atributos viriles?

—Sí, casi diez minutos.

No daba crédito a lo que oía. Estaba tan atónito que no podía reaccionar. Se le pasó por la cabeza colgar y mandar al cuerno de una vez por todas a la forense de los huevos.

—No se preocupe, inspector. Soy médico y como tal para mí usted es simplemente un espécimen anatómico.

—Se han filtrado los resultados de la autopsia a la prensa, ¿no tiene nada que decirme al respecto? —cortó Gajanejos. Lo dijo con el peor tono que fue capaz de poner.

—Yo no he hablado con la prensa.

—Bastante tenía usted con hablar con Pelegrín sobre mis atributos viriles, supongo.

—¿Le molesta?

—¿Usted qué cree, doctora? De todos modos, si me lo hubiera dicho yo mismo le habría mostrado todo lo que usted quería ver.

—No sea usted grosero. Guárdese sus vergüenzas para su novia.

Era el colmo: la doctora le insultaba a él.

—Según usted, solo soy un espécimen anatómico.

—¡Qué susceptible es usted, inspector! Eso denota una gran falta de autoestima por su parte.

—Hábleme de las filtraciones, por favor.

Tenía que cortar la conversación cuanto antes. Llevaba tres insultos en menos de cinco minutos.

—Pudo haber sido cualquiera, incluso el rector de la Universidad.

—¿El rector?

—Sí, inspector, el rector. ¡Hay que ver lo que le gusta a usted repetir todo lo que digo! El rector vino al instituto mientras estaba realizando la autopsia. Como usted sabrá, es doctor en medicina, así que no tuve ninguna objeción en que asistiera al procedimiento. De todos modos, ese juez tan bien parecido que lleva el caso no ha decretado el secreto de sumario.

Gajanejos colgó con una sensación de fracaso absoluta. Había llamado para echarle la bronca a la forense y, no solo no la había reprendido, sino que ella le había llamado grosero, susceptible, falto de autoestima y espécimen anatómico. En cambio, para el juez impúber había tenido un elogio.

—¡Hay que joderse! —gruñó.

Llegaron a la facultad poco antes del mediodía. Había pedido a la subinspectora que lo acompañara, pues sabía que las mujeres acosadas estaban más cómodas con una agente femenina, y en esa facultad parecía que todas las mujeres habían sido acosadas por el difunto profesor. Divisaron de lejos al agente Pérez que charlaba animadamente con un grupo de estudiantes.

—Repérez se está mimetizando con el ambiente —dijo Gajanejos.

—Es muy joven —concedió García.

—Si sigue así, terminará por matricularse en esta facultad.

El agente Cano, por el contrario, vestido de uniforme y en posición de firmes, hacía guardia en la puerta del despacho de la víctima. Hizo el saludo reglamentario en cuanto los vio.

—Ninguna novedad, inspector.

Gajanejos se alegró. Tenía que evitar a toda costa que se filtrara a la prensa una fotografía del despacho manchado de sangre. Pidió a García que se encargara de que lo limpiaran.

La biblioteca de filología clásica estaba ubicada al final de un ancho pasillo. Gajanejos pensó que sus grandes puertas de madera conservaban las huellas de varias generaciones de estudiantes, un eufemismo para decir que eran viejas y estaban sucias. La sala de lectura, sin embargo, al estar situada en una esquina del edificio tenía unas amplias ventanas en dos de sus lados que permitían que la luz natural inundara todo el espacio. Cinco o seis jóvenes leían o estudiaban en silencio en las mesas corridas instaladas en el centro. Gajanejos sintió un aguijonazo de nostalgia por sus propios años de estudiante. Tuvieron suerte: la bibliotecaria era la misma que había estado trabajando el sábado por la mañana.

—Trabaja usted en un lugar muy agradable —dijo el inspector. Lo pensaba de veras.

—Este edificio es maravilloso —contestó la bibliotecaria—. Tiene más de ochenta años y sigue siendo luminoso y funcional. Se inauguró en enero de 1933, mientras caía sobre Madrid una intensa nevada.

—Tiene mucho encanto —corroboró García.

A Gajanejos le hubiera gustado ir directamente al grano, pero sabía por experiencia que estas charlas banales relajaban a sus

interlocutores y les hacía olvidarse de que estaban siendo interrogados por la Policía.

—Fue de los primeros que se levantaron en la Ciudad Universitaria —siguió la bibliotecaria—. En aquel momento era rector don Claudio Sánchez-Albornoz, uno de los grandes catedráticos de Historia de España. Al estallar la guerra civil se exilió en Argentina y estuvo casi cuarenta años fuera de nuestro país. ¿Sabían ustedes que fue presidente del Gobierno de la República española en el exilio entre 1962 y 1971?

—¡Qué interesante!

Con estos datos y el del señor de Logroño que inventó la fregona, Gajanejos pensó que ya podía presentarse al concurso *Saber y Ganar* de Televisión Española.

—Tenemos entendido que el sábado estuvo usted trabajando toda la mañana.

Consideró que ya había habido suficiente charla banal.

—Sí, los sábados nos turnamos mi compañera y yo, y el pasado me tocó a mí.

—¿Recuerda si hubo mucha gente?

—Solo vino una chica a devolver un libro. Los sábados no viene casi nadie. Antes solo trabajábamos de lunes a viernes y teníamos todo el fin de semana libre, pero con el cambio de gobierno nos han fastidiado.

Gajanejos no sabía a qué gobierno se refería, pero se abstuvo de preguntar porque, al fin y al cabo, eso no era importante para el caso.

—¿Recuerda quién era esa chica?

—Raquel Navarro. Está traduciendo *La Aquileida* de Estacio, y consulta una amplia bibliografía. Vino sobre las once y media. Devolvió el libro y se fue.

—¿No vino nadie más?

—Nadie en absoluto. Abrir la biblioteca los sábados es una pérdida de tiempo.

Lo dijo como si el gobierno ese al que se refería pudiera oírla.

—¿No vio al profesor Larreta al llegar o al marcharse?

—No lo vi en todo el día. Ni siquiera pasé por delante de su despacho. Siento no poder serles de mucha ayuda.

—No se preocupe. ¿A qué hora se fue usted?

—A las dos. Cerré la biblioteca y me fui a comer a casa de mi hermana.

—¿Vio a alguien?

—A nadie, ni siquiera al conserje de la entrada. Aunque en el cuarto de baño sí había alguien.

—Explíquese, por favor.

Gajanejos y García la miraron expectantes: por fin había una novedad.

—Fui al baño de alumnas de este piso, el piso verde, y había alguien en el váter. Ya saben que las puertas no llegan al suelo así que miré por debajo para ver si estaba libre el del fondo, que es el más nuevo y da menos asco. El otro está muy viejo y no me gusta usarlo, aunque tuve que hacerlo de todos modos, porque la chica no salía.

—¿Llegó a verla o a hablar con ella?

—No. Pero me llamó la atención que llevara unos Louboutin.

Gajanejos levantó ligeramente la ceja izquierda preguntándose qué coño llevaría la mujer del váter. Miró a García que comprendió al instante.

—¿Está segura de que eran unos zapatos de la marca Louboutin? —preguntó la subinspectora.

—Segurísima. Son inconfundibles por su suela roja. Me extrañó mucho que una alumna de la facultad llevara unos zapatos tan caros y con esos taconazos. No podría jurarlo, pero me pareció que eran de los más altos.

—Eso pueden ser casi doce centímetros —apuntó García. Gajanejos había dejado el interrogatorio en sus manos.

—Fácilmente —respondió la bibliotecaria—. Me pareció que no eran unos zapatos adecuados para venir a la facultad.

—¿Algo más? —preguntó Gajanejos.

—No. Hice pis y me fui. La chica de los zapatos no salió en todo ese rato. Ya me gustaría a mí tener unos Louboutin.

—Anda, y a mí —suspiró García.

Fueron a comer a la cantina de Jefatura. El hecho de que les pillara de camino era solo la excusa que esgrimió Gajanejos para almorzar otra vez sus preciados escalopes con patatas. Sintió una terrible decepción cuando el camarero les explicó que ese día los habían sustituido por chuletas de cerdo a la riojana. Estaban tan duras que

ninguno de los dos pudo terminar el plato. El inspector se consoló pensando que el tormento sería mayor para García, dado que se había convertido en una chef internauta. No le quiso preguntar por su blog de cocina porque temía que hiciera alguna alusión al agente Carrascal, quien sería, sin duda, el principal catador de sus excelencias culinarias. Cualquier referencia a la intimidad entre ambos era algo que Gajanejos rehuía a toda costa. La subinspectora le informó, en cambio, sobre los zapatos Louboutin.

Christian Louboutin, le dijo, era un diseñador de moda francés que se había especializado en calzado femenino. Aunque su colección era muy amplia, los modelos más conocidos eran los zapatos de tacón con la famosa suela roja, cuyo precio medio podía rondar los seiscientos euros. Gajanejos no podía creer que se pudiera diferenciar una marca de zapatos solo por el color de la suela. La subinspectora hubo de explicarle que era lo más característico de la marca, algo así como su sello de identidad. De hecho, refirió, cuando se desgastan las suelas, las clientas mandan los zapatos a París para que les restauren la suela original en piel roja. No tenía ni idea de cuánto podía costar, pero seguro que más de cien euros. El inspector lo encontró plausible, habida cuenta de que poner medias suelas en el zapatero remendón de su barrio ya costaba unos treinta euros. La esencia de los Louboutin, concluyó García, se encontraba en la suela roja, que transmitía un mensaje de exclusividad y alto poder adquisitivo.

Una llamada de Mari Carmen Pelegrín, los interrumpió en pleno postre.

—Federico, hemos analizado los vestigios de la escena del crimen. Es todo muy raro. Te agradecería que vinieras en cuanto puedas.

—*Ipso facto* —respondió él.

V

La Comisaría General de la Policía Científica le producía ardor de estómago. Sus fuertes medidas de seguridad le habían demorado más de quince minutos en la puerta, a los que hubo que añadir los otros diez que estuvo esperando a que Mari Carmen Pelegrín saliera de un laboratorio de acceso restringido. Aunque lo que más desazón le producía era observar que todos los trabajadores del edificio vestían el mono blanco en todo momento y lugar. Hasta el personal administrativo llevaba bata. A veces le daba por pensar que durante los quince minutos que le retenían con las formalidades de entrada todo el personal se ponía los monos y las batas para impresionarlo a él, en una especie de Show de Truman de la Policía Científica.

—¡Sí, hombre, el Show de Gajanejos! —se había burlado Pelegrín el día que se lo comentó—. Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos que sorprenderte a ti.

No había vuelto a mencionarlo, pero no conseguía deshacerse de la sensación de irrealidad que le producían el edificio y sus trabajadores. Tampoco le gustaba el olor a desinfectante que flotaba en el aire, aunque hubo de reconocer que a los diez minutos su pituitaria se acostumbraba y dejaba de percibirlo. Supuso que Mari Carmen no lo notaría en absoluto.

—En realidad, te he hecho un favor —dijo Pelegrín. Gajanejos había empezado manifestando su incomodidad por la conversación que había mantenido con la doctora Lázaro—. No te imaginas las tonterías que se estaban diciendo sobre tus miserias.

Ni se lo imaginaba ni quería oírlo. La forense, al menos, los denominaba sus «atributos viriles».

—Tienes que ser más discreto, Federico. Yo no voy a estar

siempre disponible para salvarte el culo.

Seguro que lo había dicho con segundas, pensó él. Miró las piernas de su compañera.

Al sentarse, la bata se le había subido por encima de las rodillas. Ella pareció darse cuenta e hizo un cruce de piernas a lo Sharon Stone. Gajanejos sonrió y le perdonó cualquier afrenta que pudiera hacerle, pasada, presente o futura.

—¿Qué tienes que contarme del caso? —preguntó para centrar el tema.

—Todavía no tenemos los resultados de los análisis de ADN, pero hay algo que quiero que veas.

Pelegrín invitó al inspector a mirar por un microscopio donde se veía una especie de palo gris con líneas onduladas horizontales en un tono más claro.

—¡Vaya! —exclamó Gajanejos. No tenía ni idea de qué cojones era lo que se suponía que tenía que ver.

—Eso mismo dije yo. Aunque todavía hay más. —Pelegrín abrió una caja de madera que contenía varios portaobjetos.

—Prefiero que me expliques tus conclusiones —cortó él. No estaba dispuesto a perder más tiempo.

—Recogimos un elevado número de pelos sobre la ropa de la víctima, aunque solamente cinco tienen raíz.

—¿Crees que son del profesor Larreta?

—Estoy segura de que no son de la víctima. Los hemos comparado a través del microscopio con cabellos del cadáver y no se parecen en absoluto, ni en la forma ni en el color.

—Podrían ser de su agresor.

—*Elementary, my dear Watson*.

—¿Qué es lo que te llama la atención?

Se estaba sintiendo cada vez más incómodo; se daba cuenta de que Pelegrín se dirigía a él con el mismo tono que él usaba con el agente Cano.

—Lo que has visto al microscopio, Federico. Con excepción de unos pocos, estos pelos presentan un corte muy limpio y certero, como si los hubieran cortado a tijera. Lo normal es que los vestigios capilares sean pelos o vellos que se le caen al agresor o a otra persona en el escenario del crimen. Es muy raro que el asesino se corte el pelo encima de la víctima.

—¿Podrás hacer una analítica completa?

—Te repito que hay una buena cantidad de pelo cortado, es decir, de tallos sin folículo. En principio el pelo cortado no conserva ADN nuclear, aunque a veces queda algún resto. Lo intentaremos analizar, aunque las posibilidades de éxito son muy escasas. En el pelo sin raíz es más fácil encontrar ADN mitocondrial, que, como sabrás, no es concluyente para la identificación de una persona, ya que es compartido por todos los parientes del mismo linaje materno. Sobre la víctima solo encontramos seis pelos con raíz: cinco sobre la ropa y uno en la herida genital. A simple vista parece que corresponden a tres personas distintas: uno es largo, rubio y morfológicamente idéntico al encontrado sobre la mesa; cuatro son castaños, cortos y similares a los pelos cortados; y, por último, el de la herida genital, que parece diferente a todos los demás.

—¿Serán suficientes?

—Creo que sí. Intentaré también hacer un test de detección de drogas.

—¿Crees que son todos pelos de la cabeza?

—Te lo confirmaré cuando los analicemos. Los cortados parecen provenir de un mismo mechón.

—¿Algo más?

—Las uñas.

Gajanejos pensó que el trabajo de Mari Carmen era realmente asqueroso. Tenía que recoger, etiquetar, observar, estudiar y analizar uñas, esputos, pelos y vellos de todas las partes del cuerpo, mocos, esperma y demás fluidos corporales que se iban dejando tras de sí los presuntos asesinos. Por nada del mundo quería mirar al microscopio las uñas de las que hablaba su compañera.

—Hemos encontrado varios restos por encima de la chaqueta de la víctima.

—Supongo que también cortadas con tijera.

—Con cortaúñas.

—Puede que la víctima se hiciera la manicura esa mañana.

—Al microscopio me parecen diferentes, pero las analizaremos. Las uñas, al igual que el cabello, están compuestas por queratina y su crecimiento se debe a la división de las células en la base y en la cara interna del cuerpo de la uña. Aunque lo lógico sería pensar que no tienen una carga importante de ADN, en la práctica suelen dar

mejores resultados de lo previsto. Y tienen ADN tanto nuclear como mitocondrial. Además, al ser más gruesas que el pelo, lo conservan todo mejor, incluido el ADN y los restos de drogas.

—¿Cuándo tendrás resultados?

—Antes de lo que te imaginas. El rector está metiendo mucha presión a nuestros jefes, y tengo prioridad absoluta. Así da gusto trabajar.

—El tratamiento académico es Rector Magnífico.

Le agradó poder ilustrar a alguien con un dato curioso.

—Ya lo sabía, Federico. Yo también fui a la universidad; te recuerdo que soy bióloga.

—¿Crees que el pelo rubio es de una mujer?

—Los pelos —corrigió Pelegrín—. También analizaremos los otros cinco cabellos que encontramos sobre el respaldo de la silla y en el suelo del despacho.

—Por ese despacho pasaban muchas chicas, así que no creo que puedan ser una prueba decisiva —concedió el inspector.

—El único pelo que supone una prueba inequívoca es el que encontramos en la herida de la zona genital de la víctima. Confío en que esté en buenas condiciones y podamos obtener el perfil. En cuanto lo tengamos, lo cotejaremos con los que tenemos en el sistema.

Gajanejos asintió. Sería un golpe de suerte que el asesino estuviera fichado y tuvieran su perfil de ADN en la base de datos.

—Las pisadas también son decisivas —siguió Pelegrín—. Están sobre la sangre de la víctima, así que solo pudo hacerlas su asesino. Corresponden a un número cuarenta y tres de un mocasín Sebago Classic.

—Te has guardado lo mejor para el final. Solo te faltaba un redoble de tambor.

—Si te lo digo antes, no hubieras prestado atención a los pelos y las uñas.

Seguro que no, pensó él, y mucho menos hubiera mirado por el microscopio.

—Había una pisada bastante completa en el lado izquierdo de la mesa —siguió Pelegrín—. Se puede apreciar con claridad la característica costura de los Sebago, e incluso parte de la «a» y la «g» de la impresión de la suela.

—¿No habría por casualidad alguna huella de unos Louboutin de tacón?

—No, nada parecido. Me sorprende que sepas lo que son unos Louboutin.

—Soy muy observador. Es una cualidad que me resulta muy útil para solucionar los casos. —Inspiró aire levantando ambas cejas.

—¡Venga ya, Federico! Te conozco lo suficiente como para saber que lo único que te interesa de la ropa femenina es quitarla con rapidez.

—Estaba pensando regalarle unos zapatos de esos a Paloma —mintió.

—Se los merece, sin duda. —Pelegrín sonreía con los ojos—. Supongo que sabes quién es una apasionada de los Louboutin.

—No.

—La doctora María Lázaro.

Llegó a la comisaría pasadas las ocho de la tarde. Le hubiera gustado ir caminando, pero la sede de la Comisaría Científica estaba demasiado lejos. Cogió un autobús hasta el Paseo de la Castellana y anduvo el tramo restante hasta su despacho. La caminata no le ayudó a ordenar sus ideas; hacía demasiado viento y la noche estaba muy desapacible. Una lluvia horizontal e intermitente le azotaba los ojos y le dificultaba la visión. No necesitaba a Carrascal para saber que hacía un tiempo de perros, aunque hubo de reconocer que lo echó de menos en la puerta de la comisaría; el parte meteorológico de una noche como aquella hubiera sido muy sustancioso. Con toda seguridad habría terminado su turno unas horas antes. El agente que hacía la guardia se limitó al saludo reglamentario. Los despachos de la comisaría asignados a su equipo presentaban un aspecto tan descorazonador como la noche: las mesas vacías y las luces apagadas invitaban al sueño. Solo el agente Pérez permanecía en su puesto. Al joven se le iluminó la cara al verlo; Gajanejos supuso que lo estaría esperando. No se equivocó. El agente le informó que ese día había acudido a Textos Latinos VI, cuyos alumnos eran prácticamente los mismos que los de Textos Latinos III y los de Fonética y Morfología de la lengua latina. Tenía la sensación de que a todas las asignaturas acudían los mismos alumnos. Habían traducido algunos *carmina* de Catulo, haciendo especial hincapié en el Carmen 85, *Odi et amo*. El profesor era un

señor mayor, compañero de promoción de la víctima. Al final de la clase le confesó que estaba consternado y que apenas había podido dormir en los dos últimos días. Le preocupaba especialmente que hubiera un asesino suelto por la facultad. Al parecer habían tenido una reunión de departamento en la que varios profesores varones habían manifestado sus temores al respecto. También le dijo, y consideraba que este dato podría ser interesante, que la primera tesis que dirigió la víctima *in illo tempore* fue la de la doctora Felisa Mateu, actual directora del departamento.

—¿A qué hora terminó su turno, Repérez?

—A las tres.

—¿Se ha quedado solo para darme el parte?

—Y por si disponía algo más, inspector.

Gajanejos achinó los ojos. Él sí que tenía un dilema *odi et amo* con el agente Repérez. En agradecimiento, el inspector le hizo un detallado resumen de los hallazgos que había hecho durante el día.

—Parecen dos personas diferentes: un hombre con una talla cuarenta y tres de pie y una mujer con tacones de marca.

Gajanejos agradeció que no dijera la palabra Louboutin. Había pasado en menos de siete horas de no saber lo que eran, a tener *louboutines* hasta en la sopa.

—Podría ser una pareja en la que ella sufriera alguna agresión por parte de la víctima —siguió reflexionando el agente Pérez—. Una pareja adinerada, por cierto. Los mocasines Sebago Classic cuestan unos doscientos euros.

—No es un crimen improvisado —dijo el inspector—. Seguro que el asesino tenía previsto que iba a haber mucha sangre. No entiendo por qué se pusieron unos zapatos tan caros.

—Casi todos los estudiantes llevan vaqueros y zapatillas deportivas. No me ha parecido ver a ninguno con ropa de marca.

Gajanejos se quedó mirando al agente durante unos segundos. Le hubiera gustado aconsejarle que estudiara una carrera universitaria y que se preparara para ascender en el Cuerpo. El chico tenía buena madera y era listo. Podría ser un excelente inspector.

—Vaya a casa y descanse. Reunión mañana a las ocho. Sea puntual —dijo, en cambio.

—No le voy a dar una orden de registro solo porque alguien haya visto unas suelas rojas en unos baños.

Había pensado que el juez Moreno sería más fácil de convencer. Le llamó para pedirle una orden de registro de la casa de Raquel Navarro.

—Fue la última persona que vio a la víctima con vida, que sepamos —arguyó Gajanejos.

—Tampoco eso justifica un registro.

Dejó de insistir. Su señoría llevaba razón y él había sido un iluso al pensar que podría manejarlo a su antojo solo porque era joven y bisoño. Dado su escaso éxito con la juventud, decidió llamar a la residencia de ancianos donde estaba ingresada su madre.

—Señor Gajanejos, estoy muy disgustada con usted.

Sor Patrocinio no era precisamente un dechado de simpatía, pero aun así le sorprendió la amonestación inmisericorde con la que la monja lo había saludado.

—Lleva usted catorce días sin visitar a su madre.

—Tengo mucho trabajo, hermana.

—Eso no es óbice. ¿Acaso se cree el único que tiene un trabajo importante?

Gajanejos se quedó sin habla: la monja se expresaba igual que Paloma.

—¿Cómo está mi madre? —atinó a decir.

—Cada vez peor. Haría usted bien en venir a verla.

Fue directamente a su casa, sin dar su habitual paseo; la noche estaba tan sombría como su estado de ánimo. El mundo entero parecía haberse confabulado en su contra. Le reconfortó pensar que ese día había ido Laura a su casa y, por tanto, la encontraría limpia y ordenada. Para no pensar en la lluvia racheada que caía en horizontal, se entretuvo imaginando qué le habría preparado para cenar. Solía dejarle la comida en un *tupper* dentro de la nevera, y luego él la calentaba en un cazo o en una sartén. Llevaba meses postergando la compra de un microondas; estaba convencido de que la radiación que recibía la comida era perjudicial para la salud. Al llegar a la plaza le llamó la atención que el bar del Guarrete estuviera cerrado. No le dio demasiada importancia, al fin y al cabo él tenía la cena preparada y esperándole en su cocina. Cuando se acercó, leyó el cartel que Paco había colgado en el cierre metálico del bar: «Cerrado por reforma». Temió que lo hubiera traspasado sin despedirse de él; el Guarrete era un elemento fundamental de su

barrio y de su plaza. No le gustaría reconocer que también lo era de su vida, pues sería admitir lo escasas que eran sus relaciones sociales. Subió las escaleras silbando la canción *With or without you* de U2.

Notó que había algo raro en el ambiente desde el momento en el que abrió la puerta. La casa olía a cerrado, era posible que Laura se hubiera olvidado de ventilar. Su cama estaba hecha con sábanas limpias, por lo que era evidente que la asistenta había ido a trabajar, aunque no se había esforzado demasiado: las toallas del baño estaban en el suelo, aunque el lavabo parecía limpio, los cacharros del desayuno estaban fregados, pero reposaban amontonados en el escurridero, los cojines del sofá no habían sido ahuecados, los tapetes de ganchillo estaban fuera de su sitio, y, lo peor de todo, Laura no había sacado la basura de manera que los grasientos filetes de lomo adobado llevaban dos días atufando la cocina. Confió en que por lo menos hubiera cocinado algo que le gustara. Se le cayó el alma a los pies cuando al abrir el *tupper* se encontró otros dos filetes de lomo tan grasientos como los de la basura. Tenía tanta hambre que los secó con papel de cocina y se los comió fríos. Las patatas fritas estaban negras y correosas. Le irritaba pensar que el imbécil de Carrascal estaría degustando una cena deliciosa preparada por su dulce bloguera culinaria. Para compensar se bebió media botella de Rioja.

La llamada de Paloma le pilló buscando en internet el Carmen 85 de Catulo.

—No me llamas nunca, Fede.

—*Odi et amo. Quare id faciam? fortasse requiris. Nescio, sed fieri sentio et excrucior* —respondió él—. Quiere decir: «Odio y amo. ¿Cómo es posible?, preguntarás acaso. No lo sé, pero siento que me ocurre y me atormenta».

—¿Estás cortando conmigo?

—No, mujer. Es una poesía de Catulo. La estoy leyendo en Wikipedia.

—Ninguno de mis alumnos llegará a saber latín. Ni siquiera apreciarán la poesía.

—¿Te gustan los zapatos Louboutin? —Tenía que cambiar de tema antes de que Paloma se eternizara con sus quejas laborales.

—Por supuesto, y los Manolos y los Louis Vuitton y los Gucci y

los Christian Dior. ¿Me vas a regalar unos zapatos?

Gajanejos le hizo un rápido resumen del caso. A Paloma la halagaba mucho la confianza que depositaba en ella y a él le servía para ordenar ideas. En todo caso, tenía que desviar la conversación para que no comenzara a reprocharle que no le hiciera regalos caros. Se sintió como un acróbata verbal esquivando los previsibles discursos de Paloma.

—Pues a mí me parece muy evidente —dijo ella—: el casanova del profesor había quedado con una mujer, se había rociado de colonia y había reservado mesa en un restaurante caro para seducirla. De todos modos, lo tenía bastante fácil. Seguramente ella se había puesto los Louboutin también para seducirlo a él. Luego apareció el novio o el marido, y en un ataque de ira se lo cargó.

Como reconstrucción no estaba mal, hubo de reconocer Gajanejos; sin embargo, había demasiados detalles que no cuadraban. El primero y más contundente era que se trataba de un asesinato muy premeditado y no de un ataque casual en un arrebato de celos. El asesino había elegido un fin de semana en el que sabía que el profesor estaría solo en casa, lo había matado en un lugar donde se aseguraba de que hasta el lunes siguiente nadie encontraría el cuerpo y se había llevado el arma del crimen y la jeringuilla hipodérmica con la que anuló la voluntad de la víctima.

—Tienes buenas ideas —admitió.

—Claro, Fede, no te olvides que yo también me muevo en ambientes difíciles. Mis alumnos son todos delincuentes en potencia. Sin ir más lejos, hace unos días tuve que expulsar al hijo de Laura.

—¿Qué has hecho? —gritó él. Ahora lo entendía todo.

—No he podido evitarlo. El niño es un psicópata.

—Pero, Paloma, que tiene seis años.

—Casi siete.

—Da igual, es un niño.

—Es un niño psicópata, Fede. Es agresivo, asocial e insensible, es decir, un auténtico psicópata. No consigo hacerme con él.

—Laura se está vengando conmigo. No limpia y me hace todos los días los mismos filetes de cerdo grasientos.

—Pues tendrás que volver al bar del Guarrete. Yo tengo que educar a mis alumnos.

—Está cerrado por reforma —se lamentó Gajanejos.

—Pues aprende a cocinar de una vez. El mundo entero no está a tu servicio.

—Yo cocino muy bien. Lo que pasa es que no tengo tiempo.

—Claro, como tienes un trabajo tan importante —se burló ella. Ahora era Paloma la que hablaba como sor Patrocinio.

—¿No tendrás una hermana monja?

—No digas tonterías. Este fin de semana mis hijos se van con su padre, así que iré a tu casa el viernes por la tarde. Espero encontrarla limpia y con la nevera llena.

Tal y como estaban las cosas iba a ser difícil, pensó Gajanejos cuando colgó. Bebió otra copa de Rioja para compensar el dolor de estómago que se iba apoderando de él. Cada vez le sentaba peor la grasa por la noche. Había sido un día muy largo y estaba deseando meterse en la cama.

Descolgó el teléfono al segundo tono; algo importante debía de haber sucedido para que lo llamaran a esas horas. Al otro lado de la línea, a la subinspectora García le temblaba la voz.

—Inspector, estoy en la comisaría de Vallecas. Han detenido al agente Carrascal.

VI

Tardó casi diez minutos en encontrar un taxi libre. Había bajado al aparcamiento para residentes donde guardaba su Seat León, pero después de más de cinco intentos hubo de rendirse a la evidencia: no tenía batería. Debía de llevar unos quince días sin arrancar el coche; no recordaba haberlo usado desde la última vez que fue a visitar a su madre, y de eso hacía por lo menos dos semanas, como amablemente le había recordado sor Patrocinio. El taxista le lanzó una torva mirada por el espejo retrovisor. Gajanejos era consciente del aspecto tan deplorable que debía de ofrecer; se había vestido a toda prisa, estaba cansado y olía a vino. No podía imaginarse qué habría hecho el imbécil de Carrascal para estar detenido en la comisaría de Vallecas. Si no fuera por el ojo morado que lucía desde el lunes, hubiera pensado que le habían pillado robando un anemómetro o un pluviómetro en algunos grandes almacenes, aunque no le pegaba que fuera un ladrón. Carrascal sería idiota, pero parecía honrado. Quizá le habían detenido precisamente por eso, por idiota; podría ser que le hubieran visto chupándose el dedo en medio de algún lugar público para determinar la dirección del viento. García le esperaba en la puerta de la comisaría con lágrimas en los ojos y el labio partido. Gajanejos se juró a sí mismo que como se lo hubiera hecho Carrascal, él mismo le cortaría los cojones y se los haría comer.

—Gracias por venir, inspector. No sabía a quién llamar.

—Tranquilícese, Rosa, y explíqueme qué ha pasado.

La había llamado por su nombre de pila y le había asido ambas manos en un intento por reconfortarla, pero había conseguido justo lo contrario. Hubo de esperar a que la subinspectora dejara de llorar

para que pudiera contarle lo sucedido. Al parecer, su exmarido se había enterado de su relación con el agente Carrascal. Ya habían tenido algún encontronazo, pero esa noche estaba especialmente borracho y les había sorprendido sin que pudieran esquivarle. Carrascal había salido en su defensa cuando empezó a golpearla. Los dos hombres habían tenido que ser atendidos por los servicios médicos y los dos estaban retenidos en comisaría.

—Tiene que presentar una denuncia contra su exmarido.

—Lo acabo de hacer, inspector, siempre lo hago. Pero es una pesadilla, vuelve cada cierto tiempo.

—Veré qué puedo hacer por Carrascal.

Dejó a García con una agente femenina que se esforzaba por consolarla. Sintió un cierto alivio, pues era consciente de que le atemorizaba más una mujer llorando que una banda de sicarios. Estaba totalmente desconcertado. Ahora resultaba que el imbécil de Carrascal no solo no era imbécil sino que además era un héroe. En cualquier caso era el imbécil de García y tenía que sacarlo de allí.

Hubo de esperar más de tres horas a que se cumplieran todas las formalidades. Carrascal salió en libertad sin cargos, con el cuerpo apaleado y varios puntos de sutura en el rostro. No podía evitar mirarlo de otra manera, al fin y al cabo se había partido la cara por la subinspectora. No quería imaginarse qué hubiera pasado si no hubiera estado cerca de ella. El exmarido pasó a disposición judicial y quedó detenido en la comisaría. Esa noche, al menos, podían estar tranquilos.

El cielo empezaba a clarear cuando les dejó en la puerta de su casa. El agente Carrascal estuvo de acuerdo en cogerse unos días de permiso hasta que su aspecto fuera más presentable. Exoneró a García de acudir a la reunión de las ocho. Cuando se marchaba, Carrascal le musitó en un aparte.

—Esto hay que solucionarlo de una vez por todas.

—¡Repérez! —gritó.

—A sus órdenes, inspector.

El agente Pérez apareció en su despacho como por arte de magia. Le sorprendió que estuviera en la comisaría tan temprano, pero no quiso preguntarle a qué hora había empezado su turno. Él había ido a su casa a ducharse y a cambiarse de ropa. Como los jueves Laura libraba, dejó las prendas sucias tiradas por el suelo del

baño; ya las recogería cuando estuviera menos cansado. Prefirió no tumbarse la hora escasa que le quedaba para ir al trabajo porque estaba seguro de que un sueño tan corto le produciría dolor de cabeza. A Repérez, por el contrario, se le veía fresco y lozano esa mañana de octubre. Había decidido que después de la reunión se ausentaría con alguna excusa verosímil y se iría a casa a dormir hasta la hora de comer.

—¿Qué tal está el agente Carrascal? —preguntó Pérez.

Gajanejos no dejaba de sorprenderse de la velocidad a la que circulaban las noticas entre sus hombres. Siempre había sido así, incluso antes de la aparición de las nuevas tecnologías. Debía de existir una especie de *WhatsApp* telepático entre los agentes que hacía imposible cualquier secreto en la comisaría.

—Sobrevivirá. ¿Alguna novedad?

—Sí, inspector. Ya tenemos los correos electrónicos de la víctima. No hay ninguna información relevante. La mayoría son de alumnos pidiendo revisión de exámenes. Hay también uno de Felisa Mateu citando a todos los profesores a una reunión de departamento la semana que viene, y varios de Groupon.

—¿Era aficionado a las compras por internet?

—No parece. En la bandeja de salida solo había mensajes de respuesta a los alumnos.

—O sea, que no tenemos nada.

—Como usted dijo, inspector, al ser una persona mayor es muy probable que no usara las redes sociales, sino que se comunicara de viva voz con sus interlocutores.

Gajanejos no recordaba si la idea había sido suya, pero agradeció a Repérez su tacto, mentalmente por supuesto.

—¿Le gusta Catulo? —preguntó por decir algo. Se había quedado con la cantilena del *odi et amo* y no paraba de repetirla en su cabeza.

—No sabría decirle. A veces emplea un lenguaje demasiado corriente. Prefiero a Ovidio; es más lírico.

Gajanejos despidió al agente recordándole que fuera puntual en la reunión de las ocho. El chico no dejaba de sorprenderle.

Había parado de llover en algún momento de la noche. Aun así, el cielo había amanecido cubierto por unas compactas nubes negras que amenazaban con descargar el diluvio universal en cualquier

momento. No podía dejar de pensar en las palabras de Carrascal. ¿Qué habría querido decir cuando afirmó que había que solucionar lo del marido de García de una vez por todas? Le daba miedo que al muy imbécil se le ocurriera hacer alguna tontería de la que podría arrepentirse el resto de su vida. Tendría que hablar con él en cuanto se recuperara; no podía pasarse la vida sacándolo de las comisarías de Madrid. Estaba cansado y no tenía ninguna novedad que presentar en la reunión de su equipo. Presentía que tenía por delante un día tedioso y aburrido, con nuevos interrogatorios pero sin grandes hallazgos. Recordó que era el cumpleaños de su hija; la llamaría a mediodía, cuando estuviera comiendo en casa con su madre, y le plantearía la posibilidad de ir un año a Londres a trabajar de *au pair*. El viento racheado golpeaba los cristales de la ventana de su despacho. Tenía sueño.

Repérez se materializó delante de su mesa.

—Inspector, han encontrado otro cadáver en la Ciudad Universitaria.

Los agentes de la Policía Científica trabajaban con celeridad. El cuerpo había aparecido dentro de un coche en una zona sin asfaltar del aparcamiento de la parte trasera de la Facultad de Ciencias Físicas de la Universidad Complutense. En cuanto comenzara a llover, las pisadas se borrarían y se perdería una valiosa información. A pesar de todo, habían tenido suerte; la lluvia del día anterior había convertido el aparcamiento en un barrizal donde las pisadas eran fácilmente identificables. Si Carrascal estuviera de servicio les hubiera podido indicar con toda precisión el momento exacto en el que volvería a llover. Gajanejos apartó el pensamiento de su cabeza como quien mata a un mosquito; no era posible que estuviera echando de menos al agente Carrascal. García había aparecido en el lugar del crimen poco después que él. Esbozó un movimiento con el carrillo derecho a modo de saludo; Gajanejos supuso que era lo más parecido a una sonrisa que podía hacer con el labio partido. Todos los presentes se esforzaron en no mirarla a la cara; era evidente que estaban al corriente de los sucesos de aquella noche. El inspector se mantuvo en la zona asfaltada a la espera de que los policías de los monos blancos terminaran su trabajo.

—¡Qué formalito estás, Federico!

Mari Carmen Pelegrín le obsequió con una amplia sonrisa. Con

anterioridad había apretado cariñosamente el hombro a García.

—¿Quién encontró el cuerpo? —preguntó Gajanejos.

—Un profesor de la facultad. Estaba tan alterado que lo están atendiendo en el vehículo del SAMUR —informó un agente uniformado.

—Yo me encargo —dijo García.

Gajanejos y Pelegrín la siguieron con la mirada mientras se alejaba.

—He oído que se está haciendo una lista de voluntarios para pararle los pies al cabrón del exmarido —dijo Pelegrín. Gajanejos palideció—. No te preocupes, solo quieren darle un susto.

Claro que se preocupaba. Bastante tenía con las veleidades heroicas del imbécil de Carrascal como para que ahora se convirtiera en un movimiento organizado.

—No podemos permitir *vendettas* dentro del Cuerpo.

—Está empezando a llover —cortó ella—. Tenemos que darnos prisa. Quiero que veas algo.

Pelegrín mostró al inspector una huella parcial en el barro cerca de la portezuela del conductor.

—La hemos fotografiado antes de que termine de borrarse. Pudiera ser de un mocasín Sebago. Te lo confirmaré en cuanto pueda estudiarla con tranquilidad.

La lluvia empezaba a uniformar todo el suelo con una alfombra de barro.

—También hemos encontrado tres casquillos del calibre 9 milímetros Parabellum. —Pelegrín le indicó los tres números amarillos junto al coche que indicaban el lugar donde habían sido hallados—. El asesino disparó a muy corta distancia.

Los agentes de la Científica extendieron unas grandes lonas por encima del automóvil donde todavía permanecía el cadáver. Terminado el examen de la zona adyacente al vehículo, Gajanejos se acercó para examinarlo.

—Puedes pisar y chapotear lo que quieras, pero no toques nada —le advirtió Pelegrín—. Todavía no hemos tomado huellas ni recogido vestigios del coche ni de la víctima.

En el asiento del conductor de un Mercedes plateado de la clase C se hallaba el cuerpo de un hombre de unos sesenta años de edad con el cinturón de seguridad abrochado. Vestía un traje gris

con chaleco y lucía una corbata de seda roja con rayas horizontales. La cabeza, ladeada hacia la derecha, presentaba en el lado de la ventanilla al menos dos orificios de bala. La oreja y su área circundante habían desaparecido y había demasiada sangre para que Gajanejos pudiera averiguar algo más. Introdujo la mano por la ventanilla abierta y comprobó que el cuerpo conservaba aún algo de calor.

—Las llaves siguen en el contacto —dijo el agente Pérez detrás de él.

El inspector le lanzó una mirada furibunda. No soportaba que le hablaran mientras estaba realizando la inspección ocular del escenario del crimen. Eso era algo que todos sus hombres sabían. El agente debió de darse cuenta y se retiró discretamente. Gajanejos siguió con su trabajo. Las llaves, en efecto, estaban puestas en el contacto, se hubiera dado cuenta él solo sin necesidad de que Repérez se lo indicara, y el freno de mano estaba echado. Dio la vuelta al coche; la ventanilla del lado derecho estaba cerrada. Desde esa posición la cabeza del hombre presentaba incluso peor aspecto. Sobre el asiento del copiloto reposaba un abrigo de paño azul marino doblado con pulcritud en cuya etiqueta podía leerse: 80 % lana, 20 % cachemira. Debajo del abrigo asomaba el asa de un maletín de piel. Cuando terminó la inspección, se encontró con la mirada de García que debía de llevar un rato esperando a que él terminara. Entornó un poco los ojos y apretó los labios. Los voluntarios de la lista que mencionó Pelegrín tendrían que esperar, porque el asunto lo iba a solucionar él personalmente.

—Adelante, García.

—La víctima es un profesor de la Facultad de Física. Al parecer, era muy madrugador porque sufría insomnio; el caso es que siempre era el primero en llegar al trabajo. Según me ha comentado el hombre que descubrió el cadáver, siempre aparcaba el coche en el mismo lugar.

—¿Él cómo lo sabe?

—Porque era el segundo en llegar. Es también profesor en la facultad. Esta mañana le llamó la atención que el profesor Vargas estuviera sentado al volante. Cuando se acercó y lo vio, llamó al 112.

—Habrá pisado las huellas del asesino.

—Ya se lo comenté a Pelegrín.

Gajanejos le sonrió con los ojos. A veces deseaba que no aprobara la promoción interna a inspectora, pero se arrepentía enseguida; Rosa era una gran policía y se merecía el ascenso.

—Entonces ya conocemos la identidad de la víctima.

—Genaro Vargas, profesor de Astrofísica. Habrá que confirmarlo porque el otro profesor solo lo identifica por el coche. Es un hombre bastante mayor, y los del SAMUR han tenido que administrarle un sedante, así que no podemos averiguar nada más de momento.

Mientras los agentes de la Policía Científica se afanaban en el coche buscando huellas, tomando fotos y metiendo todo tipo de vestigios en sus bolsitas de plástico, Gajanejos echó un vistazo a su alrededor. El aparcamiento estaba situado en la parte trasera de la facultad, apartado del tráfico general y de miradas indiscretas. Un agente le confirmó que era el aparcamiento de profesores, y que, por lo tanto, solo ellos rodeaban el edificio para aparcar allí. Cuando llegaron los primeros agentes, únicamente se encontraban aparcados el coche de la víctima y el del hombre que dio el aviso.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Gajanejos.

—Nosotros llegamos a las siete y media. El aviso se recibió en el 112 a las siete y veintiuno —respondió el agente.

Realmente eran madrugadores los profesores de física, pensó Gajanejos, aunque seguro que el que encontró el cadáver había dormido algunas horas, no como él, que llevaba día y medio sin pegar ojo y encima ahora estaba a la intemperie calándose hasta los huesos. Se fijó en unas cámaras de seguridad colocadas en la esquina del edificio. Una de ellas enfocaba hacia la vía de acceso al aparcamiento y la otra a la puerta trasera del edificio de la facultad.

—Repérez, ¿qué le parece?

El agente Pérez apareció por ensalmo a su derecha.

—Ninguna cubre el lugar del crimen, pero por lo menos sabremos quien vino esta mañana al aparcamiento. Pediré las cintas.

—El lugar donde aparece la víctima no es siempre el mismo donde se ha cometido el crimen —le informó Gajanejos—. A veces los asesinos transportan los cuerpos y estos aparecen muy lejos del lugar donde se produjo el hecho delictivo.

Le apetecía instruir a alguien y, tenía que admitirlo, Repérez era

el único que le escuchaba sin rechistar.

—En este caso ambos coinciden —Pelegrín interrumpió la clase magistral—. Hemos recogido un gran número de pelos, uñas y otros restos orgánicos que había sobre el traje del cadáver. En cuanto se lleven el cuerpo, trasladaremos el coche para inspeccionarlo a fondo en nuestras dependencias.

Gajanejos deseó que fuera pronto; a pesar de la lluvia se estaba empezando a formar una pequeña multitud de curiosos que eran mantenidos a una cierta distancia por varios agentes uniformados.

—Fotografía a los curiosos —pidió a Pelegrín.

—Lo estamos haciendo, Federico. Te recuerdo que sé hacer mi trabajo muy bien.

—A veces el asesino se funde entre la gente para observar su hazaña —siguió con su explicación al agente Pérez.

—¿Está impartiendo un curso de criminalística? —La voz de la doctora Lázaro cortó su didáctica exposición.

Le extrañó no haberla oído llegar; estaba seguro de que sus tacones resonarían incluso sobre el barro. Le miró los pies sin disimulo; la doctora se había calzado unas botas de agua con estampado de leopardo.

—Me gustan sus katiuskas, doctora. ¿De qué marca son?

—¿Le parece bonito hablar de moda junto a un cadáver?

—No se enfade. Se lo he preguntado porque me extraña verla con botas. —No se atrevió a decir que, en realidad, lo que le extrañaba era verla sin sus inseparables tacones.

—¡Qué poco entendimiento tiene, inspector! ¿No ve que está lloviendo? A veces me sorprende usted.

Después de una noche en vela, las palabras de la doctora le resbalaban como el agua de la lluvia. Antes de alejarse con su maletín negro en dirección al coche, Lázaro le dijo con una sonrisa:

—Son unas Guess negras con *animal print*. Las tengo desde hace un par de años, pero están como nuevas.

—Me ha llamado tonto —le dijo a Pelegrín cuando Lázaro se hubo alejado.

—Federico, a ti te pone la doctorcita, reconócelo.

—En todo caso, elige el calzado adecuado para cada ocasión.

—¿Sospechabas de ella?

Ahora era Mari Carmen Pelegrín la que le miraba como si fuera

tonto. En ese momento uno de sus hombres la llamó y se fue sin que le diera tiempo a replicarle.

La doctora Lázaro estuvo poco rato con el cadáver, o al menos eso le pareció a él. Se había puesto una especie de chubasquero blanco que le había proporcionado Pelegrín y unos guantes de látex rosas.

—Creo contar tres orificios de bala, pero hasta que no lo tenga en mi mesa no puedo asegurar nada —dijo la doctora—. Cuando examine los anillos de contusión, le comunicaré mis conclusiones.

—Las esperaré impaciente —contestó Gajanejos—. ¿Tiene alguna sugerencia sobre la hora de la muerte?

—Pues sí. Esta vez me lo ha puesto usted fácil, inspector. Debió de fallecer entre las seis y media y las siete de la mañana. Imagino que no necesitará que le diga por qué causa.

—Siempre es un placer hablar con usted, doctora.

Los policías de la Científica ya habían recogido todo su instrumental cuando llegó el juez. A Lázaro y a Pelegrín se les iluminaron los ojos al ver apearse del taxi al juez Moreno. Esta vez su señoría llevaba el pelo recogido en una coleta y vestía una gabardina que le daba un aire a Humphrey Bogart en *Casablanca*. Solo le faltaba el sombrero. Gajanejos creyó advertir que se ruborizaba cuando los saludó, seguramente estaría recordando el numerito que montó en el despacho del profesor Larreta. Por si acaso, y para evitar que se golpeara al caer, se situó detrás de él cuando fue a inspeccionar el cuerpo. Abrió los brazos preparándose para sostener al juez si se desmayaba otra vez. Su señoría miró el cadáver durante unos segundos y tuvo un ligero espasmo. Gajanejos se acercó un poco más. En ese momento el juez se dio la vuelta y vomitó con violencia todo el contenido de su estómago sobre el pecho del inspector Gajanejos.

Cuando llegó a la comisaría sus hombres aparecieron en su despacho sin necesidad de que los llamara. Debían de llevar un rato esperándolo. Había tenido que ir a su casa a cambiarse de ropa, y había aprovechado para darse una larga ducha con agua templada. Era la segunda vez que se duchaba aquel día; a ese paso se iba a quedar sin el manto ácido de la piel. Le hubiera gustado que el cansancio y la ira que sentía se fueran por el desagüe con el agua jabonosa. El juez Moreno era un niñato y un imbécil, sentenció para

sí. La próxima vez se mantendría alejado y dejaría que se abriera la crisma si se desmayaba al ver el cadáver. Pelegrín le había limpiado la chaqueta con unas toallitas húmedas que sacó de uno de sus maletines. Aun así, su ropa apestaba a vómito. La dejó sobre la ropa sucia de la noche anterior en el suelo del cuarto de baño. Cuando tuviera tiempo la pondría en remojo para que Laura la metiera en la lavadora al día siguiente.

Su equipo le miraba en silencio, esperando una señal para empezar a hablar. Gajanejos decidió alargar la expectación abriendo la ventana del despacho. Llovía y hacía frío, pero él tenía metido el olor a vómito en la nariz y necesitaba aire fresco.

—Repérez —ordenó—, posponga los interrogatorios de Felisa Mateu y de Raquel Navarro. Hoy nos centraremos en esta nueva víctima.

En realidad, estaba tan cansado que prefería dejarlos para otro día.

—La víctima se llamaba Genaro Vargas —informó García—. Tenía 58 años y era profesor del Departamento de Astrofísica y Ciencias de la Atmósfera, actividad que combinaba con su trabajo en el Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial «Esteban Terradas», más conocido como el INTA. Estaba casado con Pilar Bordonada, de profesión farmacéutica, con quien tenía una hija, Elena, de veinte años de edad.

—¿Ha hablado con la viuda? —A Gajanejos le tranquilizaba que siempre fuera García la encargada de notificar las defunciones a las esposas.

—Está de camino a Madrid. Estaba en Bilbao asistiendo a un congreso.

—¿Y la hija?

—No he contactado con ella.

—Quiero verlas a las dos mañana a primera hora.

La victimología era muy parecida, pensó; dos profesores de edad madura, casados y con una hija cada uno, asesinados ambos en el campus de la universidad. Pero el *modus operandi* era completamente distinto. En el primer crimen, el asesino torturó a su víctima antes de matarla con un bisturí, mientras que el segundo fue una ejecución con pistola tan rápida que a la víctima ni siquiera le había dado tiempo a desabrocharse el cinturón de seguridad.

—Los dos crímenes son muy parecidos, pero muy distintos —interrumpió el agente Pérez. El chico parecía que le leía el pensamiento.

Distribuyó tareas como pudo; aquel nuevo asesinato le duplicaba el trabajo, y su equipo era muy exiguo. Pese a sus protestas, mandó a García a su casa con la orden de no aparecer por el trabajo hasta el día siguiente; el labio hinchado estaba adquiriendo una tonalidad indefinida entre el morado y el verde amarillento. Ya se las arreglaría con Repérez.

Decidió comer en casa y dormir una hora de siesta para despejarse un poco. Estaba tan cansado que no podía pensar con claridad. Si era preciso se volvería a duchar, aunque se quedara sin epidermis. Creía recordar que tenía en la despensa una lata de fabada Litoral. Subió las escaleras recordando las numerosas veces que una lata de fabada Litoral le había sacado de un apuro como el de aquel día. Además, estaba buenísima, con su choricito, su morcillita y su trocito de tocino.

Lo primero que vio en el descansillo de la escalera junto a su puerta fue una gran maleta rosa. Su hija Lorena le sonrió al verle.

—Hola papá. Me vengo a vivir contigo.

VII

Eran las cinco y media de la mañana cuando se despertó. No recordaba haber soñado, lo que era bastante inusual. En los últimos tiempos tenía todas las noches unos sueños muy vívidos. Incluso se había comprado un cuaderno que guardaba en la mesilla de noche en el que, cuando tenía tiempo antes de ir a la comisaría, apuntaba los sueños o los retazos que recordaba. Pero esta vez había dormido profundamente, sin sueños ni interrupciones. Procuró hacer poco ruido; no quería que su hija se despertara y tener que hablar con ella. El día anterior Lorena se lo había dejado muy claro: ya tenía dieciocho años y podía vivir donde ella quisiera, y aunque no estaba convencida de que lo que quisiera fuera vivir con él, de lo que sí que estaba segura al cien por cien era de que no quería vivir con su madre. Ni siquiera le había dicho que se iba de casa. Gajanejos hubo de telefonear a su ex para tranquilizarla y decirle que la niña estaba, de momento, en su piso. Él no podía echarla, pero no sabía muy bien cómo integrarla en su vida. Lorena se había instalado en la habitación de su abuela, la mejor de la casa, y había invadido el cuarto de baño con sus frascos y sus cremas. Al terminar el día, la ropa sucia de su hija estaba tirada en el suelo encima de la suya. No se sintió con autoridad moral para pedirle que la recogiera; al fin y al cabo, su propia ropa llevaba un día entero en el suelo con restos de vómito de su señoría, el juez Moreno. No le había comentado la idea de que se fuera a Londres a trabajar de *au pair* para que no pensara que quería echarla nada más llegar.

Levantó la carta astral del segundo asesinato. Marte, Venus y Júpiter seguían juntos en el horóscopo, en una triple conjunción, aunque esta vez en la casa XI, la casa de los amigos. Si Marte

representa al hombre, Venus a la mujer y Júpiter amplifica todo lo que toca, interpretó que la carta del asesinato indicaba que había muchos hombres y muchas mujeres, y que todos eran amigos. Tendría que indagar si el profesor Vargas tenía muchas amistades, y si alguna de ellas quería hacerle daño. El ascendente de la carta estaba en los últimos grados de Libra, por lo que el profesor estaba representado por Venus, que se encontraba muy débil en el signo de su exilio y conjunto a Marte, que aquí representaba a los enemigos conocidos. Dedujo que el profesor conocía a su asesino, el cual, además, era su amigo, lo que corroboraba el hecho de que hubiera bajado la ventanilla confiadamente nada más aparcar el coche y antes siquiera de sacar la llave del contacto. Gajanejos sonrió; cuando acertaba en alguna interpretación astrológica se sentía muy orgulloso, porque lo habitual era que no atinara ni una. Sin embargo no le cuadraba la presencia de Júpiter. El planeta Júpiter es algo así como la lupa del horóscopo y actúa ampliando todo lo que toca; en este caso parecía indicar una ejecución en masa, o que a la víctima la hubieran matado muchas personas. También podía indicar que había muchas muertes. No le parecía que dos asesinatos fueran tantos como para justificar la presencia de Júpiter. Cerró el ordenador con un escalofrío; esperaba no estar ante un asesino en serie de profesores de universidad.

Ventiló el despacho antes de la reunión. El cielo continuaba preñado de nubes grises. Hubo de admitir que echaba de menos el parte meteorológico de Carrascal; no saber el tiempo que haría durante la jornada le producía un cierto desasosiego. Todos saludaron con una sonrisa a García, que llegó diez minutos tarde pero con mucho mejor aspecto que el día anterior. La servilleta doblada que traía en la mano derecha hacía presagiar una nueva hornada de galletitas. El inspector se alegró de que las aguas fueran volviendo a su cauce.

—¿Qué tenemos?

—Pilar Bordonada, la esposa de la segunda víctima, nos recibirá hoy a las once en su casa —informó García.

—¿Ha comprobado su coartada? —preguntó Gajanejos.

—Sí, inspector. Cogió el vuelo del martes pasado a Bilbao, y ha estado allí todo este tiempo asistiendo a un congreso. Lo confirman varios asistentes. El organizador incluso quiere enviarnos las cintas

donde se puede comprobar su asistencia.

—Que las mande. Nunca se sabe.

—Llegó a Madrid ayer, en el vuelo de las tres de la tarde. Un par de agentes la esperaron al salir del avión.

—Nos pasamos el día esperando viudas en Barajas —opinó el agente Pérez.

—Repérez lleva razón —dijo Gajanejos—. Hay demasiadas coincidencias en estos dos crímenes.

—Puede ser que el asesino esperara a que las esposas estuvieran ausentes para matarlos con mayor tranquilidad —dijo García.

—O los asesinos —puntualizó el inspector. No podía olvidarse de Júpiter amplificándolo todo.

—Pero no los mató en sus domicilios —dijo Pérez—, por lo que no tendría que importarle que las mujeres estuvieran de viaje o en sus casas.

Otra vez Repérez llevaba razón. Gajanejos no le dio el gusto de decirlo delante de todos.

—Tendremos que esperar a los resultados de los análisis —dijo, en cambio.

Eso significaba que tenía que mantener otra agradable charla con la doctora Lázaro.

—Los de la Facultad de Física exigen una orden judicial para darnos las cintas del aparcamiento —dijo Pérez.

—Yo me encargo —dijo el inspector. Al fin y al cabo el juez le debía alguna satisfacción.

—Tendríamos que hablar también con el hombre que descubrió el cadáver —recordó García.

Gajanejos asintió y se levantó para cerrar la ventana. Empezaba a hacer un frío del carajo en el despacho.

—¿Alguien sabe si va a llover?

—Madrid, trece grados con sensación térmica de diez, parcialmente nuboso, viento de cuatro kilómetros a la hora, probabilidad de lluvia del veinte por ciento, según los datos de la estación meteorológica de Cuatro Vientos —dijo el agente Pérez mirando su teléfono móvil.

Repérez debía de tener instalada en el móvil una aplicación de información meteorológica. Gajanejos se sorprendió a sí mismo pensando que Carrascal era tan preciso, o incluso más, que la

estación meteorológica esa de Cuatro Vientos. Además, se le entendía mucho mejor y no hablaba de porcentajes; directamente te decía si iba a llover o no, que era lo único que a él le interesaba.

—Repérez, hoy cambie los latinajos por la física —ordenó—. Haga lo mismo que en filología: mézclese con los alumnos y obtenga toda la información que pueda. Sobre todo, entérese de si este profesor también acosaba a las chicas.

—Les he traído unas tejas de almendra —dijo García cuando comprendió que la reunión había acabado—. He descubierto que cocinar me relaja.

Gajanejos cogió su teja agradeciendo a la subinspectora el detalle que tenía con ellos. Estaba dispuesto a opinar que estaba exquisita aunque estuviera dura, blanda, cruda o correosa, pero no tuvo necesidad de mentir.

—Lo más difícil es acertar con el tiempo de horneado para que queden crujientes —dijo ella.

Todos asintieron con la boca llena.

—Inspector, es usted un cagaprisas. ¿No podía esperar a que le llamase yo cuando acabara la autopsia?

Gajanejos apuntó la palabra cagaprisas en una libreta; había decidido anotar los insultos con los que le obsequiaba la doctora Lázaro.

—Créame que para mí también es un placer hablar con usted.

Lo peor era que lo decía en serio. Se había acostumbrado a la afilada lengua de la doctora y hubiera echado de menos sus exabruptos. Aunque, desde luego, no le excitaba sexualmente, como había insinuado Pelegrín.

—Le confirmo lo que le dije ayer: el hombre murió como consecuencia de las heridas producidas por los tres disparos de bala que recibió en la cabeza.

—Eran heridas incompatibles con la vida, supongo.

—¡Qué sagaz es usted! ¿No le acabo de decir que murió a consecuencia de las mismas?

Apuntó que le había llamado tonto.

—¿La hora exacta?

Omitió decir que la hora exacta que quería era la de la muerte. Pensó que así ella tendría menos motivos de chanza.

—Ahora mismo son las nueve horas, seis minutos, cuarenta

segundos.

—De la muerte del sujeto, me refiero. —Gajanejos se dio por vencido.

—En el certificado de defunción he anotado las siete y diez de la mañana. Puede haber un margen de cinco o diez minutos.

—Muchas gracias, doctora.

Pensó que quizá Pelegrín se había equivocado a medias: era la doctora la que estaba enamorada de él.

—¿No quiere saber nada más? Pensé que era usted mejor investigador.

Gajanejos apuntó que le había llamado incompetente.

—Háblеme de las trayectorias —concedió.

—El primer disparo fue hecho a quemarropa, y los otros dos también desde muy corta distancia, pero algo más alejados. Ninguno tiene orificio de salida. Creo que los dos últimos sobraban: la víctima debió de morir de manera inmediata como consecuencia del primer disparo.

—O sea, que lo quiso rematar por si acaso.

—Esas son sus conclusiones, inspector. Yo solo le digo lo que hay. Los tres disparos fueron hechos desde arriba, por una persona que estaba de pie junto al coche; en los tres casos el anillo de Fisch es excéntrico y con forma de media luna.

—¿Algo más?

—Nada más. El sujeto gozaba de una excelente salud. Podría haber vivido otros veinte o treinta años. Ni siquiera tenía hiperplasia benigna de próstata. Supongo que usted se hará sus revisiones.

Tenía que cambiar de tema con urgencia; por nada del mundo quería que la conversación girara en torno a su próstata. Bastante había tenido con sus «atributos viriles».

—¿Le gustan los zapatos Louboutin? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar.

—¡Inspector! ¿No será usted un fetichista?

Apuntó «fetichista». Explicó a la doctora el motivo de su interés.

—En la calle Claudio Coello está la tienda de Christian Louboutin en Madrid —explicó Lázaro—. Ahí tienen todas las colecciones. Aunque también se pueden comprar por internet. De todos modos, los que tienen el tacón de doce centímetros no son

adecuados para cometer un crimen y salir corriendo. Esa mujer debe de ser una zapatoadicta para ir a la facultad con ese calzado.

Gajanejos se mordió la lengua: si le hubiera dicho que ella también llevaba los tacones de marras para ir a trabajar en la facultad, la doctora Lázaro se hubiera enfurecido y le interesaba tenerla contenta. Apuntó

«zapato-adicta»

en otra columna de su libreta.

—De todos modos, inspector, me sorprende que se fije usted en mis zapatos. —Lázaro puso una falsa voz de ofendida.

—Es mi trabajo, doctora: fijarme en todo.

—Yo tengo varios pares —confesó—. Son unos zapatos maravillosos.

—Y también los usa en el trabajo —se atrevió a decir Gajanejos.

—Es diferente; yo no mato a nadie. Mis clientes ya están muertos cuando entran en mi sala. Además, yo puedo permitírmelos.

El juez Moreno le mandó la orden a los cinco minutos. Cuando le llamó por teléfono, su señoría se deshizo en excusas por el incidente del día anterior. Parecía tan apurado que le dio pena, aunque se le pasó en cuanto le negó por segunda vez la orden de registro del piso de la becaria Raquel Navarro. La aflicción del juez tenía unos límites muy precisos. Por lo menos, tendría las cintas de las cámaras de seguridad del aparcamiento de la Facultad de Física ese mismo día. Mandó a Cano y a Robledo a que las recogieran *ipso facto*. Se sintió satisfecho: empezaba a echar de menos las locuciones latinas.

Mientras esperaba que fuera la hora de ir a casa de la viuda del profesor Vargas, Gajanejos decidió llamar a la residencia de ancianos. Sor Patrocinio le recordó una vez más con exactitud y precisión el número de días que llevaba sin visitar a su madre; dieciséis, en concreto. Doña Casilda, le dijo, se estaba apagando lenta pero inexorablemente, por lo cual haría bien en acudir a verla lo antes posible. Si algo le sucediera a su madre sin que la hubiera visitado por última vez, Dios no lo quisiera, estaba segura de que se arrepentiría el resto de su vida. Las palabras de la monja le sumieron en un intenso desasosiego y, aunque no le gustó su tono admonitorio, le prometió que iría a la residencia a la hora de comer.

La conversación con su hija Lorena no le restó ni un ápice de inquietud, antes bien, empezó a temer que el mundo se estuviera derrumbando en derredor.

—Papá, el niño da miedo.

Se le había olvidado comentar a su hija que tenía una asistenta, que esa asistenta se llamaba Laura, y que ese día, viernes, Laura iría a su casa a limpiar y cocinar. No sabía que fuera con su hijo, pero dado que la profesora del niño, es decir Paloma, lo había expulsado de clase durante una semana, era lógico pensar que la asistenta, es decir, Laura, se llevara al niño al trabajo, es decir, a su casa. Al fin y al cabo, la criatura tenía solo seis años. Era un poco lioso, pero perfectamente comprensible.

—A mí me da igual que venga la asistenta, pero, papá, ese niño es muy raro. Te repito que da miedo. En mi cuarto no entra.

En realidad, era el cuarto de la abuela, pensó Gajanejos.

—¿No tendrías que estar ya en el instituto?

—Me pilla muy lejos.

—Estarás estudiando, supongo.

—No, papá. Estoy decorando mi cuarto.

—El cuarto de la abuela —puntualizó él. Esta vez no se pudo callar.

—Por cierto, tendrías que ir a verla. Está muy chunga.

Cuando colgó el teléfono cerró los ojos e hizo unos ejercicios de respiración abdominal para evitar la ansiedad.

Pilar Bordonada, viuda del profesor Vargas, vivía en un piso de la calle Claudio Coello. Gajanejos recordó que esa era la calle donde se ubicaba la tienda de los dichosos zapatos de las suelas rojas y se propuso visitarla cuando terminara la entrevista. El apartamento no estaba en consonancia con el majestuoso portal del edificio: era un piso interior, oscuro y no demasiado grande, a pesar de lo cual estaba decorado con elegancia y buen gusto. No había ni un solo tapete de ganchillo.

Pilar Bordonada los esperaba con un café humeante y unas pastas que declinaron con amabilidad. Gajanejos le miró los pies una vez se hubieron sentado en el sofá. La viuda tenía los tobillos tan hinchados que creía poco probable que pudiera utilizar tacones de doce centímetros. De hecho, llevaba unos zapatos planos de color negro, a juego con el resto de su vestimenta: la señora

Bordonada se había vestido de luto riguroso en menos de veinticuatro horas. Tampoco necesitaba ponerse tacones, pensó el inspector, pues era casi tan alta como él. Con excepción de los tobillos, su aspecto general era bastante vigoroso y saludable. Después de las condolencias de rigor, empezó la entrevista con las preguntas menos violentas.

—Perdone que la molestemos en estos momentos tan dolorosos, pero es nuestro deber encontrar al culpable lo antes posible —Gajanejos omitió la palabra asesino—. ¿Sabe usted si su marido tenía enemigos o había recibido amenazas en las últimas semanas?

—No, que yo sepa —contestó Pilar Bordonada—. Mi marido era un estudioso; cuando no estaba en el INTA o en la Universidad, se encerraba en su despacho a trabajar. Realmente no puedo pensar en nadie que quisiera hacerle daño.

—¿Le comentó alguna vez si tenía enemigos en el trabajo, o si había alguien que tuviera envidia de sus logros o de su categoría profesional?

—Nunca. Mi marido era una eminencia en astrofísica extragaláctica, respetado y admirado en el mundo entero.

—Imagino entonces que tendría muchos amigos. —Gajanejos no podía olvidarse de ese Júpiter presente en la casa XI.

—Tenía muchas relaciones laborales.

—Yo me refería a amigos personales: una pandilla quizá, compañeros de fútbol o los amigos del colegio.

García lo miró extrañada.

—Creo que ya le entiendo, inspector. La respuesta es no. Genaro y yo salíamos muy poco. Antes celebrábamos nuestro aniversario de bodas cenando en un restaurante, pero desde que nuestra hija enfermó dejamos de festejar incluso los cumpleaños.

—Lo siento —dijo García.

—¿Solían ir a algún restaurante en particular?

Intentó relajar el ambiente con una pregunta banal.

—Siempre a La Trainera, pero no veo que eso sea importante.

—Simple curiosidad.

Miró a García.

—¿Cuándo se ausentó usted de Madrid?

Decidió empezar con la batería de preguntas incómodas.

—Cogí el avión a Bilbao el martes por la mañana. Estaba

asistiendo a un congreso allí cuando recibí la noticia.

La señora Bordonada sacó un pañuelo de la manga izquierda de su rebeca y se enjugó una lágrima inexistente.

—Estaba en el Tercer Congreso sobre Enfermedades Raras y Medicamentos Huérfanos —continuó la viuda—. En mi profesión hay que estar continuamente renovándose.

—¿A qué se refiere con medicamentos huérfanos? —preguntó García.

—Son los que la industria farmacéutica tiene poco interés en desarrollar y comercializar porque están destinados a enfermedades raras, es decir, a un número pequeño de pacientes.

—¿Vende usted muchas medicinas huérfanas? —preguntó el inspector.

—Yo no vendo medicinas; yo expendo medicamentos.

La viuda empezaba a resultarle antipática. Era petulante y soberbia.

—¿Dónde tiene usted la oficina de farmacia?

Él también sabía hablar con propiedad, si quería.

—En Usera.

—¿Le va bien?

—No se crea. Las farmacias ya no son lo que eran. Los beneficios son cada vez menores, y los frecuentes cambios de legislación nos dan mucho trabajo añadido. He llegado a tener cuatro empleados, pero ahora solo tengo a una chica recién licenciada.

«A la que pagará una mierda», pensó Gajanejos.

—Entonces, su marido se quedó en Madrid con su hija.

Tenía que reconducir la conversación.

—Así es.

—¿Sabe usted qué hizo su marido ayer antes de ir al trabajo? ¿Habló con él o le mandó algún mensaje?

—No hablé con él, pero le puedo decir con exactitud lo que hizo ayer mi marido. Genaro era un hombre de costumbres fijas. Se despertaba todos los días a las cinco de la mañana, se aseaba y estudiaba hasta las seis y media. Luego iba a la facultad en coche. Le gustaba impartir la clase de las ocho de la mañana; decía que los alumnos que acudían a esas horas eran los que tenían un genuino interés en la materia.

—¿Seguía todos los días la misma rutina? —terció García.

—Sí, era muy metódico.

—Entonces ayer llegaría a la facultad sobre las siete menos cuarto —reflexionó Gajanejos.

—Quizá un poco más tarde. Como yo estaba de viaje, tuvo que llevar a nuestra hija al hospital.

La señora Bordonada les explicó que su hija tenía que desayunar, comer y cenar en el Hospital del Niño Jesús. Gajanejos y García intercambiaron una veloz mirada.

—¿Podríamos hablar con su hija? —pidió García.

—Preferiría que la dejaran tranquila. Está sufriendo mucho.

—Lo entendemos, pero ella fue la última persona que vio con vida a su marido y podría recordar algo que nos ayudara en la investigación —dijo García con amabilidad.

—¿Cuántos años tiene su hija? —preguntó el inspector.

—Veinte.

—Entonces haga el favor de llamarla.

La señora Bordonada se ausentó de mala gana en busca de la hija, lo que aprovechó Gajanejos para echar una ojeada al salón. Era todo tan perfecto y estaba tan ordenado que parecía más el expositor de una tienda de muebles que el hogar de una familia. No había fotografías, ni objetos personales, ni siquiera había televisión.

Había comprendido desde el primer momento por qué la hija tenía que comer en el hospital, y, aun así, se impresionó al verla. Lo que más llamaba la atención eran los ojos, enormes y negros, con una mirada sin brillo que parecía querer decir que todo daba igual porque no había horizonte al que mirar. Los niños de la India que veía en las fotos de los periódicos o en las noticias de la televisión también tenían esos mismos ojos agrandados por la extrema delgadez, aunque los de ellos conservaban un mínimo brillo.

—Perdone que la molestemos en estos momentos tan difíciles —empezó García.

—Lo entiendo —dijo ella con un hilo de voz. Cuando se sentó en el sofá, se marcaron aún más los huesos de las rodillas.

—Tenemos entendido que ayer por la mañana su padre la llevó al hospital. —García intentaba ayudarla a hablar.

—Así es. Siempre me lleva mi madre a las nueve, pero estos días me llevaba mi padre. Me dejó en la puerta a las siete menos cuarto. Tuve que esperar hasta las ocho y media a que me dieran el

desayuno.

—¿Notó a su padre nervioso, o le dijo algo que llamara su atención?

—No. Estaba como siempre. Casi no hablamos. Era muy temprano y yo tenía mucho frío.

—¿Qué hace después de desayunar? —preguntó García—. ¿Vuelve a casa o va a algún otro lugar?

—Voy al Hospital Ramón y Cajal. Suelo coger un taxi para no llegar tarde.

—Mi hija está estudiando enfermería —puntualizó Bordonada—. Ya está en el segundo curso y ha empezado a hacer prácticas de hospital.

La chica comenzó a llorar. Gajanejos creyó conveniente terminar la entrevista.

—Muchas gracias, señorita Elena. Nos ha sido usted de mucha ayuda.

Hizo como que anotaba algo en su libreta para dar mayor énfasis a sus palabras.

—Mi nombre es Helena, con hache, como Helena de Troya —puntualizó ella.

—¡Vaya! Gracias por el dato. Lo corregiré —dijo Gajanejos sin mover un músculo de la cara.

—Mi hija se está fatigando —cortó la señora Bordonada levantándose de golpe.

—¿Desde cuándo padece su hija anorexia nerviosa? —preguntó Gajanejos una vez que Helena hubo abandonado la habitación.

—Desde hace unos tres años y medio. Les ruego que me perdonen —dijo indicándoles la salida.

Cuando cerró la puerta tras de ellos, la oyeron llorar.

La imagen de Helena Vargas no se le iba de la cabeza. Gajanejos pensaba en su propia hija, cuyos problemas, en comparación, parecían pequeñeces sin importancia. Según lo que les había dicho la madre, Helena debía de tener unos diecisiete años cuando empezó con los trastornos alimentarios. Al principio no le dieron mucha importancia, pensaron que estaría haciendo régimen para impresionar a algún chico. Cuando quisieron darse cuenta ya estaba ingresada en el Hospital del Niño Jesús. Había mejorado un poco, pero tenía que acudir todos los días al hospital para tomar las

principales comidas. Allí intentaban que comiera lo que necesitaba y, sobre todo, que no vomitara después. Se propuso prestar más atención a su hija Lorena y visitar a su madre más a menudo. Al final, se dijo, lo único importante era la familia. No le diría a su hija que se fuera a Londres. Ahora que la tenía en casa iba a disfrutar de ella y a dedicarle todo el tiempo y toda la energía que pudiera. Sería un buen padre y haría que su hija se sintiera a gusto y protegida en su casa. Miraba por la ventanilla del coche mientras volvían a la comisaría. Había comenzado a llover.

—¿En qué piensa, inspector?

García debía de verle muy melancólico.

—En que todas las familias felices se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera.

VIII

—Mamá, soy yo, Federico.

Había llegado a la residencia a la hora de la comida. Su madre estaba sentada en una mesa apartada de los demás ancianos. Una monja joven de rasgos hindúes le daba un puré verdoso con una cucharilla de café. Gajanejos se sentó junto a ellas y relevó a la hermana. Su madre apenas despegaba los labios y había que introducir la cuchara con sumo tiento por la delgada rendija que estos dibujaban, procurando que la máxima cantidad posible de puré fuera a parar dentro de la boca. A pesar del cuidado que había tenido la monja primero y el inspector después, la mayor parte del puré había terminado en el enorme babero que llevaba su madre. Doña Casilda movía la mandíbula inferior como si masticara, aunque Gajanejos sabía que era imposible porque no le quedaba ni un solo diente. Calculó que a esa velocidad, finalizar el plato podría llevarles un par de horas. Realmente las monjas se ganaban el Cielo, aunque fueran todas unas antipáticas.

—¿Está bueno el puré? —preguntó. Sabía que no tendría respuesta—. Mamá, soy yo, Federico —insistió.

Doña Casilda abrió durante unos segundos los ojos, que hasta ese momento había mantenido cerrados. Gajanejos se sorprendió al ver que el color del iris había cambiado de marrón oscuro a un tono grisáceo opaco. Desde hacía algunos años se le había formado un arco gris en torno al iris, pero ahora era como si tuviera una nube dentro del ojo. Supuso que no podría verle con nitidez, así que le cogió la mano.

—Lorena ha venido a vivir conmigo. Se ha instalado en tu cuarto.

No sabía qué decir. Su madre había vuelto a cerrar los ojos y comía mansamente. La llegada de sor Patrocinio incrementó la turbación que sentía.

—Por fin ha venido, señor Gajanejos. ¿Cómo encuentra a su madre?

Le molestó que le regañara la monja, pero, habida cuenta de la paciencia que tenían con su progenitora, decidió pasarlo por alto.

—¿Qué le pasa en los ojos?

—Es posible que tenga cataratas. Comprenderá que operarla es impensable.

Antes no le reconocía, ahora ni siquiera le veía.

—¿Por qué está en una silla de ruedas?

—No tiene fuerzas para dar un paso. Ya le dije que era urgente que viniera.

Gajanejos no la encontró tan mal. Estaba, eso sí, algo peor; su propia madre lo hubiera definido como que había pegado un bajón. Pero seguía alimentándose, que era lo primordial. Por si acaso, decidió visitarla todos los días. Se había hecho el firme propósito de ser un buen padre y un buen hijo. La imagen de Helena Vargas no se le terminaba de ir de la cabeza.

—Su hija y la madre de su hija vienen muy a menudo —insistió sor Patrocinio.

La monja nunca se refería a Amparo como su exmujer; debía de parecerle escandaloso que estuvieran divorciados.

—Son muy cariñosas —atinó a decir. No tenía la menor idea de que Amparo visitara a su exsuegra.

—Harían bien en arreglar sus diferencias por el bien de su hija. Hoy en día los jóvenes están muy perdidos.

«Y usted haría bien en meterse en sus asuntos», pensó. Entornó los ojos y asintió con la cabeza, en un gesto que podía interpretarse tanto por un «tiene usted razón», como por un «váyase usted a hacer puñetas».

Dos señoras de unos ochenta años, una de ellas apoyada en un andador, pasaron por su lado. Hablaban como si nadie pudiera oírlas.

—¡Qué buen mozo es el hijo de Casilda! —dijo una.

—Claro, es guardia civil —sentenció la otra.

A pesar de que eran las tres y media de la tarde, decidió pasar por

el despacho antes de comer. Lorena le esperaba sentada en su sillón jugando con el teléfono móvil. Confió en que no hubiera husmeado en sus papeles; había demasiado horror en su escritorio para una adolescente de dieciocho años.

—¡Ya era hora! —dijo Lorena—. Llevo siglos esperándote.

Ser padre no era fácil, pensó Gajanejos, aunque era incluso más difícil con dos asesinatos pendientes. Tendría que acostumbrarse poco a poco a su nueva faceta de *pater familias*.

—¿Qué haces aquí?

—No aguantaba en casa. El niño ese me estaba poniendo histérica.

—¿El hijo de Laura?

—Es un monstruo y su madre cocina fatal. Hizo unos filetes de lomo asquerosos.

¡Otra vez filetes de lomo! Tenía que hablar urgentemente con Laura.

—¿Estaban grasientos?

—Chorreaban aceite. No los pude comer; por eso me vine aquí.

—¿No has comido?

Le agradaba la idea de almorzar con su hija; empezó a pensar que, al fin y al cabo, ejercer de padre podía ser agradable.

—He comido con Gonzalo.

Notó como la ira nacía en su hígado y crecía como una hiedra trepadora por todo su cuerpo. Tenía que dominarse; no quería que Lorena notara su enojo.

—¿Con el agente Pérez? —la voz le salió un tono más agudo del habitual.

—Me invitó a una hamburguesa en Vips.

—Podías haberme esperado.

—No llegabas nunca y tenía hambre. Además, yo como con quien quiero.

«No en mi comisaría», pensó. Se mordió la lengua: sabía que si le prohibía algo, ella querría hacerlo con más empeño.

—Ya puedes volver a casa; Laura se habrá ido hace un rato.

—¿Me estás echando?

—Tengo que trabajar.

—Papá, te estás poniendo rojo.

Se le había pasado el hambre. Un buen rato después de que

Lorena se fuera, todavía estaba sentado en su despacho apretando las mandíbulas.

—¡Repérez! —bramó.

En la cafetería de enfrente de la comisaría habían cerrado la cocina cuando bajó a comer. El camarero le ofreció un trozo de tortilla de patata reseca que debía de llevar en el mostrador toda la mañana. Declinó la oferta con el escaso tacto que le quedaba a esas alturas y se fue a Vips a tomar una hamburguesa. Él también hubiera podido invitar a su hija a comer esa bomba de colesterol. Durante el fin de semana la llevaría a algún sitio que le gustara. Lo malo es que no sabía con exactitud qué era lo que le gustaba a Lorena. Podría llamar a su ex para informarse; Amparo tenía que conocer los gustos de la niña, y ya de paso le preguntaría por qué visitaba tan a menudo a su madre en la residencia de ancianos. La llamaría esa misma noche. Gajanejos se entretenía con esos y otros pensamientos soslayando el tema que de verdad le preocupaba: no le había dicho a Paloma que Lorena se había mudado a su piso de la plaza de Olavide, y lo peor de todo era que Paloma iría a su casa esa misma tarde en cuanto su exmarido recogiera a sus hijos del colegio, con la intención de pasar ellos dos solos todo el fin de semana. La reacción que iba a tener era más que previsible. El hecho de no habérselo comunicado a tiempo no hacía sino empeorar las cosas. Para afrontar la tarde que tenía por delante pidió un *brownie* de chocolate con helado de chocolate y chocolate caliente fundido por encima.

—No quiero sociales en mis aulas.

El tono del doctor Isidoro Benezeck, Rector Magnífico de la Universidad Complutense de Madrid, no admitía discusión. Gajanejos tardó unos segundos en recordar qué eran los «sociales». Hacía muchos años que no oía la palabra; sin duda el rector era un hombre mayor. Durante la época de Franco se denominaba «sociales» a los inspectores de la Brigada Político-Social, la policía secreta de entonces, que se hacían pasar por alumnos universitarios para vigilar y detener a los líderes estudiantiles. Muchos de ellos incluso estaban matriculados y terminaron por licenciarse con el resto de la promoción. Él no conoció esos tiempos, pero recordaba que su padre decía que no era un destino agradable, pues todos los estudiantes los reconocían desde el primer momento.

—Creo que se equivoca, señor Benezeck. —Si el rector esperaba que le aplicase el tratamiento académico estaba muy equivocado—. Mis hombres están investigando dos asesinatos cometidos en el campus de la universidad, y tienen que recabar toda la información que sea posible.

—Uno de sus hombres, como usted dice, pretendía asistir de incógnito esta mañana a una clase de Astrofísica Nuclear y de Altas Energías.

«Pobre Repérez», pensó. No pudo evitar sonreír.

—Mis hombres no van de incógnito, como usted dice —podía ser tan impertinente como el rector—, ni somos la policía secreta, ni espías, ni nada parecido. Pero le repito que tenemos que investigar dos crímenes y para ello tenemos que movernos con libertad por la universidad. Supongo que lo comprenderá usted.

Estaba liberando con el Rector Magnífico toda la bilis acumulada durante el día.

—Y yo supongo que usted entenderá que deseo que el asunto se solucione a la mayor brevedad. Me he informado sobre su pericia profesional, y parece usted bastante competente.

¿Bastante? ¡Él era el mejor!

—Me alegro de haber aprobado su examen.

—He movido algunos hilos para dar prioridad al caso. Ni que decir tiene que todos los laboratorios de la Complutense están a su disposición.

—¿Conocía usted a las víctimas?

—No. No conozco a todos los profesores. En la actualidad hay más de seis mil profesores en la Universidad Complutense, de ellos más de setecientos son catedráticos, como los difuntos doctores Larreta y Vargas.

—¿Conoce a la doctora Lázaro?

No supo por qué lo preguntó; sabía que había asistido a la autopsia del profesor Larreta.

—Una excelente profesional.

—Sin duda alguna.

El equipo al completo se había reunido en su despacho. Seguro que Cano estaba más preocupado por saber si libraría el fin de semana que por los avances de la investigación. No podía reprochárselo: su mujer estaba a punto de dar a luz. El agente Pérez no despegaba la

vista del suelo; además de evitar mirarle a los ojos, estaba blanco como un lavabo. Gajanejos se congratuló del efecto de su diatriba; Repérez no volvería a acercarse a su hija. García le sonrió al entrar. «Mierda de promoción», pensó.

—No parece que la víctima acosase a las mujeres —comenzó el agente Pérez—. Los estudiantes de Física no son muy habladores, pero por lo poco que me han dicho el profesor Vargas era un hombre serio y cabal.

—¿Asistió usted a alguna clase? —ya sabía la respuesta, pero le apetecía apretar a Repérez.

—No, inspector. El profesor de turno no me lo permitió. Dijo que bajo ningún concepto involucionaría a los tiempos de Franco. Sinceramente, no le entendí muy bien.

—Es usted muy joven, agente —dijo García con una sonrisa.

—¿Se tomaron algo en la cafetería de la facultad? —preguntó Gajanejos.

—Tampoco, inspector. Son mucho más serios que los estudiantes de filología. Aunque respondieron a mis preguntas sin ningún problema, de manera directa, como si estuvieran rellenando un formulario. El profesor Vargas era, según sus alumnos, un hombre trabajador, severo y muy puntual. No hacía distinciones entre hombres y mujeres, ponía unas notas muy bajas a todo el mundo, pero era un buen profesor y una eminencia en el campo de la astrofísica extragaláctica. En la actualidad dirigía una tesis a una doctoranda llamada Vanessa Ortega.

—Quiero hablar con ella.

—A sus órdenes.

—¿Algo más?

—Ninguno de los estudiantes con los que hablé tenía la menor idea sobre quién podría querer hacer daño al profesor.

—Tendremos que hablar con sus compañeros de trabajo —dijo García—. Si el profesor Vargas destacaba en su campo, puede que despertara envidia entre sus colegas.

—Muy bien, García. El lunes iremos a la facultad y al INTA.

—Tenemos las imágenes de las cámaras de seguridad —apuntó Robledo. Entregó un *pendrive* al inspector.

—Ya no hay cintas como las de antes —suspiró García.

—Quiero también las imágenes del congreso de farmacéuticos.

—Yo me encargo —dijo la subinspectora.

—También quiero hablar con las hijas de las víctimas a solas, sin sus respectivas madres.

García asintió. «Mierda de promoción», volvió a pensar Gajanejos.

—Se nos echa el fin de semana encima, y los resultados del laboratorio no estarán hasta el lunes. Cano y Robledo pueden descansar, pero estén localizables por si acaso. Repérez, a usted le necesito de servicio.

—A sus órdenes, inspector.

El chico no hizo el más mínimo ademán de fastidio. Se sintió un poco mal: en realidad no lo necesitaba en absoluto.

—Yo también me quedaré trabajando —anunció García.

—¿No tiene usted que preparar su examen? —preguntó Gajanejos.

Ella no contestó.

Aunque era muy tarde, se quedó en la comisaría para ver las imágenes de la cámara de seguridad del aparcamiento de la Facultad de Física. Intentó engañarse a sí mismo pensando que estaba atendiendo una llamada del deber, que no podía dejar para el día siguiente lo que podía hacer en ese momento: dos cadáveres etiquetados y fríos le imploraban desde sendas neveras de la morgue que encontrara a sus asesinos. Suspiró. Era mejor dejarse de pamplinas: la única verdad era que no le apetecía volver a casa y encontrarse con Paloma y con su hija. Seguro que le montaban una escena.

El agente Pérez se había ofrecido a quedarse en la comisaría por si le era de alguna utilidad. Tuvo que insistirle para que se marchara a casa a dormir. Al día siguiente pretendía repasar los dos casos con él y con García desde el principio, y para eso necesitaba que estuviera fresco y descansado. Además, deseaba pasar solo un rato. Estaba harto de hablar todo el día con unos y con otros. Necesitaba un poco de silencio, y era obvio que en su casa no lo iba a encontrar.

Las imágenes del aparcamiento comenzaban a las cero horas del jueves 29 de octubre. Con toda seguridad, la orden del juez se refería a las cintas del día de autos y los cabezas cuadradas de la facultad le habían dado las imágenes únicamente de ese día, desde

las cero horas, cero minutos, cero segundos. Quizá en astrofísica la exactitud fuera importantísima; cualquier mínima desviación en una trayectoria, por ejemplo, podría convertirse en una catástrofe, habida cuenta de las enormes distancias que manejaban, pero a él le hubiera gustado tener las imágenes de la última semana completa. Concedió que fueran tan puntillosos, pero ya se podían haber estirado un poco. Tendría que conformarse con lo que tenía; no quería pedir otra orden al juez.

Desde las cero horas hasta las siete y cinco de la mañana no pasaba absolutamente nada. Ni siquiera amanecía. La cámara que apuntaba hacia la vía de acceso al aparcamiento mostraba una imagen en blanco y negro como de película de los años treinta merced a la mísera luz de una farola. La que enfocaba la puerta trasera de la facultad ofrecía una negritud total hasta las siete y treinta y tres, momento en el que se mezclaban la tímida luz del amanecer con las ráfagas azules de los coches patrulla. A las siete y cinco de la mañana la cámara que apuntaba a la vía de acceso registraba la llegada de un Mercedes de la clase C conducido por un varón. Apuntó la matrícula para cotejarla con Pelegrín. A las siete y veintiuno la cámara registró la llegada de un Seat Toledo conducido por otro varón, probablemente el anciano y nervioso profesor que dio el aviso. Diez minutos después aparecían los coches patrullas, el SAMUR y el resto de sus viejos conocidos. En resumen, nada.

Había visionado cuatro veces la secuencia de las imágenes desde la llegada al aparcamiento del profesor Vargas, cuando admitió que no tenía sentido seguir postergando lo inevitable: tenía que volver a casa y enfrentarse con Paloma.

Dio un amplio rodeo por las calles Eloy Gonzalo y Fuencarral antes de llegar a la plaza de Olavide. Había dejado de llover y el aire estaba aceptablemente limpio y respirable para ser el centro de Madrid. El bar del Guarrete seguía cerrado. El rótulo con el nombre de la casa, «Vinos y Tapas Paco», había desaparecido bajo una capa de pintura color pistacho y los dos cierres metálicos estaban cubiertos por pintura anticorrosiva de color naranja rojizo. Gajanejos vio confirmadas sus peores sospechas: el Guarrete debía de haber traspasado el bar y en breve abriría alguna franquicia de moda.

Subió por las escaleras los cuatro pisos hasta su casa; no le

gustaban los ruidos que hacía últimamente el ascensor y, además, así compensaba el no ir al gimnasio lo que debiera por su edad y profesión. En realidad, llevaba meses sin ir al gimnasio. Se propuso volver en cuanto encontrara la ropa de deporte en el maremágnum de su armario. Ahora con Lorena en casa, el maremágnum amenazaba con invadir todo el piso, como un *alien* que saliera de su armario y colonizara todas las habitaciones. De hecho, había empezado por el cuarto de baño.

Abrió la puerta preparándose para lo peor; Paloma estaría furiosa, sin lugar a dudas. Entró despacio, contando cada pisada, esperando oír los gritos destemplados de dos mujeres al borde del mutuo linchamiento. En su lugar, una desenfadada risa llegó a sus oídos y le dejó completamente anonadado. En el salón, Paloma y Lorena compartían sofá, manta, confidencias y una de sus mejores botellas de Rioja.

—Fede —dijo Paloma—, no te hemos esperado porque no sabíamos cuándo ibas a venir.

—Papá, sabemos que estás muy ocupado.

Esa primera persona del plural que ambas habían empleado le dio muy mala espina.

—Hemos pedido *sushi* por teléfono. Pero no te preocupes: en la nevera tienes la comida que hizo Laura esta mañana.

O sea, los incomestibles filetes de lomo.

—Estábamos hablando del niño. Paloma me da la razón.

—Tu hija tiene muy buen criterio, Fede. Se nota que su madre la ha educado correctamente.

Aquello era el colmo: ahora alababa a su ex.

Se apoderó de la botella de Rioja como si confiscara un alijo y se fue a su habitación. Estuvo un rato escuchando la animada charla de las dos mujeres hasta que se durmió.

Le despertó el destemplado sonido del timbre de su teléfono móvil en mitad de la noche. Le costó trabajo reconocer la voz del agente Carrascal.

—Inspector, ya está todo arreglado. La subinspectora García no tendrá que preocuparse más por su exmarido.

No pudo volver a conciliar el sueño pensando en qué cojones habría hecho el imbécil del agente Fermín Carrascal.

IX

Se levantó de la cama procurando hacer el mínimo ruido posible. A su lado, Paloma roncaba de manera estentórea. Aún no había amanecido, pero le dolía la espalda de estar tumbado; no había conseguido pegar ojo en toda la noche. La grasa de los filetes de lomo, que había cenado a falta de otra cosa, la preocupación por la gesta caballeresca de Carrascal y los ronquidos de Paloma le habían mantenido insomne durante horas. A pesar de todo, debía de haber dormido en algún momento, pues recordaba retazos de un sueño en el que sor Patrocinio, al volante de un Mercedes de la clase C, se desprendía de la toca y anunciaba que había aprobado las oposiciones de la escala de subinspección y que, en adelante, ella ocuparía el puesto de García. Más que un sueño, había sido una pesadilla terrorífica.

Encendió el ordenador para ver cómo estaban los planetas ese sábado 31 de octubre; Marte y Venus, todavía muy juntos, se alejaban lenta pero inexorablemente del planeta Júpiter. La Luna, por su parte, transitaba por el signo de Géminis, lo que, en principio era favorable para la comunicación, aunque, al estar aislada y sin relacionarse con otros planetas, indicaba que esa buena comunicación no iba a llevar a ninguna parte. Estuvo tentado de anular la reunión, pero desechó la idea al instante; tenía que salir de casa antes de que las dos mujeres se despertaran.

—¿Ha pasado mala noche, inspector?

García lo miraba con semblante preocupado.

—No. He dormido ocho horas de un tirón.

Ella no debía de estar al corriente de la llamada de Carrascal y, a juzgar por su relajada expresión, tampoco de sus actuaciones,

cualesquiera que estas fueran.

—¿Qué tal está el agente Carrascal? —preguntó inopinadamente.

—Mucho mejor; el lunes se reincorpora a su puesto.

Gajanejos se alegró. Aunque pareciera increíble llevaba dos días echando de menos el parte meteorológico. Por nada del mundo reconocería que, en realidad, a quien echaba de menos era al propio Carrascal.

—Repérez, haga un resumen de la situación —ordenó.

Quería oír de labios de otra persona la secuencia de los hechos de los dos casos y Repérez era, tenía que admitirlo, un policía ordenado y sagaz.

—Tenemos dos catedráticos de la Universidad Complutense asesinados en un lapso de tiempo de cinco días. La victimología es muy similar: ambos son varones de cierta edad, casados, con una única hija con nombre de la guerra de Troya, y profesores de reconocido prestigio en su respectivo ámbito. Asimismo, ambos fueron asesinados en su lugar de trabajo. Sin embargo, el *modus operandi* es completamente distinto: el primero fue drogado, mutilado y degollado, mientras que el segundo fue ejecutado de un tiro en la cabeza.

El chico había resumido el estado de las cosas a la perfección.

—Muy bien, agente —intervino García—. Como usted dice, el segundo crimen, el del profesor Vargas, parece una ejecución en toda regla, mientras que el primer crimen presenta un grado de ensañamiento muy significativo. El hecho de que le metiera los genitales en la boca es lo que se denomina la firma del asesino. En el segundo caso no hay firma. Aun así, creo que debe de haber alguna relación entre ambos crímenes.

—Yo también lo creo —intervino Gajanejos—. Tenemos que buscar el nexo entre ambos profesores.

—Ambos habían ido alguna vez a La Trainera —apuntó García.

—No es suficiente. Interrogaremos al *maître*, pero no me parece que ese sea el vínculo por el que los mataron.

Gajanejos descolgó el teléfono al segundo tono.

—Papá, no quedan cereales.

—Pues baja y compra.

—No tengo dinero.

—Pídeselo a Paloma. ¿No sois tan amiguitas? —No pudo evitar el sarcasmo.

—Se ha ido esta mañana. Ha dicho que ya te llamará.

Tenía que haberlo previsto: la verdadera Paloma no era la mujer encantadora y amigable con su hija que había visto la noche anterior. Iban a tener una bronca monumental.

—Pues desayuna otra cosa. Ahora no puedo atenderte; estoy trabajando.

Colgó.

García le miró sonriendo. Repérez se puso rojo y no levantó la vista del suelo.

—Siento la interrupción.

No podía creerse que estuviera pidiendo disculpas a su equipo. En verdad que ser padre soltero no resultaba fácil.

—El primer asesinato parece obra de una mujer —siguió el agente Pérez con la tez todavía congestionada—, y el segundo, de un hombre.

Gajanejos y García se lo quedaron mirando.

—Lleva razón, agente. Estadísticamente, las mujeres usan más el veneno para perpetrar un crimen; en cambio, los hombres son más aficionados a las armas de fuego.

—Aunque la huella del despacho del profesor Larreta correspondía a unos mocasines de hombre de la talla 43 —le contradijo Gajanejos.

—Cierto —opinó García—, pero puede que la mujer le drogara y el hombre le degollase. No nos olvidemos de la misteriosa mujer de los Louboutin.

Gajanejos asintió. No podía dejar de pensar en todas esas Venus amplificadas por Júpiter.

—Nos concentraremos en buscar la conexión entre ambos. Ahora tómense unas horas de descanso —ordenó—. Usted, Repérez, quiero que me presente por escrito el lunes un resumen de los dos casos.

No lo necesitaba en absoluto, pero el agente iba a pagar muy cara la hamburguesa que se había tomado con su hija. Se dio cuenta, con cierto pesar, de que ese día la subinspectora no les había ofrecido galletitas.

Le despertó el timbre del teléfono. Después de unos segundos de

desorientación, comprendió que se había quedado dormido en el sillón de su despacho. Eran casi las tres de la tarde.

—Así da gusto trabajar, Federico. Me han asignado dos técnicos más y tengo prioridad en el laboratorio.

Mari Carmen Pelegrín le había llamado para adelantarle los resultados de los análisis que había realizado.

—¿Trabajas los sábados por la tarde? —preguntó el inspector. Necesitaba unos minutos para despejarse antes de que su compañera le diera los datos.

—El comisario principal me pidió que no librara hasta terminar los procedimientos.

Era evidente que el rector tenía influencias poderosas. Gajanejos no conocía demasiado bien al nuevo comisario principal, aunque le agradaba que no le molestara casi nunca y le dejara trabajar a su aire. En este caso, no solo le estaba dejando tranquilo, sino que además le facilitaba la investigación.

—Está visto que allegados no son iguales los que viven por su mano y los ricos —reflexionó.

—Metafísico estáis, Federico.

—Es que no como.

Gajanejos sonrió. Mari Carmen era su interlocutora perfecta, aparte de tener las mejores piernas del Cuerpo Nacional de Policía.

Una vez espabilado por completo, Pelegrín le refirió el resultado de los análisis realizados en el despacho del doctor Larreta. Toda la sangre analizada era de la víctima, tanto la encontrada en el despacho como en las huellas del pasillo. En cuanto a los pelos hallados sobre la ropa del cadáver, podía confirmar que se trataba de cabellos castaños de un varón. Los cuatro pelos que conservaban el bulbo, y que permitieron el análisis de ADN, eran morfológicamente idénticos a los cortados con tijera. No tenían su perfil en ninguna base de datos. Por las características morfológicas de los cabellos, suponía que pertenecían a un varón de mediana edad, ni muy joven ni muy viejo. Las uñas eran, sin lugar a dudas, del mismo individuo. Gajanejos se alegró de estar en ayunas: una vez más, la conversación sobre uñas y pelos le estaba revolviendo el estómago. Mari Carmen se quedó unos segundos en silencio. El inspector comprendió que ahora tocaba el golpe de efecto; solo le faltaba gritar «tachán».

—Ya tengo los resultados de los análisis toxicológicos.

Otros segundos de silencio.

—¿Y?

—El sujeto es cocainómano.

—¿Quieres decir que estaba drogado en ese momento?

—Quiero decir que es consumidor habitual de cocaína. En grandes dosis además. Y desde hace mucho tiempo.

—Es un buen dato; acota mucho la búsqueda.

—Te vuelvo a repetir que las uñas y casi todo el pelo están cortados con tijera y alicates.

—Es decir, no se le cayeron casualmente al agresor sobre la víctima.

—No, en absoluto. La secuencia de los hechos, tal y como yo la veo, sería la siguiente: el agresor inyecta al doctor Larreta alguna droga que lo paraliza, esto nos lo tiene que confirmar Lázaro; luego lo emascula, le mete los genitales en la boca, lo degüella, después saca unas tijeras y se corta un mechón de pelo que distribuye por encima de la víctima y, finalmente, con unos alicates se corta las uñas de las manos y las deja también sobre el cuerpo muerto del profesor. Parece obra de un psicópata.

—Hay más posibilidades —apuntó Gajanejos. No pudo evitar pensar en el hijo de Laura.

—Ese es tu trabajo, Federico. Yo solo te informo de los resultados de las pruebas.

—¿Qué hay del pelo encontrado en la herida?

—Pertenece a otra persona. Tampoco tenemos el perfil en la base de datos.

—Es una lástima; nos hubiera ahorrado mucho trabajo.

—No he podido determinar el sexo.

—No te preocupes. Servirá para identificar al asesino cuando tengamos algún sospechoso.

—El pelo largo y rubio encontrado sobre la chaqueta de la víctima es morfológicamente idéntico al encontrado sobre la mesa, de lo que deduzco que pertenecen a la misma persona, seguramente una mujer rubia. Ninguno de los dos está teñido. Los otros cinco cabellos pertenecen a cinco personas diferentes. La mesa estaba plagada de huellas digitales parciales y restos de ADN, pero no nos sirve ninguno. También recogimos una colilla del suelo con resto de

pintalabios, pero tampoco hemos podido obtener ADN.

—En la facultad está prohibido fumar.

—La gente es muy guarra. Encontramos también un trozo pequeño de esparadrapo.

—¿Algo más?

—Claro que sí. Me vas a tener que invitar a cenar.

—Será un placer.

Lo decía en serio. En ese momento hubiera invitado incluso a Jack el Destripador a cenar, almorzar, merendar, desayunar o a lo que fuera: a pesar de la conversación sobre uñas y pelos, tenía un hambre canina.

—Tengo también los análisis de los vestigios del crimen del aparcamiento. La huella encontrada en el barro corresponde al mismo tipo de mocasín Sebago, y del mismo número, que la huella encontrada en el despacho de la primera víctima.

—Puede ser una coincidencia; esos zapatos se venden mucho desde hace años. Tendrás que esforzarte un poco más si quieres una buena cena.

—¡Hombre de poca fe! —Casi podía verla sonreír a través del teléfono—. Sobre el cuerpo del difunto profesor Vargas había pelos y uñas del mismo sujeto que los encontrados sobre el profesor Larreta. La coincidencia del ADN es completa.

—Mari Carmen, puedes elegir marisquería.

Tuvo que comer solo en el bar de los bocadillitos de la plaza de Olavide. Lorena le había llamado para comunicarle que se marchaba a casa de su madre a comer, dado el lamentable estado de su despensa. El bar del Guarrete, por su parte, seguía cerrado y, a juzgar por los ruidos que salían del interior, en proceso de demolición. Se tomó cinco bocadillitos y tres jarras de cerveza. Él mismo tenía la sensación de estar cerrado por derribo; todo su mundo estaba cambiando sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Lorena había irrumpido en su cotidianeidad sin previo aviso, Paloma estaba tan enfadada que ni siquiera le había llamado, Laura estaba haciendo méritos para que la despidiera, García aprobaría la mierda de promoción interna con toda seguridad y el imbécil de Carrascal se había convertido en un héroe. Para colmo de males, el Guarrete cerraba su bar sin haber tenido la deferencia de avisarle. En ese momento, el único baluarte inamovible de su vida era el

tontaina de Repérez. «¡Hay que joderse!», pensó.

Subió por las escaleras; tenía la sensación de que si se quedaba encerrado en el ascensor, nadie acudiría a salvarlo. Un aroma conocido le sorprendió al abrir su piso.

—No te lo mereces, Fede.

—¿Ajoarriero?

Era la especialidad de Paloma.

—Te estaba esperando para comer juntos.

No podía desairar a Paloma aunque los bocadillitos y la cerveza le hubieran quitado todo el apetito. Comió hasta el hartazgo. Se consoló pensando que había sobrado suficiente ajoarriero como para poder degustarlo tranquilo al día siguiente.

Mucho rato después, mientras vomitaba abrazado al váter, pensó en Helena Vargas y en su inmenso sufrimiento.

—Señor Gajanejos, ya está usted volviendo a las andadas.

La voz de sor Patrocinio sonó como el acero. Había llamado a la residencia para interesarse por su madre. No se encontraba en condiciones de ir a visitarla, después de haber estado media hora vomitando y haber tenido la consiguiente bronca con Paloma.

—¡No sé para qué me molesto! —había gritado ella mientras se marchaba—. ¡Dos horas cocinando para esto! ¡Es como arrojar perlas a los cerdos!

—Mujer, debe de ser un virus —balbuceó él.

—Eres un desagradecido, Federico. Lo haces únicamente para molestarme. Todos los hombres sois un asco.

Se fue dando un portazo. Gajanejos agradeció quedarse solo en casa. Se encontraba algo mareado y no hubiera podido soportar una larga sesión de reproches, aunque fueran incontestables y Paloma tuviera toda la razón del mundo.

—Sepa que en esta vida estamos de paso y antes o después tendremos que rendir cuenta al Altísimo —siguió sor Patrocinio.

Tenía todavía el sabor de la bilis en la boca y la conversación con la monja no le estaba ayudando en absoluto.

—Mañana pasaré el día completo con ella —prometió el inspector.

—Usted verá lo que hace, pero le recuerdo que el tiempo huye irreparablemente.

—Federico, tienes una voz muy rara.

La llamada de Pelegrín le había sorprendido dormitando en el sofá. Era la segunda vez que le despertaba ese día. No tenía estómago para otra conversación sobre pelos y uñas.

—¿Sigues trabajando?

—Estoy cenando en un restaurante con unos amigos.

—O sea que esta noche no puedo invitarte a cenar.

—No te vas a librar. Elegiré alguna marisquería cara.

—¿Qué estás tomando?

—Caracoles con salsa y chorizo.

Le dio una arcada seca; era imposible que pudiera vomitar más.

—Seguro que están deliciosos.

—Te llamaba para decirte que García puede estar tranquila; mis chicos se han encargado del cabrón del marido.

Le pidió a Pelegrín que no le diera más información. Ella, por su parte, le dijo que desconocía detalles concretos, pero que, en cualquier caso, dudaba de que el hombre volviera a acercarse a la subinspectora. Cuando colgó el teléfono tuvo que abrazarse al váter de nuevo.

Llegó a la residencia de ancianos a las once de la mañana. Había dormido diez horas de un tirón, sin sueños ni pesadillas. Tenía incluso la sensación de que ni siquiera se había movido de la posición que adoptó cuando se metió en la cama. Su madre estaba en una silla de ruedas frente al ventanal que daba al jardín de la residencia, bien cuidado por las monjas y por algún que otro jardinero que contrataban ocasionalmente. Se sentó a su lado y descansó la vista con los múltiples verdes de la vegetación. Se dio cuenta de que llevaba semanas sin salir de Madrid y de sus tonos grises. A su madre no le importaban en absoluto los colores del mundo exterior: mantenía, como era habitual en los últimos meses, los ojos cerrados. Aun así, pensó que era mejor que estuviera delante del ventanal que delante de un muro de ladrillos. Se consoló diciéndose que quizá la belleza y la quietud del jardín atravesaban los párpados de su madre y le acariciaban el cerebro. Suspiró. Tuvo la sensación de estar volviéndose idiota. Tomó la mano inerte de su madre entre las suyas, y advirtió que la piel se le había vuelto tan sutil que un manojo de venas azules y moradas se transparentaban como a través de un cristal.

—Mamá, soy yo, Federico.

—Me complace verle, señor Gajanejos.

Le sobresaltó la voz de sor Patrocinio. Empezaba a pensar que la monja tenía el don de la ubicuidad. Siempre que acudía a la residencia aparecía como por ensalmo entre las sillas de ruedas, y si no iba, le llamaba por teléfono para reprenderle. ¿No tendría otra cosa que hacer la dichosa monja?

—¿No reza usted nunca? —preguntó. Él también podía echarle la bronca si quería.

—Continuamente. Vivo en conversación con Dios, y escucho con mis ojos Su Palabra.

«¡Y yo vivo sin vivir en mí, no te jode!», pensó. Tuvo que dejarlo estar: un coro de ancianitas le había rodeado y le miraba con un arrobo cercano al éxtasis.

—¡Qué suerte tiene Casilda! —dijo una.

—¡Qué buen mozo! —corroboró otra.

—¡Ya te pillaría yo si tuviera unos años menos! —terció la que se apoyaba en un andador.

Sor Patrocinio disolvió el coro de acosadoras con energía. Por una vez, Gajanejos agradeció su ubicuidad.

X

El cielo estaba totalmente despejado. Hacía una temperatura agradable y, por algún milagro divino, su hija se había levantado temprano y había ido al instituto. Abrió los dos balcones que daban a la plaza y se tomó un café acodado en la barandilla. Frente al bar del Guarrete, un contenedor de obra repleto de escombros confirmaba sus más infaustos vaticinios. No pudo evitar una punzada de tristeza cuando reconoció la barra de mármol hecha pedazos; pensó que parte de su infancia y juventud se irían al vertedero en aquel contenedor. La llamada de Pelegrín le salvó de un buen rato de autoconmiseración.

—Ya tenemos los resultados de balística —anunció triunfante.

—¡Qué rapidez!

En verdad que los contactos del Rector Magnífico eran del más alto nivel.

—Te confirmo que las tres balas son del calibre 9 mm Parabellum. Las tres fueron disparadas por la misma pistola. Y ahora la mala noticia: no tenemos ningún registro del arma.

—¿Estás segura?

—Completamente. Las estrías son muy claras y no tenemos en el sistema ningún delito cometido con esa arma. Debe ser una pistola de uso personal no declarada.

—¿Ni siquiera un delito antiguo?

Le costaba darse por vencido. Además, los dos profesores eran bastante mayores, por lo que el asesino también podría serlo.

—No insistas, Federico. Hemos hecho una investigación exhaustiva; ya te dije que tengo prioridad y gente suficiente.

—¿Sabías que el nombre Parabellum proviene de la máxima *si*

vis pacem, para bellum?

—¡Qué pesaditos estáis todos con el latín!

El profesor Juan Luis Bhattacharya era un hombre pequeño, enjuto, y con un color de piel que pregonaba a gritos sus antepasados hindúes. Tenía un ligero temblor corporal que a esas alturas ya no podía ser achacado a los nervios por haber descubierto el cadáver de su colega, el profesor Vargas, sino a un incipiente Parkinson. Había recibido al inspector Gajanejos en su despacho haciendo gala de unos modales exquisitos.

—Tengo setenta y un años. Tendría que haberme jubilado de manera forzosa el año pasado, pero me concedieron la condición de profesor emérito para el presente curso. Después de los recientes acontecimientos, no creo que solicite la renovación. Todavía estoy tomando ansiolíticos.

—Entiendo su reacción —dijo Gajanejos—. ¿Notó algo raro aquella mañana?

—Nada en absoluto. Como les dije a los agentes, llegué a la hora habitual y, como todos los días, en el aparcamiento solo estaba el Mercedes del profesor Vargas. Lo dejaba siempre en el mismo sitio, como era el primero en llegar podía elegir. Me llamó la atención que el profesor todavía estuviera dentro del coche, así que me acerqué temiendo que se encontrara indispuesto. Entonces lo vi.

Al profesor Bhattacharya le temblaba la voz. Gajanejos no quería presionarle; el hombre le inspiraba simpatía.

—¿Conocía usted bien al profesor Vargas?

—Le conocía desde hacía treinta años, pero no sé si bien o mal. Llevábamos los dos más de tres décadas dando clase en esta facultad, aunque en distintos departamentos. Yo soy profesor de Nanomagnetismo y dirijo el Máster de Nanofísica y Materiales Avanzados, y el profesor Vargas era astrofísico.

—Son muchos años y esta facultad no es muy grande —insistió Gajanejos.

—Cierto. Estamos todos muy desconcertados. El profesor Vargas era una eminencia en materia de estructura dinámica de galaxias y sistemas estelares. Este año impartía solamente una asignatura sobre física de objetos estelares y subestelares. Estaba dedicando más tiempo al INTA que a la facultad; necesitaba dinero para pagar la hipoteca.

Gajanejos asintió con la cabeza. Todavía recordaba los apuros que pasaron Amparo y él al principio de su matrimonio para pagar la hipoteca del piso que compraron y donde se quedaron a vivir ella y la niña, según convinieron en el acuerdo de divorcio. Aunque la verdad es que no se podía quejar; pasado el tiempo ella le compró su mitad, de manera que él solo tenía que pasarle la pensión de alimentos de su hija. Se preguntó si ahora que se habían invertido las tornas y Lorena vivía con él, tendría que ser Amparo la que le pasara la pensión a él. Se había librado de aquella hipoteca y en la actualidad ni siquiera tenía que pagar un alquiler, aunque fuera a costa de vivir en casa de su madre. Era una de las ventajas de ser hijo único. Sin embargo, reflexionó, con la edad que tenía el profesor Vargas, no tendría que tener apuros por pagar la hipoteca.

—¿Sabe si tenía algún enemigo?

—En la facultad siempre hay envidias, por la asignación presupuestaria o por el número de publicaciones. Pero, que yo sepa, no tenía enemigos dispuestos a pegarle un tiro.

—¿Y algún problema importante? Aparte de la hipoteca, quiero decir.

—La hija. Desde que enfermó, el doctor Vargas estaba más taciturno que de costumbre. No creo que a esa niña esta desgracia le venga nada bien para su enfermedad.

Llegó a la comisaría con la sensación de tener demasiados frentes abiertos y un sinfín de flecos pendientes. Necesitaba a García, y no solo en ese caso. Se había acostumbrado a ella y reconoció con aflicción que la iba a echar mucho de menos. La presencia del agente Carrascal en la puerta le reconfortó un poco.

—Me alegro de verle en su puesto.

Muy a su pesar, era totalmente sincero. Carrascal hizo el saludo reglamentario.

—No le engañe el buen tiempo de este fin de semana, inspector. Mañana vuelven las lluvias.

Gajanejos sonrió; estaba seguro de que Carrascal acertaría con su predicción. En su despacho, la subinspectora García le esperaba en la silla de los invitados. Comprendió que debía cerrar la puerta al entrar.

—Quiero que usted sea el primero en saberlo: no me he presentado al examen de promoción.

Tomó aire despacio y se sentó en su sillón. No sabía si tenía que regañar a García o consolarla, ni si tenía que interesarse por los motivos de su decisión o respetar su intimidad; ni siquiera sabía si a él le alegraba o le entristecía la noticia.

—Haga lo que haga o decida lo que decida, cuenta con mi total apoyo —dijo ante el denso silencio en que se sumió García.

—El año que viene me lo plantearé de nuevo —zanjó ella.

Don Laureano Furiel, director general de investigación del INTA, tendría unos treinta y cinco años y lucía un bigote ralo y desaliñado. Gajanejos no sabía si le sorprendía más que tuviera un cargo tan importante dada su juventud, o el nombre tan anticuado que tenía. Debía de ser un nombre familiar, pensó: sin duda su padre se llamaría también Laureano, e incluso su abuelo. Él mismo se llamaba Federico por su padre, su abuelo y su bisabuelo, y si Lorena hubiera sido niño también se hubiera llamado Federico.

—Lamento haberles hecho esperar —dijo Furiel.

Gajanejos no lo lamentaba. Había aprovechado ese rato para mantener una charla casual con García, o, lo que es lo mismo, para sondear su estado de ánimo. No había llegado a ninguna conclusión; no parecía que hubiera nada que preocupara especialmente a la subinspectora, incluso parecía relajada y feliz. Sabía que no debía entrometerse en su intimidad, pero le intrigaba saber por qué había renunciado a una más que merecida promoción. Dejaría pasar un par de días antes de preguntarle directamente.

Habían llegado al INTA a media mañana sin anunciar su llegada. Las instalaciones de la sede central estaban situadas en las afueras de Torrejón de Ardoz. Se había perdido un par de veces antes de encender el navegador del coche. Casi había discutido con García por ese tema: le fastidiaba tener que depender de aparatos para encontrar el camino o para saber su ubicación exacta. Después de dar varias vueltas a la misma glorieta, se dio por vencido.

—La culpa es de las rotondas. Son todas iguales —farfulló.

La entrada del INTA le recordó a la de la Jefatura Superior de Policía de la calle Doctor Federico Rubio y Galí: ambas tenían una garita de ladrillo rojo donde un guardia de seguridad se eternizaba en comprobaciones de identidad y papeleos tan interminables como inútiles. Tuvieron suerte de que Laureano Furiel estuviera ese día en

su despacho. Les recibió en una moderna sala de juntas del edificio del Centro de Astrobiología.

—El INTA lo creó Esteban Terradas en 1942 —informó—. Al principio desarrollaba su actividad en el campo aeronáutico, pero con el paso del tiempo se ha especializado en investigación y desarrollo tecnológico aeroespacial. Entre nuestras funciones están la adquisición y mejora de tecnologías de aplicación en el ámbito aeroespacial y la realización de ensayos para comprobar y certificar materiales y sistemas. Asimismo, actuamos como centro tecnológico del Ministerio de Defensa.

Gajanejos se revolvió en la silla. No quería ni imaginar qué pensarían todos estos científicos si supieran que él era un astrólogo aficionado. Hace cuatrocientos años le hubieran quemado en la hoguera; hoy en día con abrirle un expediente disciplinario y someterlo al escarnio público se darían por satisfechos. *«O tempora, o mores»*, pensó.

—El profesor Vargas comenzó a trabajar en el INTA en los años ochenta del pasado siglo —siguió Furiel—. Participaba en un proyecto de investigación en colaboración con la NASA. Era un experto en galaxias con formación estelar. Actualmente dirigía un equipo que se ocupaba de un *star tracker* situado en un satélite científico.

—¿Es un proyecto militar? —preguntó García.

—En absoluto. Un *star tracker* es un dispositivo óptico que mide la posición de las estrellas utilizando fotodetectores. Como sabrán, el Universo es sobre todo oscuro, con pequeñas motas de luz. En todo caso, y para que nos entendamos, apunta hacia el espacio, no a la Tierra.

—¿Tenía enemigos en el trabajo? —preguntó Gajanejos.

—No, que yo sepa. El profesor Vargas era una institución en esta Casa. Era de los pocos científicos mayores que seguían en activo.

—Tenía que pagar una hipoteca —dijo García.

—Su viuda no tendrá problemas con ese tema. Como colaborador de la NASA tenía un seguro de vida de un millón de euros.

Gajanejos no necesitó mirar a García para saber lo que estaba pensando.

—¿Tenía ese seguro desde hacía mucho tiempo?

—Tres años y medio.

—¿Podríamos ver la póliza?

—Tendrán que hablar con la compañía aseguradora o con la viuda; tengo entendido que ya se ha puesto en contacto con ellos.

En la garita de salida les retuvieron otros quince minutos con trámites administrativos. «Y eso que somos policías», pensó Gajanejos; no quería ni imaginarse qué tratamiento emplearían con el público en general.

—Estos tendrían que aprender de la viuda del profesor Vargas —ironizó García—: no ha tardado ni cuatro días en iniciar los trámites para cobrar el seguro de vida. Debe de ser una mujer muy diligente.

Ambos sonrieron satisfechos: era un importante hilo del que tirar.

—¿Se ha dado cuenta de que Furiel se parecía a Cantinflas? —siguió García.

—Vayamos a Jefatura —dijo el inspector—. Con un poco de suerte, todavía no se habrán acabado los escalopes con patatas.

Llegaron al edificio A de la Facultad de Filología pasadas las cinco de la tarde. Habían comido despacio, repasando las claves del caso. Gajanejos había llegado a la conclusión de que podría comer todos los días de su vida escalope con patatas fritas sin cansarse. El agente Pérez les había informado de que en la actualidad solo Raquel Navarro y Felisa Mateu tenían llaves del despacho del profesor Larreta. Decidieron empezar por la eminente traductora de Estacio; no solo les había ocultado información, sino que además era joven y estaba en una posición laboral más susceptible de ser acosada por el difunto Larreta.

—Creo que ustedes no entienden la dificultad que conlleva la traducción de la poesía. Hay que prestar atención al oído del poeta, al ritmo del verso, a la música del latín, pero sin olvidarse de la fidelidad al texto.

—Intentamos entenderlo, señorita —dijo García con suavidad—, pero lo que nos interesa es saber por qué nos ocultó que había hablado por teléfono con el profesor Larreta media hora después de abandonar la facultad.

—No se lo he ocultado. Ustedes no me preguntaron.

—Es usted muy literal.

—Tenía una duda sobre las figuras de expresión en las *Silvas* de

Estacio y le llamé para consultarle.

—¿Qué duda? —Gajanejos no se lo creía.

—Sobre las enálages de adjetivos que utiliza en la silva tercera. Mi impresión es que son muy numerosas y quería conocer la opinión del profesor.

—¿Qué le contesto él?

—Que no tenía tiempo para hablar de figuras retóricas.

—Sin embargo, según el registro de la compañía de teléfonos estuvieron hablando quince minutos.

—Tuve que ponerle varios ejemplos de adjetivos que habían cambiado de orientación sintáctica de modo que, desde el punto de vista sintáctico, concertaban con un sustantivo a pesar de que semánticamente afectaban a otro. Lo intenté varias veces, pero no me hacía caso; tenía prisa por colgar.

—Señorita Navarro, lamento hacerle esta pregunta, pero necesitamos saber si en algún momento mantuvo usted una relación afectiva con el profesor Larreta —preguntó García.

—Eso a ustedes no les importa.

«O sea, que sí», pensó Gajanejos.

—Nosotros decidimos lo que nos importa —dijo el inspector—. Creemos que el profesor tenía una cita a la hora de comer.

—No me extrañaría. El profesor era priápico.

—¿Lleva usted zapatillas deportivas de manera habitual? —preguntó García.

—Son cómodas.

—¿No usa nunca zapatos de tacón alto?

—No tengo tacones altos. Mido uno setenta y cinco; no los necesito.

—¿Sabe si al profesor le excitaban los zapatos de tacón?

—Al profesor le excitaba hasta el palo de una escoba. Ya les he dicho que era un cerdo.

La doctora Felisa Mateu les recibió en su despacho. Esta vez no estaba tan habladora; tenía el semblante taciturno y no disimulaba la incomodidad que le causaba la visita de los dos policías.

—Me pillan en mal momento.

Gajanejos y García hicieron caso omiso y se sentaron en las sillas que había dispuestas frente a su mesa.

—Soy la coordinadora del congreso sobre literatura latina

medieval y renacentista que se celebrará en Tarragona dentro de quince días. Estoy repasando la lista de ponentes.

—¿Quién sustituirá al profesor Larreta? —El inspector supuso que sería uno de los primeros ponentes convocados.

—Raquel Navarro. Leerá una breve comunicación sobre *La Aquileida*.

Empezaba a estar harto del tal Estacio. Estaba seguro de que otro sermón sobre su dificultad e importancia le provocaría un ataque de bilis.

—¿Impartirá la señorita Navarro también las clases del profesor?

—En cuanto defienda su tesis, con toda probabilidad.

—Señora Mateu, tengo entendido que el profesor Vargas fue el director de su tesis doctoral.

—En efecto. Hace más de veinte años Emiliano dirigió mi tesis sobre la transmigración de las almas en los pitagóricos. No se preocupen, ya sé lo que están pensando.

«Lo dudo mucho», pensó Gajanejos. Estuvo a punto de preguntar si las almas transmigraban en patera o en avión.

—Que no es un tema propio de mi departamento —siguió Mateu —, pero en aquel tiempo no había una separación tan categórica como hoy en día entre los departamentos de Griego y de Latín. Todos sabíamos un poco de todo.

—¿Estaba ya casado el profesor Larreta?

—No. Se casó unos meses después.

—Con una administrativa de la secretaría de la facultad —le ayudó García.

—En realidad, tuvieron que casarse —Mateu levantó el labio superior en un gesto de desprecio que no pasó inadvertido al inspector—. Ella estaba embarazada de cinco meses. Me invitaron a la boda, pero no fui.

—¿Había tenido usted una relación sentimental con el profesor?

Mateu tardó unos segundos en contestar.

—Se van a enterar de todos modos. Emiliano y yo llevábamos saliendo casi dos años, pero éramos muy discretos. Las relaciones entre profesores y alumnas estaban, y siguen estando, muy mal vistas, aunque no haya ninguna ley que las prohíba.

—Pero él dejó embarazada a otra mujer —siguió García.

—Así es. Estuvimos mucho tiempo sin hablarnos, aunque

trabajáramos en el mismo departamento y viviéramos en el mismo edificio.

—¿Vive usted también en las viviendas de profesores? —preguntó Gajanejos.

—Sí. Me tocó una a finales de los noventa. El profesor Larreta fue de los primeros en conseguir un piso cuando se construyeron.

—¿Son pisos en alquiler o en propiedad? —se interesó García.

—Ni una cosa ni otra. Son viviendas construidas en terreno de la Universidad Complutense y están en régimen de concesión por setenta y cinco años. El derecho de superficie a los adjudicatarios comenzó el 22 de noviembre de 1993, por lo que la viuda del profesor podrá estar ahí hasta noviembre de 2068. No creo que yo esté para verlo. Ni ella tampoco, por fortuna.

—¿Está usted casada? —preguntó Gajanejos.

—No. Estoy muy a gusto soltera.

—Como sabrá, han asesinado también a un profesor de Física.

—Estoy consternada. El profesor Vargas era un hombre educadísimo.

—¿Lo conocía usted?

—Por supuesto. El matrimonio Vargas y su hija vivieron muchos años en mi edificio.

—Aclárenos el dato, por favor. ¿El profesor Larreta y el profesor Vargas vivían en el mismo edificio?

—En el mismo edificio y en el mismo rellano. Los Larreta viven en el tercero derecha y los Vargas vivían en el tercero izquierda. Emiliano y Genaro siempre fueron muy amigos. Los dos eligieron el nombre de sus hijas entre los personajes femeninos de la Ilíada. Cuando el matrimonio Vargas se fue, el piso se adjudicó al siguiente de la lista de espera; en este caso, un profesor de Derecho.

—¿Está usted segura?

—Claro. Yo vivo en el quinto derecha.

—¿Cuándo se fueron los Vargas del edificio?

—Cuando la hija enfermó; hará unos tres años y medio. Tengo entendido que fue Pilar, la esposa de Genaro, la que se empeñó en mudarse. Él no quería. Se conoce que el piso no era suficiente para ella; esa mujer se cree superior a los demás.

Un trozo de cartón con las palabras «No funciona» colgado de la puerta del ascensor le confirmó lo que llevaba semanas

sospechando. Confiaba en que ninguno de los múltiples ancianos que vivían en su comunidad se hubiera quedado encerrado. Subió por las escaleras satisfecho; ese día había hecho progresos muy significativos en la investigación, había comido escalopes con patatas en la Jefatura y había comprobado una vez más que su instinto y su sagacidad estaban fuera de toda duda. Solo le restaba cenar tranquilamente con Lorena mientras ella le contaba anécdotas juveniles de su día en el instituto.

Oyó el ruido ensordecedor de la música de
AC/DC
desde el segundo piso. Cuando abrió la puerta de su casa creyó que el edificio se venía abajo. Consiguió apagar el amplificador antes de quedarse sordo de por vida. Su hija Lorena estaba tumbada en la cama con una ceja hinchada y una toalla manchada de sangre junto a la boca. Recorrió la habitación con una rápida mirada en busca de un posible agresor. Unos destellos plateados en la ceja y en el labio de Lorena lo devolvieron a la realidad.

—Papá, me he hecho un *piercing*.

XI

—Buenos días, inspector. ¿Qué tal está su hija?

Gajanejos inspiró despacio y carraspeó un par de veces. Necesitaba tiempo para cerciorarse de que no estaba soñando; la doctora María Lázaro le había llamado a las ocho de la mañana, le había dado los buenos días, le había preguntado por el bienestar de su hija y, lo que era aún más insólito, había empleado un tono de voz amable. Por si acaso, sacó la libreta del cajón.

—Mejor, gracias. La he dejado en casa durmiendo.

Había sido una noche muy intensa. A las tres de la madrugada tuvo que llevar a Lorena al servicio de urgencias del Hospital Clínico San Carlos. El *piercing* de la lengua no paraba de sangrar y la niña había comenzado a llorar. Gajanejos no sabía cómo parar la hemorragia y no lograba tranquilizar a su hija. Estaba tan nervioso que olvidó calzarse y llegó al hospital en zapatillas. Tuvo que responder una larga lista de preguntas mientras la atendían. Lo hizo con calma, pues sabía por experiencia que una adolescente sangrando acompañada por un varón adulto era algo a lo que los servicios de emergencia prestaban una especial atención.

—Tiene que procurar que complete el tratamiento de antibióticos como se lo han prescrito.

—Eso haré.

Estaba tan asombrado que ni siquiera preguntó a la doctora cómo se había enterado de que había pasado la noche en el hospital. Ella pareció leerle el pensamiento.

—Me avisó esta mañana la doctora que la atendió en Urgencias. Es compañera de promoción y amiga mía. Le llamó la atención el apellido. No creo que haya muchos Gajanejos en Madrid.

—Que yo sepa solo quedamos mi hija y yo. Somos una especie a extinguir.

—Le lengua es un órgano que posee muchos vasos sanguíneos; por eso tuvo esa pequeña hemorragia.

«¡Pequeña!». A él le pareció que la niña se desangraba.

—Es esencial que siga las pautas de higiene que le hayan indicado —siguió la doctora—. La boca es un importante foco de infecciones donde residen millones de bacterias. ¿Consintió que le quitaran el *piercing*?

—Sí —balbuceó. Gajanejos todavía no daba crédito a la amabilidad de la forense.

—Mejor. A medio plazo el trauma repetido que ocasiona el *piercing* sobre la encía provoca recesión gingival, lo que puede derivar en la caída de dientes. En todo caso, los desgasta y debilita.

—No pudimos convencerla para que se quitara el de la ceja.

—Si está en un lateral hay menos peligro. En el centro, en cambio, hay nervios y vasos sanguíneos que se pueden dañar con la perforación. También puede producirse una inflamación que afecte el folículo piloso y haga que el vello de la zona se caiga.

—Vaya —atinó a decir.

—No se preocupe. Ayer estuvo en buenas manos y si necesita cualquier cosa, puede llamarme.

—Muchas gracias, doctora.

—De nada, inspector. La verdad es que no imaginaba que fuera usted padre.

No supo si apuntar «estéril» en la lista de la libreta.

—Me desvelo por mi hijita —dijo. Había decidido explotar el filón; era conveniente que sus relaciones con la forense fueran lo más amigables posible.

—¡Por Dios, no sea usted cursi!

Gajanejos pensó que con toda la probabilidad era la primera vez en su vida que le llamaban cursi. Por supuesto, no podía haber sido otra persona más que la doctora María Lázaro. Anotó «cursi».

—Ya tengo los resultados toxicológicos de la primera víctima —informó la doctora. Su voz había adquirido el tono habitual—. Espero que tenga usted una libreta a mano para apuntar.

—Pues…

Tenía la libreta y el bolígrafo preparados. Leyó las palabras

«cagaprisas», «tonto», «incompetente», «fetichista» y «cursi».

—Da igual. Los nombres técnicos están recogidos en el informe. Lo que a usted le interesa saber es que al profesor Emiliano Larreta le inyectaron un alcaloide tropánico que le debió de sumir en un estado de consciencia parcial.

—¿Qué quiere decir exactamente? —se atrevió a preguntar, dado el nuevo talante de la doctora.

—Es muy probable que el profesor estuviera sumido en un estupor que anulara su voluntad pero que permaneciera consciente.

—O sea, que se daba cuenta de lo que le hacían pero no se podía mover.

—Traducido a su nivel de lenguaje, eso es lo que debió de suceder.

Apuntó «inculto». Sonrió. Hubo de admitir que le agradaba el juego verbal con la doctora.

—La dosis estaba muy bien calibrada —siguió Lázaro—. Si hubiera sido algo mayor, le habría provocado convulsiones, arritmias e incluso la muerte. Y si hubiera sido menor, habría reaccionado ante la emasculación.

—¿Algo más?

—¿Ha hablado de sexo con su hija? Habrá comprobado que siempre es mejor prevenir que curar.

Cuando colgó le pareció que se había echado veinte años encima; sin ninguna duda, prefería el tono habitual de las conversaciones con la doctora Lázaro. Para compensar telefoneó a Paloma.

La subinspectora García llegó a la reunión con un paquete envuelto en papel de aluminio que todos miraron sin disimulo. A Cano, incluso, se le iluminó la cara al verlo. Gajanejos les comunicó los resultados de los análisis toxicológicos de la autopsia del profesor Larreta.

—Es un asesinato muy premeditado —opinó el agente Pérez.

—Repérez lleva razón —concedió el inspector. Estaba demasiado cansado para poner ninguna objeción—. Definitivamente, no ha sido un crimen cometido en un arrebato pasional, sino que se planeó con sumo cuidado.

—El segundo también debió de ser muy premeditado. El asesino se cercioró de no aparecer en las cámaras de seguridad del

aparcamiento.

—¡No saque conclusiones precipitadas, Repérez! —Su indulgencia tenía un límite—. Concentrémonos en el primer asesinato.

—Por desgracia, los delitos con sumisión química son cada vez más frecuentes —informó García—, aunque no habíamos tenido ninguno que terminara con el asesinato de la víctima. Hasta ahora productos como la escopolamina, vulgarmente llamada burundanga, se habían utilizado para abusar de mujeres y para robar a ancianos.

—¿Cómo actúa la escopolamina? —preguntó Cano.

—Es una sustancia que anula la voluntad de quien la ingiere, produce desinhibición y crea amnesia. La mayor parte de las agresiones que se producen bajo sus efectos no se denuncian porque la víctima está muy confusa y no recuerda bien lo sucedido. Además es difícil detectarla; pasadas unas horas no deja rastro en el organismo.

—El nombre concreto de la sustancia usada en nuestro caso estará en el informe de la doctora Lázaro —dijo Gajanejos—, pero los efectos son los que ha descrito la subinspectora: parálisis sin pérdida de conocimiento.

—¿Es difícil conseguirla? —preguntó Pérez.

—Me temo que no, agente —respondió García—. Esas sustancias se venden en internet a bajo precio. Incluso se pueden adquirir las semillas de la planta en portales de jardinería.

—Lo más difícil debió de ser suministrar a la víctima la dosis correcta —dijo el inspector.

—El principal sospechoso es cocainómano —siguió Repérez—. Es probable que tenga una cierta destreza administrando drogas.

—Varón, de mediana edad y cocainómano —puntualizó García —. En España debe de haber unos cuantos miles.

Cuando el inspector dio por concluida la reunión matinal, todos miraron el paquete que había traído García.

—Hoy he hecho bizcocho de yogur. He añadido un poco de fruta confitada que tenía en la despensa.

—¿Solo cocina dulces? —preguntó Cano.

—No, agente. Pero es más cómodo traer galletas que un plato de cuchara. Ayer, sin ir más lejos, hice marmitako de bonito.

Era como para volverse loco, pensó Gajanejos: el tarado de

Carrascal comiendo marmitako de bonito y él destrozándose el estómago con los grasientos filetes de lomo de Laura. Eso le recordó que tenía que hablar con Carrascal sobre su gestión, por llamarlo de alguna manera, con el exmarido de García.

Cuando se quedaron solos, Gajanejos relató su noche toledana a la subinspectora. Necesitaba desahogarse. Paloma apenas le había escuchado; le había tildado de inútil, insensible y egoísta, a la vez que le había recordado que desde el sábado por la noche no se había dignado a llamarla, ni siquiera para disculparse por su comportamiento grosero. Además, pensaba que si él le contaba cosas personales a la subinspectora, conseguiría crear un clima de confianza entre los dos y ella le referiría sus razones para no presentarse al examen de promoción interna.

—Por supuesto que tiene que avisar a la madre de Lorena.

No había llamado a su ex y no sabía muy bien qué debía hacer. Amparo había lidiado con muchas situaciones difíciles sin molestarlo; pensaba que no era justo que él la llamara ante la mínima adversidad. Tampoco quería que ella pensara que no era capaz de cuidar de la niña solo.

—Estamos hablando de un ingreso en urgencias —siguió García —. Su madre tiene derecho a saberlo. Imagínese que hubiera sido al contrario: seguro que a usted le molestaría que ella no le informara.

Gajanejos no estaba seguro de esto último, pero concedió que la subinspectora llevaba razón. La llamaría esa misma tarde.

El teléfono sonó mientras repasaba la secuencia temporal de los dos asesinatos.

—Papá, ven.

Tardó menos de dos minutos en llegar a su casa. En algún momento barajó la posibilidad de coger un coche patrulla, pero la desestimó al comprender que tardaría menos corriendo que en coche. Subió las escaleras jadeando. Lorena estaba encerrada en su cuarto; aporreó la puerta hasta que le abrió.

—Papá, no puedo más, tienes que hacer algo.

No conseguía recuperar el ritmo normal de la respiración. Abrazó a su hija. No parecía que hubiera tenido otra hemorragia. El problema resultó ser el hijo de Laura. Al parecer, el niño la había amenazado y la tenía recluida en su habitación. Pensó que su hija se debía de sentir muy vulnerable después de haber pasado la noche

en el hospital; de otro modo no podía entender que se sintiera intimidada por un niño de seis años. Besó a su hija en la frente.

—No te preocupes. Yo me encargo.

El niño estaba tumbado en la cama del inspector con los zapatos puestos. Era probable que Laura cambiara las sábanas, pero, aun así, le molestó que hubiera entrado en su habitación. Supuso que los auriculares que el niño llevaba puestos le impidieron oírle cuando le pidió que saliera de su cuarto. En la cocina, Laura freía unos filetes de lomo. Comprendió que la situación se había descontrolado.

—Mi hijo es demasiado inteligente, por eso no se integra. Se aburre en las clases. Es un niño superdotado.

No era eso lo que decía Paloma, pensó él. Laura lo sacó de su cama con un manotazo y le dio un dónut de chocolate. Gajanejos se sentó en el sofá del salón con intención de preguntarle sobre lo sucedido con la delicadeza que su tierna infancia requería. El niño se lo quedó mirando con una torva mirada que le recordó a Anthony Hopkins en *El silencio de los corderos* y levantó el lado izquierdo del labio superior enseñando unos dientes de leche amarillentos y mellados. El pajolero niño era en verdad inquietante. Gajanejos le preguntó su nombre. El niño sin dejar de mirarle ni bajar el labio, partió el dónut por la mitad de manera que el chocolate líquido del interior se derramó, y lo restregó por el asiento del sofá. No sabía si era un psicópata, pero, desde luego, era un cabroncete de tomo y lomo. Cuando hubo manchado el asiento, siguió restregando el dónut por el respaldo del sofá. Había levantado por completo el labio superior; cada vez se parecía más a Hannibal Lecter. Gajanejos sintió un sudor frío por la espalda al recordar que guardaba su arma reglamentaria en el altillo de su armario. Levantó la mano derecha. Si fuera su hijo le daría un merecido cachete. Pero no lo era y tenía que contenerse. En ese momento entró Laura en el salón.

Esperaba otra reacción por parte de Paloma, más efusiva y cordial. La había llamado para contarle la escena que se había montado cuando Laura creyó que estaba pegando a su hijo: se había marchado de la casa dando gritos, insultándolo y mentando a todos sus antepasados. Para el inspector fue un alivio: se libraba de tener que despedirla. Cuando le dijo a Paloma que llevaba razón sobre lo

siniestro que era el hijo, ella solo reaccionó con el típico «ya te lo decía yo». Estaba claro que iba a tardar en perdonarle la afrenta del ajoarriero.

—Supongo que querrás que te busque otra asistenta —dijo con voz cansada.

—Si no es mucha molestia… —No quería disgustarla más.

—Tendremos que readmitir al niño en un par de días. Debería estar en un centro especializado en trastornos de conducta.

—No parpadeó ni una sola vez mientras me miraba.

—Es un psicópata.

—No sé si tanto, pero desde luego tiene algún problemilla.

—¡Un problemilla! Qué ingenuo eres, Fede. Parece mentira que seas policía.

Gajanejos sonrió. Si Paloma empezaba a quejarse de lo peligroso que era ser maestra de educación infantil, significaba que las aguas estaban volviendo a su cauce.

—Por si acaso, búscame una asistenta sin hijos.

García llevaba un rato intentando sonsacarle. Ella y Repérez le habían visto salir como una exhalación de la comisaría y parecían preocupados. Decidió no comentarles nada; si la subinspectora no le contaba a él sus motivos para no presentarse al examen de promoción, él tampoco le contaría sus cuitas. En cuanto a Repérez, no pensaba mencionar jamás delante de él el nombre de su hija. Se lo había ganado a pulso. Se inventó una excusa trivial para comer con García en Jefatura. El bar del Guarrete seguía cerrado y en su casa Laura había dejado los filetes de lomo nadando en aceite y a medio freír. Lorena había decidido comer con su madre, lo que le libraba a él de telefonearla; Amparo comprobaría con sus propios ojos la escabechina que se había hecho la niña en la cara. Los escalopes con patatas no le defraudaron.

—Mi exmarido ha encontrado trabajo en la isla de La Gomera. Me han dicho que se va mañana.

Gajanejos arqueó las cejas. No sabía si era una hazaña de Carrascal o de los chicos de Pelegrín. En cualquier caso, era una solución magnífica. Supuso que, además, se iría lo suficientemente asustado como para no querer volver en mucho tiempo.

—Me alegro, subinspectora. Ojalá aprenda el silbo gomero y no vuelva.

—Ojalá se despeñe por un barranco y se muera.

Vanessa Ortega les recibió en el despacho del difunto profesor Vargas. Al parecer, había tomado posesión no solo de la habitación, sino también del ordenador y de la mesa del que fuera su director de tesis. Vestía una falda corta de cuero negro y zapatos de tacón de aguja. Gajanejos estuvo un buen rato intentando atisbar la famosa suela roja. Tenía unas piernas largas y huesudas. Solo consiguió que la señorita Ortega le mirara con desconfianza.

—Llevo dos años colaborando con el doctor Vargas. El profesor dirigía mi tesis sobre flujos bipolares y discos de acreción alrededor de estrellas jóvenes.

—¿Se ocupará usted de la docencia del profesor? —preguntó García.

—No. Para impartir clases en la facultad hay que estar en posesión del título de doctor, y yo no podré leer mi tesis hasta dentro de un año, como mínimo.

—¿En qué le afecta la muerte del profesor Vargas? —siguió García. Al inspector le sorprendió su falta de tacto.

—Estoy muy disgustada. El profesor era un hombre extraordinario. Era cortés y educado y siempre tenía tiempo para dedicarlo a sus alumnos. Era una eminencia mundial en galaxias con formación estelar activa; le consultaban de todas partes del planeta y, aun así, conseguía que los estudiantes nos sintiéramos competentes y valiosos. Todo el Departamento de Astrofísica está consternado.

—¿Y laboralmente?

—Mi tesis me la codirigirán dos doctores de la facultad que se han ofrecido a ello. Para mí es una pérdida, me hubiera encantado colaborar más tiempo con el profesor Vargas.

—¿Se quedará usted con su despacho? —preguntó Gajanejos. La habitación era bastante agradable.

—Yo no tengo derecho a despacho propio. Solo soy una becaria predoctoral. Ya veremos adónde me mandan.

Abandonaron el edificio en silencio. Gajanejos pensó que por lo menos Vanessa Ortega no había alardeado de la importancia de su trabajo, sino que, al contrario, se había mostrado humilde durante toda la entrevista.

—¡Qué diferencia con la eminente traductora de Estacio! —dijo

García.

—Esta es más lista. Con tanta humildad ha conseguido que no le preguntáramos dónde estaba a la hora del crimen. ¿Se ha fijado en los zapatos?

—Nada que ver, inspector. Eran unos zapatos baratos y gastados. Seguramente se los habrá comprado en alguna tienda de chinos, al igual que la horrible falda de plástico que llevaba. Una mujer que tenga unos tacones de Louboutin jamás iría tan mal vestida como la señorita Ortega. Ni siquiera llevaba medias.

Supuso que García llevaba razón. Por si acaso, le encargó que indagara qué hacía y dónde estaba Vanessa Ortega el jueves por la mañana a la hora en la que mataron al profesor Vargas.

Como de costumbre, volvió a su casa dando un amplio rodeo; necesitaba caminar para relajarse y pensar en silencio. No podía evitar comparar a las dos becarias. La subinspectora tampoco; de hecho, había manifestado que le parecía más útil el trabajo que hacían en la Facultad de Física que aprender latín y griego, dos lenguas muertas que, a la postre, no servían para nada. Él pensaba que no se podía medir la labor universitaria en términos de utilidad. Raquel Navarro, eminente traductora de Estacio, le había soltado un pequeño discurso al respecto durante uno de los interrogatorios. La universidad debía ser, según la señorita Navarro, un templo de formación individual que enseñase a los alumnos a pensar y a buscar la Verdad, con mayúsculas, y que les ayudara a formarse como seres humanos pensantes y libres, no una mera escuela de capacitación profesional. «Valiente pedante», pensó Gajanejos, aunque en el fondo le fastidiaba estar de acuerdo con ella. Durante los años que estudió Derecho se había limitado a tomar apuntes, que, según uno de sus profesores, no recordaba cuál, era el proceso por el cual los conocimientos pasaban de la cabeza del profesor a los folios del alumno sin pasar por la cabeza de este último. Ahora que trabajaba buscando asesinos y lidiando con el horror de lo más abyecto de la sociedad, valoraba más la importancia de la educación. «Educar es humanizar», pensó. Hubo de admitir que no creía que los estudios clásicos fueran un mero saber de lujo, algo prescindible en el siglo XXI, a pesar de que su productividad económica fuera prácticamente nula. También era cierto que Raquel Navarro era una soberbia insoportable con sus ínfulas de

superioridad, aunque la señorita Ortega con su falsa humildad tampoco le agradaba demasiado. Habría necesitado una buena cena en el bar del Guarrete para poner las cosas en orden, pero a esas alturas ya no debía de quedar ni las paredes del bar de Paco.

Reconoció el número de teléfono de la residencia de ancianos en la pantalla del móvil. Lorena dormía y él se había quedado traspuesto en el sofá manchado de chocolate. Llevaba casi dos días sin dormir y no le apetecía soportar otra regañina de la monja omnipresente. Descolgó ante la insistencia de la llamada. La voz sacerdotal de sor Patrocinio le paralizó la sangre.

—Señor Gajanejos, lamento comunicarle que su madre acaba de fallecer.

XII

—Te conozco, Federico, y sé que no puedes olvidarte del caso.

Gajanejos hizo un leve movimiento de cabeza. No era verdad. En los tres últimos días no había pensado en absoluto en el caso. Por él, podían darles mucho por saco a los ilustres profesores, a sus grotescas familias y a sus petulantes becarias. Su madre había muerto y le había dejado solo para siempre. Eso era lo único en lo que podía pensar.

Mari Carmen Pelegrín había aparecido en su casa sin avisar. Gajanejos no había vuelto a pisar la calle desde el día del entierro, al que había acudido prácticamente toda la comisaría de Chamberí. Cano, Robledo, Carrascal, Repérez y la propia Pelegrín se ofrecieron para ayudarlo a portar el féretro. García organizó todo el proceso. Lorena lloraba sin ruido. Sor Patrocinio, en un alarde de misericordia y caridad, en ningún momento le echó en cara la parvedad de sus visitas. Una de las ancianas de la residencia le felicitó por lo bonito que había quedado el entierro con tanto policía vestido con el uniforme de gala.

—Lorena se ha ido con su madre. Dice que le da miedo dormir en el cuarto de la abuela —respondió Gajanejos.

—Deberías pintarlo y cambiar los muebles, si quieres que vuelva.

—Cuando cerremos el caso.

—¿No tienes asistenta? —Pelegrín lanzó una mirada en derredor —. ¿O es que la entropía del universo ha invadido tu casa?

—Limpiaré la casa el fin de semana.

No tenía la más mínima intención de hacerlo, pero tampoco quería discutir con Mari Carmen por esa tontería. Él tenía la casa

como le daba la gana.

—¿Te acuerdas de la última vez que estuve aquí? —preguntó Pelegrín.

Por supuesto que se acordaba. Eran muy jóvenes y ninguno tenía casa propia. En cuanto su madre salía del piso, Mari Carmen entraba. En alguna ocasión había faltado muy poco para que los pillara.

—Sería imposible olvidarlo.

—Hacíamos buena pareja, Federico.

Él asintió. Había sentido un deseo sexual desaforado por Mari Carmen y sabía que la pasión había sido mutua. La miró en silencio. A ella le brillaban los ojos. «Donde hubo fuego, siempre quedan rescoldos», pensó.

—El último día que viniste a esta casa me dijiste que habías solicitado el traslado a Barcelona.

—Era una oportunidad.

—Nada volvió a ser lo mismo.

Se miraban a los ojos sin pestañear. Gajanejos sujetaba con ternura las manos de Pelegrín entre las suyas. Sabía que si las soltaba, empezaría a acariciarla y no podría parar. Los ojos de Mari Carmen se habían vuelto líquidos. Los suyos centelleaban de deseo. Muy lentamente, comenzó a aproximarse a ella. Sus rasgos comenzaron a difuminarse. Podía sentir su aliento en el suyo.

—Y unos meses más tarde te casaste con Amparo.

El reproche le cayó como un jarro de agua fría. No le soltó las manos, pero detuvo su avance.

—Me casé con ella dos años después de que te fueras. Tú no respondías a mis cartas.

A esas alturas daba igual quien tuviera razón. El momento se había esfumado. Él soltó sus manos y ella se retiró un paso.

—¿Cuándo te reincorporas? —preguntó Pelegrín. Había concluido cualquier aproximación.

—El lunes. Voy a agotar los tres días de permiso que permite el reglamento por fallecimiento de un familiar dentro del primer grado de consanguinidad o afinidad.

Se oyó a sí mismo demasiado administrativo. Solo le faltaba citar el artículo correspondiente del Reglamento.

—Por si te aburres, te he traído los dos informes completos del

análisis del escenario del crimen. No hay nada nuevo, pero leerlos te ayudará a centrar las ideas y volver al caso.

Gajanejos movió la cabeza. Era el gesto que hacía cuando no sabía qué decir sin ser descortés. Pelegrín debía de saberlo, porque sonrió y dejó los informes sobre el sofá, justo encima de la mancha de chocolate. Esta vez fue él quien sonrió; sin lugar a dudas, los informes se quedarían pegados al sofá durante todo el fin de semana.

—Le he traído lasaña.

García se presentó el viernes por la mañana antes de ir a la comisaría. Le había pillado en pijama y sin afeitar. Llevaba dos días sin asearse ni ventilar la casa.

—No tenía que molestarse.

Le arrebató la tartera de las manos. Por fin iba a probar un plato salado cocinado por la subinspectora.

—Todos le mandan saludos.

—¿Usted sabe cómo se limpia la tapicería del sofá?

—Hay un producto especial. También puede llamar a una empresa de limpieza.

García le miraba fijamente a los ojos. Gajanejos agradeció que no hiciera ningún comentario sobre el caos reinante en la casa.

—Le devolveré la tartera el lunes.

Solo. Le había dejado completamente solo. Tras el estupor inicial, su ánimo había ido evolucionando desde un malestar difuso a un enojo abierto y declarado que amenazaba con convertirse en ira desbocada. Durante el día las múltiples llamadas que recibía le mantenían en un estado de cierta ecuanimidad, pero durante la vigilia de la noche sus sentimientos se exacerbaban. No podía dejar de pensar que su madre se había muerto porque no quería vivir más, sin importarle que él se quedara solo y huérfano para siempre. «¡Te has muerto porque has querido!», solía gritar en medio de la noche. Había sido una muerte en dos fases, porque ya se había muerto un poco cuando la demencia senil le hizo perder la razón. En las largas noches de insomnio que siguieron al funeral, Gajanejos pensaba que ella se había abandonado porque se había cansado de luchar: primero cuando enviudó y se quedó sola, y luego cuando él volvió a casa, herido y derrotado tras su divorcio. Desde entonces el deterioro mental de su madre había sido imparable. Y ahora, la

definitiva. Porque esta muerte era para siempre. Como para siempre era el hecho de que él se había quedado solo, muy solo, en el mundo. «¡No te ha importado dejarme solo!», gritaba en su cabeza sin poder dormir. No había vertido ni una lágrima.

—Inspector Federico Gajanejos: en estos momentos de tristeza y dolor, desearía transmitirle mi más sentidas condolencias por el fallecimiento de su progenitora.

La doctora Lázaro había adquirido un tono de voz pontifical para darle el pésame. Realmente tenía un problema con su Mercurio natal, pensó Gajanejos; o le insultaba o resultaba en exceso engolada. Le había llamado a la hora de comer, interrumpiéndole en plena degustación de la exquisita lasaña de García.

—Agradezco sus reconfortantes palabras, doctora.

Tenía que colgar pronto, antes de que se enfriara la lasaña.

—Haga extensivo mi pesar a su hija. Imagino que estos días estarán más unidos que nunca.

—En efecto —mintió. Solo había hablado una vez con Lorena desde el entierro. Su hija se negaba a volver a su casa; temía que la abuela se le apareciese por la noche reclamando su cuarto y su cama.

—Vigile que termine el tratamiento de antibióticos hasta el final; si lo interrumpe, facilita la aparición de resistencias bacterianas.

—*Sic fiat*.

—¿Cómo dice?

—Así se hará.

El sábado por la tarde Paloma fue a buscarle con intención de dar un paseo.

—Fede, no quiero presionarte, pero no puedes seguir así.

Llevaba razón. Incluso él se había dado cuenta de que la situación se le había ido de las manos. Nunca hubiera imaginado que en cinco días de absoluta dejadez fuera capaz de producir tal cantidad de mierda. No le quedaba ni un solo plato limpio, la ropa sucia se amontonaba en el suelo, la cocina apestaba por el olor hediondo de tres bolsas de basura sin cerrar, y el cuarto de baño amenazaba con convertirse en el punto cero de una infección que se extendiese por toda la casa como una planta colonizadora. La mancha de chocolate del sofá se le antojaba un testigo mudo de su desidia. Por no hablar de su propia higiene corporal; en cinco días

ni siquiera se había lavado los dientes. La barba, canosa y rala, que le crecía con desorden y confusión, le confería aspecto de vagabundo desaliñado.

—Aprovecha tu último día de permiso para despejar la casa. La próxima semana vendrá a verte una limpiadora del colegio. Necesita dinero y le vendrán bien unas horas extra.

—¿No se llamará Beatriz?

—¡Qué tonterías se te ocurren!

—¿No tendrá un hijo psicópata?

Por lo visto había dicho algo gracioso, porque Paloma se rio con ganas.

—Se llama Elisa.

—¿Elisa, vida mía?

—¡Fede, por Dios, deja de decir bobadas y dúchate! Salgamos antes de que empiece a llover.

El lunes por la mañana, cuando entró en su despacho, pensó que era un hombre distinto. En vez de cinco días le parecía que habían pasado cinco años desde la última vez que se sentó en su mesa de trabajo. Carrascal había tenido la delicadeza de no hablar del tiempo. Repérez se había puesto a su disposición por si necesitaba cualquier cosa. García le había recibido con un «bienvenido, inspector» y una amplia sonrisa. Gajanejos se dio cuenta de que la subinspectora había engordado en las últimas semanas, supuso que de tanto cocinar bizcochos y tartas para su blog.

—¿Qué tenemos?

Tenía que volver a la rutina cuanto antes. Le agradó comprobar que en su ausencia no se había hecho ningún avance significativo en la investigación de los dos crímenes. Repérez había visionado las cintas del congreso de Bilbao, donde era evidente la presencia de Pilar Bordonada el día del asesinato de su marido. El congreso había empezado a las nueve de la mañana, aunque la señora Bordonada había llegado a las ocho. Repérez había comprobado que no hubo ningún vuelo esa mañana de Madrid a Bilbao entre las siete y las nueve. Era, por tanto, imposible que la señora Bordonada hubiera estado en Madrid a la hora del crimen.

—Aunque pudo haberlo encargado —apostilló Repérez.

Eso ya lo había pensado él. En realidad, la viuda era la única que parecía beneficiarse con la muerte del profesor Vargas; un

millón de euros era un buen móvil. Había que investigarla.

—Encárguese, García —no le apetecía hablar con el juez imberbe; seguro que le daba el pésame.

Decidió repasar las cintas del congreso. No tenía mucho más que hacer y no se le ocurría por donde retomar la investigación. Eran casi veintiséis horas de grabación, así que empezó por la del jueves 29 de octubre. Pilar Bordonada llegaba, en efecto, con una hora de antelación a la sala de actos, es decir, a las ocho en punto de la mañana, y se sentaba en la tercera silla de la segunda fila. Comprobó que el día anterior también se había sentado en el mismo lugar. El ángulo de la cámara era perfecto para verla con total nitidez. Estuvo sentada sola en una sala desierta hasta las ocho y media, momento en el que empezaron a llegar otros asistentes al congreso. A las nueve menos diez la señora Bordonada saca el teléfono móvil del bolso, habla unos segundos, se levanta deprisa y abandona la sala. Gajanejos supuso que en esa llamada le comunicaban el fallecimiento de su marido; tendría que pedir a García que lo comprobara. Le pareció que llegar con una hora de anticipación era excesivo, incluso para alguien puntual. Podría ser, pensó, que Pilar Bordonada quisiera asegurarse una coartada. Amplificó la imagen de la cara de la viuda y volvió a visionar los cincuenta minutos de grabación. La mayor parte del tiempo parecía leer con atención los folios que llevaba en la carpeta. Varias veces se giró a mirar hacia la puerta de entrada, sobre todo cuando empezó a llegar gente. En dos ocasiones, de una manera muy fugaz y durante apenas unas milésimas de segundo, dirigió la vista a la cámara.

García aceptó a la primera. Supuso que durante los próximos días las personas que le rodeaban querrían agradarle y se plegarían a todos sus deseos. En todo caso, la cafetería de enfrente de la comisaría estaba cerrada ese lunes 9 de noviembre, día de la Almudena, fiesta local en Madrid. Llegaron a Jefatura en menos de diez minutos. Los escalopes con patatas no le supieron como otras veces, supuso que debido a las continuas interrupciones que le hacían los compañeros para darle el pésame. Los últimos trozos se quedaron fríos.

—Inspector, tengo algo que decirle.

La subinspectora se quedó callada mirándole a los ojos.

—Prefiero contárselo yo misma antes de que se entere por terceros.

García lo miraba seria y misteriosa. Gajanejos esperaba que le refiriese sus razones para no presentarse a las pruebas de promoción interna; por nada del mundo quería saber cómo cojones habían asustado al exmarido. Levantó las manos invitándola a hablar.

—Estoy embarazada de quince semanas.

El hedor le sorprendió como una bofetada. Abrió los balcones y sacó las bolsas de basura que se acumulaban en el suelo de la cocina. Puso uno de los tapetes de ganchillo encima de la mancha de chocolate del sofá y se tumbó a ver la televisión. No tenía la más mínima intención de limpiar el piso. Decidió que recogería lo más vergonzante cuando fuera a venir Elisa, vida mía. Realmente no había sido una buena idea comer en Jefatura. El comisario principal le llevó a su despacho y le ofreció relevarle del caso si no se sentía con ánimos para seguir investigando. Dados los exiguos avances de la investigación, le dijo, tal vez fuera buena idea tomarse unas semanas de descanso. Como su superior y como el ser humano sensible que era, comprendía que su reciente pérdida le tuviera sumido en un estado de apatía e indiferencia que le dificultara avanzar en la resolución de los crímenes de la Complutense. Gajanejos supuso que el comisario principal estaría sometido a presiones externas. No entendía por qué la gente para dar malas noticias usaba un lenguaje tan afectado.

—El caso está prácticamente resuelto —mintió—. Necesito una semana más.

Aquello pareció gustar a su superior, que le despidió con dos palmadas en el hombro y un «nos vemos el lunes que viene».

Tuvo que tomar una decisión urgente: o cerraba las ventanas y soportaba el mal olor de la casa, o se congelaba de frío. Confió en la adaptabilidad de sus pituitarias. Su cama estaba tan deshecha que se acostó en la de su madre. Por la puerta entreabierta del armario se vislumbraban los vestidos y los zapatos que no se había llevado a la residencia. Le llamó la atención un vestido negro con lunares blancos que recordaba habérselo visto puesto desde que era un niño. Había sido una mujer muy austera. Decía que ya se iría de vacaciones cuando él estuviera colocado. Luego comprendió que con la pensión de viudedad que recibía habría sido imposible.

Acarició el vestido de los lunares blancos y comenzó a llorar.

XIII

—¡Pero cómo se te ocurre preguntarle si Carrascal es el padre! —Paloma le gritaba por teléfono. Estaba claro que se había terminado la patente de corso de la que había disfrutado los primeros días de duelo—. Eres un animal, Federico.

—Mujer, era por decir algo.

—¡Por decir algo! —Los gritos se debían de estar oyendo hasta en Plutón—. Por decir algo le preguntas si ya sabe si es niño o niña, o qué nombre que le va a poner a la criatura. Pero nunca, ¿me oyes?, nunca le preguntas si su pareja es el padre.

—No se lo tomó muy mal.

De hecho, Gajanejos pensaba que Paloma se lo estaba tomando peor que la propia subinspectora.

—¡Porque eres su superior! —siguió gritando—. ¡Además de insensible, eres idiota!

Colgó.

—Federico, la niña está otra vez insoportable.

Estaba visto que esa tarde no le iban a dejar descansar.

—Acaba de perder a su abuela.

—¿No podrías decirle que volviera contigo?

—Le da miedo dormir en la habitación de mi madre.

—Pues te mudas tú a esa habitación y le dejas la tuya a Lorena.

Era una solución evidente, pensó, aunque no estaba convencido de que él quisiera ocupar la habitación de su madre. Tampoco estaba seguro de que quisiera que su hija volviera a su casa. Normalmente los padres divorciados discutían por la custodia de los hijos; en cambio ellos lo hacían por no tener a Lorena en casa. Le produjo tal tristeza pensarlo que se levantó a cambiar las sábanas.

El comisario principal tenía razón: la vida le tenía tan ocupado que había perdido la concentración en el caso. Convocó a su equipo a una reunión matinal al día siguiente para hacer, una vez más, un resumen detallado de los dos casos. García le había comunicado que el juez había autorizado el registro de la actividad del teléfono móvil de Pilar Bordonada, con lo que en un par de días tendrían la información en su poder. Esa señora le caía mal: era demasiado estirada y rígida. Su pobre hija, a su lado, parecía un pajarito desvalido. Recordó que en casa de los Vargas no había televisión. Volvió a pensar en Lorena. Su hija, al menos, había crecido con una madre afectuosa y cálida. Y él podía ofrecerle una casa con televisión, aunque en esos momentos pareciera más una pocilga que un hogar. Volvió a sentirse culpable por no desear que su hija volviera a su piso. Al final lo único importante era la familia. A su madre no le había quedado más remedio que ingresarla en la residencia. Su trabajo era incompatible con las atenciones que requería su enfermedad. No necesitaba a sor Patrocinio para sentirse tremendamente culpable por no haberla visitado todo lo que debiera.

La llamada de la doctora Lázaro le pilló cenando unos bocadillitos en el bar de la plaza. El Guarrete seguía cerrado a cal y canto, aunque a juzgar por el olor que desprendía debían de estar pintándolo por dentro. Le extrañó que le telefoneara a esas horas; las autopsias empezaban muy temprano y Lázaro habitualmente terminaba su jornada laboral antes de las cuatro de la tarde.

—Inspector, por favor, venga a mi casa. Estoy aterrorizada.

El piso de la doctora María Lázaro estaba ubicado en un edificio señorial de la calle Lagasca, en pleno barrio de Salamanca. El ascensor estaba en consonancia con la majestuosidad del inmueble. La cabina había sido construida con madera de caoba y decorada con herrajes niquelados y cristales biselados. Casi un tercio de la misma lo ocupaba un banco de terciopelo rojo que parecía extraído del castillo del conde Drácula. Resolvió no sentarse; tenía demasiado apego a su coxis como para tentar a la suerte. Su propio ascensor ya le daba suficientes sobresaltos. Tardó una eternidad en subir a la sexta planta. El domicilio de la doctora no desmerecía al ascensor. Gajanejos calculó que cada una de las tablas de madera de la tarima debía de medir casi un metro. Los muebles, las alfombras

y los cuadros completaban el aspecto de museo que tenía la casa. Todo estaba limpio y ordenado. No pudo dejar de pensar en la cochambre de su propio piso. No le dio tiempo a manifestar lo bonita que le parecía la casa.

—Inspector, esta noche van a entrar a robarme y, si me encuentran sola, además me violarán y me matarán.

María Lázaro temblaba como una hoja.

—Tranquilícese, doctora, y explíqueme que ha pasado.

—¿Ha traído su arma?

Gajanejos hubo de desplegar toda su amabilidad para conseguir que Lázaro se calmara y narrara lo sucedido. Con voz temblorosa, la doctora le contó que había abierto su casa a un falso comercial de una compañía eléctrica. No había desconfiado porque el hombre sabía su nombre y apellidos, el número de su documento nacional de identidad e incluso el número del contador del gas. Asimismo, le había enseñado una credencial de Endesa, con fotografía incluida. Le dijo que le estaban facturando erróneamente la luz, porque le estaban aplicando una tarifa industrial en vez de la tarifa doméstica que a ella le correspondía, pero que él, desde su ordenador portátil, podía arreglarlo todo en un instante, de modo que a partir de ese momento su factura se vería notablemente reducida. Solo necesitaba sentarse y beber un vaso de agua. Ella le había dejado solo mientras buscaba el agua y había respondido a todas sus preguntas: le había confesado que vivía sin ninguna compañía en una casa grande y que pasaba la mayor parte del día trabajando en el Instituto Anatómico Forense. Cuando se hubo marchado se dio cuenta de que algo no encajaba. Ella tenía contratada la luz con Iberdrola, no con Endesa, y además comprobó en internet que no existían las tarifas de las que hablaba el falso comercial.

—¿Ha notado que falte algo?

—No se llevó nada. Creo más bien que vino a indagar. Ahora pasará la información a sus cómplices y vendrán a desvalijarme.

Gajanejos se sentó donde lo hiciera el supuesto comercial. Desde esa posición habría visto con calma la colección de bandejas de plata, las figuritas de porcelana y el reloj de torre, por no hablar de los cuadros, que con toda probabilidad serían de algún pintor cotizado. Pensó que todo lo que allí había debía de provenir de una herencia familiar; no creía que la medicina forense estuviera tan

bien remunerada.

—El problema es que no puede denunciar nada porque no ha habido delito.

—Lo sé.

—De todos modos, conviene que telefonee a la comisaría de su distrito y ponga los hechos en su conocimiento.

—Lo haré.

—¿Tiene aseguradas sus cosas?

—Todo está declarado y asegurado.

—Tiene que contratar una alarma con atención telefónica y grabación de imágenes. También debería blindar la puerta y poner rejas en las ventanas que sean accesibles desde el exterior. ¿Puede alguien venir unos días a vivir con usted?

—Mañana llega mi hermana de Olite. Pero esta noche estoy sola.

La doctora María Lázaro comenzó a llorar. Prácticamente se echó en sus brazos. Gajanejos notaba su cuerpo tembloroso cada vez más pegado al suyo.

—No se preocupe. Me quedaré con usted.

Sabía que se iba a arrepentir, pero no podía dejarla sola en el estado de ansiedad en el que se encontraba. Le dio unos golpecitos en la espalda y la apartó con delicadeza. La doctora le ofreció la habitación de invitados.

—Está contigua a la mía, pared con pared.

Le miró a los ojos sin pestañear. El inspector notaba que se estaba metiendo en un lío. Todas las alarmas comenzaron a sonar en su interior.

—Prefiero quedarme en el sofá. Así estaré más alerta por si pasa algo.

No era verdad. Lo único que quería era estar más cerca de la puerta para, llegado el caso, salir corriendo. Tenía intención de irse del piso al cabo de unas horas, cuando la doctora estuviera dormida.

—Dejaré la puerta de mi dormitorio abierta —dijo ella—. Por si acaso. Nunca se sabe.

Él si sabía. No podía sucumbir a los encantos de la forense. Follar con la doctora sería un problema para el normal desenvolvimiento de su trabajo. La subinspectora lo descubriría, sin ningún género de duda y, además, la forense era demasiado bajita

para él. Y tenía un carácter del demonio; era capaz de insultarlo en pleno polvo. En una palabra, María Lázaro no le convenía. Se descalzó y se recostó en el sofá del salón con el firme propósito de no quedarse dormido bajo ninguna circunstancia. El reloj de carrillón le despertó a media noche con los cuatro cuartos y las doce campanadas. Parecía Nochevieja. Abrió un par de puertas buscando el cuarto de baño. Estaba decidido a orinar e irse de aquella casa. La puerta del dormitorio de la doctora se encontraba entornada, como ella le había dicho. La empujó con suavidad. María Lázaro dormía boca abajo en una cama de matrimonio situada en el centro de la habitación. Estaba destapada. Llevaba un fino camisón, más transparente que blanco, que se le había enrollado a la altura de las caderas dejando a la vista un sonrosado y prieto culo. El inspector Gajanejos se quedó un buen rato observándolo. Solo cuando ella se revolvió y cambió de postura, se atrevió a moverse del umbral de su dormitorio. Volvió de puntillas a su puesto de guardia en el sofá.

Tardó unos segundos en ubicarse en el tiempo y en el espacio. El teléfono móvil le había despertado con su estridente tono y quienquiera que le estuviera llamando a esas horas intempestivas no parecía tener intención de colgar. No solo no había huido del piso de Lázaro, como era su intención, sino que se había quedado dormido como un bendito toda la noche. Tenía mal sabor de boca y le dolía la espalda.

—Inspector, han encontrado otro cadáver en la Complutense. —La voz de García sonaba más seria de lo habitual—. Estamos en un coche en la puerta de su casa.

Cinco minutos más tarde le recogían en el portal de la doctora Lázaro. La subinspectora le lanzó una mirada de filo de cuchilla. Repérez puso cara de guardia real británico en la puerta del palacio de Buckingham.

—¿Lo de siempre? —preguntó Gajanejos.

—Este es algo diferente. Ya lo verá cuando llegue.

Tenía que hablar con la subinspectora. Era evidente que estaba cada vez más enojada con él. Se había sentado sola en el asiento trasero y permaneció en silencio durante todo el trayecto hasta la Universidad. Repérez conducía y canturreaba bajito. Gajanejos pensó que el equipo no podía funcionar bien con García enfadada.

El cadáver se encontraba en uno de los despachos de la Facultad de

Derecho. Esta vez Gajanejos conocía bien el lugar. Entró por la puerta principal, aunque sabía que había accesos al Edificio de Departamentos, donde se localizan los despachos de los docentes, tanto por el lateral como por la parte de atrás, en la fachada norte. Al llegar había echado un rápido vistazo al edificio A de Filología, situado justo enfrente del de Derecho. Ambos edificios mantenían el mismo estilo arquitectónico, aunque tenía la impresión de que la Facultad de Derecho poseía unas dimensiones algo mayores. Además, en los años setenta del pasado siglo se había añadido por el lado este el Edifico de Departamentos, que se comunicaba con el principal a través de dos pasarelas. Gajanejos comprobó que después de cuarenta años continuaba la sempiterna obra del edificio nuevo; que él recordase, siempre había habido problemas con las fachadas y siempre había algún andamio con obreros trabajando, los cuales, pensó, a esas alturas debían de saber tanto derecho como los alumnos matriculados. El suelo del pasillo que daba acceso a los despachos de los profesores estaba cubierto por un tenue polvo blanco procedente de la obra. Dos policías uniformados que montaban guardia le indicaron el despacho donde había sido encontrado el cuerpo. Mari Carmen Pelegrín y sus hombres lo aguardaban en la puerta. Vestían todos sus inseparables monos blancos y habían desplegado sus maletas con los más diversos utensilios, pero habían esperado su llegada para comenzar. Gajanejos se lo agradeció con un movimiento de cabeza y se puso los guantes y las calzas que le tendió un agente.

—Parece un suicidio —dijo Pelegrín.

El inspector entró en el despacho con la parsimonia con la que solía entrar en los escenarios del crimen. La mayor parte del espacio estaba ocupada por dos mesas enfrentadas. La situada en lado izquierdo estaba ordenada e impoluta. La mesa de la derecha presentaba un completo desorden y múltiples manchas de sangre. Le llamó la atención una raya de cocaína a medio esnifar, junto a un billete de cincuenta euros enrollado como un canutillo y una tarjeta de crédito. Sobre la silla reposaba el cadáver de un varón de unos cuarenta años de edad con la cabeza ensangrentada vencida hacia el pecho. Bajo su mano izquierda, en el suelo, Gajanejos vio una pistola negra de un modelo que no identificó en un primer momento.

—Necesito buscar restos de pólvora en las manos del cadáver lo antes posible. —La voz de Pelegrín interrumpió su inspección ocular.

Gajanejos salió del despacho. Había visto suficiente. En el pasillo, García conversaba con el comisario principal. No era habitual que su superior se personara en el escenario del crimen, aunque lo más sorprendente era la velocidad a la que lo había hecho.

—Confiemos en que sea un suicidio —dijo el comisario principal —. No quiero pensar en las reacciones del rectorado y de la prensa ante un *serial killer* de profesores de universidad.

A Gajanejos le disgustaban los extranjerismos, pero no se atrevió a hacérselo notar a su superior. Lo peor era que llevaba razón: un asesino en serie es aquel que asesina a tres o más personas en un breve lapso de tiempo. El comisario principal se quedó mirando su cara sin afeitar; era evidente lo que estaba pensando.

—Quiero un informe exhaustivo —lo conminó.

El inspector regresó al escenario del crimen. Se sentía más relajado en compañía del cadáver que del comisario principal. Pelegrín había llenado varias bolsitas de plástico con diversos vestigios que un agente de mono blanco se ocupaba de guardar cuidadosamente en un maletín metálico. La inspectora le señaló los zapatos del muerto.

—¡Unos Sebago! —exclamó Gajanejos.

—Unos mocasines Sebago Classic de la talla cuarenta y tres, para ser más precisos.

—Parece que el círculo se va cerrando.

—No tan deprisa, Federico. Fíjate en las suelas.

Empezaba a estar harto de tanta suela de zapato, pero comprendió que habría algún dato importante en las dichosas suelas si Pelegrín así lo consideraba. Las suelas de los mocasines Sebago del cadáver estaban ligeramente manchadas de barro.

—Puede que no se los pusiera desde el día del asesinato del profesor Vargas —opinó el inspector.

—Mira tus propias suelas —Pelegrín sonrió con gesto triunfal.

Gajanejos se quitó las calzas y advirtió que sus suelas estaban manchadas del polvo blanco de la obra. Comprobó que el pasillo de acceso al despacho también estaba cubierto por una sutil capa

blanca.

—¡Repérez, quítese los zapatos! —ordenó.

El agente Pérez había entrado por la puerta de atrás del edificio. Quizá la víctima también lo había hecho por ahí. El inspector verificó que las suelas del agente también lucían la tenue capa blanca.

—Los miraré al microscopio para cerciorarme —dijo Pelegrín tomando muestras de las suelas con un hisopo—. También te confirmo que lo que hay encima de la mesa es cocaína.

—¿La has probado?

—No digas tonterías, Federico. Por cierto, me han dicho que estás hecho un donjuán.

—¿Has encontrado el casquillo? —Tenía que cambiar de tema de manera urgente.

—Casi lo pisas cuando entraste.

—¿Puedes decirme algo concreto?

—9 milímetros Parabellum. Cuando la forense extraiga la bala, la analizaremos con el microscopio de comparación para comprobar si fue disparada con la misma arma que la utilizada en el crimen del profesor de Física.

—¿Algo más?

—Ya sabía yo que a ti te ponía la doctorcita.

—¡Repérez! —gritó.

No necesitaba a Pérez en absoluto. Ni siquiera se le ocurrió qué decirle cuando el agente se puso a sus órdenes. Solo quería dejar de hablar con Pelegrín. Por alguna razón, le desazonaba que ella pensara que había sucedido algo entre la forense y él. Aunque lo que más le desazonaba era la propia desazón que sentía. ¿Por qué tenía él que sentirse culpable delante de Mari Carmen, si hacía siglos que no eran novios? ¿Quizá porque ella pensara que estaba traicionando a Paloma? ¿O es que todavía conservaba alguna pretensión con ella a pesar de la brusquedad con la que le había rechazado unos días antes? En todo caso, pensó, la respuesta a sus preguntas no la iba a encontrar en aquel despacho junto a un hombre muerto. Tuvo que echar mano de todo el vigor de su ánimo para concentrarse en el caso.

La doctora María Lázaro tardó más de cuarenta minutos en llegar al escenario del crimen. Todos los presentes empezaban a

impacientarse cuando apareció con su inconfundible taconeo. Gajanejos comprobó que calzaba sus *louboutines* de tacón alto. La forense debió de notar la mirada del inspector porque le guiñó un ojo, lo que no pasó desapercibido a García. Gajanejos sintió un poderoso deseo de estrangular a la doctora.

—Espero que esta vez no necesite que le diga la causa de la muerte.

Otra vez le estaba llamando tonto de manera sutil. Lo apuntaría en la libreta. Sonrió. La doctora tenía un temperamento incorregible.

—A veces las cosas no son lo que parecen —respondió él. Miró de soslayo a García.

—Tiene un bonito orificio de bala cerca de la sien. Suele ser bastante efectivo. De todos modos, hasta que no lo tenga en mi mesa no puedo certificar nada.

—¿La hora de la muerte?

—Debe de llevar unas dos horas muerto.

—¿Qué son esas lesiones rojas que tiene en la cara?

—En la cara y en los brazos —puntualizó Lázaro—. Son alteraciones de la piel típicas de los cocainómanos. ¡Parece mentira que lleve usted más de veinte años en la Policía!

Tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para no mandarla al infierno. A la doctora le había durado poco la afabilidad de la noche anterior. Era posible que le estuviera haciendo pagar su caballeroso comportamiento, con las mujeres nunca se sabe. En todo caso, la próxima vez que necesitara un paladín le iban a dar mucho por saco. La llegada del juez Moreno contribuyó aún más a incrementar su mal humor.

Esa mañana su señoría lucía un pequeño moño bajo. Por lo demás, iba pulcramente vestido con traje azul marino, camisa blanca y corbata violeta. Una vez le hubo resumido la situación, Gajanejos se alejó del juez sin disimulo. Pelegrín y Lázaro le acompañaron mientras ordenaba el levantamiento del cadáver. Tuvieron que sacarlo del despacho entre las dos, sentarlo en un banco del pasillo y abrir una ventana para que le diera el aire.

—Era profesor de Derecho Mercantil. Se llamaba Alfonso Recarte.

A Gajanejos le sorprendió el orden en el que el compañero de despacho de la víctima había pronunciado las frases. Para Juan

Sánchez, que así declaró llamarse el sujeto, era más importante y caracterizador ser profesor de Derecho Mercantil que el nombre y apellido de una persona.

—Llegué al despacho sobre las siete y media. En cuanto lo vi, llamé al 112. No he tocado nada.

En esta ocasión el inspector no sabía si el prudente comportamiento del señor Sánchez se debía a las series americanas de televisión o a los propios conocimientos de un abogado. En todo caso, eso no era importante.

—¿Encontró la puerta abierta o cerrada?

—Estaba cerrada, pero la llave no estaba echada. No me sorprendió: en los últimos tiempos el profesor Recarte andaba algo despistado.

—¿Por la droga?

—Supongo que sí. Esnifaba cocaína de manera constante, cada vez más. Incluso lo hacía en el despacho, estando yo presente.

—¿No lo denunció?

—Tenía múltiples denuncias y sanciones. Había dado plantón a sus alumnos varias veces y tenía unos comportamientos bastante impredecibles. Corría el rumor de que lo iban a expedientar para echarlo de la universidad.

—¿Eran ustedes amigos?

—No. Solo compartíamos despacho.

—¿Sabe si tenía enemigos?

—Es posible. Siempre andaba pidiendo dinero. Para la cocaína, supongo.

—¿Recuerda si esta mañana, cuando usted llegó, estaba encendida la luz del despacho?

—No podría asegurarlo. Me puse algo nervioso cuando vi tanta sangre.

—Una última pregunta. ¿Puede confirmarme si el profesor Recarte era zurdo?

—No. Sin ninguna duda no era zurdo. Era diestro.

—¿Está usted seguro?

—Tengo la total certeza. Llevábamos más de cuatro años compartiendo despacho. Puedo jurarle que Alfonso Recarte era diestro.

Decidió pasarse por casa antes de ir a la comisaría. Quería ducharse

y ponerse ropa limpia. A sus cincuenta años era difícil sorprenderlo, pero, aun así, se quedó unos instantes con la boca abierta. El bar del Guarrete se había transformado en un local pintado de rojo y plateado con una barra semitransparente iluminada desde el interior por una luz violeta. En la fachada, sobre el cierre metálico pintado en malva, el tradicional «Vinos y Tapas Paco» había sido sustituido por un rótulo de neón que anunciaba «La Gastroteca de Francisco». Paco y la señora Josefa, cariacontecidos, le dieron su más sentido pésame por la muerte de su madre. Ambos vestían una especie de chándal negro y un delantal color pistacho.

—Renovarse o morir —sentenció Paco.

Gajanejos estaba tan impresionado que no sabía qué decir. No podría nunca más referirse a aquel lugar como el bar del Guarrete.

—¿Qué tipo de comida sirven?

—Cocina de vanguardia. Nos hemos puesto al día en las últimas tendencias.

Subió a su piso por las escaleras. El ascensor estaba arreglado, pero no se fiaba; esperaría unos días para cerciorarse de que funcionaba con normalidad. Le costaba trabajo imaginarse a la señora Josefa como una innovadora cocinera discípula de alguna escuela gastronómica. El caos de su casa le devolvió a la realidad. Necesitaba a Paloma y necesitaba a García. Necesitaba que no estuvieran enfadas y que las cosas fueran como antes. Telefoneó al colegio.

—La señorita Paloma no se puede poner: está reunida en la sala de profesores preparando las evaluaciones —la voz sonaba como un contestador automático.

—Es importante.

—Tengo instrucciones de no interrumpir la reunión a no ser que sea una cuestión de vida o muerte.

—¿Puedo dejarle un recado?

—Puede. Pero nadie se lo va a entregar.

Colgó el teléfono con violencia. El hecho de no encontrar ni un solo calzoncillo limpio, le enfureció aún más. Tuvo que ponerse un bañador antiguo que olía a naftalina.

—Varón, de mediana edad y cocainómano —dijo García.

—Y mocasines Sebago del cuarenta y tres —apostilló el agente Pérez.

—Y un casquillo del 9 milímetros Parabellum —terció Robledo.

—¿Dónde está Cano? —preguntó Gajanejos.

—En el hospital. Su mujer se ha puesto de parto —informó Robledo.

—No le tocaba hasta dentro de quince días —dijo García.

—Se habrá adelantado.

—Volvamos al caso y no saquemos conclusiones precipitadas —dijo el inspector.

Había convocado a su equipo para una reunión de urgencia antes del almuerzo. Robledo y Repérez parecían contentos; seguro que pensaban que el caso estaba resuelto. A García parecía que le hubiese vomitado un perro encima; tenía el semblante más serio que Gajanejos le hubiera visto en todos los años que llevaban trabajando juntos. Tenía que hablar con ella en privado de manera urgente.

Todo lo que habían dicho sus hombres era cierto: la víctima era un varón de treinta y cinco años, pelo castaño y, a juzgar por todos los indicios, adicto a la cocaína. Sin embargo, había varios detalles que no cuadraban.

—Tenemos que esperar a los resultados de la autopsia para confirmar que el sujeto era cocainómano —dijo el inspector—, y a los resultados de la Científica para confirmar que los cabellos encontrados sobre las otras dos víctimas pertenecieran al profesor Recarte.

Todos asintieron.

—Alfonso Recarte estaba casado con Alejandra Torres —informó García—. No tenían hijos. Llevaba una década dando clases en la Facultad de Derecho. Al parecer, fue un muchacho muy prometedor; consiguió el título de doctor con veinticuatro años.

—Repérez, quiero que pregunte a sus alumnos. Pero esta vez no acuda a clase ni se haga pasar por estudiante.

—A sus órdenes.

—¿Qué sabemos de la viuda?

—Es agente inmobiliaria. Están intentando localizarla por radio; está navegando en el yate de unos amigos en algún lugar entre Ibiza y Mallorca.

—¿Por qué será que no me extraña que estuviera lejos en el momento de la muerte de su marido? —Gajanejos quiso distender el

ambiente. No lo consiguió. García continuaba con cara de vinagre —. Investigue si el difunto tenía suscrito algún seguro de vida.

—A sus órdenes, inspector.

No recordaba que García le hubiera contestado así nunca.

—¿Algo más?

—Según su carnet de identidad, el profesor Recarte vive en el mismo edificio de viviendas de profesores que el doctor Larreta.

—*Per accidens*.

XIV

—Le pido perdón. A veces digo estupideces sin darme cuenta. Siento mucho haberla ofendido.

Había visto en los documentales de La 2 que la mejor manera de evitar un ataque de un gorila era humillándose y postrándose ante él. No es que quisiera comparar a la dulce subinspectora García con un primate tan feo como el gorila, pero pensó que ella no tendría más remedio que ablandarse ante el inusitado espectáculo de un macho dominante pidiendo disculpas. Además, era cierto que lamentaba haberla herido.

—A veces tengo la sensación de que a usted no le gusta Carrascal.

Eso era en parte verdad: no tenía nada en contra del agente, pero le disgustaba que mantuviera una relación con la subinspectora.

—El agente Carrascal se ha partido la cara por defenderla —dijo, en cambio—. Lo importante es que le guste a usted.

—Esa no es una respuesta.

—No me ha hecho usted ninguna pregunta.

—¿Tengo sus bendiciones?

—Si usted es feliz, cuenta con mi total aquiescencia.

García le miró a los ojos y sonrió. El inspector comprendió que lo había perdonado. Sintió que se había quitado una losa de encima.

—Debería usted hablar con Paloma. De todos modos, se va a enterar de que ha pasado la noche en casa de la doctora —dijo ella.

—Ha sido una noche muy instructiva.

—Preferiría que no me lo contara.

—La doctora me enseñó su colección de zapatos de la marca

Louboutin. Y también algunos trucos.

—¡Por Dios, inspector! No me dé detalles.

—Al tener la suela de cuero, los zapatos resbalan mucho cuando están nuevos. Para evitar caídas suele poner unos trozos pequeños de esparadrapo pegados a la suela hasta que se desgasta lo suficiente.

—Yo las rayo con un cuchillo.

—Eso es lo que hacemos casi todos. Las compradoras de zapatos de lujo no se arriesgan a estropear unas suelas que les han costado un ojo de la cara y que, además, son el sello característico de la marca. Es un truco que suelen conocer las usuarias habituales de ese tipo de zapatos.

Gajanejos observó a la subinspectora que lo miraba con expectación. Sintió deseos de prolongar el momento, pero comenzó a hablar en cuanto se dio cuenta de que estaba actuando como lo hacía Lázaro en sus conversaciones telefónicas. Esperaba que no se le hubiera contagiado la manera de ser de la forense en la noche que había pasado en su casa.

—La inspectora Pelegrín encontró un trozo de esparadrapo en el suelo del despacho de la primera víctima. Le pedí que lo analizara en profundidad.

—¿Y?

—Encontró pequeños restos de cuero teñido de rojo.

—Lo que confirma que la misteriosa mujer de los aseos estuvo en el escenario del crimen.

—En efecto. Podemos suponer también que los zapatos son relativamente nuevos y que es probable que la mujer utilice zapatos de marca de manera habitual.

—¡Vaya! Sí que ha sido provechosa su noche en casa de la doctora Lázaro.

Ya era incuestionable que le molestaban los cambios en su rutina diaria. Estaba convencido de que era otro síntoma de la edad. Había decidido empezar el día en la sede de la Comisaría Científica. Eso presentaba una ventaja y muchos inconvenientes. La ventaja era la interacción directa con Mari Carmen Pelegrín, lo que se traducía en una comunicación más fluida y de mayor calidad, amén de la posibilidad de entrever sus magníficos muslos en algún cruce de piernas. Entre los inconvenientes estaban la necesidad de coger el

coche, tener que posponer la reunión con su equipo, la posibilidad, bastante real, de que cuando llegara a su despacho ya se hubieran acabado las galletitas de García y, aunque le costara reconocerlo, perderse el parte meteorológico matutino de Carrascal. En todo caso, tenía la sensación de que sus perspectivas con Pelegrín eran cada vez más remotas. Además, no sabía de qué cojones quería tener perspectivas. Después de casi quince minutos cumpliendo con las formalidades de acceso, hubo de añadir a la lista de inconvenientes el dolor de hígado que le producían los monos blancos de sus compañeros de la Policía Científica.

—¿Dónde has dormido esta noche, Casanova? —Pelegrín le recibió con una sonrisa equívoca.

—¡Ya está bien, Mari Carmen! Solo estaba haciendo un favor a una persona en apuros.

—¿Ahora te dedicas a socorrer viudas, amparar doncellas y deshacer entuertos?

—¿Qué tienes que contarme? —zanjó mirándole las piernas.

—Me temo que cosas menos interesantes que tus devaneos. No hemos encontrado ningún residuo de disparo ni en las manos ni en la ropa de la víctima. Si la prueba hubiera dado un resultado positivo, habríamos podido establecer el suicidio sin ninguna duda. Pero al haber sido un resultado negativo, lo único que sabemos con certeza es que no había residuos.

—Es decir, que no sabemos con seguridad si se disparó él o lo hizo otra persona.

—No, pero estoy convencida de que si se hubiera disparado él mismo habríamos encontrado algún tipo de residuo en la mano izquierda o en el puño de la camisa. Solo habían pasado dos horas desde el fallecimiento cuando tomamos las muestras. Como sabrás, en los suicidas los residuos suelen permanecer en las manos más tiempo que en otros tiradores. En cuanto los de balística nos devuelvan el arma, haré alguna prueba de disparo para comprobar su acerrojamiento y el potencial de fuga que presenta.

—¿Sabemos algo más de la pistola?

—Es una Glock 26. Fue comprada de manera legal por Alfonso Recarte. Tenía permiso de armas desde hacía varios años. Lo solicitó cuando trabajaba en el turno de oficio; al parecer, lo habían amenazado en varias ocasiones sus propios defendidos.

—¿Has analizado los pelos y las uñas?

—¿Tú también, Federico? Todavía no me ha dado tiempo. Eres peor que el comisario principal.

—La cita literal es: *Tu quoque, Brute, fili mi*.

—Estáis pesadísimos con el latín.

—¿Sabías que el muerto era diestro?

Pelegrín enarcó ligeramente las cejas.

—Por supuesto. Hicimos también las pruebas en la mano derecha, con el mismo resultado negativo. No creas que me vas a pillar tan fácilmente.

—Lo sé, Mari Carmen.

—Te invito a desayunar.

Gajanejos puso una excusa razonable. Sospechaba que ella en realidad quería interrogarle sobre la noche que había pasado en casa de la doctora Lázaro.

—Yo no tengo devaneos —se despidió.

A esas alturas sus perspectivas con Pelegrín habían abandonado el sistema solar y se habían adentrado en el profundo espacio exterior.

—¿Ha completado su hija el tratamiento de antibióticos?

El inspector no tenía ni idea; en la semana que Lorena llevaba en casa de su madre apenas había hablado con ella. La doctora Lázaro, en cambio, parecía llevar con exactitud suiza el cómputo de los días del tratamiento.

—Por supuesto. No queremos contribuir a la formación de resistencias bacterianas.

—Esta tarde vienen a instalarme la puerta blindada. Espero que no me moleste usted con ningún cadáver nuevo.

—Haré lo que esté en mis manos, doctora. ¿Ha terminado usted la autopsia de Alfonso Recarte?

—Hace dos horas.

—¿Y no tiene nada que decirme?

—Sí, sí tengo.

—¿Y me lo va a decir?

—Sí, si usted me lo pregunta.

Gajanejos respiró con los ojos cerrados y contó hasta cinco. No sabía muy bien qué apuntar en la libreta de ofensas.

—¿Me podría comunicar, por favor, sus impresiones y los

primeros resultados de la autopsia realizada al cuerpo del señor Alfonso Recarte?

—Sí, se los podría comunicar.

Estuvieron los dos en silencio durante unos segundos eternos. Gajanejos no estaba dispuesto a seguir con el jueguecito de la doctora.

—Inspector, no sabe usted formular preguntas. Debería aprender; le sería muy útil en sus interrogatorios.

Apuntó «incompetente» en la libreta. Se percató de que estaba repetido.

—Le confirmo que murió a causa del disparo en la cabeza. Presenta un solo orificio de entrada. Le interesará saber que está rodeado por la cintilla de contusión y un tatuaje denso y ennegrecido.

—Es decir, que el disparo no se realizó con el arma en contacto con piel, sino a una cierta distancia.

—Muy poca distancia, en todo caso.

—¿Algo más?

—El anillo de Fisch es excéntrico y semilunar.

—¿Muy excéntrico?

—Le mandaré una foto.

Gajanejos suspiró. La doctora Lázaro continuaba fiel a su postura de no interpretar ningún dato. El anillo de Fisch es el resultante de la acción contusa del proyectil y de las impurezas de la superficie. Si el disparo se realiza perpendicularmente, el anillo de Fisch es circular y concéntrico, mientras que si el anillo es excéntrico y semilunar indica que el disparo se ha realizado de manera oblicua.

—¿El sujeto era cocainómano? —El inspector se había resignado a que la conversación se pareciera más a un examen de Primaria que a una colaboración entre colegas.

—No lo sabré con seguridad hasta tener los resultados de los análisis toxicológicos. En cualquier caso, tiene el tabique nasal destrozado y presenta múltiples pápulas eritematosas escoriadas, algunas con costras. Todas ellas son lesiones muy típicas de las personas adictas a la cocaína.

Consideraba que el trabajo de Pelegrín era asqueroso, pero, pensó, el de la doctora Lázaro se llevaba la palma.

—¿Tiene algún otro dato interesante?

—Sí.

—…

—El sujeto tenía múltiples caries.

Estaba seguro de que la forense se estaba reservando algún dato espectacular para el final.

—¿Y no hay nada más que quiera contarme?

Ahora parecía un cura.

—Alfonso Recarte tenía un solo testículo.

—¡Un solo testículo!

—Sí, inspector, un solo testículo. Hay que ver lo que le gusta repetir las cosas que le digo.

—¿Lo habían operado?

No estaba dispuesto a molestarse por los comentarios de la doctora.

—No presenta cicatriz. Es de nacimiento.

—¿Era estéril?

—No necesariamente. Lo habitual es que el único testículo asuma y supla todas las necesidades hormonales y viriles.

—¿Algo más?

—He mandado muestras de uñas y cabellos a sus colegas de la Científica. Me los pidieron para compararlos con los encontrados sobre las otras dos víctimas.

—Muchas gracias, doctora. Ha sido un placer hablar con usted.

—De nada, inspector. Por cierto, me agradaría que viniese a merendar a mi casa alguna tarde: mi hermana quiere conocerlo.

Colgó con una intensa sensación de desasosiego. Tenía la sensación de estar siendo envuelto en una red de cristal. En todo caso, prefería las trifulcas verbales con la forense a pasar una íntima velada familiar con las hermanas Lázaro.

El agente Pérez mostraba un semblante más serio del habitual. Le había costado bastante trabajo recabar información entre los estudiantes de Derecho y Criminología. Los alumnos le habían bombardeado con todo tipo de preguntas y, por el contrario, no se mostraron especialmente locuaces ante las suyas. Al final había tenido que recurrir a su estatus de policía para hacerles notar que las preguntas las formulaba él, y no al revés. Confesó al inspector que parecía que se estuvieran documentando para hacer alguna práctica de clase. No se había sentido cómodo. Gajanejos pensó que

la satisfacción de Repérez en su contacto con la universidad había ido disminuyendo desde las clases de Latín hasta la Facultad de Derecho, pasando por la de Física. Sin embargo, pensó, para la carrera del chico sería más útil estudiar Criminología que Filología Latina. Tendría que pedir a García que hablara con él y le orientara. Los alumnos del profesor Recarte le habían confirmado lo que ya sabían. Era *vox populi* que el profesor era adicto a la cocaína. El curso anterior había impartido las clases con normalidad, si bien a nadie se le escapaba que moqueaba de manera continua. Era como si tuviera el grifo de nariz siempre abierto, le habían dicho. Una alumna había manifestado que resultaba algo desagradable verlo con las ventanas de la nariz permanentemente mojadas. Por eso nadie quería ir a su despacho, ni tenía becarios, ni dirigía tesis alguna. El presente curso había degenerado bastante. Había faltado varias veces sin avisar, dejando a todos los alumnos esperando en el aula, y cuando acudía a impartir la clase era un verdadero desastre: se le caían los folios al suelo, se olvidaba de lo que estaba diciendo y mezclaba el tenor de artículos de distintas leyes. En alguna ocasión, incluso, se había presentado desaliñado, sin afeitar y con grandes ojeras negras. Se comentaba que le habían incoado un expediente disciplinario. Un estudiante dijo que deberían echarlo. Nadie tenía noticia de que acosara a las chicas. Es más, varios estudiantes manifestaron sus dudas de que pudiera hacerlo, dado el estado físico en el que se encontraba. Ninguna de las estudiantes a las que preguntó había sido nunca molestada en ese sentido por el profesor Recarte.

—Tenemos que averiguar dónde conseguía la droga —dijo Gajanejos.

—Los estudiantes a los que pregunté manifestaron no saber nada al respecto.

—En caso de saberlo, no se lo hubieran dicho con facilidad. Hablaré con los de estupefacientes.

—La subinspectora García dejó esto para usted.

El agente Pérez le tendió una bolsa de plástico.

—Muy bien, Repérez, puede retirarse.

Necesitaba estar solo para degustar las galletas de García. Había cuatro. Eran de naranja con chocolate y estaban deliciosas.

—He decidido pintar la casa.

En realidad, se le acababa de ocurrir. Lorena no se animaba a volver porque la habitación de la abuela seguía dándole miedo. Amparo le había anunciado que en breve se iría tres meses a la India para realizar un viaje iniciático con un gurú, cuyo nombre Gajanejos no era capaz de recordar, y no quería que la niña se quedara sola tanto tiempo. Ella había protestado alegando que era mayor de edad y podía vivir donde quisiera, pero el inspector sabía que todavía no estaba preparada para vivir por su cuenta, aunque ella no fuera capaz de reconocerlo.

—Tendrías que reformar todo el piso —dijo Lorena.

Paloma también llevaba años insinuándole la conveniencia de hacer una reforma de la casa. Quizá llevaran razón. Lo más lógico sería que él se quedara con la habitación de sus padres, que era la más grande, y que acondicionara su cuarto de soltero para Lorena de manera que la niña se sintiera cómoda y quisiera volver a vivir con él.

—Es una buena idea —dijo, atribuyéndole todo el mérito—. Podríamos pintar tu cuarto del color que más te guste.

—Rosa.

Gajanejos arqueó las cejas. Si el precio para que su hija volviera a casa era pintar su dormitorio de rosita, lo pagaría con gusto.

—Papá, tienes que prometerme que el niño ese no volverá nunca.

Tenía que enfrentarse a un triple dilema cuya solución debía encontrar de manera urgente. Cada una de las tres opciones tenía sus pros y sus contras, pero ya eran las dos y media y sentía un hambre desaforada. La primera opción era ir a la cantina de Jefatura, la segunda, comer en la cafetería de enfrente de la comisaría y la tercera posibilidad era acercarse a la Gastroteca de Francisco, antiguo bar del Guarrete. Se decantó por la primera opción: los escalopes con patatas pesaron más en la balanza que la probabilidad de encontrarse con el comisario principal y someterse a las preguntas de su superior. Cuando el camarero le hizo saber que ese día no había escalopes sino chuletas de cerdo a la riojana, recordó que era miércoles. Se decantó por unos filetes de lubina al horno que no sabían a nada.

—Seguro que es panga —dijo el comisario principal. Había aparecido de repente y se había sentado a su mesa con una taza de

cristal en la que humeaba una infusión. En todo caso, le había fastidiado la comida.

—La última vez que tomé chuletas estaban duras —respondió Gajanejos.

—El panga se cría en granjas acuícolas del río Mekong, en Vietnam. En Estados Unidos está prohibida su importación por la presencia de sustancias contaminantes. En España nos comemos cualquier cosa.

Aquella información hizo que el inspector dejara de comer de manera inmediata. El pescado ya de por sí no le agradaba demasiado, de modo que saber que en el que se estaba comiendo en ese momento podía haber restos de un herbicida llamado trifluoralina le produjo tal sequedad en el esófago que temió que le diera una reacción como las que acostumbraba a tener el juez Moreno en los escenarios del crimen. En todo caso, estaba seguro de que comer con el comisario principal le produciría dolor de estómago. Gajanejos hizo un detallado resumen de la investigación para su superior. Lo tenía que hacer *nolens volens* y, además, así interrumpía el parlamento del comisario principal sobre la ineficacia de los controles de seguridad alimentaria de la Unión Europea.

—Hay muchas cosas que no cuadran —dijo el comisario principal—; un drogadicto no se suicida con una raya a medio esnifar. Lo hace antes o después, pero nunca mientras consume.

El inspector asintió. Su superior era un policía con décadas de experiencia y un buen ojo clínico. Era una lástima que en ocasiones estuviera más preocupado por las presiones políticas y la opinión pública que por el estado de las investigaciones. En cualquier caso, el suyo era un trabajo que alguien tenía que hacer. Gajanejos se alegró de seguir siendo inspector de la escala ejecutiva; una vez más reconoció que ascender a comisario de la escala superior no le haría en absoluto feliz.

—El rector me telefonea todas las mañanas para preguntar si avanzamos en la investigación —continuó el comisario principal—. En cuanto a los periodistas, los estamos conteniendo a duras penas con la promesa de una extensa y pormenorizada rueda de prensa cuando el asunto esté solucionado. Supongo que no será necesario que le diga que este caso tiene prioridad absoluta.

—Tengo a todo mi equipo trabajando de manera exclusiva en estos crímenes.

—No se preocupe por los plazos. No quiero que el caso se cierre en falso. Haga un buen trabajo —ordenó.

Gajanejos había olvidado el ultimátum de tiempo que le había dado su superior. Tenía intención de averiguar la verdad costara lo que costara y en el tiempo que fuese.

—Una pena lo de García —dijo el comisario principal.

—Una pena —lo secundó Gajanejos. Se imaginó que se refería al hecho de no presentarse a la promoción. No creía que el comisario supiera que estaba embarazada. De momento García solo se lo había comunicado a él, y él solo se lo había dicho a Paloma.

—Hubiera sido una excelente inspectora. No pensé que fuera tan despistada y cometiera un error tan absurdo.

El inspector asintió con la cabeza. ¿De qué cojones estaría hablando el comisario principal? No creía su superior considerara que el embarazo de una mujer adulta fuera un error absurdo. Esta era una de esas situaciones en las que yo sé que tú sabes, pero tú no sabes que yo no sé, y por eso yo te hago creer que sé lo que tú sabes para intentar saber lo que tú sabes y yo no sé.

—Tendría usted que animarla a solucionarlo —siguió el comisario principal.

—Eso hago, eso hago.

Gajanejos miraba su trozo de pescado radioactivo moviendo la cabeza como uno de esos perritos que se ponen en la bandeja trasera de los coches.

—Es un pequeño esfuerzo, ya lo sé, pero merece la pena.

—Un pequeño esfuerzo, un pequeño esfuerzo.

Empezaba a sentirse como un gilipollas.

—En cuanto termine este caso, procure que tenga suficiente tiempo libre.

—Lo procuraré.

Le costó un gran trabajo no repetirlo dos veces.

—En todo caso, la Historia del Derecho es una de las asignaturas más fáciles. ¡Mira que olvidarse de que no la tenía aprobada!

Gajanejos lo comprendió todo. García no se había dado cuenta de que le faltaba una asignatura para terminar Derecho y por eso no podía presentarse a un puesto de la escala ejecutiva donde estar en

posesión de un título universitario era una condición *sine qua non*. Le gustaría ver la cara del comisario principal cuando se enterara de que, además, estaba embarazada.

XV

Alejandra Torres, viuda del profesor Alfonso Recarte desde hacía veinticuatro horas, compareció en la comisaría a media tarde. Su vuelo desde Ibiza, informó García, había llegado con retraso, a pesar de lo cual la señora Torres prefirió entrevistarse con Gajanejos en su despacho en vez de en su propio domicilio. Al inspector le contrarió no celebrar la reunión en casa de la viuda; en ese tipo de entrevistas solía recabar una valiosa información de la víctima y sus hábitos a través de la casa y su decoración. García había intentado sin éxito que fueran ellos los que la visitaran, pero Alejandra Torres había sido inflexible. Eso no hizo sino incrementar el deseo de Gajanejos por conocer el piso. A esas alturas, de todos modos, ya sabía que el matrimonio Recarte ocupaba el tercero izquierda, colindante con el del matrimonio Larreta y que fuera propiedad de los Vargas.

El agente Robledo se había encargado de acompañar personalmente a la viuda hasta el despacho del inspector. Gajanejos pensó que no se parecía en absoluto a las otras dos viudas, aunque compartieran el rellano de la escalera. Alejandra Torres era lo que su abuelo hubiera definido como una «real hembra», su padre como «una mujer de bandera» y él como «un monumento de mujer». No quería ni pensar en cómo la definiría Robledo, pero a juzgar por la cara con la que la miraba, debía de ser un compendio de las tres expresiones. La señora Torres era una mujer alta, voluptuosa, con una abundante melena rubia y unos grandes ojos verdes. Vestía unas mallas plateadas que marcaban la anatomía de la mitad inferior de su cuerpo, un jersey blanco y una cazadora con lentejuelas que brillaban con cada movimiento de su portadora. Los

zapatos, también plateados, tenían un tacón de aguja de unos diez centímetros. Desde su posición Gajanejos no podía ver las suelas. García negó ligeramente con la cabeza. Hubiera sido demasiada casualidad que llevara unos Louboutin, pensó, y, en todo caso, tampoco hubiera sido concluyente.

—Señora Torres, agradecemos que nos conceda unos minutos en estos momentos tan dolorosos.

Ya daba los pésames a las viudas de un modo maquinal, aunque Alejandra Torres no fuera la típica viuda al uso. Parecía más bien una estrella de Navidad, con tanto brillo y tanta lentejuela. Pilar Bordonada al menos se había vestido de luto.

—Me han dicho que Alfonso se ha suicidado. —Había un ligero temblor en su voz.

—Aún no estamos seguros. ¿Sabía usted que su marido era cocainómano?

—Cada vez necesitaba más —dijo asintiendo con la cabeza—. No me extraña que se haya suicidado; estaba desesperado.

—¿Desde cuándo consumía?

—Desde hacía tres o cuatro años.

—¿Coincidiendo con la mudanza a su actual vivienda?

—Más o menos.

—¿Estaba deprimido por algo en concreto?

—Estaba muy preocupado por su puesto de trabajo. Había llegado a sus oídos el rumor de que pensaban echarlo de la facultad. La verdad es que no me ha sorprendido que se haya pegado un tiro; estaba muy nervioso y descentrado.

Era la tercera vez que Alejandra Torres dictaminaba que la causa de la muerte de su marido había sido el suicidio. «Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás sentenciado a suicidio tres», pensó Gajanejos.

—¿Sabía usted que tenía una pistola?

—Era legal y tenía permiso de armas. Hace años un tipo al que no pudo librar de la cárcel cuando era abogado del turno de oficio dijo que nos iba a matar a los dos en cuanto saliera.

—¿La había usado recientemente?

—No, que yo sepa. La guardaba en el altillo del armario.

«Mierda», pensó Gajanejos, «ese debe ser el sitio donde todos escondemos la pistola en nuestra casa».

—¿No vio usted el arma la semana pasada?

—No. Llevo meses sin verla. Solo me acuerdo de ella cuando hay que hacer limpieza de armarios, y eso suele ser una vez al año.

—Dígame, señora Torres, ¿de dónde sacaba su marido el dinero para la droga?

—Cuando nos vinimos a esta casa vendimos un apartamento que teníamos en el centro. Después de la compra aún nos sobró algo de dinero.

—Que su marido se gastó en droga.

—Así es. No conseguí que fuera a una clínica de desintoxicación; decía que él lo tenía controlado y que podría dejarlo cuando quisiera.

—Pero nunca lo intentó.

—No. No lo intentó. Al final le ha llevado a la tumba.

Alejandra Torres suspiró mirando al suelo. Varias lentejuelas despidieron fulgurantes destellos.

—Dígame, ¿su marido era zurdo?

—No. Era normal, como todo el mundo.

—Es decir, era diestro.

—Sí, eso. Era diestro.

—¿Conocía usted al profesor Larreta?

—De vista. No me relaciono con los vecinos. En estas casas donde todos trabajan en el mismo sitio, los vecinos son muy cotillas.

—Y me imagino que también conocerá de vista a su viuda, la señora Perrón.

—Alguna vez hemos coincidido en el ascensor. No tenemos nada en común esa señora y yo.

—Comparten rellano.

—Ya le he dicho que yo no hago vida en la comunidad de vecinos. Me horrorizan las típicas charlas de marujas.

—¿Conoce al profesor Vargas?

—No sé quién es.

—El anterior propietario de su piso.

—Algo me suena. Pero no me acuerdo; los papeles los firmó mi marido. Me gustaría retirarme, estoy algo cansada.

A Robledo se le iluminó la cara cuando Gajanejos le pidió que acompañara a la señora Torres a su casa. Necesitaba estar a solas

con García.

—¿Qué opina?

—Lo mismo que usted, inspector. Algo huele a chamusquina.

—Ha subrayado cuatro veces lo del suicidio y no ha mostrado la más mínima empatía por su vecino. En cuanto le hemos mencionado a la otra víctima, le ha entrado un súbito cansancio.

—Llevaba unos manolos —informó García.

—¿Qué dice que llevaba?

—Unos zapatos de la marca Manolo Blahnik.

—Parece que tiene gustos caros.

—Yo la he encontrado un poco hortera con tanto brillo y tanta lentejuela. Daban ganas de ponerse unas gafas de sol para mirarla.

Gajanejos sonrió. La subinspectora estaba otra vez como siempre.

—¿Cuándo va a hacer público su embarazo?

—A su debido tiempo, inspector. Todo a su debido tiempo.

No podía posponerlo ni un día más. La Gastroteca de Francisco ejercía sobre él fascinación y rechazo a partes iguales. Tenía que inaugurar el nuevo bar del Guarrete sin mayor dilación.

La barra refulgía en color violeta. Se sentó en un taburete alto con la sensación de ser el capitán Kirk dirigiendo la nave estelar Enterprise. La señora Josefa salió de la cocina para saludarlo.

—Me han dicho que ya no tiene asistenta —dijo con una expresión de placer rayana en la jactancia.

—¡Qué se le va a hacer! —respondió encogiendo los hombros. No quería dar explicaciones de su vida doméstica.

—No se preocupe, inspector —terció Paco—, le prepararemos la especialidad de la casa.

La especialidad de la casa resultó ser el montado de lomo de toda la vida pero en una ración más pequeña y servida en un plato cuadrado. Alrededor del mini montadito, la señora Josefa había vertido una especie de mostaza líquida formando aros concéntricos de diferentes colores. Si la cantidad de comida se había dividido por dos, el precio se había multiplicado por tres. Por más filigranas que hiciera con la mostaza, era evidente que a la señora Josefa no le iban a conceder una estrella Michelin. Subió a su casa con hambre y con la sensación de haber sido estafado. Abrió una botella de vino para ahuyentar su desasosiego. Tiró el corcho al suelo. A esas

alturas su piso se había transformado en un auténtico estercolero, mientras que el bar del Guarrete estaba impoluto. «Si mi madre levantara la cabeza», pensó.

García le llamó a media noche. Contuvo la respiración al reconocer el número en la pantalla del móvil. Otro cadáver en la Complutense sería una pésima noticia para todos.

—Inspector, estamos de enhorabuena: Cano ha tenido una niña.

Toda la comisaría parecía estar celebrándolo. Las habituales caras taciturnas de sueño que solía encontrar a las siete de la mañana, habían sido sustituidas por semblantes risueños y sonrisas de satisfacción. Incluso Carrascal cambió la información meteorológica habitual por el parte médico de la criatura.

—Ha pesado tres kilos cien y mide cuarenta y nueve centímetros.

Carrascal debía de estar muy concienciado con el tema, habida cuenta de su próxima paternidad. Como el agente no le había comentado nada al respecto, él tampoco mencionó el tema. Francamente, prefería que volviera a explicarle lo de la borrasca situada en el Golfo de Vizcaya y su frente frío asociado.

En el despacho García le esperaba con una hornada de galletas con forma de cochecito de bebé. Repérez y Robledo aparecieron sonrientes y relajados.

—¿Ha estado toda la noche cocinando? —preguntó Gajanejos.

—¡Qué va! El glaseado real, que es lo más latoso, ya lo tenía preparado.

—¿Se refiere a la capa azul?

—Sí. Se hace con clara de huevo batida con azúcar glas. Le he echado un colorante alimenticio en gel. Es una lástima que no lo tuviera rosa. Lo pueden comer sin problema.

A Gajanejos le daba un poco de aprensión comerse un cochecito de bebé hecho con colorante. Apartó la galleta con disimulo.

—Es como si hubiera sido tío —dijo Robledo.

Era una pena quebrar el nirvana que se había instaurado en su despacho, pero había tres asesinatos sin resolver esperando.

—¿Qué tenemos? —dijo con voz de oso.

—Los de balística han confirmado que las balas que mataron al profesor Vargas fueron disparadas con la pistola de Alfonso Recarte —informó García—. No les cabe ninguna duda al respecto.

—¿Había huellas en la pistola?

—Ni una. La habían limpiado a conciencia. Por no haber, no había ni siquiera huellas parciales. Los de la Científica solo han encontrado un pequeño trozo de cuero negro enganchado en el gatillo. Piensan que podría ser de un guante.

—La inspectora Pelegrín me comunicó que el cabello de Recarte es morfológicamente similar al encontrado sobre las otras dos víctimas —dijo Gajanejos—. Aunque habrá que esperar la confirmación del ADN.

—El nexo común de los tres es la Universidad —reflexionó García.

—Y las viviendas —intervino Pérez.

—Muy bien, Repérez —convino el inspector—. Resuma, a bote pronto, todo el caso suponiendo que Alfonso Recarte fuera el asesino.

A veces en los resúmenes improvisados se ponían de manifiesto aspectos que se les habían pasado por alto.

—Un sábado por la mañana el señor Recarte, calzado con sus mocasines Sebago Classic y armado con un bisturí del veintidós y una jeringuilla con escopolamina o alguna sustancia similar, irrumpe en el despacho de su vecino de piso, lo anestesia, lo emascula, le mete los genitales en la boca y lo degüella. Luego saca unas tijeras y se corta un mechón de pelo que esparce por encima del cuerpo de la víctima y a continuación hace lo propio con las uñas de las manos. Después sale del despacho, lo cierra con llave, e impregna el suelo del pasillo con las huellas de sus mocasines hasta llegar a las escaleras, donde se pone a levitar o se cambia de zapatos.

—Puede que se pusiera los Louboutin —interrumpió Robledo.

—No lo creo —dijo García—. En el asesinato tuvo que intervenir necesariamente otra persona. Acuérdense del cabello encontrado en la herida de los genitales.

—No sabemos cuál pudo haber sido el móvil, quizá alguna rencilla de vecinos —dijo Pérez.

—Siga con la exposición de los hechos, Repérez. No saque conclusiones ni interprete —ordenó Gajanejos.

—Cinco días más tarde, coge su pistola, las tijeras y las tenacillas de las uñas y espera al profesor Vargas en el

aparcamiento de la Facultad de Física, al que accede atravesando el descampado para no aparecer en las cámaras de seguridad. Cuando llega el profesor, le descerraja dos tiros sin darle tiempo a salir del coche y repite el ritual de los pelos y las uñas. Al haber llovido durante la noche, el barro se impregna en las suelas de sus mocasines Sebago.

—García —dijo Gajanejos—, entérese de si hubo algún problema en la cesión del piso entre Vargas y Recarte.

—Dos semanas más tarde —siguió Pérez—, el profesor Recarte, abrumado y agobiado por la droga y la posibilidad de perder su empleo, decide suicidarse en su despacho de la facultad. Una vez más, llega levitando al despacho porque en las suelas de sus zapatos no hay restos del polvo de la obra del edificio. Estira el brazo izquierdo por encima de su cabeza, y se dispara desde unos diez centímetros un tiro en la sien mientras que con la mano derecha esnifa una raya de coca que ha preparado sobre la mesa.

El agente Pérez se detuvo mirando al inspector.

—Continúe —le animó Gajanejos.

—Una vez muerto, Alfonso Recarte limpia el arma y deposita con cuidado encima de la mesa el billete de cincuenta euros que estaba utilizando para esnifar la coca, o bien se quita el guante de cuero negro que había usado para no dejar huellas al dispararse y lo hace desaparecer.

—Muy bien, Repérez. Ha hecho usted una reconstrucción perfecta.

Todos se quedaron mirando al inspector. Era evidente que no sabían si hablaba en serio o estaba siendo irónico.

Había dudado entre las rojas y las blancas. Había dudado incluso si llevar o no llevar rosas a Paloma. Por un lado quería agradarle, pero, por otro, aparecer con un ramo de flores era confesarse culpable *a priori*. García le convenció de que le llevara dos docenas de rosas rojas. Fue a su casa después de comer, cuando sabía que sus hijos aún no habían vuelto del colegio. Había pensado utilizar la táctica del gorila que tan buenos resultados le había dado con la subinspectora: un macho alfa delicado, tierno, romántico y con un ramo de rosas en la mano era algo a lo que ninguna mujer se podía resistir. Durante el trayecto a casa de Paloma había imaginado todo tipo de reacciones por parte de ella, desde la ira más tormentosa,

que cedería pronto al verlo a sus pies, al perdón más misericordioso, ante el que él se mostraría humilde y modesto. Lo que no había previsto era la total indiferencia con la que le obsequió.

—¡Ah!, flores. Muy bonitas —dijo, lacónica. Dejó el ramo encima de la mesa.

—¿No las vas a poner en agua?

Las puñeteras flores le habían costado un dineral.

—Luego.

Paloma contestaba sin mirarlo a los ojos. Despegaba los labios apenas unos milímetros.

—Voy a reformar el piso. Me quedaré con el cuarto de mis padres y acondicionaré el mío para Lorena. Llevabas tú razón: la casa necesita un cambio.

Tenía que halagarla. La cara de asco de Paloma parecía esculpida a cincel. En todo caso, no era el mejor momento para contarle que había pasado la noche en casa de otra mujer.

—Haz lo que te dé la gana.

—No sé qué te pasa, pero estoy intentando arreglarlo.

Las cosas no estaban saliendo como él esperaba. Había empleado un tono demasiado cortante y estaba empezando a enfadarse.

—Ese es tu problema, Fede: nunca sabes lo que me pasa. Solo te preocupas de ti mismo.

Aquello era el colmo. Había ido en son de paz a casa de Paloma, le había comprado flores, le había pedido perdón y, como respuesta, solo estaba obteniendo afrentas.

—¡Siento haber vomitado el puto ajoarriero! —gritó.

—No te enteras de nada, Federico.

Lo que más preocupó al inspector era que Paloma no había levantado la voz. Lo había dicho con lentitud, casi resignada. La llegada de los hijos puso fin a la discusión.

Levantó la carta astral de la tercera muerte cuando llegó a su piso. Estaba tan enfadado que había rayado el coche contra una columna del garaje. No le importó en absoluto. «Que le den por culo al coche», dijo en voz alta. Decidió abrir otra lata de fabada Litoral para cenar. Era consciente de que no era una cena saludable, pero no le apetecía ser timado otra vez en el antiguo bar del Guarrete y, además, no tenía ganas de hablar con nadie. Tuvo suerte: La

Gastroteca de Francisco estaba a rebosar de clientes y ni Paco ni la señora Josefa le vieron pasar por delante. «¡Hay que ver lo tontos que somos los humanos!», pensó. Definitivamente, los gorilas eran mucho más astutos.

Utilizó las siete de la mañana como hora probable del fallecimiento de Alfonso Recarte. El Sol, la Luna y el Ascendente estaban en el signo de Escorpio. Algún día tendría que hacer una estadística al respecto; tenía la sensación de que en los asesinatos que investigaba la Luna aparecía en Escorpio con mayor frecuencia que en otros signos. Mercurio, que en esa carta era el significador de la muerte, también estaba en el signo de Escorpio. Marte y Júpiter, que en los otros dos horóscopos estaban muy próximos, se habían alejado entre sí más de diez grados y Venus incluso había cambiado de signo. Interpretó que lo que la carta quería decir era que la asociación entre Venus y Marte se había disuelto. Eso era esperanzador: en principio significaba que no habría más asesinatos. El *quid* de la cuestión estaba en el primer crimen. Abrió la carta astral del asesinato del profesor Emiliano Larreta. Ya había intuido cómo se habían desarrollado los hechos y al repasar la carta no pudo sino corroborar su teoría. La solución del caso era clara, patente y manifiesta. Y además muy simple. Ahora solo le quedaba encontrar las pruebas y demostrar su hipótesis. Un sopor lento le cerraba los ojos. La botella de Rioja que se había bebido con la fabada empezaba a surtir sus efectos.

Soñó que la doctora Lázaro yacía desnuda sobre un lecho de pétalos de rosa y le invitaba con la mano a hacerle compañía. A diferencia de la película, la forense no estaba tumbada en el techo de su dormitorio sino sobre una mesa de autopsias. Se despertó con un grito mudo. Había que reconocer que, aunque más joven, él guardaba un cierto parecido con Kevin Spacey.

XVI

Había dos hechos incontestables en relación con Elisa: el primero era que se trataba de una mujer madrugadora, se había presentado en su casa a las siete y diez de la mañana, y el segundo era que no guardaba el más mínimo parecido con la ninfa de Garcilaso. Gajanejos necesitó casi un minuto para recordar que Paloma le había dicho que la nueva asistenta iría a su casa ese viernes a primera hora del día. Por alguna razón, se había imaginado que Elisa sería otra belleza como Laura. La señora que tenía delante de él había echado por tierra todas sus fantasías eróticas en menos de un segundo. El inspector hizo un esfuerzo para que no se notara la vergüenza que sentía al enseñarle el piso.

—Mi madre acaba de fallecer —dijo a modo de disculpa.

—¿Por una infección?

Los ojos de Elisa se iban volviendo cada vez más redondos.

—También tendrá que dejarme comida preparada —siguió Gajanejos—. Yo no tengo tiempo para cocinar; estoy fuera casi todo el día.

—Menos mal.

Elisa miraba en derredor con asombro. Sus ojos parecían trazados con compás.

—Normalmente soy un hombre ordenado —se excusó.

—Si usted lo dice…

—Bajo ningún concepto puede usted prepararme filetes de lomo de cerdo adobados.

—¿Es usted alérgico?

—Peor que eso.

—¿Y sin adobar?

—Tampoco.

—Creo que voy a tener que pedir un aumento de sueldo.

—¿Por lo de lomo?

—No. Por la mierda que tiene acumulada en la casa.

Elisa no tenía pelos en la lengua. Mientras no lo ofendiera, eso no le disgustaba. Tendría que averiguar dónde tenía su Mercurio natal.

—¿Me podría decir su fecha de nacimiento?

—Tengo sesenta y dos años. Estoy en perfectas condiciones de trabajar.

Le daba igual la edad que tuviese: él jamás sería su Nemoroso.

—No lo dudo. Tendrá que dejarme una fotocopia de su carnet de identidad para darla de alta en la Seguridad Social.

Iba a conseguir la fecha como fuese. Con el tiempo ya averiguaría también la hora.

—¿Por dónde empiezo?

—Por el sofá. Hay una mancha de chocolate que no consigo quitar.

—¿No tendrá usted síndrome de Diógenes?

—No, señora. Soy así de nacimiento.

Se fue de casa antes de que Elisa le llamara cochino.

—Inspector, ¡ya tenemos nombre!

Gajanejos no comprendía a qué cojones se refería Carrascal. El agente, sin embargo, parecía muy satisfecho con el asunto.

—La niña se llama Carla, Carla Cano —aclaró Carrascal.

—Es un nombre bonito.

En realidad el inspector lo encontraba algo cacofónico. En cualquier caso era mejor que Agamenona, Clitemnestra o cualquier otro nombre de la guerra de Troya que se les pudiera ocurrir, a excepción de Helena y Briseida, claro está.

—¿Lloverá hoy?

—No creo, pero a partir de mañana bajarán las temperaturas. Ya se sabe, noviembre es el mes de asar castañas.

—Lo tendré en cuenta.

Sus conversaciones con Carrascal se desarrollaban al más alto nivel.

—Han dicho en las noticas que hoy caerá un trozo de chatarra espacial en el océano Índico.

Gajanejos se alegró de que no cayera en la plaza de Olavide: solo le faltaba en su piso tener basura espacial. Subió las escaleras imaginando la cara que pondría Elisa si hallara una pieza de cohete en el salón. El agente Carrascal no dejaba de sorprenderlo.

Encontró a su equipo charlando animadamente en su despacho. El tema del día era el nombre de la niña de Cano.

—Estamos haciendo una colecta para el regalo. ¿Quiere usted participar? —preguntó García.

Por supuesto que quería participar. Era mil veces más cómodo sacar veinte euros de la cartera que recorrer medio Madrid y romperse la cabeza buscando un regalo para un bebé a cuya madre ni siquiera conocía. La subinspectora centró el asunto de la reunión.

—La inspectora Pelegrín confirma que los pelos y las uñas encontrados sobre las dos primeras víctimas pertenecen a Alfonso Recarte. La prueba del ADN ha sido concluyente.

—Podemos afirmar, entonces —dijo Repérez— que Recarte estuvo presente en los asesinatos de Larreta y Vargas.

—Podemos afirmar que sus pelos y sus uñas estuvieron presentes —corrigió Gajanejos.

Todos le miraron con extrañeza.

—Los tres asesinatos se han cometido en la Universidad Complutense, en un radio de apenas cuatrocientos metros —dijo García—. Es de suponer que la universidad es el área de confort del asesino.

Robledo la miraba con la boca abierta.

—Yo también creo que es una zona que el asesino conoce bien y donde se encuentra a gusto y seguro —aclaró el inspector.

—Según el FBI —siguió García—, los delincuentes cometen sus delitos cerca de su vivienda o de su ámbito laboral. Una persona que mata por primera vez lo hace en un sitio donde se siente seguro.

Desde que la subinspectora hiciera los cursos de promoción interna, la precisión del lenguaje de las reuniones había mejorado de manera muy notable.

—Las tres víctimas trabajaban en la universidad, y dos de ellas vivían en el mismo edificio —recordó Robledo.

Lo dijo como si acabara de descubrir la pólvora. Gajanejos suspiró. El agente era una buena persona, pero su capacidad

deductiva tenía unos límites muy precisos.

—Comprobaré las coartadas de Felisa Mateu —se ofreció García —. Es la única que coincide en trabajo y domicilio con las víctimas.

El inspector se lo agradeció con un movimiento de cabeza.

—¿No tiene nada más que decirnos?

Otra vez volvió a sentirse como un cura. Cuanto antes comunicara García su embarazo, mejor para todos. Él no podía decir nada; al fin y al cabo, ella se lo había dicho en un acto de confianza y amistad.

—Nada más. Hoy no he traído galletas.

Pérez y Robledo hicieron un mohín de fastidio.

Cuando se quedó solo, Gajanejos abrió la ventana de par en par e inspiró el aire frío del mes de noviembre con fuerza. Se sentía satisfecho. Nadie en su equipo sospechaba la verdad. Aunque hubiera cumplido cincuenta años y viviera en una pocilga, él seguía siendo el mejor.

Comprobó dos veces que era viernes antes de salir de la comisaría. No quería confundirse de día y encontrarse de nuevo con las incomestibles chuletas a la riojana de la cantina de Jefatura. Para cerciorarse, incluso se lo preguntó a Carrascal.

—El viernes como amanece, anochece; y por el día hace lo que le parece —le contestó con una amplia sonrisa de satisfacción.

Era el colmo: ahora el agente se expresaba con refranes. Francamente, prefería el Carrascal meteorólogo al Carrascal Sancho Panza.

En la cantina no le costó decidirse; las opciones eran: escalope con patatas o lubina al horno, es decir, panga venenoso del río Mekong. Ante la perspectiva de un fin de semana sin menú en la Jefatura, pidió doble ración de escalope. La suerte estaba de su parte y no se encontró con el comisario principal.

Había oído hablar de Pedro Martín, inspector jefe de la Brigada Central de Estupefacientes, aunque no lo conocía personalmente. Tenía fama de ser eficaz y arribista. Se preguntó de qué tendría fama él. Mejor no saberlo.

—Tienes a toda la Jefatura expectante con el *serial killer* de la Complutense —dijo el inspector Martín.

A Gajanejos le disgustó Martín desde el primer momento. Le encontró arrogante, vanidoso, petulante y fatuo. En una palabra, un

gilipollas. Supuso que sería de la escuela del comisario principal.

—Por ahora mantenemos abiertas todas las hipótesis.

No quería que Martín se entrometiese en sus pesquisas.

—Me imagino que vienes a verme por el profesor de Derecho. Me han dicho que Alfonso Recarte era cocainómano.

—¿Sabes dónde conseguía la droga?

—Hoy es tu día de suerte, Gajanejos. Uno de nuestros informantes, el Turco, era el camello de Recarte. El comisario principal me pidió que le apretáramos las tuercas.

El inspector notó que se iba poniendo rojo; le enfurecía que el comisario principal se inmiscuyera en su trabajo.

—Tu profesor —continuó Martín— estaba enganchado desde hacía casi cuatro años. El Turco dice que estaba cada vez más deteriorado.

—¿Le debía dinero?

—No. El Turco no fía a nadie. Será un soplón, pero lleva su negocio como cualquier camello. Durante algún tiempo Recarte fue un buen pagador. Sin embargo, de un tiempo a esta parte parecía andar escaso de efectivo. Varias entregas las pagó con joyas.

—¿Crees que eran robadas?

—No te podría decir. El Turco habló de un collar de perlas, una pulsera de oro y una sortija con un pequeño diamante.

Gajanejos miró a Martín sin mover un músculo de la cara. Su compañero sería un gilipollas, pero le había ayudado más de lo que él creía. Pensó que le tenía que decir algo agradable.

—Es una información muy interesante.

—Mi unidad tiene fama en todo el país. En las charlas de formación nos citan como ejemplo de eficacia. Tú deberías espabilar, inspector Gajanejos, o se te echará encima media Jefatura. Se rumorea que estás demasiado afectado con lo de tu madre y no avanzas en la investigación.

Deseó liarse a puñetazos con el soberbio de Martín. De hecho, durante unos segundos imaginó su puño golpeando la mejilla de su compañero a cámara lenta, mientras varios de sus dientes, ensangrentados, volaban por los aires. Toleraba los desaires de Lázaro, pero no los del gilipollas de Martín. Recordó de pronto el jugoso culo de la doctora y el camisón transparente enrollado en su cintura. El inspector Pedro Martín pareció leerle el pensamiento.

—También se rumorea que te tiras a la forense.

Era una suerte que estuviera desarmado; le hubiera descerrajado dos tiros sin dudarlo.

La entrevista con Martín le había puesto tan nervioso que los escalopes le repitieron toda la tarde. Pidió al agente Pérez que no librara el fin de semana; le necesitaba para cerrar algunos flecos. Quería solucionar el caso lo antes posible. García se ofreció también a trabajar el fin de semana, aunque él no se lo había pedido; pensaba que en su estado le convendría descansar. Recordaba que Amparo durante el embarazo necesitaba dormir al menos diez horas cada día, a pesar de lo cual estaba siempre cansada. Robledo había ido a llevar a Cano la silla infantil de coche con arneses de seguridad de seis puntos que le habían regalado. «La seguridad ante todo», había dicho Carrascal. Gajanejos seguía sin poder entender qué había visto García en semejante individuo.

—¡Repérez! —gritó.

—A sus órdenes, inspector.

El agente se había presentado en su despacho con cara afable y ademán cordial. En alguna ocasión Pelegrín le había dicho que Repérez se parecía a él cuando era joven. A Gajanejos le costaba trabajo reconocerse en el agente, aunque Mari Carmen insistiera.

—¿Ha leído usted *Extraños en un tren*, de Patricia Highsmith?

Pérez sonrió con los ojos. Había comprendido.

—No, inspector, pero he visto la película.

—Pues tiene que leer el libro. Es una orden.

—Entendido, inspector.

El chico era listo, en eso se parecía a él. Alguien debería orientarlo en su carrera.

La Gastroteca de Francisco, antiguo bar del Guarrete, estaba a rebosar. Gajanejos vislumbró a Paco detrás de la barra, rojo, congestionado y totalmente sobrepasado por la situación. Supuso que la señora Josefa no daría abasto en la cocina recortando montados de lomo y haciendo chorradas con la mostaza. A ese ritmo, y conociendo los hábitos higiénicos de la pareja, la Gastroteca de Francisco volvería a ser el bar del Guarrete en un par de semanas. En un alarde de osadía, tomó el ascensor para subir a su casa.

Ese viernes era, en verdad, su día de suerte. Elisa había obrado

el milagro de la limpieza y el orden dentro de su piso. Era increíble que fuera la misma casa que había dejado esa mañana en un lamentable estado de cochambre. No sabía cuántas horas habría estado trabajando la asistenta, pero le daba igual lo que le cobrara; tenía la sensación de haber recuperado su condición de ser humano y de haber abandonado la zahúrda en la que había morado los últimos diez días. Su dicha fue plena cuando comprobó que Elisa había hecho desaparecer las manchas de chocolate del sofá. Por la ventana del cuarto de baño vislumbró las cuerdas de tender repletas de ropa. Al día siguiente, por fin, tendría muda limpia. La cocina estaba también ordenada y reluciente. Y, además, olía bien. Gajanejos sonrió. Esa noche había invitado a cenar a Paloma y quería agradarle. El día anterior ella había se había mostrado muy fría, casi enfadada. El inspector pensaba que una buena cena en un ambiente tranquilo la complacería lo suficiente como para poder arreglar con calma la situación. Incluso había comprado unas velas. Una noche romántica a la luz de las velas, con vino blanco *chardonnay* y sábanas limpias era todo lo que necesitaba para reconquistar a Paloma y que su relación volviera a ser la de antes. En la nevera encontró una fuente colmada de escalopes que le había preparado Elisa. No daba crédito a la suerte que estaba teniendo ese día. No obstante, le pareció que una cena a base de escalopes con patatas no resultaba en exceso romántica, y, por otra parte, él había comido al medio día los inigualables escalopes de la cantina de Jefatura. Además, no pegaban con el vino blanco. Decidió comprar un buen pescado fresco. El pescadero le convenció para que se llevara una dorada. Le soltó un largo parlamento, absolutamente innecesario, sobre la bondad de adquirir pescado fresco de temporada; mientras no fuera panga a él le daba igual un pescado u otro. Le preparó la dorada para hacerla a la espalda y le sugirió una receta bastante fácil para presentarla con verduras a la plancha. También le vendió unos langostinos; «aunque son congelados están muy frescos», aclaró el pescadero.

Ya en su casa, puso la mesa con esmero, dobló las servilletas en forma de triángulo, como le había enseñado su madre cuando era niño, y colocó dos candeleros de plata en el centro. Si hubiera tenido flores habría esparcido pétalos de rosa por el mantel para que pareciera la típica mesa romántica en la que cenan los

enamorados de las películas el día de San Valentín. Al momento se imaginó unos pétalos de rosa cayendo lentamente sobre él. Cerró los ojos. Los abrió de golpe cuando se dio cuenta de que la mujer que visualizaba desnuda en el techo era la doctora Lázaro.

Paloma llegó tres cuartos de hora tarde. Gajanejos había tapado el pescado con papel de aluminio para que no se enfriara. El vino llevaba más de una hora en el decantador, por lo que a esas alturas debía de estar más oxigenado que las rubias de antaño. Había encendido y apagado las velas varias veces, pues deseaba que cuando abriese la puerta Paloma se sorprendiera con un ambiente de ensueño, pero las apagaba cuando se daba cuenta de que a la velocidad con la que se consumían no quedaría más que el pabilo cuando ella entrara. Cuando por fin llegó, Paloma lanzó una mirada neutra al escenario que tanto trabajo le había costado montar y pronunció la ominosa frase que ninguna persona quiere oír de los labios de su pareja.

—Querido, tenemos que hablar.

Sentía frío en las piernas. Después de dar cuenta de las dos botellas de vino que guardaba en casa, había bajado a la plaza con la esperanza de que la Gastroteca del Guarrete aún siguiera abierta. Debía de ser muy tarde: todos los bares estaban cerrados a cal y canto. El panorama era bastante deprimente; las mesas de las terrazas estaban recogidas y las sillas apiladas en amenazadoras torres. No había nadie en la calle, ni siquiera el típico despistado que saca al perro a cualquier hora cuando el pobre animal comienza a aullar por el dolor de vejiga que le produce la dejadez de su negligente dueño. Se sentó en un banco. Dos días antes había habido luna nueva, de modo que en el cielo solo se veía una pequeña hoz blanquecina. Las farolas de media plaza estaban apagadas debido a los recortes presupuestarios del Ayuntamiento de Madrid, y las de la otra media alumbraban con una luz tan tenue que el resultado era una sensación de agobiante oscuridad. Gajanejos estaba borracho, aunque no había perdido la consciencia en ningún momento de la noche. Ni siquiera bebido podía desconectar de la realidad. Paloma quería saber en qué punto se hallaba su relación. Él ni siquiera sabía que su relación tuviera puntos. No estaba satisfecha con la situación que tenían; eran dos personas adultas, con la vida resuelta, que no necesitaban prolongar

de manera indefinida un noviazgo que no parecía llevar a ninguna parte. Era consciente de que tenía razón, pero él no podía ofrecerle nada más; las cosas, para él, funcionaban bien como estaban. No quería decirle que sus dos desasosegantes hijos le producían una angustia difusa y que por nada del mundo deseaba convivir con ellos. Le dijo, en cambio, que no se sentía con fuerzas para un compromiso más firme, sobre todo ahora que estaba en pleno proceso de duelo por el reciente fallecimiento de su madre. Al final ella le había recriminado agravios que atesoraba desde el comienzo de los tiempos.

—Lo mejor es que nos tomemos un tiempo —había dicho Paloma.

«¿Un tiempo para qué?», se preguntaba el inspector. Por muchos días, semanas o meses que pasaran, no se sentía preparado para vivir con Paloma y sus siniestros niños. Además, dado que Lorena iba a vivir con él de nuevo, juntar a las dos camadas podía ser una bomba de relojería. ¿Por qué no podrían las cosas seguir como estaban? ¿Por qué fastidiarlo todo con la tontería de la convivencia? Se frotó las piernas para entrar en calor. El frío le estaba despejando el dolor de cabeza que le habían producido las dos botellas de vino. Se percató demasiado tarde de que una figura más oscura que la noche se le echaba encima, a esas alturas no tenía reflejos para defenderse.

—Inspector, qué alegría volver a verlo —dijo una voz con un acusado acento africano.

—¡Coño, Teodosio! ¿Qué hace usted por aquí?

Había tardado unos segundos en reconocer al antiguo monaguillo de la iglesia de San Antonio con el que había coincidido en un caso anterior.

—Vendo gafas de sol. ¿Quiere unas? Tengo unas Ray-Ban de aviador muy bonitas. Baratas, baratas.

—¿Ya no está con los curas?

—Hace mucho tiempo que me fui.

Era evidente que había aprendido a hablar español más deprisa desde que no estaba encerrado en aquella iglesia atendiendo las necesidades corporales de un viejo sacerdote.

—Gracias a Dios, me va bien —siguió Teodosio—. De vez en

cuando me paso por la iglesia para saludar a los padres.

—¿Cómo se gana la vida?

Sabía que le mentiría con toda probabilidad, pero quería concentrarse en algo que no fuera Paloma.

—De noche vendo gafas de sol. Por el día vendo DVDs en la Plaza Mayor.

—¿Top manta?

—Sí, inspector. Cuando viene la Policía tengo que salir corriendo. No me han pillado todavía; soy muy rápido.

Gajanejos sonrió. Teodosio seguía siendo un candoroso y enorme negro.

—La libertad, Teodosio, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos.

Estaba pensando en sí mismo. Paloma le había abandonado. Lo de tomarse un tiempo era un eufemismo para mandarlo a la mierda.

—El mes que viene hago la Primera Comunión. Está usted invitado.

Estuvieron charlando un buen rato. El inspector le dio todo el dinero que llevaba encima, pero no aceptó ningunas gafas de sol. Tuvo que explicarle que no era ético que, siendo policía, contribuyera a la venta callejera ilegal. Se despidieron con unas palmadas en la espalda.

Mucho tiempo después, Gajanejos vio como la aurora, de rosados dedos, iluminaba la plaza de Olavide. No sabía si había soñado su encuentro nocturno, o si el mes siguiente tendría que asistir a la fiesta de Primera Comunión de Teodosio con lo más granado del top manta madrileño. Se agarró la cabeza con ambas manos. Paloma le había dejado solo, desamparado, ciego, sin lumbre y en cárcel tenebrosa.

XVII

Esa mañana puso especial esmero en su aseo personal; no quería que se notara por fuera que estaba derruido por dentro. Paloma había elegido el peor momento para dejarlo: no habían pasado ni dos semanas desde la muerte de su madre. Era una mujer cruel, pensó. Estaba seguro de que la dulce subinspectora García no sería capaz de propinar un golpe tan bajo, ni siquiera al tarado de Carrascal. ¡Qué injusta era la vida! Se puso una camisa azul clara limpia y arrugada, y un jersey gris oscuro. Seguía utilizando el armario de su cuarto, aunque durmiera en la habitación de sus padres. Todavía no se había sentido con fuerzas para vaciar el armario de su madre. Al igual que otras decisiones fundamentales, lo estaba postergando hasta el final del caso. No podía derrumbarse ahora que estaba tan cerca de su resolución. La grata abundancia de calzoncillos limpios le consoló de sus desdichas.

García y el agente Pérez lo esperaban en la comisaría. Le hubiera gustado llegar más temprano, pero la intensa noche vivida había retrasado sus rutinas. Pidió a García que averiguara el modelo, color y matrícula de los coches de los tres matrimonios, así como el horario de comidas de Helena Vargas en el Hospital del Niño Jesús.

—Y usted, Repérez, venga conmigo —ordenó.

La barrera del aparcamiento de profesores de la Facultad de Físicas estaba bajada, así que atravesaron la acera y el césped con el coche patrulla. Era una de las ventajas de ser policía. El inspector ordenó a Pérez que aparcara en el mismo lugar y en la misma posición en que encontraron estacionado el coche del profesor Vargas la mañana de su muerte. Al ser sábado, el aparcamiento

estaba casi vacío y pudieron maniobrar sin dificultad. El día de autos sus compañeros de la Científica habían rastreado los posibles accesos en busca de pruebas, pero la abundante lluvia que comenzó a caer borró en pocos minutos cualquier rastro que hubiera podido dejar el asesino. Ahora solo tenía el sentido común y una hipótesis que demostrar.

—Repérez, si usted tuviera que esconderse en algún lugar mientras esperara a la víctima, ¿dónde lo haría?

El agente Pérez miró a su alrededor con detenimiento.

—Bajo la escalera de incendios. Es el único lugar que no es visible ni para las cámaras de seguridad ni para los conductores. Además está lo suficientemente cerca para poder llegar al coche del profesor antes de que este tenga tiempo de salir del mismo.

El inspector y el agente hicieron una reconstrucción de los hechos. Gajanejos movió el coche y aparcó de nuevo en el lugar del profesor Vargas. Pérez apareció junto a la portezuela antes de que le diera tiempo a quitarse el cinturón de seguridad. No lo había visto llegar.

—El asesino debió de situarse junto a la portezuela, de manera que la víctima no pudiera abrirla, sino solo bajar la ventanilla.

—Muy bien, Repérez. Ahora haga el mismo razonamiento suponiendo que los asesinos fueran dos personas.

—El asesino que conociera mejor a la víctima, o que inspirara menos temor, se acercaría primero y conseguiría que el difunto profesor abriera la ventanilla. Lo entretendría con algo mientras el segundo asesino le disparaba a bocajarro.

—A quemarropa —corrigió Gajanejos—. La doctora Lázaro confirmó que los disparos no fueron hechos con el arma en contacto con la piel de la víctima, sino a una corta distancia.

—Me sorprende que le dispara tres veces.

—No es un tirador experto, ni un asesino profesional. Entre los nervios y la impresión por el retroceso del arma, dispararía sin pensarlo.

—También querría asegurarse de que el hombre estuviera muerto.

—Es probable. Pero cualquier profesional sabría que con el primer disparo había sido suficiente.

El agente Pérez asintió. El chico tenía el buen juicio de no

expresar en voz alta la hipótesis que ambos estaban barajando.

—Ahora quiero que especule por dónde y cómo llegó el asesino a su escondite —siguió Gajanejos.

—Tuvo que llegar caminando. El único acceso en coche está cubierto por las cámaras de seguridad.

—¿Caminando por dónde, Repérez?

En realidad, él ya tenía formada una idea de cómo se habían desarrollado los acontecimientos, pero quería comprobar que fuera plausible. Además, le gustaba adoctrinar al chaval.

—Por el terraplén.

Subieron por un terreno empinado en el que algunos pinos dispersos atestiguaban un nemoroso pasado. En tres minutos llegaron al aparcamiento del Instituto Estatal de Meteorología. Gajanejos pensó que ese sería el lugar idóneo para el agente Carrascal; seguro que ahí encontraba el trabajo de sus sueños.

—El asesino pudo aparcar su coche aquí y bajar andando al lugar del crimen —opinó Pérez.

—No lo creo probable. Este edificio cuenta también con cámaras de vigilancia y el aparcamiento está protegido por una barrera.

Repérez enarcó las cejas mirando al inspector.

—Usted ya lo ha comprobado —dijo con admiración.

—Hemos pedido las cintas de seguridad. No creo que encontremos nada.

—Si hay cámaras, el asesino no se acercaría al instituto. Vendría andando por el descampado.

Los dos policías continuaron andando por el terreno arbolado, evitando acercarse a las pocas construcciones que encontraron a su paso. Al cabo de cinco minutos llegaron al edificio de viviendas de profesores de la Universidad Complutense. No hicieron el más mínimo comentario.

—¿No comprobamos los accesos a las otras dos escenas del crimen? —preguntó el agente Pérez cuando tomaron el coche para volver a la comisaría.

—No es necesario. Ninguna de las dos facultades tiene cámaras de vigilancia. El asesino pudo aparcar en la puerta y entrar por la puerta principal a cara descubierta. De todos modos, García ha pedido las grabaciones de las cámaras de tráfico de la Avenida Complutense de ambos días. Si el asesino fue en coche, tuvo que

pasar necesariamente por ahí.

La subinspectora les recibió en la comisaría con una limpia sonrisa. Gajanejos maldijo su suerte una vez más acordándose del sinsustancia de Carrascal. La invitó a una cerveza en la cafetería de enfrente; necesitaba desahogarse y García era, al fin y al cabo, su compañera. Confiaba en que, al ser mujer, pudiera aportar algo de luz al ultimátum de Paloma. La subinspectora pidió un té verde.

—No veo una solución fácil —dijo García. Agitaba la bolsita de té con movimientos verticales—. Paloma y usted desean cosas diferentes.

Eso ya lo había entendido él. Para ese viaje no necesitaba alforjas.

—¿Cree usted que rectificará?

—Dele tiempo, inspector. A lo mejor es usted el que cambia de opinión.

—Pudiera ser —dijo. «Imposible», pensó.

—Ahora tiene que vivir el duelo por el fallecimiento de su madre. Es importante que encuentre la paz consigo mismo.

No esperaba aquellos consejos de García. Además de cocinera, la subinspectora parecía haberse convertido al budismo.

—Voy a modernizar la casa. Estaba pensando en hacer una reforma integral, es decir, tirarlo todo abajo y hacer un piso nuevo adecuado a mis necesidades de hombre soltero con una hija mayor de edad.

—¿Lo ve, inspector?, usted se visualiza como un hombre soltero en cuya vida solo cabe Lorena, y no de forma permanente.

García llevaba razón. Por mucho que Paloma le hubiera roto el corazón, por nada del mundo quería convivir con ella. Ni con ninguna mujer, en realidad. A Lorena la incluía en su vida porque era su deber de padre, pero si la niña quisiera vivir con su madre, tanto mejor para todos.

—¿No conocerá usted alguna empresa de reformas?

—El hermano de Carrascal hace chapuzas y es de toda confianza.

—Lo tendré en cuenta.

Ni de coña iba a contratarlo. Seguro que sería aún más tarado que el agente Carrascal, el cual, por lo menos, había aprobado los procesos selectivos a policía y sabía más mecánica de fluidos que

muchos meteorólogos televisivos.

—¿Qué tal lo suyo? —preguntó Gajanejos. Obvió de manera consciente la palabra embarazo.

—El lunes lo comunicaré a personal. Es probable que en breve pida la baja laboral. Estoy embarazada de gemelos.

Lo despertó el timbre del teléfono. Había comido una abundante ración de los escalopes preparados por Elisa y se había echado en el limpio sofá para lo que pensaba iba a ser una breve cabezadita. Tres horas después la llamada de Pelegrín le devolvió a la realidad.

—Me han dicho que Paloma te ha dejado.

Era increíble la velocidad a la que viajaban las noticias en la Policía Nacional. Se molestó un poco con García; él le estaba guardando la confidencia del embarazo, mientras que a ella le había faltado tiempo para pregonar lo suyo a los cuatro vientos.

—Hemos decidido tomarnos un descanso.

Era menos humillante que Pelegrín pensara que había sido una decisión alcanzada de mutuo acuerdo a que supiera que Paloma lo había abandonado.

—No es eso lo que dice ella.

—¡Qué sabrá García!

—Me refiero a Paloma. Me llamó antes de comer para contármelo.

Eso sí que no se lo esperaba. Ni siquiera sabía que Paloma tuviera el teléfono de Mari Carmen.

—¿Qué más te ha dicho?

—Nada, cosas de chicas.

—Es decir, te ha dicho que soy un cerdo egoísta incapaz de comprometerme ni de preocuparme por nadie que no sea yo mismo.

—No ha utilizado la palabra «cerdo», pero el resto lo ha dicho tal cual. Punto por punto.

—Pues si te quedas más contenta, te diré que todo lo que ha dicho es verdad.

—Ya lo sabía, Federico. Te conozco muy bien.

—Paloma ha elegido el peor momento: estoy en pleno duelo por mi madre.

—No te hagas el mártir.

—¿Qué quieres, Mari Carmen?

—Dos cosas. La primera es comunicarte que hemos estado

haciendo esta mañana varias pruebas de disparo con la Glock de Alfonso Recarte. El arma está en malas condiciones y tiene un alto potencial de fuga. Tres agentes han efectuado un disparo cada uno y, en los tres casos, hemos encontrado abundantes residuos de disparo en la mano y en la manga de la camisa.

—Por lo tanto, Recarte no se disparó.

—No lo creo. Pero no es una prueba concluyente ante un juez.

—Lo sé. En todo caso, corrobora mi teoría.

—No te voy a preguntar cuál es tu teoría, porque sé que me darías cualquier excusa para no contármela.

Gajanejos sonrió. Mari Carmen le estaba alegrando la tarde.

—¿Y la segunda cosa?

—Me debes una cena. Podrías saldar tu deuda esta misma noche.

Al inspector le agradó la perspectiva de no cenar solo en su casa compadeciéndose por su reciente abandono. Además, en la nevera solo tenía escalopes y su salud se beneficiaría del cambio de dieta.

—Esta noche, a las nueve, en La Trainera. Yo reservo.

No sabía por qué había elegido ese restaurante; era probable que por el hecho de haber oído hablar de él varias veces en las últimas semanas.

—¡La Trainera! ¡Qué nivel, Federico! Has progresado mucho. Por un momento creí que me ibas a invitar al bar del Guarrete.

—Soy un caballero.

—Sí. Andante. ¡No te jode!

Cuando colgó, todavía podía oír la risa cantarina de Mari Carmen.

No recordaba si era Thelma o Louise la que decía que cualquier problema se podía solucionar con una ducha, una buena cena y unas cuantas horas de sueño. Empezó por una larga y confortante ducha. Mientras el agua resbalaba tibia por su cuerpo, pensó que debería quitar la bañera e instalar una cabina de ducha cuando hiciera la reforma de la casa. Aunque tampoco era una buena idea; de vez en cuando tomaba algún baño de agua caliente para relajarse. Podría tener ambas cosas si prescindiera del bidé; no creía que Lorena lo utilizara en absoluto. Le constaba que su madre sí lo usaba para su higiene íntima. El bidé, reflexionó, formaba parte de esos artilugios cuya época pasa al olvido de las cosas viejas. Su

madre también pasaría a ese mismo olvido, como habían pasado su padre y sus abuelos. Salió de la ducha con la sensación de que no solo no estaba solucionando ningún problema, sino que, por el contrario, se estaba poniendo cada vez más triste. Le reconfortó pensar que el segundo paso de la receta de Thelma y Louise, es decir, la cena en una marisquería acompañado por Mari Carmen, seguro que le tonificaba el ánimo y consolaba su aflicción. Telefoneó a su hija con la esperanza de hallar más alivio a su tristeza.

—No creo que quitar el bidé sea una buena idea —dijo Lorena.

Gajanejos había esperado otra reacción por su parte.

—¿Lo has usado alguna vez?

—No, pero da igual. A lo mejor algún día quiero usarlo.

—Pondré una ducha con muchos chorros.

Esperaba que los múltiples chorros satisficieran las necesidades higiénicas de su hija.

—Una casa sin bidé es rara. Es como una casa sin televisión.

El inspector se acordó de Helena Vargas y de su perfecto salón. Durante un segundo se sintió culpable por estar descansando.

—¿Qué le pasaría a una casa sin televisión? —Quería saber la opinión al respecto de una chica de la edad de Helena.

—Papá, eso es imposible. No existe ninguna casa sin televisión.

—Pero imagínate que, por lo que fuera, no hubiera televisión en tu casa.

—Mi vida sería un infierno. Creo que odiaría a mamá.

—Tu problema, Federico, es que no tienes amigos.

Mari Carmen Pelegrín estaba espectacular. A Gajanejos casi se le paró el corazón cuando la inspectora se quitó el abrigo. Llevaba puesto un vestido rojo ceñido al cuerpo con un escote tan caritativo que pregonaba a los cuatro vientos que los encantos de su portadora no se limitaban a unas colosales piernas. Lo miró sin disimulo. A ella no pareció importarle, porque se le dibujó en la cara una amplia sonrisa. Durante la cena a Gajanejos le costaba trabajo concentrarse en sus cigalas a la plancha.

—No entiendo qué quieres decir.

Mari Carmen entornaba los ojos cada vez que se llevaba a la boca un pedazo de nécora.

—Lo normal es que estuvieras llorando y emborrachándote con

tus amigos después de que Paloma te dejara, y no invitando a cenar a una colega.

—Te considero algo más que una simple colega.

—Lo que quiero decir, Federico, es que no tienes un grupo de amigos como todos los tíos. Ni siquiera tienes un amigo íntimo. Por no tener, no tienes ni compañero.

—García es mi amiga.

—Tú lo has dicho: tu amiga. Con ella no puedes desahogarte criticando a las mujeres o contándole tus problemas sexuales.

—¡Yo no tengo problemas sexuales!

—Date tiempo; ya has cumplido los cincuenta.

Gajanejos prefirió ignorar el comentario.

—Hablé con García esta mañana y me desahogué, como tú dices.

—¿Y?

—Se puso de parte de Paloma.

—¿Entiendes ahora lo que quiero decir?

—¿Tú también estás de parte de Paloma?

—Yo estoy comiendo la mejor nécora que he probado en años.

—Me alegro haber acertado con el restaurante.

—Te va a costar una pasta.

Mari Carmen se pasó la lengua por los labios para no desperdiciar un trozo minúsculo de nécora. Lo hizo mirando fijamente a Gajanejos e inspirando aire de tal manera que el pecho parecía que se le fuera a salir del escote. El inspector notaba una presión creciente en la entrepierna. Sinceramente, prefería esta modalidad de consuelo a estar emborrachándose y vomitando vino en alguna tasca de mala muerte con unos hipotéticos amigos.

—¿Tú usas el bidé?

No supo por qué lo preguntó. Lo dijo sin pensar. Tuvo el efecto de congelar el ambiente.

—¿Y a ti qué te importa?

—No te enfades, mujer. Estaba pensando en poner un plato de ducha en mi cuarto de baño y prescindir del bidé. Lorena no se ha mostrado nada partidaria.

—No me apetece hablar de bidés.

Pelegrín siguió paladeando su nécora, pero el escote pareció reducirse a la mitad. Por alguna razón que no supo descifrar en ese momento, Gajanejos se sintió aliviado.

Después de la tarta de Santiago y el sorbete de frambuesa, el inspector decidió que la invitaría a una copa en su casa. Las horas de sueño de Thelma y Louise podían esperar un rato, o ser sustituidas por una actividad algo más placentera. Mientras ayudaba a Mari Carmen a ponerse el abrigo, se dio cuenta de que lo único que deseaba era abrazarla.

No le sorprendió encontrar a las dos mujeres en La Trainera compartiendo una langosta y un plato de jamón ibérico. Tampoco le sorprendió que bebieran champán y rieran. Lo que le sorprendió era la impunidad con que lo hacían. No se habían ocultado, sino que ocupaban una mesa próxima a la puerta. Las vio poco antes de abandonar el restaurante. El policía que llevaba dentro desalojó en el acto al donjuán en ciernes.

—¿Celebran algo, señoras?

El desconcierto no les duró más de unos segundos.

—La muerte del asesino de Genaro y Emiliano —contestó Pilar Bordonada, viuda del profesor Vargas.

—Tenemos entendido el asesino de nuestros maridos era mi vecino, Alfonso Recarte —contestó María Luisa Perrón, viuda del profesor Larreta.

—El mundo es ahora un lugar más seguro —sentenció Bordonada.

Gajanejos hizo su habitual movimiento de cabeza con el que no decía nada cuando no quería contestar. Dejó que las dos mujeres disfrutaran de su cena.

—No sabía que se hubiera filtrado información —dijo Pelegrín cuando estuvieron en la calle.

El inspector hizo otro de sus movimientos de cabeza. No se había filtrado nada en absoluto. Recordó que los condenados a muerte en Estados Unidos tienen derecho a solicitar lo que deseen para cenar horas antes de ser ejecutados.

XVIII

Divisó su inconfundible silueta desde la esquina de la calle Zurbano. A menudo se preguntaba qué turnos tendría asignados el agente Carrascal para encontrárselo siempre en la puerta de la comisaría. Faltaban todavía unos minutos para que fueran las siete de la mañana del lunes dieciséis de noviembre y, aun así, el agente le saludó con una amplia sonrisa.

—Hoy hará mucho frío, inspector.

—¿Se acabaron las lluvias?

—De momento sí. Tenemos un anticiclón térmico que nos trae aire del norte e impide las precipitaciones.

—¿El anticiclón de las Azores?

A esas alturas Gajanejos empezaba a dominar el lenguaje y los conceptos meteorológicos.

—No, inspector. Ese nos afecta en verano. En invierno se desplaza hacia el sur.

Prefirió no señalar al agente que, en realidad, todavía era otoño; estaba seguro de que a esas horas de la mañana no resistiría una clase magistral sobre la dinámica de los anticiclones del Hemisferio Norte. Subió las escaleras de dos en dos: un lunes sin lluvia y con el caso prácticamente resuelto era algo que le colmaba de felicidad. Su equipo parecía contagiado por el mismo estado de satisfacción.

—Hoy vuelve el feliz papá —anunció Robledo sonriente.

—Para celebrarlo les he traído brazo de gitano.

García extendió encima de la mesa de Gajanejos el papel de aluminio que cubría el bizcocho y lo partió en pequeñas porciones. Repérez repartió vasos de cartón con café de la máquina. El inspector aceptó el suyo, aun temiendo una diarrea generalizada

entre los miembros de su equipo; de todos eran conocidos los palmarios efectos laxantes del café de la máquina de la comisaría.

—El brazo de gitano tradicional se hace con crema pastelera —explicó García—, aunque en muchas pastelerías de Madrid lo hacen con nata.

—¿La crema pastelera no lleva nata? —preguntó Repérez.

—Yo la hago con leche entera y yemas de huevo. La nata tiene mucha grasa.

En circunstancias normales Gajanejos hubiera reconducido el tema de conversación al caso que tenían que resolver, pero se sintió magnánimo y les dejó seguir. Llevaba años sin probar el brazo de gitano. Podrían ser incluso décadas. Recordaba que su abuela lo hacía cuando él era pequeño e iba a visitarla al pueblo un par de veces al año. La punzada de nostalgia que sintió fue interrumpida por el alborozo que siguió a la llegada del agente Cano. El agente les suministró un detallado informe de los cinco primeros días de vida de la niña, incluidos los horarios de las tomas de pecho y de las deposiciones de la criatura. Todos parecían muy interesados y le hacían preguntas o emitían sensatos comentarios al respecto. Gajanejos aprovechó para coger un segundo trozo de brazo de gitano.

—Todavía no se le ha caído el ombligo.

Aquella fue la frase que le hizo poner fin a la animada conversación. Aún recordaba el desconcierto que sintió cuando a su hija Lorena se le cayó el ombligo. Le estaba cambiando un pañal cuando aquella asquerosa cosa morada se desprendió de la tripa de su niña y se le enredó entre los dedos sin que él supiera muy bien qué hacer con ella. Tuvo que jurarle a Amparo que él no había hecho nada, que se había caído sola. Luego el pediatra le informó que era habitual que durante la segunda o tercera semana se desprendiera el cordón de manera natural. Una conversación sobre cordones umbilicales y sus muñones le fastidiaría el buen inicio de semana que estaba teniendo. En previsión de una larga jornada, se apoderó de una tercera porción de brazo de gitano. Ventiló el despacho cuando todos hubieron salido.

La llamada de sor Patrocinio le sorprendió haciendo un gráfico con la secuencia de los crímenes. Había decidido explicar su teoría a la subinspectora esa misma mañana. Quería solucionar el caso antes

de que ella se cogiera algún tipo de excedencia por el embarazo. Reconoció el número en cuanto lo vio en la pantalla. Se preguntó qué cojones querría ahora la tocapelotas de la monja.

—Señor Gajanejos, tiene que venir a recoger las pertenencias de su madre a la mayor brevedad.

—Estos días tengo mucho trabajo. Intentaré ir la semana que viene.

—Hemos asignado la habitación de su madre a un anciano de Murcia y es necesario que vacíe su armario de manera inmediata.

—Pagué el mes de noviembre entero por adelantado.

No tenía ganas de ir a la residencia, pero sobre todo, no quería que la monja de los cojones le dijera lo que tenía que hacer.

—Si tuviera tiempo de releer las condiciones de admisión que firmó en su momento, verá que, una vez sucedido el óbito, la residencia puede disponer de la habitación del finado con independencia de su previo pago.

Ni de coña se iba a releer las condiciones de los huevos. Tampoco quería recoger las cosas de su madre; bastante tristeza le causaba vaciar el armario de la casa como para añadir el de la residencia.

—Estoy pensando que quizá sería una buena idea donar las pertenencias de mi madre a la residencia. Seguro que a alguna anciana le vendrá bien la ropa.

—Puede donar la ropa si lo desea, pero supongo que querrá recoger su alianza de matrimonio, la medalla de la Virgen del Carmen que llevaba siempre colgada del cuello y el marco con la foto de su padre que tenía en la mesilla.

—¿Y no puede guardar esas cosas en una caja?

Después de casi diez años en la puta residencia, ya podrían guardarle las cuatro mierdas de su madre una semana más.

—También tendría que llevarse el carné de identidad, la tarjeta sanitaria y el pasaporte.

La voz de la monja sonaba metálica. Gajanejos dio un puñetazo en la mesa. Sintió un irrefrenable deseo de decirle a la monja por dónde se podía meter el pasaporte de su madre.

—Está bien —dijo sor Patrocinio inalterable—, se lo guardaremos hasta la semana que viene.

Cerró la puerta de su despacho. A duras penas podía contener su

ira. Empezó a dar vueltas por la habitación como un animal enjaulado. Al cabo de un rato se dio cuenta de que en realidad lo que tenía era un gran deseo de llorar. Necesitaba cerrar el caso y poner en orden su propia vida.

—Felisa Mateu tiene coartada para el asesinado del profesor Larreta, pero no así para los otros dos crímenes.

Había convocado a García una hora antes de almorzar. Tenía intención de explicarle su teoría e invitarla luego a comer en Jefatura. No se acordaba de que le había pedido que investigara las coartadas de Mateu.

—Explíquese, García.

—El sábado 24 de octubre a la hora del crimen estuvo en un centro comercial ubicado cerca de la carretera de Toledo. Me mostró varios tiques de compra.

—Eso no es concluyente.

—Lo sé, inspector. También revisé las grabaciones de las cámaras de seguridad. Se la ve en varias de ellas en diversos momentos del día.

Gajanejos asintió con la cabeza. La subinspectora era una excelente policía.

—De todos modos, no me cuadraría que el profesor Larreta se perfumara para seducir a Mateu.

—Eso no lo sabemos, inspector. Al fin y al cabo, fueron novios hace tiempo.

Gajanejos sonrió. La subinspectora acababa de devolverle el golpe. Lo encajó con deportividad.

—¿Y los días de los otros dos crímenes?

—Estaba en su casa, durmiendo y sola. Al parecer se queda a trabajar por las noches y no se levanta nunca antes de la diez.

—No parece que tuviera motivos para asesinar a los otros profesores.

—En cuanto a las becarias —siguió García—, hay más confusión con las coartadas.

El inspector tampoco se acordaba de que le hubiera pedido que investigara a las becarias.

—Empiece por la eminente traductora.

—Vio al profesor Larreta unas horas antes de su asesinato, en su despacho de la Complutense, pero no tiene coartada para la hora de

su muerte. Dice que estaba sola en casa.

—Sí, lo recuerdo.

—En cambio, el día del asesinato del profesor Vargas había dormido con su novio, el cual me aseguró que estuvieron juntos hasta las nueve y media de la mañana.

—No sabía que tuviera novio.

—Yo tampoco. Al parecer, también estuvieron juntos la noche de la muerte del profesor de Derecho.

—¿Y la otra becaria?

—Ha sido más fácil. Vanessa Ortega vive con sus padres. En las tres ocasiones su madre afirma que estaba en casa.

—Una madre no es una coartada de fiar.

—Lo sé, inspector. Pero es lo que hay.

—Buen trabajo, García. Para celebrarlo la invito a comer en la cantina de Jefatura.

Le dio reparo explicar su teoría a la subinspectora después del esfuerzo que había hecho con las coartadas.

—Inspector, usted va a reventar por una sobredosis de escalopes con patatas.

—¿Ya no quiere registrar el domicilio de la señorita Navarro?

Había llamado después de comer al juez Moreno para explicarle su teoría del caso y, francamente, esperaba otra reacción por parte de su señoría. Se preguntó qué peinado luciría ese lunes.

—No, señoría. Ahora necesito acceder a los móviles de las tres viudas y a los datos de sus posicionamientos.

Se imaginó al juez con una trenza de raíz, como las que se hacía Lorena cuando iba al colegio.

—Agradezco que me informe.

Gajanejos pensó que lo que tendría que agradecerle era haberlo sujetado cuando le dio el vahído en el escenario del primer crimen. No quería recordar el vómito del aparcamiento.

—Necesitaría una autorización para solicitar a la operadora que nos ceda los datos de sus ficheros.

—Se la enviaré de manera inmediata.

—También necesitaría una orden de registro domiciliario.

Escuchó al juez soplar un rato por el auricular del teléfono. Si tuviera más confianza le sugeriría que se hiciera unas rastas.

—Me tiene que dar algo más concreto para que se la firme.

Era de esperar. Ya se había percatado de que el juez, aunque joven, no era un hueso fácil de roer. Le abrumó pensar que todas las personas que le rodeaban eran más jóvenes que él.

Se le pusieron los ojos transparentes cuando García entró en su despacho a media tarde. Empezaba a ser visible que estaba algo más rellenita de cintura, pero, aun así, Gajanejos la encontró radiante. Rosa, pensó, tenía la cualidad de iluminar el espacio que la rodeaba.

La había convocado en su despacho para explicarle el modo en el que habían sucedido los asesinatos; no era justo que Repérez ya lo hubiera intuido y ella siguiera en la más completa ignorancia.

—Mi problema es que no tengo amigos.

No supo por qué lo había dicho; desde luego no era el comienzo de la exposición de los tres asesinatos. Había asumido como propia la teoría de Mari Carmen y quería contrastarla con García.

—Yo soy su amiga.

Una amiga que le trataba de usted y jamás se dirigía a él por su nombre de pila sino por su cargo en la Policía.

—Quiero decir amigos masculinos, de esos que se emborrachan juntos para ahogar las penas.

—Pídale perdón a Paloma.

—No creo que haya nada que perdonar. Ella necesita tiempo para reflexionar y yo tengo las decisiones muy tomadas.

—No parece muy afectado.

Tenía que cambiar de tema; no quería hablar de sus sentimientos. A esas alturas dudaba incluso de que tuviera alguno.

—¿Ha leído usted una novela de Patricia Highsmith que se titula *Extraños en un tren*?

—No, inspector.

—¿Ha visto usted la película?

—Tampoco.

—¿Sabe de qué va?

—No.

—Dos desconocidos se encuentran en un tren y deciden matar cada uno a la persona que odia el otro. Así los dos se libran de su enemigo y tienen ambos una coartada perfecta para el momento del crimen de su padre y de su esposa, respectivamente.

García levantó las cejas.

—Un intercambio de asesinatos —dijo la subinspectora.

—Al principio la Policía está muy desorientada —siguió explicando Gajanejos—, porque la persona que tiene un poderoso móvil para matar a la víctima es imposible que lo hiciera, pues tiene una coartada sin fisuras.

—Y el asesino material del crimen no tiene ni motivo ni relación con la víctima y, por tanto, no es investigado —concluyó García.

—Exacto.

—¿Cómo lo descubre la Policía?

—Hay un detective muy listo que no ceja en el empeño de encontrar al culpable.

García sonrió.

—Seguro que el detective también es muy guapo.

Gajanejos temió que se echara a reír.

—Pida una pizarra y avise a Repérez.

Media hora más tarde García y Repérez estaban sentados en sendas sillas frente a una pizarra blanca colocada sobre un caballete en la que el inspector Gajanejos había escrito los nombres de las tres víctimas con rotulador negro. A la izquierda, en primer lugar, el catedrático de Latín, Emiliano Larreta; en el centro de la pizarra el astrofísico Genaro Vargas, y a la derecha el abogado Alfonso Recarte. García y Repérez miraban sin pestañear. Gajanejos pensó que parecían párvulos asistiendo a su primera clase. Debajo del nombre de cada una de las víctimas el inspector escribió con un rotulador azul el día y la hora de su asesinato: 24 de octubre, 13:00-15:00 horas, el profesor Larreta; 29 de octubre, 06:30-07:00 horas, el profesor Vargas; y 10 de noviembre, 07:00 horas, el profesor Recarte.

—Me estoy quedando sin colores —se quejó Gajanejos.

—Tiene el rotulador rojo —le indicó García.

—Ese lo guardo para los asesinos. Ahora quería escribir los nombres de las esposas.

—Use el negro pero con una letra más pequeña —dijo Repérez.

Era una buena idea. Para resaltar más los nombres de las víctimas, los rodeó con un recuadro. Debajo de cada uno de los profesores escribió el nombre de su respectiva mujer: María Luisa Perrón, Pilar Bordonada y Alejandra Torres.

—Cada una de ellas tenía un motivo para asesinar a su marido

—siguió Gajanejos—: Larreta era un infiel crónico, Vargas tenía un suculento seguro de vida y Recarte era un drogadicto.

—Yo diría incluso más —intervino García—. Larreta era un reconocido obseso sexual, por no decir un acosador que abusaba de su posición de poder para seducir a mujeres jóvenes; el seguro de Vargas permitirá a su viuda y a su hija una posición desahogada lo que les resta de vida; y convivir con un cocainómano tan enganchado y deteriorado como Recarte debía de ser un auténtico infierno.

—Los móviles son evidentes —siguió el inspector—: no me queda ninguna duda de que las tres mujeres podían desear la muerte de sus maridos. Tampoco tenemos ninguna duda de que las tres tienen una coartada perfecta para el momento del crimen de sus respectivos: casualmente, las tres estaban a más de cuatrocientos kilómetros.

—Se intercambiaron los crímenes —dijo Repérez.

—Esa es la hipótesis con la que vamos a trabajar —siguió Gajanejos—. Como las tres mujeres eran o habían sido vecinas y se conocían, es posible que pactaran una especie de permuta.

—O sea, un «yo mato al tuyo si luego tú matas al mío» —aclaró García.

—Exacto.

Gajanejos cogió el rotulador rojo y escribió encima de cada víctima los nombres de las otras dos mujeres.

—Estoy casi seguro de que fue así como se produjeron los hechos —dijo, complacido—. Ahora solo nos resta probarlo.

García parecía cansada, por lo que el inspector dio por finalizada la reunión. El caso podía esperar hasta el día siguiente; estaba seguro de que las viudas asesinas no actuarían más.

—Si lo desea, puede llamar a Fermín —le dijo García cuando se quedaron solos.

¿Para qué querría él llamar al tarado de Carrascal?, se preguntó el inspector.

—Habitualmente no bebe, pero si usted le propone salir a emborracharse juntos, seguro que accede.

La proposición le hundió en la más profunda miseria; resultaba que lo más parecido a un amigo que tenía era el agente Fermín Carrascal.

Decidió dar un largo paseo antes de volver a casa. Bajó por la Castellana hasta llegar al Paseo del Prado. Le gustaba esa zona de Madrid. Le gustaban los altos árboles y le gustaban las fuentes. La lluvia de los días anteriores había limpiado el aire y a esas horas de la tarde casi no quedaban turistas por la calle. Hacía mucho frío. Creía que caminando podría ordenar sus ideas, pero en realidad su cabeza se estaba vaciando a medida que avanzaba. Tampoco estaba mal, pensó: necesitaba descargarse de tantas emociones. Se paró frente a la fuente de Apolo. De las tres que componían lo que en tiempos de Carlos III se denominaba el Salón del Prado, la fuente de Apolo era su favorita. Aunque menos conocida que Cibeles y Neptuno, la fuente de Apolo tenía, en opinión de Gajanejos, una elegancia y unas proporciones que superaban con creces a las otras dos. Además, tenía la ventaja de que ningún equipo de fútbol la había adoptado como lugar de reunión para sus celebraciones. Pese al frío, se sentó en un banco a pensar y a contemplar la fuente. Estaba seguro de tener el caso resuelto, pero, aun así, no se encontraba satisfecho. Tenía que decidir si quería luchar por su relación con Paloma. De momento, ninguno de los dos había movido ficha. Ella se estaba tomando muy en serio lo de esperar un tiempo, y él no estaba seguro de querer esforzarse para recuperarla. Hubo de reconocer que durante esos tres días no la había echado de menos. El sábado anterior incluso pensó que terminaría en la cama con Pelegrín. Habría sido una pésima decisión: con toda probabilidad habrían terminado discutiendo, lo que repercutiría en su trabajo. Por fortuna, el encuentro con las alegres viudas les anuló a los dos la libido de manera tajante. Al menos, pensó, Paloma lo había dejado con buenas palabras y no lo había mandado a criar malvas, como habían hecho las viudas con sus maridos. Los asesinatos que se producían entre familiares le ponían melancólico y triste. La familia era el único lugar donde uno podía sentirse confiado y seguro y le desazonaba comprobar que en ocasiones no solo no era así, sino que podía incluso convertirse en el lugar más peligroso del mundo.

Cogió un autobús para volver a su casa. Tenía la sensación de que si continuaba más tiempo a la intemperie, el frío de la noche le helaría el corazón.

Cruzó la plaza de Olavide sin prisa. Le sorprendió ver luz en los

balcones de su piso. Era posible que Elisa, vida mía, hubiera olvidado apagar las luces. La señora Josefa le hizo señas desde la barra para que entrara en la Gastroteca. El delantal color pistacho lucía unos hermosos lamparones y la refulgente barra empezaba a estar tan pringosa como en los buenos tiempos. El local bien podría llamarse la «Guarroteca de Paco».

—Inspector, es todo un detalle por su parte. Mi marido y yo nos sentimos muy halagados.

No tenía la menor ida de qué coño estaría hablando la señora Josefa.

—Nos ha dicho Elisa que usted le ha prohibido que le prepare filetes de lomo —aclaró Paco.

Al parecer el matrimonio había conocido a su nueva asistenta y se habían dedicado los tres a comentar sus pequeñas cuitas domésticas.

—Le hemos tenido que explicar que los montados de lomo son nuestra especialidad, y que usted lleva comiéndolos en nuestro establecimiento más de treinta años. No es de extrañar que no quiera probar otros.

El matrimonio parecía tan satisfecho que a Gajanejos le dio pena estropearles el momento. Movió la cabeza en señal de asenso.

—La hemos orientado sobre sus gustos culinarios —informó Paco—. Nosotros lo conocemos muy bien.

—Parece una mujer trabajadora y limpia —dijo Josefa—. Esta vez ha acertado usted. La otra era una fresca.

Paco miró al suelo y el inspector volvió a mover la cabeza.
Supo que Lorena estaba en casa desde el rellano del segundo piso. La música de Shakira hacía retumbar la barandilla de la escalera. Tendría que hablar con su hija antes de que los vecinos le llamaran la atención. Sobre la cama de matrimonio, Lorena había colocado la ropa de su abuela en varios montones.

—La he clasificado por tipo de prendas. Lo mejor sería meterla en bolsas y llevarla a Cáritas.

No sabía qué decir. Su hija le estaba solucionando un problema al que él no había podido enfrentarse. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Si voy a venirme a vivir contigo, necesito el armario de tu cuarto vacío para mis cosas.

Gajanejos la abrazó y dejó que unas lágrimas silenciosas resbalaran sin duelo por sus mejillas.

XIX

Se sentía exultante. Había dormido siete horas de un tirón en la confortable y mullida cama de sus padres, había tomado una larga y relajante ducha y estaba disfrutando de un café caliente en uno de los balcones que daban a la plaza mientras contemplaba la llegada de la hija de la mañana, la hermosa Aurora de rosáceos dedos. A falta de las comprobaciones de rigor, el caso estaba resuelto, lo que le hacía sentir pletórico de satisfacción. Dormir en el camastro de su cuarto durante los últimos años había sido una tontería; la cama de sus padres era mucho más amplia y placentera. Hubo de reconocer que Paloma tenía razón cuando se lo hacía notar. Lorena aún no se había despertado, así que decidió sorprenderla con unas tostadas para el desayuno. Si hubiera sido americano, pensó, habría hecho tortitas, pero era madrileño y no sabía cómo se preparaban. Además, eran más sanas las tostadas de pan duro del día anterior que las grasientas tortitas de las películas americanas. Estaba tan contento que llamó a Paloma sin meditarlo demasiado.

—¿Has tenido ya suficiente tiempo para pensar? —espetó en cuanto ella descolgó el teléfono.

—¡Por el amor de Dios, Fede, son las ocho de la mañana!

—Tengo el caso resuelto.

En otras circunstancias le hubiera explicado a Paloma su razonamiento con todo lujo de detalles. En esos momentos no estaba seguro de poder hacerlo; al fin y al cabo, habían roto. Echaba de menos sus apostillas, siempre juiciosas.

—Podríamos cenar juntos uno de estos días, para hablar con tranquilidad —sugirió Gajanejos.

—¿En La Trainera?

El tono de Paloma no dejaba lugar a la más mínima duda.

—Donde tú quieras.

No iba a permitir que unos celos infundados le amargaran la mañana.

—Tengo que llevar a mis hijos al colegio.

En realidad, no eran tan infundados. Estaba seguro de que había tenido una oportunidad con Mari Carmen.

—Yo estoy preparando tortitas para Lorena.

—¿Con nata?

—Con sirope de arce.

—¡Qué empalagoso! ¡Pobre Lorena!

—Está muy a gusto conmigo.

—Me alegra saber que eres capaz de hacer feliz a alguien.

El inspector cortó la conversación antes de que el sarcasmo de Paloma le perforara los tímpanos. Al parecer, ambos necesitaban más tiempo.

Lorena apareció en la cocina descalza y con un pijama de color rosa. Sonreía.

—¿Me estás preparando tortitas?

Desfizo el entuerto como pudo. Le prometió a su hija que una de esas tardes la invitaría a tortitas con nata y chocolate en alguna pastelería.

Llegó a la comisaría pasadas las once de la mañana. Había dejado un tiempo prudencial para que su equipo revisara los movimientos de los teléfonos móviles de las tres viudas. Se imaginaba la sonrisa de García cuando le anunciara que todo encajaba con la precisión de una jugada de ajedrez.

—Abríguese bien, inspector. Hoy va a hacer mucho frío.

Si Carrascal decía que iba a hacer frío, era incuestionable.

—¿Vuelven las lluvias? —se atrevió a preguntar.

A pesar de la conversación con Paloma, seguía gozando de un humor excelente y disponía de suficiente tiempo para explicaciones meteorológicas.

—¡Qué va! El anticiclón del Atlántico está muy fortalecido.

Gajanejos casi se sintió orgulloso de Carrascal. Dominaba el lenguaje especializado como el mejor meteorólogo. Su estima desapareció a la velocidad de la luz cuando el agente se chupó el dedo índice de la mano derecha.

—Hay viento del norte; irá intensificándose a lo largo del día.

—¿Ha considerado usted la posibilidad de comprarse un anemómetro?

Ese día Gajanejos se sentía locuaz.

—Tengo uno en casa, pero, inspector, sería el hazmerreír de la comisaría si me lo trajera a la guardia.

—Lleva usted razón. Es más prudente así.

Subió las escaleras imaginándose a Carrascal con una gorra de béisbol de la que sobresaliera una antena con cazoletas de anemómetro dando vueltas sobre su cabeza.

Supo que algo no iba bien en cuanto vio la cara de García. La subinspectora y Repérez estaban en su despacho frente a la pizarra en la que el día anterior había dibujado el irrefutable croquis con la secuencia de los asesinatos. Había nombres tachados y unos signos de interrogación que proclamaban a voces que, al fin y al cabo, su croquis no era tan incontestable como él hubiera deseado. Sintió un súbito cansancio.

—Hemos revisado los posicionamientos de los móviles de las tres viudas. No terminan de cuadrar.

García lo dijo con tanta dulzura que no pudo enfadarse.

—Explíquese —pidió. Se sentó en una silla junto a Repérez.

—El móvil de Pilar Bordonada no se encontraba en las inmediaciones de los escenarios de los dos crímenes en los que suponíamos que había participado, y las otras dos viudas viven tan cerca de las facultades que va a ser difícil demostrar algo.

Como resumen era perfecto, pero el inspector estaba convencido de su teoría y necesitaba más detalles.

—Vayamos por partes —dijo Gajanejos. Le salió un tono de voz paternalista que no le gustó—. Empecemos por el primer asesinato.

García se levantó y se aproximó a la pizarra. Señaló con el rotulador el nombre de la primera víctima, Emiliano Larreta.

—El asesinato tuvo lugar el día 24 de octubre entre las 13 y las 15 horas en el edificio A de Filología. Durante todo ese día el móvil de su viuda se encontraba en Betanzos, provincia de La Coruña.

—Cierto —intervino Gajanejos—. La Guardia Civil de Betanzos nos confirmó que había participado ese mediodía en un incidente en un restaurante. Por consiguiente, no hay la más mínima duda de que estaba allí.

—Eso indica, además, que la señora Perrón acostumbra a llevar consigo su teléfono móvil —intervino el agente Pérez. Gajanejos y García se lo quedaron mirando—. Las personas de cierta edad a veces no lo llevan encima.

—Bien pensado, agente —concedió García—. Hemos supuesto todo el tiempo que las tres llevarían siempre el teléfono consigo, y tampoco podemos estar completamente seguros. Pero, en este caso, parece indudable.

—Continúe, García. —Al inspector no le hacían gracia los halagos que la subinspectora dedicaba a Repérez.

—El análisis de los posicionamientos telefónicos del aparato de Alejandra Torres, la tercera viuda, la sitúa en el campus de la Ciudad Universitaria ese día y a esa hora, en concreto en la zona de la plaza de Menéndez Pelayo, junto a la Facultad de Filología. Según los datos que nos han suministrado, estuvo en esa zona desde las doce hasta las cuatro de la tarde.

—Eso concuerda con nuestra teoría.

—El problema surge con el teléfono de Pilar Bordonada. Debe de ser un aparato antiguo, porque no tiene GPS integrado. Los técnicos han triangulado su posición por las antenas de telefonía a las que se conectó ese día. El margen de error puede ser mayor, incluso de unos cien metros, pero no cabe duda que la señora Bordonada estuvo desde las once de la mañana hasta las siete de la tarde en Chinchón.

Aquello le sentó como un jarro de agua fría. ¿Qué cojones hacía Bordonada en Chinchón? Había esperado poder rebatir de alguna manera los datos de los móviles, pero Chinchón estaba a unos sesenta kilómetros de Madrid.

—En realidad, lo que estuvo todo el día en Chinchón fue el móvil de Bordonada —se le ocurrió decir—. No prueba que ella estuviera allí. El móvil se lo pudo haber llevado la hija o el marido.

—Hemos comprobado los movimientos de su tarjeta de crédito; la señora Bordonada sacó dinero de un cajero del Banco de Santander situado cerca de la plaza Mayor de Chinchón a las 13:37 horas.

—Pida la grabación de la cámara de seguridad del banco —ordenó Gajanejos.

Estaba cada vez más contrariado, pero no se daba por vencido.

—Esperemos que la conserven; ha pasado casi un mes —dijo el agente Pérez.

—¡No sea cenizo, Repérez!

—También he comprobado el posicionamiento del móvil de Alfonso Recarte —dijo García—. Al fin y al cabo, había restos orgánicos suyos sobre la víctima.

Gajanejos y Repérez la miraron expectantes.

—El móvil de Recarte estuvo casi todo el día en una zona próxima a Valdebernardo.

—Según el inspector Martín, de Estupefacientes, allí es donde vive el Turco.

—¿Quién? —preguntó Repérez.

—Su camello.

—Por lo tanto, el teléfono no lo sitúa en la escena del crimen.

—Aunque sus restos orgánicos sí estaban sobre la víctima.

—Por eso necesitamos que su viuda esté implicada en este asesinado —explicó Gajanejos.

—En el segundo crimen —siguió García—, el del profesor Vargas en el aparcamiento de la Facultad de Físicas a las siete de la mañana, los móviles de María Luisa Perrón y de Alejandra Torres no se movieron de sus domicilios hasta las nueve de la mañana.

—A esa hora llevábamos nosotros un buen rato en la escena del crimen.

—Hay que tener en cuenta que el edificio donde viven las dos viudas está a menos de mil metros del aparcamiento de Físicas.

—Aun así —dijo el inspector—, tendría que haberse registrado algún movimiento.

—Es posible que no se llevaran el teléfono para asesinar al profesor Vargas —apuntó Pérez—. Si quedaron las dos en el rellano de la escalera e iban a ir caminando juntas por la zona arbolada, quizá prefirieron dejar el móvil en casa. De ese modo se aseguraban de que ninguna llamada intempestiva las delatase.

—Parece lógico —concedió Gajanejos.

—¿Y el móvil de Recarte?

—En Mejorada del Campo.

—¡Qué oportuno! —dijo Gajanejos—. Su viuda había dormido esa noche sola en casa y tenía libertad de movimientos.

—El móvil de Pilar Bordonada la sitúa esa mañana y los tres días

anteriores en Bilbao —dijo García.

—Y también las grabaciones de la cámara del congreso de farmacéuticos. No hay duda.

—Finalmente, el día 10 de noviembre a las siete de la mañana, hora del fallecimiento de Alfonso Recarte, el teléfono de María Luisa Perrón estaba próximo al escenario del crimen, pero el de Pilar Bordonada estaba en su casa de la calle Claudio Coello.

—Si la señora Perrón se llevó el móvil, quizá es que tenía que encontrarse con alguien —apuntó Repérez.

—No parece que fuera con Pilar Bordonada —contestó García.

—Pidan las imágenes de las cámaras de tráfico de la Avenida Complutense, de la calle Ramiro de Maeztu y de todas las calles entre las viviendas de profesores y las tres facultades —ordenó Gajanejos—. Tenemos que volver a empezar desde el principio e incluir a Felisa Mateu y a las dos becarias en el esquema de la secuencia de los asesinatos. Mateu y la traductora tenían llaves del despacho de Larreta y suficientes agravios acumulados.

—¿Sigue pensando en un intercambio de crímenes? —preguntó la subinspectora.

—La clave —respondió él— tiene que estar en el primer asesinato. Fue el más elaborado y el único en el que hubo un auténtico ensañamiento. Sigo pensando que el hecho de que el asesino le seccionara los genitales a la víctima y se los metiera en la boca es una respuesta a una agresión sexual.

—Estoy de acuerdo —dijo García—. De las tres viudas, Alejandra Torres me parece la más atractiva para un hombre como Larreta.

—Sí, y es la única que tenía acceso a las uñas y los pelos de su marido.

—Y a sus Sebago —apuntó Repérez.

—Y a su pistola —terció el inspector.

—Eso la situaría también en el segundo crimen —dijo García.

—El problema es Bordonada —dijo Gajanejos—. Había supuesto que, al ser farmacéutica, tendría facilidad para conseguir las drogas y conocimientos suficientes de anatomía para realizar una bisección precisa.

—Me enteraré de si es zurda —se ofreció García.

—Repérez, haga un resumen conciso —ordenó.

—El sospechoso evidente, Alfonso Recarte, según los posicionamientos de su teléfono móvil no pudo haber cometido los dos asesinatos en los que aparecen sus restos orgánicos. En el primer asesinato podemos situar a Alejandra Torres, y en el tercero a María Luisa Perrón. A Bordonada no la podemos situar en ninguna escena del crimen.

—Por el momento —advirtió Gajanejos.

—Pudiera ser —dijo García— que todo fuera obra de Alejandra Torres y de María Luisa Perrón. Alejandra Torres mataría al primero y al segundo, y la señora Perrón al tercero.

—¿Por qué iban a matar al profesor de Física? —preguntó el agente Pérez.

—Repérez lleva razón —concedió Gajanejos—. Bordonada tiene que estar implicada; al fin y al cabo, se ha llevado un millón de euros. La doctora Lázaro dijo que la dosis de escopolamina estaba calculada con precisión, y solo ella pudo hacerlo. Además, en ese crimen había dos personas como mínimo.

—Me pareció una mujer muy fría —opinó la subinspectora.

—En muchas ocasiones los trastornos de anorexia nerviosa en adolescentes están motivados por una mala relación entre madre e hija —siguió el inspector—. No debe de ser nada fácil ser hija de la señora Bordonada.

Le vinieron a la mente los hijos de Paloma. Eran unos niños siniestros; no hacían ruido, ni jugaban, ni lloraban, ni reían. Por no hacer, ni siquiera se peleaban entre ellos, como hacían todos los hermanos del mundo. En ocasiones pensaba que tenían un problema de autismo, aunque Paloma insistiera en que, sencillamente, eran unos niños muy bien educados. Tampoco debía de ser fácil ser hijo de Paloma. Cada vez se reafirmaba más en su decisión de no convivir con ellos.

—No siempre las madres tienen la culpa de todo —protestó García.

Gajanejos supuso que la subinspectora debía de estar pensando en sí misma y en su próxima maternidad. Empezaba a estar harto de guardarle el secreto.

—Hay que seguir avanzando. Siento que estamos muy cerca.

Se presentaron en casa de Pilar Bordonada a la hora de comer. El inspector había sacrificado los escalopes con patatas de la cantina

de Jefatura para no coincidir con Helena Vargas. Consideró que a esa hora estaría almorzando en el Hospital del Niño Jesús. Quería evitar que estuviera presente en la conversación que iban a mantener con su madre; sin duda hubiera sido desagradable para la pobre chica.

Pilar Bordonada les recibió tan estirada como la vez anterior. Continuaba vestida de luto riguroso.

—No les esperaba. Deberían haberme anunciado su visita.

El rictus de fastidio con el que acompañó sus palabras le dejó muy claro que no eran bien recibidos. No era un buen comienzo.

Les hizo pasar al mismo salón en el que les recibió la vez anterior. Gajanejos lo vio en cuanto entró: en una pared de la habitación había un enorme televisor LED. Calculó que tendría más de cincuenta pulgadas. Los cojines que en su visita previa habían estado colocados sobre el sofá en formación militar, se encontraban desordenados y enredados con una pequeña manta de cuadros escoceses.

—¿Es nueva? —preguntó señalando la televisión.

—¿Han venido a preguntarme por el televisor? No creo que sea delito comprarse uno.

—Queríamos saber qué hizo usted en Chinchón el día 24 de octubre —preguntó García.

—Yo no fui a Chinchón ese día.

—¿Está usted segura? Piénselo con tranquilidad. Era sábado.

—Hace más de diez años que no voy a Chinchón.

—¿Le han robado el bolso hace poco? —Gajanejos vislumbró un rayo de esperanza para probar su teoría.

—No.

—Tenemos constancia de que su teléfono móvil estuvo en Chinchón ese día —dijo la subinspectora.

—Se lo llevó mi hija. Ella y mi marido fueron ese día a comer a Chinchón. Yo me quedé en casa ordenando armarios.

—¿Su hija se llevó el móvil de usted?

—Lo hace a veces para que no le cuesten las llamadas a sus amigas. Ese día me dejó sin teléfono, lo recuerdo perfectamente.

—¿Qué hizo usted durante el día?

—Ya se lo he dicho: estuve en casa ordenando armarios.

—¿Alguien puede corroborarlo?

—No. Estuve sola todo el día.

—¿A qué hora volvieron de Chinchón su marido y su hija?

—A las nueve de la noche. ¡Hay que ver qué manía les ha entrado a ustedes con Chinchón!

—¿Recuerda que hizo usted el martes pasado a las siete de la mañana?

—Lo de todos los días. Estaría preparándome para llevar a mi hija a desayunar al Niño Jesús.

—¿La semana pasada la llevó usted todos los días?

—Absolutamente todos.

Gajanejos y García se despidieron antes de que la viuda les invitara a abandonar su domicilio. El inspector tenía la sensación de que si le hubieran hecho una pregunta más, la señora Bordonada hubiera comenzado a escupirles.

Tendría que estar contento, al fin y al cabo su conversación con Bordonada volvía a poner a la viuda en la primera línea de los sospechosos. Sin embargo, no terminaba de encajar. Si fuera culpable, se habría proporcionado una coartada en Chinchón con la historia del móvil. Ellos se la habían servido en bandeja. Pero la viuda había sido tajante: en Chinchón estuvieron su marido y su hija, ella no. En todo caso, tenía que buscar otras pruebas para imputarla. Ese era el momento en el que en circunstancias normales habría llamado a Paloma para desahogarse, pero después de la conversación que había mantenido con ella por la mañana no le pareció prudente hacerlo. Telefoneó a Pelegrín.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —se extrañó ella.

Gajanejos le había detallado todos los pormenores de la investigación. No podía decirle que lo había hecho porque necesitaba contárselo a alguien y Paloma no estaba disponible.

—Eres una mujer inteligente y una gran policía.

—Estás muy raro, Federico.

—También eres mi amiga.

—A ti te pasa algo.

—No puedo soportar la idea de que tres crímenes queden impunes por falta de pruebas.

—Lo revisaremos todo otra vez. En el despacho de Larreta recogimos más de quince restos de ADN y en el despacho de Recarte casi el doble. Tendrías que conseguir muestras de ADN de las

sospechosas.

—Con lo poco que tenemos es difícil que el juez lo ordene.

—Deberías dejar que te vomitase encima una vez más.

—No te imaginas la reforma que ha hecho el Guarrete en su bar.

Gajanejos se preguntó qué extraña asociación de ideas había tenido para dar ese salto en la conversación.

—Ya sabía yo que acabarías invitándome a cenar en el bar del Guarrete.

—Ahora es una Guarroteca.

—Federico, tú no estás bien. Deberías reconciliarte con Paloma.

—Debería solucionar el caso.

—No te preocupes. Encontraremos alguna evidencia que incrimine a los culpables. No existe el crimen perfecto en el siglo XXI.

Volvió a su casa caminando con paso vivo. Carrascal llevaba razón: hacía un frío del carajo. Decidió cenar en la Gastroteca del Guarrete; necesitaba hablar con alguien y pensó que Paco y la señora Josefa le darían el calor humano que Paloma le negaba. Se sentía abatido.

—Hoy tenemos láminas de presa ibérica con espuma de perejil y cremoso de mostaza —dijo Paco.

—Armonizadas con vino de la casa —secundó la señora Josefa.

Es decir, el montadito de lomo y el vino peleón de siempre. Se preguntó dónde habrían aprendido ese vocabulario.

—Le hemos dicho a Elisa que a usted le gustan los guisos de cuchara y la carne. El pescado sabemos que no le gusta, pero Elisa dice que le conviene comerlo al menos un par de veces a la semana.

Al parecer entre los tres le estaban solucionando la vida. Tenía que frenar como fuera la intromisión del matrimonio Guarrete en su intimidad. Hablaría con la asistenta al día siguiente.

Subió las escaleras de su casa a toda velocidad. Había olvidado que su hija había vuelto a vivir con él. Esa noche, la música de Enrique Iglesias se oía desde el primer piso. Cuando abrió la puerta, Lorena le recibió con una amplia sonrisa. Llevaba puesto su pijama rosa y unas zapatillas, también rosas, con corazones y gatos. Fue consciente de que tenía dentro de casa lo que andaba mendigando fuera.

XX

Ninguna de las tres viudas había accedido a someterse a una prueba de ADN. Gajanejos dudaba de que el juez Moreno diera las órdenes pertinentes basándose únicamente en sus razonamientos, máxime ahora que estos se habían tambaleado debido a los posicionamientos del móvil de Bordonada. Tenía que mover ficha antes de que el caso se le escapara de las manos. Había que reconocer, pensó, que, para ser unas novatas en esas lides, las viudas asesinas habían sido bastante cuidadosas con las evidencias que dejaban tras de sí en los escenarios de los crímenes. Había convocado a García y al agente Pérez a primera hora.

—¡A mi despacho!

Era innecesario que gritara. Ambos le habían seguido por el pasillo desde que lo vieron llegar. La subinspectora lucía unas profundas ojeras violáceas.

—Acabo de comunicar mi embarazo a Recursos Humanos.

«Por fin», pensó Gajanejos. Aquello le quitaba un peso añadido de encima. Le molestó que Repérez también lo supiera: había pensado que él era el único depositario de la confianza de la subinspectora.

—¿Usted lo sabía, Repérez?

—Lo sospechaba, inspector.

—¿Desde cuándo?

—Desde el entierro de su madre. Me llamó la atención que la subinspectora no hiciera ademán de ayudar con el féretro.

Gajanejos se mordió el labio inferior. A él se le había escapado por completo aquella señal tan evidente. Repérez era muy observador, una cualidad imprescindible para un buen policía.

Temió estar perdiendo facultades; desde que cumpliera los cincuenta tenía cada vez más lapsus, aunque en su descargo cabría argüir lo afectado que estaba el día del entierro.

—¡Enhorabuena, García! Ya sabe que puede contar conmigo para lo que necesite —se ofreció Gajanejos. Ella ya lo sabía, pero quería mostrarse generoso y noble delante de Repérez.

—He hecho magdalenas de leche sin lactosa.

La subinspectora abrió un paquete envuelto en papel de aluminio.

—¿Es usted alérgica a la lactosa? —preguntó Repérez.

—No, agente. Pero me las habían pedido varios seguidores de mi blog.

—¿Tiene usted muchos seguidores? —se interesó Gajanejos.

—No muchos. Por ahora solo tengo unos trescientos.

A él le parecían una multitud. Se imaginó a trescientas personas siguiendo sus pasos por la plaza de Olavide y al Guarrete sirviendo montaditos de lomo a todos ellos.

—No se nota que estén hechas con leche sin lactosa —dijo Pérez —; saben igual que las magdalenas normales.

Volvieron a repasar la cadena de asesinatos desde el principio; necesitaban que Pilar Bordonada hubiera participado en ellos.

Por un momento pensó que la doctora Lázaro avanzaba por el pasillo de la comisaría en dirección a su despacho. El vivo taconeo que escuchó por encima del murmullo general le había transportado hasta la forense y su sonrosado culo. En su lugar apareció Alejandra Torres escoltada por Robledo y Repérez. La subinspectora los precedía con su mejor cara de policía indoblegable. Las orejas del agente Robledo estaban tan coloradas que parecían haber iniciado un proceso de ignición. El agente Pérez, por su parte, se mostraba insensible a los encantos de la viuda. No quería acusarla formalmente aún, pero sabía por experiencia que una invitación a responder unas preguntas en dependencias policiales era un hecho muy intimidatorio para la mayoría de los mortales, aunque ese no parecía ser el caso de la señora Torres, quien parecía ajena a la presión policial. No solo no se había vestido de luto sino que lucía una chaqueta plateada tan fulgurante como la cazadora de lentejuelas que llevaba en su primera conversación. Debería asesorar a Paco y a su señora sobre los uniformes de la Guarroteca;

la señora Josefa vistiendo un delantal con destellos plateados produciría una impresión difícil de olvidar.

—¿Dónde estuvo usted el 24 de octubre entre la una y las cinco de la tarde?

Creyó conveniente interrogarla de manera directa. Estaba harto de tanta contemplación con unas viudas que ni siquiera se tomaban la molestia de disimular su falta de tristeza ante la muerte de sus maridos.

—¡Y yo qué sé! Ha pasado casi un mes desde ese día. No me acuerdo de lo que he hecho todos y cada uno de los días de mi vida.

—Le refrescaré la memoria. Fue el sábado en que asesinaron a su vecino, el profesor Larreta.

—Yo me enteré el lunes siguiente.

—Por el posicionamiento de su móvil sabemos que ese sábado estuvo usted en la Ciudad Universitaria.

—Ah, sí. Ahora recuerdo. Estuve con mi marido en la Facultad de Derecho. Me pidió que le acompañara a su despacho.

—Su marido estuvo todo el día en Valdebernardo.

—¿Se lo dijo él?

Alejandra Torres levantó el labio superior enseñando unos dientes blancos y alineados.

—Nos lo ha dicho su teléfono móvil y nos lo dirá el Turco en cuanto se lo preguntemos.

—¿Ustedes se fían de un camello?

—Nos fiamos de las pruebas. Encontramos un cabello de usted junto al cadáver de Larreta.

—Se me cae mucho el pelo —dijo acariciándose un mechón—. Esa mañana habíamos coincido en el ascensor al salir de casa. No me extrañaría que algún cabello mío se quedara posado sobre su ropa.

—¿El profesor Larreta intentó propasarse con usted? —preguntó García.

Alejandra Torres se quedó pensando su contestación unos segundos. El inspector se figuró que estaría sopesando la conveniencia de las distintas repuestas.

—Me hacía insinuaciones, pero nunca llegó a molestarme físicamente.

Había encontrado la opción perfecta: si hubiera hecho una

negación categórica, no la habrían creído, y si hubiera confesado algún abuso, habría parecido sospechosa del crimen.

—Si yo hubiera participado en un asesinato —dijo García mirando a la ventana— junto con alguna amiga, creo que sería más conveniente para mí colaborar con la Policía. Quizá conseguiría algún acuerdo favorable si confesara y dijera quien me había ayudado a cometer el crimen.

Alejandra Torres se levantó de golpe de la silla.

—¿Me están acusando?

—En absoluto —dijo Gajanejos—. La subinspectora García estaba reflexionando sobre ella misma.

—¿Por qué iba a matar yo a ese señor?

—Lleva usted razón —concedió García—. Usted no tenía ningún motivo.

—Su viuda tampoco tendría ningún motivo para matar al marido de usted —dijo Gajanejos.

—Mi marido se suicidó.

—Lo que usted diga, señora.

Alejandra Torres salió de la comisaría taconeando con tal fuerza que el inspector pensó que era un milagro que no se quedara clavada en el suelo. Se sintió orgulloso de sí mismo cuando reconoció la marca de los zapatos: eran los mismos Manolo Blahnik de la vez anterior.

—¿Los ha cogido?

—Por supuesto —dijo García.

En una bolsa transparente, García introdujo los dos cabellos que se le habían caído a la viuda al manosearse el pelo. No era una prueba que sirviera en un juicio, pero al menos confirmaría su teoría. Cerró los ojos y se imaginó a la doctora Lázaro desnuda vistiendo únicamente un delantal de purpurina plateada y unos zapatos negros de tacón alto con suela roja.

—Me he enterado de que García está embarazada.

Gajanejos no daba crédito: apenas habían pasado dos horas desde que la subinspectora hiciera público su embarazo y Pelegrín ya se había enterado de la noticia. Mari Carmen debería pedir el traslado al Centro Nacional de Inteligencia, pensó.

—Es una buena nueva —siguió Pelegrín—. Espero que la trates bien. ¿Te ha dicho si va a pedir la baja o una excedencia?

—Seguirá en activo como mínimo hasta que cerremos el caso.

—El cabrón del exmarido no le dará la lata. Tiene las dos piernas rotas.

Llegaría muy alto en el CNI, sin ninguna duda.

—No quiero saber nada.

—Le operaron la semana pasada. Estará varios meses sin poder moverse.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo lo sé todo, querido.

Llegaría incluso a secretaria general del Centro.

—En atención a García, analizaré los pelos que me has hecho llegar sin preguntar cómo los recogiste ni a quién pertenecen. Seguro que quieres que los compare con los que recogimos en el despacho de Filología.

—Lo has adivinado.

—¡Qué predecible eres, Federico!

—Me inquieta que Lorena se esté quedando sorda. Pone la música a un volumen excesivo.

—No creo que debas preocuparte. Es adolescente, está confusa y ha tenido muchos cambios en su vida en las últimas semanas. De todos modos, si te desasosiega su capacidad auditiva puedes pedirle a tu doctorcita que le haga una revisión.

Sus palabras atravesaron el auricular del teléfono como finos dardos emponzoñados de cicuta.

—Hay un detalle del embarazo que no conoces, Mari Carmen.

Se sintió poderoso al disponer de más información que ella.

—Ya sé que García está esperando gemelos. Te vas a tener que esforzar más para sorprenderme.

Aunque estaba molesto con Pelegrín por haberle fastidiado el golpe de efecto, hubo de reconocer que sería una fabulosa secretaria general del Centro Nacional de Inteligencia.

Almorzaron en la cafetería situada enfrente de la comisaría. Gajanejos había sugerido comer en Jefatura, pensando en los escalopes con patatas, por supuesto, pero, afortunadamente, García le recordó que era miércoles, el infausto día en el que eran sustituidos por las incomestibles chuletas a la riojana. La iba a echar mucho de menos cuando pidiera la baja. Los platos combinados de la cafetería eran bastante aceptables. El problema, obvio, era que

casi toda la comisaría almorzaba ahí. Incluso Carrascal estaba comiendo en una mesa cercana. El agente tuvo el buen juicio de no sentarse con ellos. El inspector sabía que no podría demorar mucho más tiempo felicitarle por su próxima paternidad.

—No creo que su hija se esté quedando sorda —dijo García—. Me parece que solo quiere llamar su atención.

—¿Poniendo la música a un volumen infernal?

—Lo que le quiere decir es: «escúchame, papá». Es muy metafórico.

—¿Por qué todo tiene que ser rosa? El pijama, rosa; las zapatillas, rosas; las paredes de su cuarto, pintadas de rosa; incluso me ha pedido que le compre sábanas rosas.

—Quiere decirle que sigue siendo una niña pequeña.

—También de manera metafórica, supongo.

—Su hija está asustada. Su madre se va a la India por un largo periodo de tiempo, su abuela ha muerto y ella, desde que tiene uso de razón, no ha vivido con usted más de cuatro días seguidos. Lorena se siente vulnerable e intenta decirle que lo necesita.

—¿Y por qué no me lo dice directamente?

—Es posible que no se dé cuenta.

Hubo de reconocer que García, como siempre, llevaba razón.

—Debería aprovechar la baja para aprobar la asignatura que le falta para terminar Derecho.

—¿Usted cómo sabe que me falta una asignatura?

—Yo lo sé todo.

—La inspectora Pelegrín es quien lo sabe todo.

Gajanejos asintió. Los ojos se le pusieron transparentes. Una vez más, se preguntó qué iba a ser del equipo sin García.

Lorena hacía mucho ruido en la cocina. El inspector había llegado a su casa a una hora razonable; en la comisaría no había nada que pudiera hacer esa tarde y deseaba pasar un rato tranquilo con su hija. Ella le anunció que estaba preparándole una sorpresa para la cena. Deseó que no fueran filetes de lomo. La casa estaba limpia y ordenada. Tenía que reconocer que Elisa, vida mía, era una trabajadora eficaz. Los tapetes de ganchillo estaban colocados en su sitio con la misma pulcritud con que los disponía su madre. Encendió el ordenador para volver a repasar la carta astral del primer asesinato. Estaba convencido de que en él se encontraba la

solución del caso. Otra vez se fijó en la conjunción entre Venus y Júpiter en la casa VIII. «Muchas mujeres en la casa de la muerte», pensó, «y todas ellas dominadas por Mercurio». Notó que el embrión de una idea empezaba a formarse en su cabeza. La llegada de Lorena con una bandeja en las manos y una amplia sonrisa de satisfacción en la cara, le hizo volver a la realidad.

—¿Pongo la mesa? —se ofreció el inspector.

—Vamos a cenar en el salón, viendo la tele.

Aquello era una novedad. Siempre habían comido sentados a la mesa del comedor. Gajanejos pensaba que era más cómodo.

—He preparado unas hamburguesas con patatas fritas. Las podemos tomar con las manos mientras vemos una película.

Hubo de reconocer que la niña había hecho un esfuerzo notable. Las hamburguesas estaban presentadas cada una dentro de un pan, con su lámina de queso, su loncha de beicon, su rodaja de tomate y su hojita de lechuga. No tenían nada que envidiar a la que había tomado en el Vips hacía unas semanas. Por primera vez desde hacía varios meses se sintió tranquilo y relajado. Pensó, con tristeza, que Helena Vargas había tenido que esperar a que se muriera su padre para poder tumbarse en el sofá a ver la televisión. Se sentó a comer en el suyo con la tranquilidad de que, si lo manchaba, Elisa lo limpiaría.

Vieron una película del Oeste protagonizada por Paul Newman y Robert Redford. A pesar de interpretar a unos pistoleros que atracaban bancos, el espectador terminaba por simpatizar con ellos. Mientras fregaban los platos se creyó en la obligación de explicarle a su hija la necesidad de cumplir y defender la ley, así como la sinrazón de quebrantarla.

—Ya lo sé, papá. Es solo una película. Ya no soy una niña.

Gajanejos sonrió. Una vez más, y como siempre, García llevaba razón.

Llegaron a casa de Alejandra Torres poco antes de las ocho de la mañana. El juez melenudo resultó ser un joven madrugador y les había enviado la orden de registro poco después de la siete y media. Pelegrín le había confirmado la noche anterior que, a la espera del análisis del ADN, los cabellos de Torres tenían unas características morfológicas idénticas a las de los cabellos largos y rubios encontrados sobre la chaqueta y sobre la mesa del despacho del

profesor Larreta. En cualquier caso, su difunto marido seguía siendo el sospechoso nominal de dos asesinatos. Sorprendieron a la viuda desayunando, pero ya arreglada para acudir al trabajo.

—Espero que se den prisa. Hoy voy a cerrar la venta de un ático de un millón de euros.

Alejandra Torres, después de protestar por que hubieran aparecido en su domicilio en dos coches patrulla con las sirenas a todo volumen y las luces despidiendo potentes ráfagas azules como si ella fuera una vulgar delincuente, había hecho fotos de la orden de registro con su teléfono móvil para enviarlas a su abogado. Gajanejos ordenó a Robledo que la vigilara durante la diligencia. Al agente le brillaron los ojos.

El aspecto del piso era bastante desolador. Gajanejos entendió el motivo por el que Torres no había querido recibirles en su casa sino que había preferido acudir ella a la comisaría. La viuda les explicó que su marido había ido vendiendo adornos, cuadros y muebles a medida que se quedaba sin dinero para la droga. Había vendido incluso un cuadro del siglo XIX que ella había heredado de sus padres. Lo bueno de aquello, pensó el inspector, era que el registro iba a ser muy rápido. Era casi inaudito que aquel piso estuviera separado tan solo por un fino tabique del museo del ganchillo de la señora Perrón. Gajanejos fue directo al armario del dormitorio. En la parte baja del mismo, dentro de su correspondiente caja, encontró lo que buscaba: un par de zapatos negros con tacón de doce centímetros y suela de color rojo de la marca Louboutin. El inspector se enfundó un par de guantes de látex que le tendió un agente de la Científica y les dio la vuelta con cuidado. La suela de cuero rojo estaba muy poco gastada. En el zapato derecho encontró un trozo de esparadrapo pegado, mientras que en el izquierdo, una señal cuadrangular de color negruzco atestiguaba que en algún momento pasado había tenido también pegado su correspondiente esparadrapo.

—Me los llevaré para analizarlos con el microscopio —dijo Pelegrín.

Gajanejos asintió satisfecho. Quizá fuera el primer indicio contundente para probar la culpabilidad de las viudas que habían encontrado hasta ese momento. Aparte de los Louboutin y de los ya conocidos manolos que calzaba también esa mañana, Alejandra

Torres tenía solo unas zapatillas para estar en casa y unas botas negras. García le informó de que también eran de una marca muy cara.

—Mira lo que tenemos aquí, Federico.

Pelegrín había bajado del altillo del armario un pequeño maletín negro. Lo abrió con cuidado de no tocar ninguna superficie. En el interior, sobre un fondo de gomaespuma se recortaba la silueta de una pistola. A un gesto de la inspectora varios agentes de mono blanco desplegaron sus maletitas y se afanaron en la búsqueda de huellas digitales.

—Me lo voy a llevar también al laboratorio —anunció Pelegrín.

Tal como se había imaginado Gajanejos, el registro del piso de Torres fue muy rápido. La viuda firmó a regañadientes el justificante de los objetos que la Policía Científica se llevaba para su análisis minucioso.

—Me dejan sin zapatos —protestó.

—Si se los comprara más baratos, podría tener más pares —indicó García.

—No merece la pena. O se tienen los mejores, o no se tiene ninguno.

Tenía la sensación de que esa mañana había avanzado más en la investigación que en las últimas dos semanas. Alejandra Torres se había dado prisa por vaciar el armario de su difunto marido. De Alfonso Recarte apenas quedaban una chaqueta y unos pantalones colgados en el lado del armario que debía de haber sido el suyo, pues estaba llamativamente vacío. Cuando llegó a su despacho Gajanejos comenzó a ordenar su mesa. De momento no podía hacer nada más que esperar los resultados de la Científica. Había hecho su buena acción del día felicitando a Carrascal por su próxima paternidad. El agente se hinchó tanto de satisfacción que el inspector temió que comenzara a ascender como un globo de helio. Para compensar, decidió mandar alguna tarea absurda y tediosa a Repérez. Eso le haría sentirse bien. El problema es que no se le ocurría ninguna.

—¡Repérez! —gritó.

—A sus órdenes, inspector.

—Quiero que repase usted toda la cadena de asesinatos. Redacte a mano como si estuviera rellenando un informe completo y

detallado, la secuencia completa de hechos y hallazgos. Hay algo que se nos está escapando.

—A sus órdenes.

—En todas las cadenas hay un eslabón más débil que los demás. Tenemos que encontrarlo.

El agente asintió con la cabeza. Gajanejos se dio cuenta de que no solo no le había mandado una tarea inútil, sino que le estaba haciendo depositario de su confianza. Ya era cierto, claro, patente y manifiesto que se estaba haciendo viejo.

XXI

—Es muy buena —dijo Cano.

Gajanejos se preguntó cómo un bebé de escasos días podía ser bueno o malo.

—Enhorabuena, agente —dijo, en cambio.

La esposa de Cano había aparecido a media mañana por la comisaría con la niña. Al parecer, tenía que hacer unas gestiones en algún lugar próximo y había aprovechado para presentar a su hija a los compañeros de trabajo de su marido. El inspector sospechó que era solo una excusa para que todos conocieran al bebé. En los escasos quince minutos que estuvieron en el edificio, la niña no paró de llorar a pleno pulmón ni un solo instante.

—Tendrá hambre —sugirió García.

—Acaba de mamar —dijo Cano.

«*Deo gratias*», pensó Gajanejos. Hubiera tenido que ofrecer su despacho a la madre de la criatura para que le diera el pecho.

—Quizá se haya hecho caca —apuntó Pérez.

Eso era aún peor, pensó el inspector. Sin duda querrían cambiar al bebé allí mismo. Se imaginó el pañal sucio encima de su escritorio.

—No parece —dijo Cano. El agente había acercado su nariz al culito de la niña.

—Serán gases —opinó Robledo.

—O pipí —insistió Repérez.

Gajanejos no daba crédito; un bebé de tres kilos era capaz de transformar a un selecto equipo de la Brigada de Homicidios de la Policía Nacional en una jaula de grillos que debatían sobre caquitas, chupetes, baberos y patuquitos. Le hubiera gustado soltar un

pequeño discurso sobre la importancia de la paternidad, el amor de una hija y la maravilla de las relaciones
paterno-filiales
, pero se contuvo al comprender que dijera lo que dijera iba a sonar afectado y meloso. Solo a la doctora Lázaro le había permitido llamarlo cursi.

Cuando se fueron hubo de ventilar su despacho; un tufillo a leche agría y polvos de talco había impregnado la habitación. Se dio cuenta de que prefería mil veces lidiar con la adolescencia de Lorena que retrotraerse al mundo de los biberones y los pañales.

En realidad, pensó, hacerse viejo también tenía sus ventajas.
Había supuesto que interrogar al Turco sería relativamente fácil. La rotunda negativa del inspector Pedro Martín le sacó de su error de manera fulminante.

—El Turco es mi confidente. Se arriesga mucho hablando conmigo, así que no voy a permitir que se exponga más.

Gajanejos hubo de desplegar toda su elocuencia para explicarle que el Turco era también la principal coartada de un sospechoso de asesinato. Necesitaba que le confirmara si había estado con Alfonso Recarte el sábado 24 de octubre a medio día.

—Recarte está muerto. No entiendo para qué necesitas comprobar su coartada.

Martín era idiota. Gajanejos notó que estaba perdiendo el autocontrol del que había hecho gala desde que empezara la conversación. El tono de su voz empezó a subir a medida que hablaba con Martín. Tuvo que recordarle que él, Federico Gajanejos, era el inspector jefe de homicidios y, por tanto, quien decidía qué era importante y qué no lo era en la investigación de los tres asesinatos que estaba realizando. Había acudido a consultarle por cortesía y deferencia, pero él también podía conseguir los datos del Turco e interrogarle cuando le diera la gana. Por la cara que puso Martín, Gajanejos comprendió que no tenía necesidad de recordarle la prioridad que sus superiores habían dado a la resolución del caso de los asesinatos de la universidad.

—Es indispensable que atrapemos al *serial killer* de la Complutense —dijo Gajanejos. Pensó que hablando en su idioma, Martín entendería y claudicaría.

—De acuerdo. Yo le interrogaré. Dime con exactitud qué

necesitas saber.

El inspector comprendió que era el mejor acuerdo al que podía llegar con el petulante inspector Martín. Se consoló pensando que era probable que el Turco se sintiera confiado con él y diera una información más fiable a su compañero. En todo caso, su declaración tampoco era imprescindible en la investigación.

—Felicita a García de mi parte —se despidió Martín—. Ahora que el exmarido está impedido puede estar tranquila una temporada.

Mientras degustaba su segundo escalope, Gajanejos se preguntó si habría alguna suerte de boletín interno de chismes y chascarrillos dentro de la Policía cuya existencia él desconociera.

—¡Repérez! —gritó.

—A sus órdenes, inspector.

—¿Ha hecho ya la redacción pormenorizada del devenir de los acontecimientos que le pedí?

—Sí, inspector.

—¿Hay algo que le haya llamado la atención?

—Ninguna de las tres viudas es zurda. Ni siquiera ambidextra.

Aquel era un dato muy importante. Por supuesto que no lo había pasado por alto, sencillamente no había querido pensar demasiado en él porque desmontaba toda su teoría. Repérez tenía razón. La persona que seccionó los genitales al profesor Larreta y que después lo degolló era zurda, y ni Recarte ni las viudas lo eran. Le faltaba una pieza del rompecabezas. El día anterior había estado muy cerca de encontrarla mientras observaba la carta astral del primer asesinato, pero ahora no recordaba su razonamiento.

—¿Algo más?

—No entiendo por qué se fueron los Vargas de una casa grande, soleada, con plaza de garaje, barata y próxima al trabajo del marido, a una casa interior, pequeña, oscura y que les hace endeudarse a su edad con una elevada hipoteca.

—Quizá pensaban que se mudaban a un barrio más elegante.

Gajanejos lo dijo sin pensar. Lo cierto era que a él tampoco le cuadraba demasiado. Además, la mudanza debió de coincidir con la peor época de la enfermedad de la hija. Sin lugar a dudas Repérez era un muchacho muy espabilado que podría llegar a ser un gran policía. Decidió que había llegado la hora de hablar con el chico y

orientarlo en su carrera.

—Agente, ¿no ha considerado usted la posibilidad de estudiar una carrera universitaria?

—Sí, inspector. El año pasado terminé el grado de maestro de educación infantil.

Si le hubiera dicho que había nacido en el planeta Vulcano, no se habría sorprendido más. Tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo por mantener la compostura.

—¿Quiere ser maestro en un colegio?

No podía imaginarse a Repérez en el puesto de Paloma.

—No, inspector, pero prometí a mis padres que terminaría la carrera cuando ingresé en el Cuerpo. Ellos no querían que fuera policía.

—Ha hecho bien, agente. Podrá presentarse a las oposiciones de las escalas superiores.

A esas alturas Gajanejos ya no sabía qué consejos dar al chico.

—Estoy muy contento con mi actual destino.

—Todo puede cambiar, Repérez. Hará bien en labrarse un futuro.

Cuando el agente abandonó el despacho, Gajanejos estuvo un buen rato mirando por la ventana el ajetreo diario de la calle. La vida le recordaba a menudo su permanente capacidad de sorpresa.

La grabación de la cámara del banco de Chinchón llegó a última hora de la tarde. El inspector se preguntó por qué insidioso motivo las grabaciones tenían que llegar siempre a la hora en la que él estaba preparándose para abandonar la comisaría. Ahora que era padre en ejercicio quería llegar a casa a una hora razonable. Se alentó pensando que sería breve. García parecía cansada.

A las 13:36 se veía con claridad a Pilar Bordonada pararse frente al cajero. Detrás de ella su marido, Genaro Vargas, miraba el reloj y se recomponía la bufanda. A Gajanejos le impresionó ver al difunto profesor moverse lleno de vida y ajeno por completo a la fatalidad que se cernía sobre él; apenas cinco días después tendría la cabeza reventada por tres disparos a quemarropa. A las 13:37 Bordonada continuaba manipulando el teclado del cajero. Tenía el semblante relajado. En un momento dado sonreía ante algo que decía el profesor Vargas. A las 13:38 la señora Bordonada recogía el dinero, lo metía en el bolso y, agarrada del brazo de su marido, desaparecía

del campo de visión de la cámara. Dos minutos de grabación habían sido suficientes para probar sin ningún género de dudas que Pilar Bordonada no había participado, al menos de manera presencial, en el asesinato de su antiguo vecino, el profesor Emiliano Larreta. Gajanejos recordó que Mercurio regía y dominaba el destino de Venus en la carta astral de ese primer crimen. Su intuición había sido correcta.

—Estas imágenes disipan cualquier tipo de duda.

García y Repérez asintieron con la cabeza. Habían comprendido.

—No sabía que cocinaras tan bien.

Lorena había colocado sobre la mesa del salón una fuente con brochetas de pollo y verduras. Dijo que esa noche también cenarían en el sofá viendo la televisión.

—Papá, son congeladas. Solo he tenido que calentarlas en la sartén.

Tenían un buen sabor y, en todo caso, a él nunca se le hubiera ocurrido comprar brochetas congeladas. Se podían comer sin necesidad de estar sentado a la mesa y eran más sanas que las hamburguesas.

Lorena llevaba puesto el pijama rosa y las zapatillas de gatitos y corazones, también rosas. Parecía sentirse cómoda en la casa con él. No se había atrevido a preguntárselo, y lo más probable es que no lo hiciera; había cosas que era mejor no mencionar en voz alta.

—En mi habitación tenemos que poner un armario muy grande.

El tema de la reforma de la casa era recurrente cada noche. Gajanejos se había dado cuenta de que ella se ilusionaba cada vez más con la decoración de su nuevo cuarto. Le gustaba ver la alegría en su cara cuando hablaban de sus futuros muebles.

—Y una cama nueva. La que estoy usando debe de tener por lo menos veinte años.

En realidad tenía cuarenta y ocho. Sus padres la compraron cuando él tenía dos años.

—Algo así —dijo con una sonrisa.

—¿La puedo elegir yo?

—Por supuesto.

Lorena sonrió mientras cogía un bocado de pollo. Tenía que haberse dado cuenta mucho antes, desde que viera el nuevo televisor en casa de Bordonada. En un primer momento había

atribuido la compra del aparato a la inyección de dinero que suponía el cobro del seguro de vida del difunto profesor Vargas. Se equivocó. No era Pilar Bordonada la madre censora que prohibía a su hija ver la televisión, sino que había sido el padre, el profesor Vargas, el que había impuesto la restricción. En cuanto murió, Bordonada y su hija compraron un televisor frente al que se tumbarían para ver películas como estaba haciendo ahora él y su hija. Para una chica joven la televisión era un punto de referencia dentro del hogar, pensó, y Helena Vargas no lo había tenido. Miró a Lorena con ternura. Seguramente las tres viudas en algún momento también fueron adolescentes queridas por sus padres, los cuales no habrían podido imaginarse que, con el tiempo, sus dulces niñas se convertirían en las asesinas de sus maridos. Pensó con inquietud en las hijas, Briseida y Helena. Tenían una edad muy similar a la de Lorena, pero había una gran diferencia entre ellas. Como quien da un manotazo a una avispa, apartó de su mente la posibilidad de que su hija algún día se convirtiera en una parricida. Lamentó haberse perdido su infancia y su educación, aunque hubo de reconocer que su madre había hecho un buen trabajo.

Vieron una película de dibujos animados. Lorena se sabía todas las canciones de memoria. Las estuvo cantando mientras recogían la cocina. Esta vez no se vio en la necesidad de soltar a la niña ningún discurso moralizante.

Había convocado la reunión a las diez de la mañana. El día anterior le pareció que García estaba más cansada de lo habitual y quiso que la subinspectora se repusiera durmiendo el mayor número de horas posible. En circunstancias normales hubiera ido mucho antes a la comisaría, pero ese día prefirió llevar a su hija en coche al instituto, que estaba situado en el barrio donde vivía su exesposa y, por tanto, bastante alejado de la plaza de Olavide. Lorena ya estaba en el último año de bachillerato, lo que le recordó que tendría que preguntarle qué planes tenía para el futuro. Esa era otra charla que había ido difiriendo hasta la solución del caso. Empezaba a tener demasiados asuntos pendientes para ese momento. Por fortuna, esta vez no le cabía la más mínima duda de haberlo resuelto.

Subió a su casa después de aparcar el coche. Necesitaba estar un rato solo. Le gustaba vivir con su hija, pero echaba de menos el silencio y la intimidad de la que gozaba cuando no tenía compañía.

Abrió la carta astral del primer asesinato una vez más. Por fin la veía con claridad. En la casa de la muerte había muchos hombres y mujeres, todos ellos dominados por el planeta Mercurio, que en astrología representa la comunicación, los escritos y el movimiento, pero también los ladrones, los hermanos, los personajes astutos y los jóvenes. «Es decir», dijo en voz queda, «una persona joven y astuta ha dirigido a varias mujeres, orquestando la muerte de muchos hombres». Lo había tenido delante de sus narices todo el rato, pero no se había dado cuenta.

Llegó a la comisaría con ímpetu renovado. No se paró a recibir el parte meteorológico de Carrascal; ahora que veía la luz al final del túnel no podía perder el tiempo calculando la trayectoria del anticiclón del Atlántico norte.

—¡A mi despacho! —gritó.

El equipo al completo se congregó en menos de diez segundos.

—García, pida las grabaciones de las cámaras de seguridad del Metro de las estaciones de Metropolitano y Ciudad Universitaria de los días de los tres asesinatos.

—¿Por qué de esas dos estaciones? —preguntó Cano.

Gajanejos suspiró. Era probable que la falta de sueño a la que le sometía el bebé, estuviera mermando la poca inteligencia que ya de por sí tenía el agente.

—Porque son las dos más cercanas a los escenarios de los crímenes —explicó García.

—¿Qué hay de las cámaras de tráfico?

—Iré a recoger las grabaciones hoy.

—Que la acompañen Cano y Robledo —ordenó.

Dos policías uniformados eran una medida de presión bastante efectiva y, además, así escoltarían a García. No quería que la subinspectora estuviera sola.

—Repérez, averigüe si Felisa Mateu, Briseida Larreta, Helena Vargas o alguna de las dos becarias es zurda.

—A sus órdenes, inspector.

—De todas ellas, ¿cuál es eslabón más débil de la cadena? —preguntó Gajanejos mirando al chico.

—María Luisa Perrón —contestó el agente.

—Muy bien, Repérez.

Cualquier otra respuesta le habría defraudado.

—¿Otro muerto en la Complutense?

—No, doctora. Es solo una llamada de cortesía.

—Menos mal, inspector. Tengo mucho trabajo estos días.

Había telefoneado a la doctora Lázaro al terminar la reunión. Se arrepintió en cuanto ella comenzó a recriminarle la falta de resultados. Al parecer, se había extendido entre el personal docente de la universidad un miedo irracional a ser asesinado en cualquier momento y lugar. A ella, como forense del caso, la acribillaban a preguntas a la mínima oportunidad. Ya no podía ni tomarse un café tranquila en la cafetería de profesores de la Facultad de Medicina.

—Me he tenido que traer un termo —se lamentó.

Gajanejos había abierto la libreta de ofensas. De momento no había escrito ninguna, pero mantenía el bolígrafo en la mano por si acaso.

—¿Qué haría usted si solo pudiera permitirse tener dos pares de zapatos?

—Inspector, por Dios, esa es una pregunta muy íntima.

Él no veía la intimidad por ninguna parte. Comenzó a dibujar líneas curvas en la libreta.

—Es importante para el caso.

—Tendría unos negros y otros en tono *nude*. Los dos de tacón alto.

—¿De qué marca?

—De Christian Louboutin, sin duda. Son mis favoritos.

—¿Y no le gustarían más unos manolos?

—Me está haciendo usted unas preguntas muy raras.

—En realidad, quería saber cómo se sentiría usted si su pareja solo le permitiera tener dos pares de zapatos.

—Eso es imposible. No ha nacido el hombre que me diga lo que puedo o no puedo hacer.

La doctora no parecía enfadada. Por su tono de voz, Gajanejos infirió que consideraba la posibilidad tan poco factible que ni siquiera se molestaba en tenerla en consideración.

—Insisto, doctora. Es solo una hipótesis. Imagínese que está atrapada en una relación y su pareja le vende todos sus *louboutines*.

—Creo que le mataría. Metafóricamente hablando, por supuesto —rectificó—. Lo que quiero decir es que pondría fin a la relación.

—Muchas gracias, doctora. Me ha ayudado usted mucho.

—Para su información, el color *nude* es el color visón de toda la vida —aclaró Lázaro.

«Inculto», «tonto» o «desinformado». El inspector no sabía por cuál de los tres términos decidirse.

—El que se corresponde al tono de piel caucásica —siguió la doctora.

Tendría que repasar la lista; le parecía que ya le había llamado tonto en alguna ocasión. Anotó «ignorante» justo debajo del culo que había estado dibujando mientras conversaban.

Debería estar acostumbrado; en toda investigación tenía que hacer dos o tres visitas a la sede de la Policía Científica, pero no solo no se había habituado sino que cada vez le causaban más desazón el edificio y sus níveos trabajadores.

Las interminables piernas de Mari Carmen mitigaron sus escrúpulos.

—Vas a tener que invitarme a cenar otra vez —dijo ella, triunfante.

A ese paso, pensó Gajanejos, la solución del caso le iba a salir por un ojo de la cara.

—Por supuesto. Han abierto una gastroteca cerca de mi casa que te va a encantar.

—En primer lugar, te comunico que los cabellos largos y rubios que me hiciste llegar el pasado miércoles son, sin lugar a dudas, de la misma persona que los encontrados sobre la chaqueta y la mesa del profesor Larreta. El ADN ha sido contundente.

—¿Sería posible que el cabello que estaba sobre la mesa cayera desde la chaqueta de la víctima?

—No lo creo. Estaba bastante alejado del cadáver y muy cerca de la silla de las visitas. Lo lógico es pensar que se le cayó a una persona que estaba sentada en esa silla.

—*Ergo* no es concluyente que fuera de la asesina.

—No, pero es seguro que pertenecen a una mujer que estuvo en ese despacho. El único vestigio concluyente es el cabello que encontramos entre la sangre de la herida abierta. Ese seguro que se le cayó a la persona que estaba seccionando los genitales de la víctima. La mala noticia es que no coincide en absoluto con los cabellos que me trajiste ayer.

—No es una mala noticia. En realidad ya lo sabía. De momento

solo te has ganado una invitación a una caña en el bar del Guarrete.

—También hemos analizado los zapatos de la marca Louboutin que recogimos en el registro domiciliario de la señora Torres.

Pelegrín se quedó unos segundos callada mirando al inspector. Le brillaban los ojos.

—No hay la más mínima duda: son los *louboutines* que buscabas.

—¿Estás segura?

—El trozo de esparadrapo se ajusta con total perfección a la mancha de la suela. Los pequeños trozos de cuero rojo que tiene adheridos coinciden milimétricamente con los trozos que faltan en la suela del zapato incautado en el registro. Y aún hay más —sonrió —: el luminol evidencia trazas de sangre en uno de los zapatos.

—Sangre de Emiliano Larreta, espero.

—¡Bingo!

—Eso sitúa sin lugar a dudas a Alejandra Torres en la escena del crimen.

—Cierto. Pero te recuerdo, Federico, que allí había como mínimo otra persona: la que se dejó el pelo de la herida de la víctima.

—¿Alfonso Recarte?

—No, el pelo de la herida no es suyo. El análisis de ADN lo ha dejado muy claro. En cuanto a los mechones cortados a tijera, que indudablemente son de Recarte, y las múltiples uñas que aparecieron por encima del cadáver, siempre me han parecido una farsa.

—A mí también. Recarte no tenía ningún móvil para matar a los otros dos profesores. Ya te has ganado un montado de lomo en el bar del Guarrete.

—Y, por último, también tengo los resultados del análisis del estuche de la pistola.

Otra vez Pelegrín calló y miró al inspector achinando los ojos.

—Estoy expectante —dijo este.

—No tenía ninguna huella de Alfonso Recarte. Encontramos, sin embargo, varias huellas dactilares muy claras de dos personas distintas. Parecen muy recientes.

—Son las huellas de los asesinos. Borraron las huellas de la pistola, pero se olvidaron del estuche.

—La mala noticia —siguió Pelegrín— es que no las tenemos en el sistema. No sabemos a quién pertenecen.

—Yo sí, Mari Carmen. Yo sí lo sé.

XXII

Todo el equipo renunció al permiso de fin de semana de manera voluntaria. Cano miró al suelo al decir «por supuesto, yo también». Gajanejos supuso que estaría sufriendo por no estar con la llorona de su hija. Ya tenía pruebas para incriminar a una de las viudas, pero le faltaban las otras dos. Ordenó que la detención de Alejandra Torres fuera discreta, pero no tanto como para que María Luisa Perrón no viera a su vecina esposada y escoltada por dos policías uniformados.

—Se niega a hablar —informó Robledo.

Al agente habían dejado de brillarle los ojos cada vez que miraba a Torres. No sería muy listo, pensó Gajanejos, pero al menos era un policía responsable y honesto.

—La dejaremos un rato sola para que recapacite —dijo el inspector.

No esperaba que la detenida confesara y delatase a sus cómplices tan pronto. Ella no era un eslabón débil de la cadena de asesinas. Ya la interrogaría más tarde. Ahora prefería seguir buscando pruebas para fundamentar de manera contundente la acusación de las otras dos.

—Tenemos las grabaciones de las cámaras de seguridad —anunció García—. Son más de doscientas horas.

—Divida el trabajo y céntrese en las horas previas a los asesinatos. Ya sabe lo que buscamos.

La subinspectora asintió con un suspiro. Gajanejos se propuso mandarla a su casa a dormir lo antes posible con cualquier excusa. Si el juez novato que les había tocado no fuera tan melindroso, le pediría una vez más que ordenara los análisis de ADN de las

sospechosas. Pero el mundo se había vuelto tan políticamente correcto que a veces le complicaba el trabajo más de lo necesario. Tampoco es que él quisiera volver a los tiempos en los que no existían garantías para los sospechosos, pero ahora había que ir con pies de plomo con demasiada frecuencia. Y así era difícil avanzar. O, por lo menos, lento. Volvió a repasar la secuencia de asesinatos según su nueva teoría con Mercurio como cerebro de la operación. Era impecable.

—Has tenido suerte, inspector Gajanejos: el Turco estaba muy hablador.

Él no tenía suerte, él hacía bien su trabajo. Cualquier día tendría que dejárselo muy claro al petulante de Martín.

—Al parecer la esposa de su cliente —siguió Martín— prácticamente lo había echado de casa.

—¿Qué quiere decir «prácticamente»? —preguntó Gajanejos.

—Alfonso Recarte pasaba los fines de semana en casa del Turco, o en un chalé de Mejorada del Campo donde se reúnen varios cocainómanos.

—¿Solo los fines de semana?

—Y los días que no tenía que ir a trabajar. Únicamente pasaba por su piso de la Ciudad Universitaria para ducharse y cambiarse de ropa cuando la mujer no estaba. Habían llegado al acuerdo de no coincidir. Ella no quería verle.

—Debe de ser difícil vivir con un drogadicto.

—Me han dicho que la has detenido.

—*No comment.*

—Te aconsejo que tengas cuidado, inspector Gajanejos. He oído pedir tu cabeza por Jefatura. Se murmura que estás llevando el caso con demasiada lentitud.

—¿Quién lo dice?

—Eso no te lo puedo decir. Pero no te distraigas ni des pasos en falso. No me gustaría verte caer.

Tuvo que darle las gracias al inspector Martín. Había llegado el momento de cerrar el caso.

La jefa de la Unidad de Paido-Psiquiatría del Hospital Infantil Universitario Niño Jesús lo recibió con una limpia sonrisa. Era una mujer de mediana edad y líquidos ojos verdes. Llevaba una bata más blanca que la de Pelegrín, aunque en su caso parecía su

atuendo natural. A Gajanejos le agradó nada más verla. No quiso pararse a pensar por qué extraña razón últimamente le gustaban las doctoras.

—No puedo ofrecerle ninguna información. La confidencialidad de los datos médicos de los pacientes es sagrada.

El inspector había preguntado por el origen de la enfermedad de Helena Vargas. No sabía muy bien qué era lo que buscaba en el hospital; ya sabía que no le darían ningún dato concreto.

—Lo comprendo. Háble me de la Unidad y de su funcionamiento.

—La Unidad de Trastornos de Comportamiento Alimentario de este hospital es pionera en el tratamiento de patologías como la anorexia nerviosa y la bulimia. Se creó a principios de los años noventa, y ahora cuenta con un Hospital de Día con dos turnos distintos, según la edad de los pacientes, y ofrece consultas externas diarias de tratamiento, terapia individualizada, ingreso domiciliario y módulos de terapias grupales para padres y pacientes.

«Todo eso podría haberlo consultado en el folleto informativo del hospital», pensó Gajanejos. Tenía que seguir indagando.

—¿Los padres de Helena Vargas suelen acudir a las terapias grupales?

—Ya le he dicho que no puedo darle ningún dato concreto. Le diré, no obstante, que es imprescindible la integración de los padres en el tratamiento de los pacientes.

—Helena Vargas ya no tiene edad pediátrica —insistió el inspector—, ¿por qué la siguen atendiendo aquí?

La doctora sonrió.

—Es usted muy insistente. Debe de ser muy bueno interrogando sospechosos.

—Yo también tengo una hija adolescente. Me preocuparía mucho si tuviera un trastorno alimentario.

—Haría bien en preocuparse. Es una enfermedad muy seria. En casos extremos tiene un fatal desenlace.

—¿Es normal estar más de tres años en tratamiento?

Otra vez estaba pensando en Helena Vargas.

—La medicina no es una ciencia exacta como las matemáticas, donde dos más dos siempre son cuatro. Cada persona es un mundo y cada paciente necesita un tratamiento individualizado. Hay adolescentes que responden mejor que otros. De todas maneras,

inspector, no es una enfermedad que se cure rápido. No hay cirugía ni medicamentos milagrosos. Es importante una curación eficaz para evitar recaídas a corto y medio plazo.

La doctora no le estaba aportando ningún dato nuevo.

—¿Podría un episodio de abuso sexual desencadenar la enfermedad?

—Los trastornos alimentarios se pueden desencadenar por muchos factores. Su origen se suele achacar a la presión social, por la preocupación por las tallas o la imagen de las modelos, por ejemplo, pero también hay factores genéticos y biológicos que influyen en este tipo de trastornos. Asimismo, se ha probado que los traumas y el estrés infantil pueden estar en el origen de la anorexia nerviosa y la bulimia juvenil.

—¿Qué tipo de traumas?

—La pérdida de un ser querido, las catástrofes y los abusos sexuales, ya sean puntuales o prolongados en el tiempo. Una colega del Hospital de Alcalá de Henares que ha investigado el tema habla de un alto porcentaje de prevalencia de abuso sexual entre pacientes con trastornos alimentarios.

La doctora había perdido su sonrisa y miraba al infinito con cara de póquer.

—¿Qué cifra baraja?

—Un treinta o cuarenta por ciento.

—Me pregunto si podría decirme si Helena Vargas ha venido a desayunar al hospital todos los días durante este mes de noviembre.

—Me temo que no puedo contestarle. Debo preservar al máximo su intimidad.

Gajanejos se fue satisfecho. El círculo se estaba cerrando.

Alejandra Torres parecía otra persona. Unas pocas horas en el calabozo habían sido suficientes para mitigar su fulgor. El inspector pidió a García que lo acompañase en el interrogatorio. A la subinspectora se le habían puesto los ojos rojos como cerezas de tanto mirar la pantalla del ordenador. Le vendría bien un cambio. Después del interrogatorio de Torres mandaría a García a casa.

—Señora Torres —comenzó Gajanejos—, tenemos pruebas de que estaba presente en el despacho del profesor Emiliano Larreta cuando fue torturado y asesinado.

—Me acojo a mi derecho a no declarar en comisaría.

Habría perdido resplandor y brillantez, pero se mantenía altiva y soberbia.

—Le conviene colaborar con nosotros —dijo García.

—Solo declararé ante el juez después de hablar con mi abogado.

Alejandra Torres parecía conocer muy bien el procedimiento. No en balde su marido había sido abogado del turno de oficio durante años.

—Debería decirnos quién fue la autora material del crimen. Sería más conveniente para usted.

—Mi abogado verá el atestado en el Juzgado de Guardia.

—¿Quiere cargar con el muerto usted sola? —gritó Gajanejos.

—Creemos que usted no mató a Larreta —siguió García—. Pero estamos convencidos de que disparó a Genaro Vargas en el aparcamiento de la Facultad de Física.

—Quiero hablar con mi abogado.

—Su confesión podría ser una atenuante —insistió Gajanejos.

Alejandra Torres apretó los labios de manera ostensible y cerró los ojos. Las lentejuelas de su cazadora parecieron recuperar parte de su perdido brillo.

—Empiezo a pensar que no puede usted vivir sin mí.

—Es una consulta profesional, doctora.

Había telefoneado a la doctora Lázaro para hacerle unas preguntas sobre la anorexia nerviosa. En realidad, solo era una excusa para hablar con ella; ya tenía todas las respuestas que necesitaba.

—Soy consciente de que la medicina no es una ciencia exacta como las matemáticas, donde dos más dos siempre son cuatro —siguió Gajanejos, recordando a la médica del hospital Niño Jesús—, pero ya sabe que tengo su opinión profesional en la más alta consideración y estima.

—¡Qué pedante está hoy, inspector!

Gajanejos apuntó «pedante». La doctora no le defraudaba nunca.

—Existe una numerosa patología psiquiátrica asociada a los abusos sexuales en la infancia y la adolescencia —dijo Lázaro—, desde trastornos de ansiedad, depresiones, personalidades anormales, abuso de tóxicos, y, por supuesto, también trastornos alimentarios.

Todo eso le había quedado claro en su visita al hospital, pero le

gustaba oírselo decir a la forense.

—¿Se siente más segura en su piso? Me gustaría pensar que hizo lo que le aconsejé.

—Sí, inspector. Instalé un sistema de vigilancia de fotodetectores con cámara *flash* y detector de movimiento, un detector de apertura en la puerta principal con sensor de golpes y vibración, y una sirena de alta potencia. Además, el sistema se conecta con la Policía en caso de intrusión.

—Parece una alarma bastante completa.

Gajanejos se había perdido con tanto detector.

—También puse rejas en la ventana de la cocina y blindé las dos puertas de acceso a la vivienda, tanto la principal como la de servicio.

La doctora se había construido un búnker en toda regla.

—Me tranquiliza saberlo.

—¿Qué tal está su hija?

A Lázaro se le dulcificaba la voz cuando preguntaba por Lorena. No sabía cómo interpretarlo.

—Ahora vive conmigo. Su madre se va a la India a visitar a un gurú.

—¿Es jipi?

—¿El gurú?

—No, hombre no; la madre de su hija.

—Hace yoga.

—¿Y su hija?

—No hace yoga.

—Pregunto si es jipi.

—Es adolescente y está asustada —parafraseó a García—. Todo su mundo está cambiando a gran velocidad.

Pensó que a Lázaro le conmovería su faceta de padre soltero sensible y preocupado. La doctora guardó silencio durante unos segundos. Gajanejos creyó leerle el pensamiento.

—La consulta que le acabo de hacer no tiene nada que ver con mi hija. Se refiere al caso de los asesinatos de la Complutense.

—Me complace saberlo, inspector.

Gajanejos colgó preguntándose por qué siempre terminaba sus conversaciones con la forense con una intensa sensación de desasosiego.

Estableció dos turnos para el visionado de las grabaciones. El primero lo harían Repérez y él mismo. Había tenido que disponerlo de esa manera para poder enviar a García a dormir sin que resultara evidente que quería mandarla a casa. Por la mañana la subinspectora y los agentes Cano y Robledo les sustituirían. El agente Pérez subió dos cafés de la máquina de la comisaría para afrontar la noche que iban a pasar en vela. Gajanejos agradeció el gesto; al fin y al cabo en las últimas semanas había llevado una dieta muy pobre en fibra y los ineludibles efectos laxantes del café de la máquina no le iban a venir nada mal. Telefoneó a Lorena para avisarla de que no cenaría en casa.

—¿Puedo invitar a unas amigas?

No le agradaba la idea de que personas desconocidas fueran a su piso mientras él no estaba.

—Terminantemente prohibido hacer fiestas.

—Papá, solo son dos o tres amigas. Charlaremos, encargaremos unas *pizzas* y veremos la tele.

Gajanejos se imaginaba a las chicas invitando a los repartidores de *pizza* a una orgía en su salón.

—No pongáis la música alta.

Era lo único que se le ocurrió decir. No podía prohibir a su hija llevar amigas a casa.

—No te preocupes, papá. Veremos una película del Oeste.

Cuando colgó el teléfono se percató de que Repérez se había puesto rojo como la grana. El agente miraba la pantalla del ordenador sin pestañear. Había estado escuchando la conversación, pero tuvo el buen tacto de no hacer el más mínimo comentario. Ni siquiera movió un músculo de la cara. Muy a su pesar, Gajanejos pensó que no sería mala idea mandar al chico a vigilar a Lorena y a sus amigas. Desechó el pensamiento rápidamente. Lorena era una buena chica y no tenía nada que temer. Aun así, estuvo un rato considerando la posibilidad de poner fotodetectores como los de la doctora Lázaro para controlar su casa desde la comisaría.

Serían las cinco de la mañana cuando Repérez lo despertó. Se había quedado dormido sentado en el sillón en algún momento de la noche. Sintió un retortijón en las tripas; recordó que a las tres y media se había tomado una segunda taza del café de la máquina. Repérez sonreía con expresión victoriosa.

—Inspector, tenemos la secuencia completa.

Convocó la reunión a las nueve de la mañana por tres razones. La primera era que deseaba que la subinspectora García participara en la detención de las sospechosas. Si este iba a ser su último caso antes de solicitar la excedencia, merecía estar presente en todo el proceso. La segunda e inconfesable razón era que el café de la máquina había comenzado a producir sus efectos a las cinco y media de la madrugada. Repérez había ido a una gasolinera a comprarle un Aquarius de limón; insistía en que tenía que reponer líquidos. Gajanejos se lo agradeció, aunque estaba furioso con el agente por haber sido testigo de su pequeño desarreglo. La tercera era que quería ir a su casa antes de comenzar con las detenciones. La llamada de su hija lo había dejado intranquilo; temía que Lorena, pese a sus advertencias, hubiera montado una fiesta multitudinaria en su piso.

Abrió la puerta con sigilo. No sabía qué se podía encontrar. Sobre la mesa del salón vio un gran cuenco con palomitas de maíz. Solo había tres vasos en la habitación con restos de una bebida de color oscuro que tanto podía ser

Coca-Cola

como vino tinto. Olió los tres vasos. Ninguno olía a alcohol. Se asomó al cuarto de su hija. Lorena dormía con su pijama rosa abrazada a un muñeco de peluche. No se sintió culpable por haber desconfiado de su hija, con una adolescente había que estar siempre muy atento. La larga ducha que tomó le reconfortó de la larga y enojosa noche.

Telefoneó a Paloma antes de salir de casa. Sospechaba que tenía por delante unos días muy complicados en los que no tendría tiempo para hablar con ella. Llamó tres veces. Ella no lo cogió.

El equipo al completo le esperaba cuando entró en su despacho. García tenía mucho mejor aspecto que la tarde anterior. El agente Pérez le ofreció una botella de agua. Cano y Robledo le miraban expectantes; era evidente que Repérez no había adelantado ninguna información. Tendría que agradecérselo al chico, pero decidió que ese no era el momento.

—Hemos encontrado lo que buscábamos —anunció Gajanejos—. Tenemos pruebas para detener a las otras dos sospechosas.

XXIII

Prolongó la expectación todo lo que pudo. Borró la pizarra con parsimonia y volvió a escribir los nombres de las víctimas según el orden cronológico de los asesinatos. En el primero, debajo del nombre del finado Emiliano Larreta, apuntó el nombre de la tercera viuda, Alejandra Torres. Cano y Robledo lo miraban con ojos redondos. La subinspectora sonrió, era evidente que lo conocía bien y sabía que disfrutaba generando intriga entre sus colaboradores. Repérez bostezó mientras tomaba otro café de la máquina.

—Sabemos que la asesina material de Larreta es zurda y tiene conocimientos de anatomía.

—De las sospechosas —informó el agente Pérez— solo Helena Vargas y Felisa Mateu son zurdas.

—Felisa Mateu —siguió Gajanejos— tenía un odio larvado a la víctima desde hacía décadas. Pero tiene coartada para ese día. En cuanto Helena Vargas, su madre nos dijo que había estado en Chinchón con su padre mientras ella se quedaba en casa, pero la cámara de seguridad del banco evidencia que Pilar Bordonada estuvo en Chinchón a la hora de comer. En la grabación no se ve a Helena en ningún momento.

—¿Usted cree que la madre obligó a la hija a matar a Larreta? —preguntó Cano.

El inspector pensó que el agente Cano tenía el mismo cociente intelectual que su hija recién nacida.

—No, agente, en absoluto.

—En todo caso —dijo García—, el ADN nos sacará de dudas.

—El problema lo teníamos en el segundo crimen. Desde el principio supusimos que los cabellos y las uñas de Alfonso Recarte

eran un engaño para incriminarlo, lo mismo que la huella del zapato de la marca Sebago. La abundante lluvia que comenzó a caer después del crimen borró los indicios que el asesino hubiera podido dejar tras de sí.

Gajanejos hizo una seña a Pérez para que continuara con la explicación. El agente se puso colorado.

—El inspector advirtió que si el asesinato de Genaro Vargas lo habían cometido las otras dos viudas, con toda probabilidad habrían ido caminando desde su domicilio hasta el escenario del crimen. Comprobamos las grabaciones de las cámaras de tráfico de la avenida de las Moreras, por donde tenían que cruzar para llegar al aparcamiento de la Facultad de Física. A las seis y catorce minutos de la mañana se aprecia con total nitidez a María Luisa Perrón y a Alejandra Torres cruzando por el paso de peatones que hay en la parte trasera de la Facultad de Ciencias de la Educación.

—A esas horas era de noche cerrada —advirtió García.

—Hay una farola a cada lado del paso de peatones; está perfectamente iluminado.

—Las dos mujeres van a cometer un crimen pero cruzan una calle desierta por el paso de cebra —se extrañó la subinspectora.

—Ya se sabe que uno empieza por permitirse un asesinato y termina por faltar a la buena educación —dijo Gajanejos. Todo su equipo le miró con cara neutra; resultaba evidente que ninguno había leído a Thomas de Quincey.

—Anoche cuando lo vimos también nos sorprendió —siguió Pérez—. Habíamos supuesto que las dos mujeres irían por la zona arbolada para evitar las cámaras de seguridad. Cuando las vimos debajo de las farolas pensamos que quizá no habían sido tan precavidas. Comprobamos las grabaciones del aparcamiento de la Agencia Estatal de Meteorología. A las seis y veinticuatro se las ve caminando en dirección a la Facultad de Física y a las siete y cinco se las ve volver en dirección a su domicilio.

El agente mostró al resto del equipo la secuencia de las grabaciones. Ambas mujeres eran identificables sin ninguna duda. Gajanejos escribió los nombres de María Luisa Perrón y Alejandra Torres debajo del de la segunda víctima.

—En el tercer crimen —siguió el inspector— volvemos a encontrar al asesino, o asesina, zurdo. Si recuerdan el escenario, la

pistola con la que supuestamente se había suicidado Alfonso Recarte estaba debajo de su mano izquierda. Las personas cercanas a la víctima confirmaron que era diestro, lo que sugiere que el asesino era zurdo y por eso cometió ese pequeño error. El único, por cierto.

—¿Tenemos alguna imagen? —preguntó Robledo.

—En la cámara de tráfico de la Avenida Complutense se ve el coche de María Luisa Perrón a las seis y veintisiete de la mañana de ese martes 10 de noviembre. Lo reconocimos por la matrícula. Se distinguen dos personas en la parte delantera del coche, pero no es posible identificarlas.

El agente Pérez mostró la imagen. Estaba demasiado oscuro y las figuras se veían borrosas.

—Hemos pedido a los técnicos que mejoren la resolución de la imagen, aunque no se mostraron muy optimistas. Es de suponer que la persona que va al volante sea la propia María Luisa Perrón; al fin y al cabo, es su coche y vive sola. La persona que va en el asiento del copiloto parece que se tapa la cara con alguna prenda de ropa.

—¿Y las cámaras de las estaciones del Metro? —dijo García.

Gajanejos sonrió con la mirada. Una vez más se preguntó qué iba a ser del equipo sin ella.

Repérez mostró la siguiente imagen. Una persona joven, muy delgada, subía unas escaleras del metro. Una bufanda azul, calada hasta los ojos, le tapaba media cara.

—Esta imagen fue tomada en la estación de Metropolitano a las seis y veinte. Los técnicos creen que pueden mejorar la calidad.

—Vivimos en un Gran Hermano —reflexionó García.

Gajanejos asintió. No le agradaba la idea de formar parte de la Policía del Pensamiento, pero, como dijo Pelegrín, el crimen perfecto ya no era posible en el siglo XXI.

—Que una hija mate a un padre es un crimen despreciable —dijo Cano.

Todos le miraron. El agente estaba pálido. Debía de estar pensando en su pequeña Carla.

—Es peor cuando son los padres los que matan a los hijos —opinó García.

Todos callaron. Gajanejos hubo de dar una palmada para que el grupo volviera a la acción.

Las detenciones de las sospechosas se realizaron de manera simultánea. El inspector mandó a García con un grupo de agentes a casa de María Luisa Perrón, y él se puso al mando del equipo que fue a casa de la familia Vargas. Intuía que iba a ser la detención más complicada. No se equivocó. Pilar Bordonada pasó en menos de un minuto de un altivo desprecio hacia los policías a la súplica con lágrimas en los ojos. Llegó incluso a autoinculparse de los tres crímenes. Todo ello ante la impasible mirada de su hija. Helena Vargas no movió un solo músculo de la cara mientras era esposada por una agente. No dijo una sola palabra. Tampoco opuso resistencia.

Encerraron a las sospechosas en celdas separadas, pero el inspector se aseguró de que todas supieran que las tres estaban detenidas. Decidió dejar los interrogatorios para la tarde; era conveniente que tomaran conciencia de lo que se les venía encima.

Mandó a Repérez a dormir un par de horas. El chico se estaba tomando otro café de la máquina. Gajanejos pensó que debía de tener un sistema digestivo blindado.

Llamó al juez Moreno a mediodía. Supuso que su señoría estaría almorzando plácidamente con su familia. Quería fastidiarle la comida y la siesta. El juez aceptó ordenar que las tres detenidas se sometieran a las pruebas de ADN.

—Reconocerá ahora que no era necesario el registro de la casa de la becaria de Latín.

Gajanejos bufó una respuesta. Por supuesto que lo reconocía, pero no era necesario que su señoría se lo restregara por la cara.

—¿Ha interrogado a las sospechosas?

—Están macerándose un rato.

—Esperemos que las pruebas le den la razón. Este caso es una pesadilla. ¡Hasta mi madre me ha llamado para prohibirme dar clases en la Complutense!

Gajanejos colgó, complacido. Incluso los jueces se sometían a la autoridad de sus madres.

Para hacer tiempo volvió a telefonear a Paloma. Al octavo tono se dio por vencido.

Decidió comenzar los interrogatorios por María Luisa Perrón. Su padre solía decir que la resistencia de una cadena se medía por su eslabón más débil, y en ese caso, como tan bien había advertido

Repérez, estaba claro quién era.

—Exijo hablar con mi abogado. Yo no he matado a nadie.

La viuda del abogado debía de haberla aleccionado. Conservaba su arrogancia, pero no podía disimular un cierto temblor en la voz.

—Sabemos que no ha matado a nadie —dijo García.

A pesar de llevar muchos años juntos, Gajanejos seguía asombrándose de la dulzura que era capaz de derrochar García en las situaciones más difíciles.

—Quiero irme a mi casa.

—También sabemos que presenció y colaboró en dos asesinatos. —A Gajanejos siempre le tocaba hacer de «poli malo».

—Yo no los maté.

—Usted planificó y consintió el asesinato de su marido, y es sospechosa de los asesinatos de Vargas y Recarte.

—Yo no los maté —repitió.

—Sus huellas digitales están en el estuche de la pistola de Alfonso Recarte. Tendrá que explicárselo al juez.

María Luisa Perrón comenzó a llorar. El inspector se felicitó por haber intuido que era la viuda más débil pese a su apariencia altiva. A partir de ese momento la señora Perrón empezó a hablar sin reservas.

—Todo fue idea de esa niña horrible.

—¿Helena Vargas?

—Estaba decidida a matar a mi marido y a su propio padre.

—Y a Alfonso Recarte —puntualizó Gajanejos.

—Ese le daba igual, pero necesitábamos su pistola y Alejandra quería quitárselo de encima. ¿Saben ustedes que era drogadicto?

O bien la señora Perrón les tomaba por tontos, o era tonta ella, o se lo hacía de manera convincente. O quizá las tres cosas.

—Helena lo planificó todo —siguió la viuda—. Dijo que si cada una teníamos una buena coartada para el día de la muerte de nuestro marido, la Policía no lo averiguaría nunca.

—Así que Alejandra y Helena mataron a su marido mientras usted visitaba a su madre en Betanzos —la ayudó García.

—Yo no sabía que lo iban a torturar.

María Luisa Perrón comenzó a llorar de nuevo. La subinspectora le tendió un pañuelo de papel.

—Emiliano tenía obsesión con el sexo. Siempre tenía una

amiguita, incluso a veces dos al mismo tiempo. Llamaban a casa preguntando por él sin ningún tipo de pudor. ¡Era asqueroso!

—Imagino que lo intentaría con su vecina, Alejandra Torres.

—Ella dice que la acosaba constantemente, y yo me lo creo. No hay más que verla.

María Luisa Perrón lo dijo levantando el labio superior con un rictus de desprecio.

—Usted participó en los asesinatos de Vargas y Recarte —dijo Gajanejos.

—Yo no disparé.

—Cuéntenos qué paso con Genaro Vargas —García lo pidió con tanta delicadeza que el inspector pensó que sería imposible que Perrón se negara a hablar.

—Genaro era un hombre muy educado. Unos días antes nos habíamos visto en el entierro de Emiliano y se había puesto a mi disposición por si necesitaba cualquier cosa. Se sorprendió al verme tan temprano en aquel aparcamiento. Le hice señas para que bajara la ventanilla y Alejandra le disparó. Me consuela pensar que no sufrió.

—¿Participó Pilar Bordonada en el asesinato?

—No. Ella no sabía nada. La hija se aseguró de que estuviera fuera de Madrid ese día para que no pudieran sospechar de ella. Genaro tenía un seguro de vida muy elevado.

—¿Y el asesinato de Recarte?

—Fui con Helena. La recogí en la salida del metro porque hacía mucho frío esa mañana. Esa niña siempre tiene frío y tirita. Helena decía que me tocaba a mí disparar, pero no pude. Me temblaba todo el cuerpo. Tuvo que hacerlo ella. Yo creo que no le importó.

—Usted puso la cocaína encima de la mesa.

—Era un drogadicto.

—¿Tiene usted abogado?

—Alfonso Recarte era mi abogado.

—Mal negocio ha hecho usted —observó García.

A Gajanejos le vinieron a la cabeza varios chistes de humor negro. Estaba pletórico.

Había dejado el interrogatorio de Helena Vargas para última hora de la tarde. Subieron unos bocadillos de la cafetería y merendaron en el despacho. Repasaron las notas de los dos interrogatorios y los

informes de la Policía Científica. García se comió dos bocadillos de tortilla de patata y uno de jamón y queso. Gajanejos estaba tan excitado que apenas pudo terminar el suyo.

—Pelegrín comentó en el escenario del primer crimen que las huellas de las pisadas de los Sebago eran muy irregulares, como si el asesino fuera cojo o le estuvieran grandes los zapatos.

—Helena Vargas calza un treinta y siete —dijo García.

A la subinspectora no se le escapaba un detalle.

—¿Va a seguir trabajando durante el embarazo?

Estaban a punto de cerrar el caso y necesitaba saber si podía contar con ella los próximos meses.

—El médico me ha recomendado que pida la baja por embarazo de alto riesgo.

—¿Se encuentra mal?

Gajanejos se asustó. García no se había quejado en ningún momento.

—El embarazo gemelar se considera de riesgo. El cuerpo de la mujer está preparado para tener bebés de uno en uno, y un embarazo múltiple conlleva más riesgos que uno normal, como aumento en la presión arterial, anemia, problemas en el sistema digestivo, diabetes gestacional, parto prematuro…

—No siga. Me hago cargo.

—Después del parto tendré dieciocho semanas de permiso de maternidad.

—¿Sabe ya el sexo de los bebés?

—Dos niños.

El inspector se quedó callado mirando por la ventana. No supo qué comentario hacer ante la próxima llegada al mundo de dos nuevos Carrascales. Pidió a García que averiguara si Helena Vargas se había comido el almuerzo que servían en los calabozos.

En los más de veinte años que llevaba en el Cuerpo, Gajanejos había tenido que lidiar con todo tipo de sospechosos. Había presenciado interrogatorios broncos y tensos, desmayos de los detenidos, reales y fingidos, síndromes de abstinencia y sicarios resabiados que lo miraban como si el próximo cadáver fuera a ser el suyo propio, pero era la primera vez que interrogaba a una estatua de sal.

Helena Vargas llegó a la sala de interrogatorios acompañada por dos agentes femeninas que la llevaban prácticamente en volandas y

la sentaron en la silla con delicadeza. Ella permaneció con la mirada fija en un punto impreciso entre Gajanejos y García. Era evidente que había tomado la firme decisión de no hablar durante el interrogatorio. Aun así, seguía teniendo un aspecto tan frágil que hizo pensar al inspector en la esposa de Lot y no en una estatua de granito berroqueño.

—Tenemos pruebas de que usted planificó los tres asesinatos y perpetró los crímenes de Emiliano Larreta y Alfonso Recarte.

Helena Vargas no movió un solo músculo.

—En estos momentos, la policía científica está cotejando su ADN con el del pelo encontrado en la herida de los genitales del profesor Larreta. Estoy convencido de que la coincidencia será completa.

—Sus compañeras —siguió García— han confesado sus crímenes. Las dos coinciden en que usted planificó los tres asesinatos.

Eso no era del todo cierto; Alejandra Torres no había abierto la boca, pero Helena Vargas no podía saberlo. Continuaba impasible.

—También hemos encontrado sus huellas dactilares en el estuche de la pistola.

—Le convendría hablar con nosotros. Puede que hallemos alguna atenuante —insistió García.

La detenida levantó el labio superior dejando entrever una fila de dientes amarillos de la que sobresalían dos afilados caninos. Parecía la versión juvenil femenina del Conde Drácula.

—Puedo entender que emasculara y matara a Emiliano Larreta, incluso que no le importara matar a Alfonso Recarte, pero no acabo de comprender por qué organizó la muerte de su propio padre.

La mirada de Helena abandonó el infinito en el que había estado perdida y se posó sobre los ojos de Gajanejos. Si por fuera era de sal, por dentro era de hielo. En todo caso, había encontrado el punto débil de la detenida.

—Todo el mundo coincide en que su padre era un hombre educado, trabajador y correcto.

Helena Vargas apretó los labios. El inspector decidió seguir hurgando en la llaga.

—Era un profesor respetado por sus colegas y alumnos y un científico de reconocido prestigio —insistió.

—Un hombre íntegro y cabal —le secundó García.

La subinspectora había comprendido la estrategia de Gajanejos.

—¡Un cerdo que no hizo nada para no perjudicar a otro cerdo! —gritó Helena.

—Su padre no la defendió —dijo García.

—Nunca me creyó. Decía que no podía arruinar la carrera de un catedrático sin tener pruebas. Mi madre consiguió que nos fuéramos de aquella horrible casa.

—¿Solía acudir su padre a la terapia con familiares del hospital?

—Nunca vino. Pensaba que era una histérica y que se me pasaría cuando madurase.

—¿Merecía morir por eso? —preguntó García.

—Era un egoísta que nunca pensó en mí. Yo lo odiaba. Lo odiaba.

La joven volvió a mirar al infinito y a recobrar su apariencia de estatua de sal.

—El juez le tomará declaración. Hasta entonces coma lo que le ofrecen. Ahora está bajo nuestra custodia y no podemos dejarla morir de hambre.

Helena Vargas no respondió. Parecía haberse trasladado a un universo paralelo.

Volvió a su casa dando un amplio paseo por la calle Santa Engracia. Necesitaba caminar y despejarse. Había telefoneado al juez Moreno antes de abandonar la comisaría.

—Enhorabuena, inspector. El caso era enrevesado.

—Los he tenido peores.

Estaba sorprendido. Era la primera vez que un juez le felicitaba por su trabajo.

—He de confesarle que este ha sido mi primer caso.

—Me alegro de que se solucionara pronto.

Gajanejos había notado desde que lo vio que el juez era nuevo e inexperto. Le dio lástima cuando comprendió que su primer cadáver había sido el del profesor Larreta, emasculado y con los genitales metidos en la boca.

—Me han ofrecido impartir un seminario en la Facultad de Derecho de la Complutense sobre justicia y democracia. Mi madre podrá estar tranquila.

No era tan mal chico, el juez. Solo le hacía falta un buen corte de pelo.

Subió las escaleras de su edifico con el temor de empezar a oír la música de Lorena en el siguiente rellano. Su hija estaba en la cocina preparando dos bandejas con la cena.

—He comprado una tortilla de patatas en la Gastroteca del Guarrete. La he pedido poco hecha, como a ti te gusta.

A Gajanejos se le pusieron los ojos transparentes. Se juró a sí mismo que, pasara lo que pasara, siempre defendería a su hija por encima de cualquier consideración. Lorena nunca le odiaría.

XXIV

Aparcó el coche junto a la puerta principal del cementerio. A pesar de las indicaciones que le dieron en la entrada al recinto, se perdió entre las tumbas. Todas las calles le parecían iguales. Al final tuvo que preguntar a un jardinero para encontrar la sepultura de su madre. Depositó sobre la lápida las flores que había comprado a una gitana estratégicamente situada junto al pórtico de acceso. Leyó el nombre de su madre, Casilda Rodríguez. Sobre este, el nombre de su padre, Federico Gajanejos. Todavía quedaba sitio para un cuerpo, de modo que el siguiente nombre sería el suyo propio. Solo se distinguiría de su padre por las fechas de nacimiento y muerte. Y por la vida, pensó. Su padre solo había llegado a inspector de segunda, pero había vivido en compañía de su esposa hasta el momento de su muerte. Él, en cambio, estaba solo; Paloma no le cogía el teléfono y Amparo estaba perdida por la India siguiendo a un charlatán iluminado que se hacía pasar por gurú. Lorena le hacía compañía, pero pronto tendría que volar y seguir su camino.

Había postergado demasiadas cosas hasta la conclusión del caso y había llegado el momento de ocuparse de todas ellas. Las tres sospechosas habían reconocido sus cargos ante el juez. Se sentía complacido por haber realizado un buen trabajo, pero no estaba satisfecho. No se había ocupado debidamente de los drásticos cambios que le habían sucedido durante la investigación. Había llegado la hora de enfrentarse a sus pérdidas. Tenía que cerrar bien las heridas. Intentó rezar por el alma de su madre, pero no pudo. Sentía un amargo dolor que le atenazaba la garganta. La recordó con el vestido de lunares esperándolo a la salida del colegio. Unas lágrimas saladas desbordaron sus ojos y rodaron por sus mejillas

hasta caer, con duelo, sobre la losa de granito.

—Adiós, mamá. Te voy a echar mucho de menos.

Desde el cementerio se dirigió a la residencia de ancianos. Sor Patrocinio había tenido la delicadeza de no volver a insistir en que fuera a recoger las pertenencias de su madre. Aun así, consideró que había llegado el momento de hacerlo.

El olor a sopa y a orines le evocó las tardes pasadas con su madre. No podía permitirse llorar delante de los ancianos. Dos señoras muy viejas salieron a su encuentro.

—¡El hijo de Casilda!

—¿El guardia civil?

—Sí, señoras, el mismo —respondió Gajanejos.

—Casilda estaba muy orgullosa de usted.

Aquellas ancianas no podían saber si su madre estaba o no orgullosa de él; cuando ingresó en la residencia ya tenía la cabeza completamente perdida. Aunque era cierto, pensó, que su madre había estado siempre muy orgullosa de él.

—Y yo de ella —respondió.

—¡Qué buen mozo! —dijo la otra anciana pellizcándole un brazo.

Se despidió de las dos señoras con mucha cortesía. Cada vez que le rodeaban terminaban por sobarle todo el cuerpo.

Sor Patrocinio le hizo entrega de la medalla de la Virgen del Carmen y del anillo de boda con tanta solemnidad que parecía que le fuera a pedir la mano. Le dio también la foto enmarcada que su madre tenía siempre en la mesilla de noche. Era un retrato en blanco y negro de su padre vistiendo el uniforme de policía.

—Usted se parece mucho a su padre —dijo Sor Patrocinio.

Gajanejos asintió con la cabeza. Se daba cuenta de que, a medida que envejecía, cada vez se parecía más a él. Lo guardó en la bolsa que le facilitó la monja. Con eso terminaban las exiguas pertenencias de su madre.

—La ropa la están utilizando los ancianos sin recursos de la residencia —informó la hermana—. Ha sido muy generoso por su parte. Su madre, desde el Cielo, se sentirá muy orgullosa de usted.

¡Qué manía les había entrado a todas con lo del orgullo materno! En realidad, había donado la ropa para evitarse molestias. Además, le inquietaba la posibilidad de que su madre lo estuviera

observando desde el Cielo a través de una ventana o algo parecido.

Abandonó la residencia de ancianos con una inmensa sensación de libertad.

El lunes llegó tarde a la comisaría. El caso estaba resuelto y solo le quedaba rellenar tediosos informes. Aprovechó para desayunar con su hija y llevarla en coche al instituto. Tardaron casi cuarenta minutos en llegar.

—El año que viene me voy a Inglaterra.

Lorena le soltó la noticia de improviso en pleno atasco. Un camión se había quedado atravesado en un cruce y no podía avanzar ni hacia delante ni hacia atrás. Ahora era él el que no quería que se fuera.

—¿A pasar el verano?

—No, papá. A vivir.

—¿No te gustaría estudiar algo aquí?

—Quiero aprender inglés.

—¿De qué vas a vivir en Inglaterra?

—Trabajaré de *au pair*. Me han dicho que hay una agencia que te encuentra con facilidad una casa con niños.

—Sería mejor que estudiaras un grado aquí en Madrid.

—Cuando vuelva de Inglaterra.

—Vas a estar muy a gusto en tu cuarto nuevo.

—No insistas, papá. Me iré en cuanto termine el curso.

Gajanejos bufó algo incomprensible. Le dieron ganas de salir del coche y propinar un puñetazo al conductor del camión. La felicidad había sido demasiado breve.

Invitó a García a comer en Jefatura. El comisario principal le había pedido que fuera a su despacho a detallarle en persona el desarrollo de la investigación y así aprovechaba para almorzar los inefables escalopes con patatas de la cantina. Algún día tendría que entrar en la cocina para abrazar al cocinero. Además, quería que le vieran sus compañeros y le felicitaran por la resolución del caso. Se lo merecía.

—¿Cuándo se dio cuenta de que la asesina era la hija? —preguntó el comisario principal.

No podía decirle que lo supo en cuanto vio que Mercurio era el regente de Venus.

—Cuando vi a la madre en la grabación de Chinchón comprendí

que había mentido para proteger a su hija. Entonces recordé que Helena Vargas estaba estudiando segundo año de enfermería y hacía prácticas en un hospital. Tenía fácil acceso a material quirúrgico y conocimientos de anatomía suficientes para hacer la emasculación del primer crimen.

—El rector Benezeck ha telefoneado esta mañana para felicitarnos. Por lo visto, la noticia ha sido recibida con regocijo en la comunidad docente. Temían que hubiera un *serial killer* en la universidad.

Gajanejos hizo su clásico movimiento de cabeza. Hubo de morderse la lengua para no recordar al comisario principal que la teoría del asesino en serie de profesores la había iniciado y propagado él mismo.

—De momento no tengo ninguna solicitud para cubrir la baja de García —siguió el comisario principal—. Le informaré si aparece algún voluntario.

—Me las arreglo bien con mi equipo.

No le apetecía que le endosaran un nuevo subinspector con el que sin duda no congeniaría.

—Buen trabajo, inspector.

Aquella fue la única felicitación que recibió en Jefatura. Durante la comida se acercaron a su mesa varios comisarios, inspectores jefe, inspectores y subinspectores: todos felicitaron a García por su embarazo. Ni uno solo mencionó el caso.

—¡Repérez! —gritó.

—A sus órdenes, inspector.

—¿Qué ha aprendido con este caso?

—Que lo más delicado puede ser lo más siniestro.

Había que joderse; ahora resultaba que el tontaina de Repérez era todo un poeta.

—Muy bien, agente. Puede retirarse.

Estaba perdiendo facultades: no se le había ocurrido ninguna orden inútil para fastidiar al chico. Telefoneó a la doctora Lázaro.

—¡Ya era hora de que se decidiera a solucionar el caso! Por fin voy a poder ir a la cafetería de la facultad.

—Me alegra oírlo, doctora. Su café de media mañana ha sido el principal estímulo que me ha animado a encontrar a las culpables de los tres asesinatos.

—No sea sarcástico, inspector. La socarronería no le pega nada.

Apuntó «sarcástico» y «socarrón». A ese paso iba a necesitar otro cuaderno para apuntar las ofensas de la doctora. Ambos se quedaron callados durante varios segundos.

—Me gustaría que viniera a mi casa a revisar las medidas de seguridad que instalé —dijo Lázaro—. Quisiera que me diera su opinión profesional.

—Será un placer, doctora.

Cerró de golpe el cuaderno de ofensas. Se preguntó si tendría que empezar otro con los halagos que le pudiera hacer la forense. Desechó la idea en cuanto comprendió que no pasaría de la primera línea.

Llegó a su casa temprano. Elisa, vida mía, estaba todavía limpiando los cristales del salón mientras escuchaba la radio. Le había dicho que no se esforzara demasiado porque los obreros empezarían la reforma del piso la semana siguiente. A su pesar, había contratado al hermano de Carrascal; no quería desairar a García. Cuando le conoció creyó estar sufriendo una alucinación: el hermano era igual que el policía pero con los rasgos más toscos. Era casi una caricatura del agente Carrascal. Aunque pareciera imposible, Gajanejos comprendió al instante que en esa familia cuando repartieron la inteligencia, el agente Fermín Carrascal se había llevado la parte más gorda del pastel. Afortunadamente, Elisa había decidido ponerse al mando de las labores de reforma y, en concreto, de los obreros que aparecerían en unos días para demoler el baño. Si le iban a dejar la casa hecha una mierda, había dicho, ella decidiría cuándo, dónde y cómo.

Se dio una larga ducha antes de vestirse con ropa limpia para ir a casa de la doctora Lázaro. El día anterior se había quitado la medalla de la Virgen del Carmen de su madre. Se la había puesto para no dejarla tirada en algún cajón, pero hubo de quitársela cuando comprendió que no solo no le aportaba nada, sino que además era un estorbo. Se la regaló a Lorena con mucha solemnidad.

—Quiero que tengas este recuerdo de tu abuela.

En realidad quería quitarse de en medio la dichosa medallita. Lorena lo abrazó y se la puso con emoción contenida.

Se afeitó despacio y se echó una abundante cantidad de loción

aftershave. Entre los agravios de Lázaro no estaría nunca el llamarlo guarro. Se puso una camisa blanca, unos pantalones azules de tela y la cazadora de cuero negro que, según Paloma, le favorecía especialmente. Estuvo tentado de volver a llamarla, pero decidió no hacerlo. Lo había intentado las veces suficientes como para comprender que ella no quería hablar con él. La mirada de sorna de Elisa le sorprendió mientras se miraba en el espejo del armario ropero de su madre.

Subió al piso de Lázaro por el ascensor decimonónico. Observó el banco de terciopelo rojo con la misma aprensión de la primera vez. No se sentó. Se arregló el pelo mirándose en el espejo biselado. Cabía la posibilidad de que la doctora tuviera realmente un problema con algún fotodetector. Llamó al timbre conteniendo la respiración. María Lázaro abrió la puerta a los pocos segundos. Sus pequeños ojos azules brillaban de tal manera que no hubo necesidad de palabras.

A las ocho de la mañana del martes 24 de noviembre el inspector Federico Gajanejos se asomó desnudo al balcón del dormitorio de la doctora María Lázaro. Ella se había levantado temprano y se había ido a trabajar. Las autopsias, dijo, empezaban al amanecer. Él se había quedado un rato más en la cama; tenía cincuenta años, no había ningún caso pendiente y no tenía prisa. La calle Lagasca estaba abarrotada de coches a esa hora. Un camión de reparto obstaculizaba el tráfico generando la ira de los conductores que tocaban el claxon con encono. Gajanejos pensó que aquel lugar era un infierno en comparación con su querida plaza de Olavide. Un movimiento en los visillos de una ventana del edificio de enfrente le alertó de que estaba siendo observado. No le importó. Hacía mucho tiempo que no tenía un sabor tan dulce en la boca. «Paloma se fue», pensó, «Lorena se irá, y María está llegando sin parar un punto. Soy un fue, y un será, y un es cansado».

ANA MUELA PAREJA nació en Cuenca un 31 de julio, pero desde que tenía dos meses de edad reside en Madrid.

Estudió Geografía e Historia, sección de Geografía, en la Universidad Complutense de Madrid, lo que le llevó a trabajar durante unos años como consultora en una empresa de ordenación del territorio. Pero como los cambios laborales han sido una constante en su vida, ha trabajado también como asistente del director en la Fundación Atapuerca, donde fue especialmente feliz, y como secretaria de dirección bilingüe en una empresa de importación de carbones, entre otros múltiples y variados trabajos alimenticios.

En 2010 se licenció en Teoría de la literatura y literatura comparada. Es también Máster en Estudios literarios por la Universidad Complutense de Madrid.

Ha publicado varios relatos en libros colectivos.

El falso cuerno del rinoceronte es la primera novela de la saga del inspector Federico Gajanejos.